



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

008599

AND

REVENUE

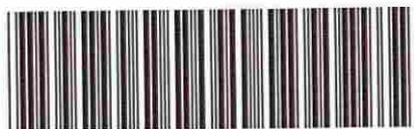
1.

BT260

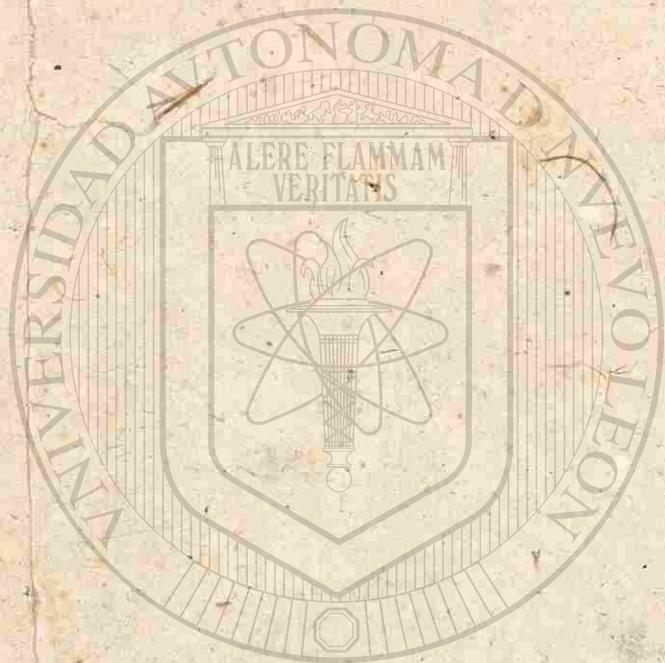
A6

V.1

C.1



1080026412



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AÑO PANEGYRICO, Ó SERMONES ESCOGIDOS PANEGYRICOS,

PARA LOS PRINCIPALES MISTERIOS
de Jesu-Christo nuestro Redentor, y Festivi-
dades de su Santísima Madre, y Santos
que celebra la Iglesia.

REPARTIDOS POR LOS MESES DEL AÑO.

SACADOS DE LOS MAS CLASICOS AUTORES

POR EL PADRE DON PEDRO DIAZ
de Guereñu, Presbytero, de la Congrega-
cion de Clerigos Reglares de
San Cayetano.

TOMO PRIMERO.

CONTIENE LOS MESES DE ENERO, Y FEBRERO.
CON LICENCIA:

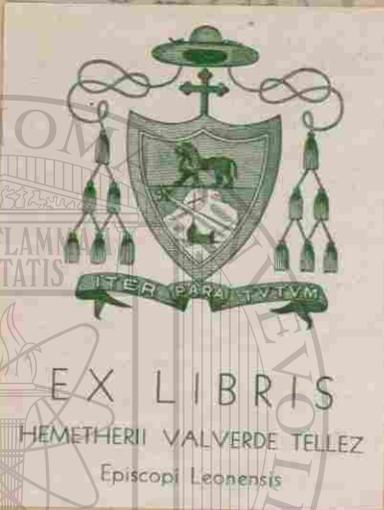
En MADRID: POR PEDRO MARIN. Año de 1777.

Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela del An-
gel, junto à la Nevería.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Talloz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO DE BORGIA UNIVERSITARIA
Feb 28/93 MICROFILMADO R-92

BT260
A6
V.1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE Toluca
VICERRECTORADO
VICERRECTORIA DE CULTURA Y LIBRERÍA



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En Madrid: Por Pedro Barrantes. Año de 1777.

PROLOGO.

EL aprecio que ha hecho el Público de los Sermones del Ilustrísimo Señor Don Juan Bautista Masillon, que para comun-utilidad traduxo del Idioma Frances à nuestro Castellano, me ha movido à emprender esta Obra que ahora presento, no menos util que la antecedente, pues atendiendo à que el Ilustrísimo Masillon no dexó escritos mas Panegyricos que los que se hallan en el Tomo septimo de mi traduccion, y que en España se hallan poquissimas piezas de este genero, que puedan servir de originales, por el mal gusto que de dos siglos à esta parte ha reynado en la Oratoria Sagrada, hay suma necesidad de una Obra completa de Panegyricos, para que los que desean acomodarse al moderno estilo de elogiar à los Santos, dando al mismo tiempo doctrina util à su auditorio, tengan modelos por donde poder formar sus Oraciones.

Este motivo, y las repetidas instancias de varios sujetos del mayor caracter, que al ver el aplauso con que ha sido recibida mi primera traduccion, fian de mi suficiencia mas de lo que debieran, me han determinado à emprender este trabajo, que sin duda merece este nombre, pues además de la fatiga indispensable de la traduccion, me es forzoso examinar los mas classicos Autores, para entresacar de sus Sermones los que mas se adaptan al genio de la Nacion, y al gusto que hoy reyna.

Confieso desde luego que en esta coleccion no hallará el Lector un Sermon del nervio, y energia que tienen el de San Francisco de Paula, San Bernardo, y

otros del Ilustrísimo Masillon; pero tambien me atrevo à decir que no los hallará en parte alguna, y aquellos originales son de mano tan prodigiosa, que no se deben presentar muchos, aun quando los huviera, pues la suma dificultad en llegar à aquel alto punto, sería motivo de que muchos se retirasen de este estudio, creyendo imposible llegar à conseguir el fin de sus tareas.

Entre los Autores Franceses, que han escrito Sermonarios, se hallan pocos Panegyricos, y estos están regularmente mezclados de tanta moralidad, que muchas veces, sin acordarse del Santo, cuyas virtudes elogian; emplean la mayor parte de la Oracion en reprehender los vicios, y animar à las virtudes; el Orador à quien en esta parte no le acomodase este metodo, puede muy bien separar lo que no juzgue conveniente à su intento, y aprovecharse de lo demás; pero siempre le será muy util examinar el primor con que dividen la Oracion, las subdivisiones tan legitimamente deducidas de los principios que establecen, las pruebas tan genuinas de todo lo que proponen, la eficacia con que persuaden, el primor con que siempre vá creciendo su Oracion, y el modo de epilogar los principales discursos, haciendo ver en pocas lineas todo quanto han puesto antes en muchas paginas.

No se hallan en estos Sermones aquellas ridiculas circunstancias, que sin ser de utilidad alguna à los oyentes, dan motivo à violentar las Escrituras, à profanar la Cathedra del Espiritu Santo, y à que las personas instruidas no saquen de los Sermones mas fruto que burlarse de los Predicadores; es verdad, que, por la misericordia de Dios, está ya desterrado de entre nosotros este mal gusto; y si tiene todavia algun sec-

tario, que así puede llamarse, solo es apludido entre ignorantes.

Doy el nombre de Año Panegyrico à esta Obra, porque en ella se comprehenden las Festividades principales de todo el año, tanto de los Misterios de nuestra redencion, que celebra la Iglesia, como de las Festividades de Maria Santisima, y de los Santos; no pongo un Sermon para el Santo de cada dia, porque esto sería hacer una Obra muy voluminosa; y como mi principal intento es ofrecer modelos para que puedan servir de estudio à los aplicados, me parece tendrán los suficientes en seis volumenes, que abrazarán los Santos mas conocidos, y todos los Misterios.

Procuraré dar quanto antes al público los tomos siguientes; no quiero señalar tiempo fijo para ello, porque suelen ocurrir tales casualidades, que acaso me harian quedar mal; y aunque tengo la satisfaccion de que cumplí muy anticipadamente la obligacion que contrage con el público en la traduccion de la Obra de Masillon, de dar cada dos meses un tomo, he quedado tan escarmentado, que me guardaré muy bien de meterme en semejantes obligaciones; basta decir, que no seré menos solícito en esta Obra de lo que fui en aquella.

TABLA DE LOS SERMONES QUE SE
 contienen en este primer Tomo.

Sermon para el dia de la Circun-	Fol.
cision del Señor.	1.
Sermon para el dia de la Epiphania.	27.
Sermon para el dia de San Antonio	
Abad.	52.
Sermon para el dia de la Conversion	
de San Pablo.	92.
Sermon para el dia de Santa Ines.	123.
Sermon para el dia de San Francisco	
de Sales.	148.
Sermon para el dia de San Pedro	
Nolasco.	173.
MES DE FEBRERO.	
Sermon para el dia de la Purifica-	
cion de Nuestra Señora.	227.
Sermon para el dia de San Joseph de	
Leonisa.	253.
Sermon para el dia de Santa Es-	
colastica.	285.
Sermon para el dia de San Mathias.	303.
Sermon para la entrada de una Re-	
ligiosa.	326.

ERRA-

ERRATAS QUE SE HAN DE CORREGIR.

Pag.	linea.	errata.	correccion.
33.	26.	zelos	zelosos
48.	5.	probeza	pobreza
63.	17.	Magencio	Maxencio
68.	20.	caluminado	calumniado
74.	5.	entre todo	entre todos
120.	22.	stupefecti	stupefacti
135.	22.	corruecion	corrupcion
166.	31.	de Bezio	de Beza
181.	25.	veneracioa	veneracion
193.	13.	Belland	Bolland
200.	25.	pertubadores	perturbadores
204.	1.	alaegria	alegria
208.	22.	instituyan	instrufan
209.	12.	Aymeri	Aymerich
218.	24.	Aymeri	Aymerich
220.	13.	Sufraganeo	Auxiliar
221.	11.	eligios	elogios
222.	16.	inexpagnable	inexpunable
259.	13.	oprimet	oprimir
268.	29.	se consume	se consuma
292.	27.	te decit	te decet
306.	3.	eligistis	elegistis
315.	22.	auxilos	auxilios

EN

EN LA MISMA LIBRERIA DE JUAN
de Llera, se venden los Libros siguientes.

Sermones del Ilustrísimo Señor Don Juan Bautista Ma-
sillon, &c. Traducidos por el Padre Don Pedro Diaz de
Guereña, de la Congregacion de Clerigos Reglares de San
Cayetano, once tomos en quarto, su precio 132. reales en
pergamino, y 176. en pasta.

Excelencias del Matrimonio, y obligaciones de las per-
sonas que abrazan este estado, &c. traducidas por el mis-
mo, dos tomos en octavo, su precio 12. reales en perga-
mino, y 16. en pasta.

Los tratados del Sacerdocio, escritos por San Juan Chry-
sostomo, y traducidos al Castellano, un tomo en octavo, su
precio seis reales en pergamino, y ocho en pasta.

Coluti Thebani de Raptu Helenæ, en Griego, y en
Castellano, un tomo en quarto, su precio siete reales en
pergamino, y 12. en pasta.

Examen de Boticarios, un tomo en octavo, su precio
seis reales en pergamino, y ocho en pasta.

Conocimiento de las catorce Aves menores de Jaula,
su cántico, enfermedades, curacion, &c. un tomo en octa-
vo, su precio quatro reales en pergamino, y seis en
pasta.

Soliloquios del Alma, escritos por el Venerable Tho-
màs de Kempis, en Castellano: un tomo en octavo, su pre-
cio tres reales en pergamino, y seis en pasta.

Carta acerca de la inoculacion de las viruelas, su pre-
cio tres reales.

AÑO

Pag. 1

AÑO PANEGYRICO. SERMON

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION
del Señor.

*Postquam consummati sunt dies octo, ut circumci-
deretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus.*

Al octavo dia despues del nacimiento del Niño,
dia de su Circuncision, se le puso por nombre
Jesus. *Luc. 2.*



Ué consuelo, Catholicos, el de esta
festividad! ¡Qué dia este tan feliz pa-
ra dar principio al año! Acaba Dios de
consolarnos con la venida de su ama-
do, y unigenito Hijo, pocos dias há
que le vimos nacer, y oy todo nos anuncia, y ma-
nifiesta, que nació para salvarnos.

Y à la verdad, Señores, ¿qué puede significar es-
ta ceremonia, pregunta Origenes? Dios mandó à
Abraham, que todos los niños de su posteridad fue-
sen circuncidados al octavo dia de su nacimiento:
Pero ya fuese la Circuncision una señal vergonzosa,
ò ya una dolorosa expiacion del primer pecado,
¿qué conexion puede tener con el Hijo de Maria?

Tom. I.

A

Su

EN LA MISMA LIBRERIA DE JUAN
de Llera, se venden los Libros siguientes.

Sermones del Ilustrísimo Señor Don Juan Bautista Ma-
sillon, &c. Traducidos por el Padre Don Pedro Diaz de
Guereñu, de la Congregacion de Clerigos Reglares de San
Cayetano, once tomos en quarto, su precio 132. reales en
pergamino, y 176. en pasta.

Excelencias del Matrimonio, y obligaciones de las per-
sonas que abrazan este estado, &c. traducidas por el mis-
mo, dos tomos en octavo, su precio 12. reales en perga-
mino, y 16. en pasta.

Los tratados del Sacerdocio, escritos por San Juan Chry-
sostomo, y traducidos al Castellano, un tomo en octavo, su
precio seis reales en pergamino, y ocho en pasta.

Coluti Thebani de Raptu Helenæ, en Griego, y en
Castellano, un tomo en quarto, su precio siete reales en
pergamino, y 12. en pasta.

Examen de Boticarios, un tomo en octavo, su precio
seis reales en pergamino, y ocho en pasta.

Conocimiento de las catorce Aves menores de Jaula,
su cántico, enfermedades, curacion, &c. un tomo en octa-
vo, su precio quatro reales en pergamino, y seis en
pasta.

Soliloquios del Alma, escritos por el Venerable Tho-
màs de Kempis, en Castellano: un tomo en octavo, su pre-
cio tres reales en pergamino, y seis en pasta.

Carta acerca de la inoculacion de las viruelas, su pre-
cio tres reales.

AÑO

Pag. 1

AÑO PANEGYRICO. SERMON

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION
del Señor.

*Postquam consummati sunt dies octo, ut circumci-
deretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus.*

Al octavo dia despues del nacimiento del Niño,
dia de su Circuncision, se le puso por nombre
Jesus. *Luc. 2.*



Ué consuelo, Catholicos, el de esta
festividad! ¡Qué dia este tan feliz pa-
ra dar principio al año! Acaba Dios de
consolarnos con la venida de su ama-
do, y unigenito Hijo, pocos dias há
que le vimos nacer, y oy todo nos anuncia, y ma-
nifiesta, que nació para salvarnos.

Y à la verdad, Señores, ¿qué puede significar es-
ta ceremonia, pregunta Origenes? Dios mandó à
Abraham, que todos los niños de su posteridad fue-
sen circuncidados al octavo dia de su nacimiento:
Pero ya fuese la Circuncision una señal vergonzosa,
ò ya una dolorosa expiacion del primer pecado,
¿qué conexion puede tener con el Hijo de Maria?

Tom. I.

A

Su

Su carne, obra del Espíritu Santo, y consiguientemente santa en su mismo origen, no podía tener mancha alguna que expiar; ¿pues qué podía significar la Circuncision que en ella se executa? ¡Ah, Catholicos, responde Origenes, el nombre de Jesus, que se le impone, explica todo el Misterio: la herida que recibe, denota, no un pecador, sino la víctima del pecado, y la poca sangre, que oy derrama, añade San Agustin, es, por decirlo así, una prenda que nos dá anticipadamente de que la ha de derramar toda por nosotros.

Ved aquí, ó Dios mio, ved aquí una víctima, digna de vos: herid, Señor, ya podeis vengar vuestra gloria. Hasta ahora se han perdido vuestros golpes, por haver caído sobre unas criaturas tan indignas de teneros por Juez, como por Padre; señalad vuestra venganza con otros golpes mas nobles: ved aquí un hijo de Adán: ya se vé impresa en su cuerpo la señal de su descendencia; pero advertid, Señor, que al mismo tiempo que cayga sobre él vuestro rayo, caerá tambien sobre vuestro Hijo: ¿qué otra víctima se podrá presentar à vuestra indignacion!

Y vosotros, Catholicos, reflexionad atentamente en las ideas, que deben ocuparos en este dia: ¿qué verdades tan sublimes, y qué verdades de tanto consuelo nos anuncia este Jesus Circuncidado! Recoged vuestra imaginacion, suspended, à lo menos por algunos momentos, las distracciones tumultuosas, cuya ridicula necesidad os impone el mundo en estos dias: el presente, que acaba de hacernos el Cielo, es digno de alguna atencion: Dios es oy glorificado en Jesu-Christo, y los hombres

acaban de recibir la paz, y la salud; y para vuestro mayor consuelo, os propondré en dos palabras todo el asunto de mi discurso.

La gloria que Jesu-Christo, como Salvador, dá à su Padre, nos enseña cómo debemos honrar al Señor: este será el objeto de la primera parte.

La salud que Jesu-Christo proporciona à la tierra en calidad de Salvador, nos enseña lo que debemos esperar del Señor; esto será el objeto de la segunda.

¡Oh, Jesus! No hay nombre que pueda ser mas glorioso, y feliz para el Universo: ¡qué consuelo para mí el poder consagrar en este año las primicias de mi voz, celebrando vuestras maravillas! ¡Oh, Jesus! nombre el mas suave de todos los nombres, reynad, reynad vos solo en mi corazon; no haya otro nombre en mi boca: este nombre dará fuerza, y eficacia à mis palabras, para poderle imprimir en los corazones de todos mis oyentes: tened à bien, Señor, que yo llegue à implorar vuestra gracia, valiendome de la intercesion de vuestra Soberana Madre. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

¿A Qué fin se nos dá oy este Salvador? ¿Qué significa este Jesus? ¿Qué quiere decir esa sangre, que ya se derrama? ¿Por qué nuestro Dios, Señor siempre independiente, se ha determinado à darnos à su Hijo unigenito, mandandole que se ofrezca en sacrificio por nosotros? Todo esto, Catholicos, supone unas verdades, que por una parte

son para nosotros de mucho abatimiento, y por otra muy gloriosas: nosotros teniamos necesidad de un Salvador, pues nos hallabamos en desgracia de nuestro Dios. El mundo necesitaba de un reparador, por haberse hecho obra indigna de su Soberano Artifice: necesitabamos de un Pontifice, y de un mediador: el Cielo havia roto su comercio con la tierra: ¡qué ideas estas tan tristes, Catholicos! Pero ya no debemos acordarnos de ellas, sino para reflexionar en la gloria que de ellas supo sacar nuestro Dios: el Señor nos dá Jesus, è inmediatamente todo este mundo se convierte en la obra mas perfecta, que pudo salir de las manos del Criador: en ella resplandecen con mas claridad las divinas perfecciones, y se asegura à la Divinidad el mas perfecto, y soberano de todos los cultos: en dos palabras; Dios se manifiesta al mundo, y el mundo se hace capaz de honrar verdaderamente à Dios: estas, Señores, son las dos maravillas, obradas por Jesu-Christo para gloria de su Padre.

¿Pero puede acaso darse obra mas magnifica, que la primera obra del Criador? Despues de una eternidad entera, por decirlo asi, en que Dios estuvo solo dentro de sí mismo, se determina, por ultimo, à salir de su Santuario eterno, por medio de la produccion de las criaturas: ¡qué magnificencia, y magestad! En todas partes resplandece el poder del Criador: ¡qué profusion de prodigios! Mirad, Catholicos, mirad ese Cielo estrellado, que sirve de hermoso trono al Criador; mirad la tierra en donde ya habita, como en magnifico Templo. ¡Qué orden, y qué armonía se advierte en todas partes! Todo

es

es digno de la aprobacion del mismo Criador: y à no tener noticia de Jesus, de un Dios Salvador, no pudieramos imaginar cosa mas grande; pero inmediatamente que le conocemos, Ah! todo lo demás nos parece despreciable: esta, Catholicos, es la mayor obra de la omnipotencia; un mundo de quien es parte un Dios encarnado: ¿conoceis bien, Señores, todo lo que significa esta palabra? Un Dios encarnado, quita al mundo todo lo profano, que en él se halla; ¿y sabeis cómo? Encarnando Dios, se une al cuerpo, y al espiritu, y de este modo santifica, y diviniza en algun modo à toda la naturaleza.

Este mismo Jesus me dá la justa idea, que yo debo formar de mi Dios: es verdad, que el mismo Señor se la havia dado à su Profeta, diciendole: Yo soy quien soy, y antes de mí nada hubo; pero esta magnifica idea no me parecia estar hasta entonces suficientemente fundada en alguna de sus obras: le oygo mandar à la nada, quando crió el Universo: su poder me llena de temor; el orden que establece en todas las cosas, me manifiesta su sabiduría: en la creacion del hombre, à quien forma igualmente libre para el bien, y para el mal, conozco, y admiro su bondad, y su justicia; pero, apenas me atrevo, Señores, à decirlo, para que yo llegase à conocerle como es en sí, fue preciso que Adan pecase, y que se introduxese el desorden en el mundo; porque de resultas de este desorden, se manifiesta Jesu-Christo para reparar el agravio hecho à su Padre; y entonces confundido dentro de mí nada, me veo precisado à exclamar: ¡Oh, Dios! ¡Quién como vos! Vos, Señor, sois infinito en vuestra

tra

tra esencia, y en todos vuestros atributos: nada es en vuestra comparacion todo este vasto universo.

Buelvo à repetir, Catholicos, ¿para qué se nos dà un Dios Salvador, sino para reparar la gloria de un Dios ofendido, à quien solamente el mismo Dios podia desagrar? Aunque se trastornára todo este vasto universo, aunque fueran arrojados de él todos los mortales, aunque todos los hijos de Adan fuesen condenados à eternos suplicios, no seria suficiente reparacion del pecado, ni quedaria satisfecha la divina venganza: ofreced à Dios las virtudes de todas las criaturas, crie el Señor otras aun mucho mas perfectas, y juntense todas para entregarse à los exercicios de la mas austera penitencia, nada de esto seria suficiente reparacion del pecado, ni quedaria satisfecha la divina venganza: si todas las Inteligencias Celestes encarnáran, y expiráran todas juntas entre los mas crueles, y terribles suplicios, no seria suficiente reparacion del pecado, ni quedaria satisfecha la divina venganza; y la razon es bien clara, Catholicos, porque no habria proporcion entre la persona ofendida, y la que ofrecia la satisfaccion: solamente Jesus, Dios encarnado, podia satisfacer. ¡Oh, grandeza, oh, magestad de nuestro Dios! ¿Conoceis ya, Catholicos, su magnificencia, y su bondad?

Y asi, ni los dones con que estuvo enriquecido el primer hombre en el estado de la inocencia, ni los mismos dones comunicados à su posteridad, ni el patrimonio de gracia, y de virtud prometido à todo el genero humano, nada de esto manifestaba suficientemente la grandeza de nuestro Dios: las de-

licias del Parayso terrestre, aquella gloria, y aquella felicidad eterna que nos preparaba el Señor en su propio seno, tampoco eran suficientes para manifestarnos un Dios, cuyo amor à sus criaturas fue tan grande, que por salvarlas entregó al sacrificio à su Hijo Unigenito; este es verdaderamente un exceso incomprehensible de amor, el que solamente podia manifestarnos Jesus, Dios encarnado.

Pero aun esto, no era mas que un ensayo, si es licito decirlo asi, de la maravilla que Jesus havia de obrar para gloria de su Padre. Finalmente, el Criador saca de su obra una gloria digna de su magestad: el hombre Dios que le precede en todos sus caminos, hace que se le tributen unos respetos, dignos de su grandeza.

Es cierto, que nuestro Jesus nace en la plenitud de los tiempos, pero tambien lo es, que antes de todos los siglos existia en la mente del Criador: ayer, dice el Apostol, existia, del mismo modo que existe oy, es decir; por Jesu-Christo, y en consideracion à Jesu-Christo la penitencia de Adan fue elevada desde el principio al merito de las obras satisfactorias, y sus lagrimas tienen virtud, para lavar la mancha de su pecado: por Jesu-Christo, y en consideracion à Jesu-Christo son aceptos à Dios los sacrificios de Abel: Jesu-Christo, constituido desde entonces mediador, deriene el brazo de Dios, que amenaza sepultar à todo el mundo en el Diluvio: Un justo se salva, pero solamente es justo por Jesu-Christo. Por Jesu-Christo, y en consideracion à Jesu-Christo, la fé de Abraham se mira como justicia, y merece las recompensas, con que Dios le premia:

finalmente, sin Jesu-Christo no quiere recibir el Criador respeto alguno de sus criaturas: la ley que el mismo Dios dá à Moyses, en tanto le es agradable, en quanto prepara à Jezu-Christo: el olor de sus mas puros holocaustos sube hasta su Trono, solamente porque representa el gran Sacrificio de Jesu-Christo: en tanto le agrada la multitud de sus ceremonias, en quanto son figuras de la venida, y de los Misterios de Jesus: esta, señores, es la gran Theología de San Pablo, explicada por San Agustin.

Pero ya es tiempo, de que se disipen las sombras, pues nos alumbra la luz. El grande Oriente nos ha visitado desde lo alto: nació Jesu-Christo; ahora es quando principalmente puede el hombre alabar à su Dios, y darle gracias: ya tenemos una víctima que poderle ofrecer, digna de su magestad, y un principio de virtudes, y meritos, propios para honrarle.

Pero para mas aclarar esta idea, sin salir de los terminos de la mas exacta verdad, supongamos, que se huviera executado indefectiblemente el primer sistema del Criador en favor del Mundo: supongamos à Adan siempre fiel, y siempre justo, huviera adorado, huviera alavado à su Criador, y el Criador huviera tambien aceptado sus respetos; ¿pero serían estos, en todo rigor, dignos de la magestad de Dios? Ah, Catolicos, ¿Qué proporcion puede haver entre la nada, y el ser supremo, entre el hombre, y Dios? Es verdad, que estos respetos serían respetos de un hijo adoptivo para con su padre; pero tambien serían respetos de una pura criatura para con su Criador, y consiguientemente

te

te unos respetos infinitamente desproporcionados: pero por la mediacion de Jesu-Christo ya son respetos de un Dios: oid la prueba, y reparad en que no hago mas que copiar à San Pablo.

Pero advertid atentamente la fuerza de la Ex-pression del Apostol: Dios, dice, se arrepintió de haver formado al hombre, no obstante haver sido tan perfecto en el instante de su Creacion: Adan se halla en el estado de la inocencia, y ya Dios se arrepiente de haverle criado; pero no puede arrepentirse de haverle reparado, y si es licito usar de esta expression, de haverle buuelto à criar de nuevo en Jesu-Christo. ¿Y por qué Catolicos? Porque Dios, prosigue el Apostol, está en Jesu-Christo reconciliandose el mismo al Mundo: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*. Todos nosotros estamos en Jesu-Christo, Dios está en él, y por este admirable secreto nosotros nos acercamos à la Divinidad, se llena el infinito espacio que havia entre nosotros, y la Divina Esencia, y se arruina el muro de division que entre ella, y nosotros havia levantado la culpa: por nuestra naturaleza eramos nada, y menos que la nada por el pecado, y ahora somos criados de nuevo en Jesu-Christo: *Creati in Christo Jesu*. Y por un efecto de esta nueva Creacion somos hijos de Dios, y en algun modo, Dios es por Jesu-Christo: *Filii Dei*. Siendo partes reales, y verdaderas del cuerpo de un Dios, que se constituyó cabeza nuestra, *Concorporales*, ya en algun modo somos Ciudadanos de la Ciudad Santa: *Cives Sanctorum*. Levantemos, pues, nuestro espiritu, y nuestros corazones: ya podemos adorar, y alabar à nuestro Dios en Je-

su-Christo: *in Christo Jesu*. En él, y por él los mismos Angeles le alaban, le adoran, y tiemblan: nosotros nos juntamos con ellos, para formar en su compañía, bajo una misma cabeza, un solo coro de alabanzas: con ellos cantamos, *Padre Eterno, honor, y gloria à vuestra Magestad por Jesu-Christo*, y así, ya adoremos, ya demos gracias, ya alabemos, ò ya pidamos, siempre es por Jesu-Christo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, y esta es la conclusion de todas nuestras oraciones: ved, pues, aqui, Catolicos, una razon, que acaso nunca habiaís bien examinado, y es, que nosotros nada somos en la presencia de Dios, sin Jesu-Christo; pero advertid tambien, que estando unidos à Jesu-Christo, tenemos la seguridad de que nuestras alabanzas, nuestras acciones de gracias, nuestra oracion, y nuestros respetos son tales, que Dios no puede recibir otros mas nobles, ni mas dignos de su Magestad. Y si me preguntais ¿cómo es esto? No me canso de repetir este excelente principio. Yo estoy en Jesu-Christo, y todo lo soy por Jesu-Christo: yo, vil criatura, no soy quien le adora; le conozco, por la fé que tengo en Jesu-Christo: Jesu-Christo que está en mí, es quien adora, quien pide, y quien da gracias: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*.

¿Quereis, pues, una víctima, digna de ser presentada à nuestro Dios? Oh, Señor, decia el Profeta, si se os ha de adorar segun la grandeza de vuestra magestad, no hay bastante madera en el Libano, para fabricaros Altares: la tierra no produce suficiente numero de animales, para ofreceros sacrificios: si miramos al hombre, ¿qué es su co-
ra-

razon? todos sus deseos no alcanzan, para ser digna ofrenda vuestra. ¿En otra religion, que no fuera la que nos enseñó un hombre Dios, pudieramos hacer mas? Pero ya, en este hombre Dios, tenemos el Autor, y consumidor de nuestro culto; ya podemos edificar Templos; nuestro mismo Jesus es la piedra, que sirve de fundamento: *Ipsa summo angulari lapide Christo Jesu*. Sobre este fundamento, todo edificio es un templo santo, y digno de Dios: *Omnis ædificatio crescit in templum sanctum*: levantad, Fieles, levantad altares al Señor; yo que ocupo el lugar de Jesu-Christo, que no obstante mi indignidad, me hallo revestido de su Sacerdocio, que soy Ministro de este nuevo Melchisedec, que represento al hombre Dios, unico Pontifice, y unica víctima de nuestra Santa Religion, me presento sin temor; juntaos vosotros conmigo, amados Oyentes míos; en mi nombre, y en el vuestro digo, sin el menor recelo: recibid, Padre Santo, recibid esta Hostia; esta Hostia, que es el mismo Jesu-Christo, es hombre, y así puedo ofrecerle, y sacrificarle; es Dios, y por tanto su sacrificio es infinito.

Quanto mas examino à todas las criaturas, mas de cerca veo su nada; si registro mi miserable corazon, todavia hallo en él menos que la nada, pues veo que es deposito del pecado; pero en virtud de mi union con Jesu-Christo, ya no obro sino con Jesu-Christo, ò por mejor decir, él es quien obra en mí; y así, él es quien merece por mí. Si, Catolicos, el verdadero merito es propio de Jesu-Christo: nuestra dignidad, y nuestro merito para con Dios, proviene de la gracia, y ésta se nos dá por Jesu-Christo.

Fundado en este principio, prosigo diciendo con el Apostol: ¿qué motivo puedo yo tener, para gloriarme? Mi fé en Jesus destruye en mí toda mi propia gloria: si me quitais à mi Jesus, solamente me dexais mi propia nada: dadme una ley sin Jesus, que me dé fuerza para cumplirla, y la misma ley me guiará à la muerte: esta es la interpretacion de San Agustin al texto de San Pablo: separad mis obras de las de Jesus, y no tendran valor, ni merito alguno en la presencia de Dios: Jesus es quien me distingue, Jesus quien me anima: él es mi vida, mi gloria, y lo es todo para mí: y asi, por la fé en Jesu-Christo toda criatura desaparece en la presencia de Dios: esta preciosa nada, à que la fé nos reduce, es el medio, para que le honren nuestras virtudes: de este modo le glorifican nuestros meritos, manifestandose en ellos tanto su justicia, como su bondad: su bondad, haciendome participe de los meritos de Jesus; su justicia, porque los meritos, que se me comunican, merecen en la realidad, la felicidad infinita con que me recompensa: me recompensa, pues, como Dios magnífico, y como Dios justo: en una palabra, siendo honrado como Dios, me recompensa tambien como Dios.

¡Qué hermosa Religion, y qué culto tan admirable el nuestro, Catolicos! En esta Religion, la Cabeza, el Pontífice, el Adorador, y la Víctima, todo es Dios: la criatura solo entra en ella, como miembro de un hombre Dios: culto por consiguiente divino, y que durará hasta la consumacion de los siglos: el Pontífice siempre vive, prosigue San Pablo: *Semper vivens*. Está sentado à la diestra de Dios, y coloca-

cado en lo mas alto de los Cielos, como Ministro de un tabernaculo, levantado por mano del mismo Dios, y siempre intercediendo por nosotros: *Semper vivens ad interpellandum*. La víctima, aunque todos los dias se ofrece mil veces en sacrificio, vive, y vivirá eternamente: el Sacerdocio es eterno, pues asi lo ha jurado el Señor, y debe ser eterno tanto por la calidad del Pontífice, como por la de la víctima: Pontífice, y víctima son el mismo Hijo, que siempre permanece en el estado de la mayor perfeccion: *Filium in æternum perfectum*. ¡Oh, Dios mio! ¡Quanto se complace mi corazon, en veros honrado de este modo! Os doy gracias, Señor, por Jesu-Christo, de que una fé tan admirable haya sido anunciada por toda la tierra.

Hagamos, pues, una breve recopilacion de todo lo dicho: solamente Jesus es grande en el mundo, y el mundo nada es en la presencia de Dios sin Jesu-Christo: nada debemos amar, ni estimar, sino à Jesu-Christo, ó en orden à Jesu-Christo: solo Jesu-Christo puede honrar à Dios, y merecer para con Dios. Y asi, debemos unirnos con Jesu-Christo por medio de la fé, y de las obras, con el espiritu, y con el corazon, para que de este modo podamos llegar nos à Dios, glorificarle, y merecer sus recompensas: debemos honrar à Jesu-Christo en las criaturas, y à Dios por Jesu-Christo. ¡Qué grande influxo tienen estas dos conclusiones en toda la moral! Pero veamos ahora qual es el bien, que Jesus nos proporciona en consecuencia de esta gloria, que dá à su Padre, que es el objeto de la segunda parte.

SE-

SEGUNDA PARTE.

EN ningun pasage se manifiesta tan magnífica la Divina Escritura, como en aquellos en que nos promete à Jesu-Christo: ya nos le figure en su historia, ya nos le anuncie por medio de sus Profetas, siempre es usando de las mas agradables imagenes: en su historia le vemos entregado en un Josef, y vendido por sus hermanos envidiosos; pero conservando siempre el carácter de hermano, llega à ser su Salvador: le vemos en Moyses, hecho siempre el blanco de las contradicciones de un Pueblo ingrato, cuyas cadenas rompe, casi à pesar del mismo Pueblo: paso en silencio à un Jonathas, el mas fino de todos los amigos, que toma à su cargo la defensa de su amado David, aún contra sus propios intereses, y está dispuesto à ceder su trono, renunciando sus derechos, y aún à dar su propia vida, por salvarle; pero examinemos las profecías, y con especialidad una, cuyas señales son todas extraordinarias.

Se nos ha dado un Niño, dice el Profeta Isaías, que es Rey por dos razones, por hijo de David, y por hijo de Dios: como hijo de David, se sentará sobre su trono; y como hijo de Dios, y Dios por naturaleza, fundará un Imperio eterno; y su reynado será el reynado de la paz, por lo que será llamado Principe de la paz, Padre de la eternidad, y Angel del gran consejo: su admirable nombre significa aun mucho mas que todo esto: ¡Oh, Israel! ¡quántas maravillas vá à obrar à tu favor el amor de tu Dios!

Dios! Por medio de este Divino Niño gozarás de una paz inalterable, y no tendrás mas enemigos.

¿Pero qué enemigos son estos; pregunta San Agustín, cuya derrota nos havia de asegurar la paz? Bien se dexa conocer, Catholicos, por la ruina que havia padecido nuestra naturaleza, que el principal de estos enemigos era el Principe del pecado; pero ya, finalmente, se rompieron sus cadenas, y estarán rotas para siempre, si nosotros queremos. Ved, pues, los tres grados por donde nos hace pasar nuestro Jesus, para guiarnos à la eterna salud, que nos promete su nombre. Nos purifica de nuestros pecados, nos dá auxilios para no cometer otros nuevos, y nos guía à la vida en que ya no podemos pecar: todas son palabras de San Agustín: explicaré por menor la idea de este Santo Doctor.

Es verdad que no dexamos de nacer siempre hijos de Adán, y consiguientemente pecadores; pero tenemos un primogenito, con cuya sangre podemos renacer; y así, no pongamos limites à la gracia que se nos hace.

En la ley antigua, dice San Pablo, la sangre de los animales, purificaba las manchas de la carne, ¿pues cómo en la nueva ley no ha de purificar las conciencias la sangre de Jesu-Christo? El Salvador pide, ¿podrá menos de ser oído? ¿han de ser ineficaces los deseos de un Dios? Funda su oracion en su sacrificio; derrama su sangre, ¿pues cómo ha de ser despreciada la voz de su sangre, que está clamando? La sangre de Abel pidió venganza, y la obtuvo, ¿pues cómo era posible que la sangre de un Dios pidiese en vano misericordia?

Oh,

Oh, vosotros, depositarios de esta sangre, Ministros de Jesu-Christo, que teneis en vuestras manos las llaves de este inagotable manantial, no anunciéis sino paz: clamad continuamente, como el Apostol, paz à los que estan cerca, paz à los que estan lejos, y paz à todos: la paz es general, y así es universal para todos.

Si no todos se aprovechan de ella, adoremos en este punto los incomprehensibles misterios de Dios; adoremoslos, pero no por eso pongamos limites al poder, ni à la bondad del Redentor: el principio establecido por San Pablo, siempre subsiste: el merito de un Dios es infinitamente superior à la ofensa del hombre: el decreto de proscripcion, no puede ser mas extensivo que el decreto de gracia; ¿pero qué necesidad tenemos aqui de controversias? Con vosotros hablo, Catholicos; no tengo necesidad de hablar mas, que para vosotros: y entre vosotros es indubitable, que no se halla persona alguna que no tenga derecho de aplicarse los frutos de la redencion.

La gracia es universal, y para todos los pecados: de este principio, siempre el mismo, sale siempre la misma consequencia: es à saber, que la satisfaccion de un Dios, debe necesariamente ser, no solo completa, sino tambien superabundante en sí misma: un solo pecado atrajo la maldicion sobre todos los hombres; y todos los pecados quedaron borrados con la bendicion de un hombre solo. ¡Qué Theologia de tanto consuelo es para nuestra confianza la extension que tienen los meritos de un Dios! Mil veces se os ha repetido, Catholicos, este principio.

cipio: sabed oy la razon de él: aunque el numero de vuestros pecados fuese mayor que el de los cabellos de vuestra cabeza, la sangre de un Dios basta para alcanzaros el perdon: Pedro Apostata, y Pablo perseguidor, ambos alcanzaron perdon, y gracia: Ah, Catholicos! Oy quisiera desterrar para siempre de vuestros corazones, no solamente la desesperacion, sino tambien el miedo, y la desconfianza: Ah! acaso, imitando al hijo del primer hombre, habreis dicho: *Major est iniquitas mea quam ut veniam merear*: Mi iniquidad es demasiado grande, para que yo pueda esperar que se me perdone: es verdad, Catholicos, que atendiendo solamente à vuestros propios meritos, por leve que sea vuestra culpa, no podreis alcanzar perdon de ella; ¿pero qué iniquidad podrá haver tan grande que no alcance à borrarla la sangre de un Dios?

La gracia no admite restriccion, se estiende à todos los tiempos de nuestra vida, y así, no debemos nosotros minorar los meritos de nuestro Redentor; aunque nos hayamos reconciliado mil veces, todavia podemos bolvernòs à reconciliar de nuevo; pero Ay! dirá el pecador tímido: he sido tantas veces rebelde, toda mi vida ha sido un continuo circulo de penitencias, y recaídas; he sido Christiano, quando se me hablaba con eficacia de mi Religion, y mundano, y aun peor que idólatra, luego que me hallaba en las compañías del mundo: he sido Christiano en las Iglesias, y en los dias de pública solemnidad, y mundano en las fiestas, y concurrencias profanas: ¿no me hallo, pues, constituido en el estado de aquellos de quienes se dice, que querrán salvarse, y no podrán?

¿Qué es lo que decís, Catholicos? Despreciad estas ideas, y creed à los movimientos de compuncion, y amor, que acaban de excitarse en vuestros corazones: creed à esas lagrimas, que os hace derramar la consideracion de la bondad de nuestro Dios: entregad, sin recelo, vuestros corazones à esos pensamientos de amor: dad libertad para que corran esas lagrimas de penitencia, y estad seguros de que mezcladas con la sangre de vuestro Redentor, bastan para borrar todos vuestros delitos.

Pero me replicareis, que mil veces se han bañado vuestros ojos en lagrimas, sin que hayan dexado en vuestro corazon mas que tibieza, y esterilidad; y bien, ¿por eso habeis de desconfiar de la misericordia de nuestro Dios? ¿Os parece que si quisiera perderos, os huviera dado à su Hijo? ¡Oh, Jesus mio! Ya veo anticipadamente todas vuestras venas rotas, y vuestro cuerpo despedazado: os veo espirar en una Cruz: à esto os obliga el amor que nos teneis: solamente reservais para la Cruz el resto de esa sangre, con cuyo precio adquirís desde oy el titulo de Salvador.

Y asi, Catholicos, vamos todos à poner nuestras iniquidades sobre la cabeza de esta víctima de maldicion, que se entrega à nosotros: acercate tú, juventud flaca, en quien empezó casi à un mismo tiempo el uso de la razon, y el de las culpas, que tantas veces has experimentado ya la depravacion de la naturaleza, acercate, y descarga sobre la cabeza de esta víctima tantas iniquidades, las que no refero por escusar esta mortificacion à tu pudor: tú, ancianidad, oprimida mas con el pe-

so de tus delitos, que con el de los años, vén, y pon tantos pecados de regalo, de luxo, de inhumanidad para con los miembros de Jesu-Christo, de injusticia, y de irreligion, tantos pecados. ¿pero porque os he de echar yo en cara, Catholicos, vuestras culpas en un dia de perdon general? ¿por qué me he de acordar yo de ellas, quando el mismo Señor promete olvidarlas? *Non, non recordabor amplius.*

No se acobarde, pues, oy vuestra fragilidad, no obstante las repetidas experiencias que teneis de vuestra flaqueza: al mismo tiempo que cargais vuestras iniquidades sobre la cabeza de la víctima, poned, si es licito decirlo asi, poned la mano en su sangre: ¿qué valor no adquirireis con este contacto? y aun si quereis, quedareis invencibles.

No obstante, es indubitable, que siempre quedaremos sujetos à la rebelion de la carne, y à los insultos de la concupiscencia: la paz nunca será tan perfecta en la tierra, que no quede à nuestros enemigos parte de sus antiguas fuerzas para hacernos guerra; pero esta guerra servirá de materia à nuestro triunfo: los divinos auxilios corren ácia nosotros por tantos canales, que de nosotros depende el vencer siempre, y si no queremos, nunca seremos vencidos.

Jesus, aquel inocente Jacob, cargado de los despojos de nuestra mortalidad, no cesa de rogar à su Eterno Padre: es verdad que nosotros nada podemos con nuestros propios meritos; las manos que levantamos al Cielo están manchadas con la culpa de nuestra rebelion: *Manus, manus sunt Esau.* Pero la voz del amoroso Jacob, es la voz de Jesus, que pide por nosotros: *Vox quidem, vox Jacob est.* ¿Pues qué podrá

drá negar à esta voz un Dios tan justo? Esta es la voz de su hijo: el Señor derrama sus bendiciones sobre este hijo querido: y para nuestra mayor felicidad está en nosotros, y nosotros en él; y solamente nosotros nos aprovechamos de la bendición que él merece.

Presente, pues, el mundo sus mas poderosos atractivos para engañar nuestros corazones; armetse de toda su rabia: y si quereis decir que para resistirle se necesita de una muy poderosa gracia; San Agustin os responde, ¿qué gracia mas poderosa que la de un Dios encarnado, de un Dios crucificado? *¿Que potentior gratia?*

Para mejor conocer la virtud, y eficacia de esta gracia, comparadla, decia en otro tiempo San Agustin, con la gracia de Adan en el estado de la inocencia, sin concupiscencia, y sin pasiones. Sin duda os causará admiracion, que yo me atreva à proponer este paralelo; pero Dios, prosigue el mismo Santo Doctor, crió al primer hombre en este estado, para que se viese lo que su libre alvedrio podia por sí solo: ¿y qué fue lo que pudo? Inmediatamente cayó Adan, y à todos nos ofendió su flaqueza; ¿pero cómo se levantó despues este hombre tan flaco? ¿cómo pudo despues mantenerse por tanto tiempo? En novecientos años, no obstante el fuego de la concupiscencia, à pesar de los estímulos de las pasiones, y de la rebelion de la carne, en novecientos años no se cansó su constancia: ¿de qué proviene esta diferencia? En esto debéis conocer, Catholicos, las ventajas de la gracia del Salvador: ésta hace invencible al libre alvedrio, el que

sin

sin ella se rindió, y aun acaso no huviera podido menos de rendirse.

Pero despues con especialidad, que esa divina sangre se derramó en la tierra, ¿qué fuerza no ha comunicado à nuestra naturaleza? No nos lo preguntemos à nosotros, que continuamente nos estamos quejando de la ineficacia de la gracia, porque solo cuidamos de ahogar sus auxilios en nuestros corazones: preguntad à los Apostoles, preguntad à los Martyres: *Hoc Sanctorum Martyria docuerunt*, continúa San Agustin: ¿quién vió jamás ceder, ò ablandarse à aquellos corazones, endurecidos, por decirlo así, con la sangre del Cordero? Contad, si podeis, los Heroes que ha hecho esta gracia, y los que está haciendo à nuestra vista todos los dias: contad los ricos, que se despojaron de sus bienes, por aliviar, y socorrer à los pobres; los pobres que antepusieron su pobreza à todas las riquezas: las Virgenes, que han imitado en la tierra la vida de los Angeles: los Pastores, que sacrificaron sus vidas por sus ovejas: en todos los estados, en todas las condiciones, en ambos sexos, en todas las edades, en todos los países, y en todos los siglos, hallareis una multitud de estos exemplos del mas perfecto heroismo: ¿pues por qué no nos hemos de parecer nosotros à estos Heroes de la Religion? De nosotros depende solamente el serlo, ayudados de la gracia de Jesu-Christo, y correspondiendo à ella.

Admitid, pues, desde ahora, ò Jesus mio, admitid este excelente nombre, este nombre à quien todo lo criado dobla la rodilla: vos, Señor, sois digno de él. Tributemos honor, y gloria al Cordero que sal-

salvó al mundo. Cantemos cánticos de paz, de alegría, y de triunfo en la tierra: si Jesus es el Salvador, nosotros, Catholicos, somos los salvados: ¿pues qué tenemos que temer? Al oír el nombre de Christianos, tiemblan todos nuestros enemigos: el tiempo que nos queda que pelear es muy corto, y de nosotros solamente dependé el vencer: el premio de la victoria será no poder bolver à ser acometidos: *Novissima libertas non posse peccare*, dice S. Agustin.

Pero ya, prosigue el mismo Santo, ya nós hallamos verdaderamente libres, por havernos adquirido la libertad el mismo Hijo de Dios. La promesa era: *Si vos filius liberavit, tunc veré liberi eritis*. Esta promesa ya está cumplida: nada puede esclavizarnos, si nosotros no queremos: para ser esclavos de Satanás, es necesario que nuestra voluntad consienta libremente en ello, y por su propia eleccion; pero todavia adquirirá mayor perfeccion nuestra naturaleza, quando no podamos sujetarnos à él de modo alguno: ¡oh, qué perfeccion tan grande! Pero, Catholicos, como esta perfeccion es premio, es necesario merecerla, y podemos muy bien alcanzarla por medio de la gracia: este es el ultimo termino à donde nos guia el Redentor: *Novissima libertas non posse peccare*: esta tercera utilidad se sigue necesariamente de las dos primeras: voy à concluir.

Por el pecado de nuestro primer Padre, perdimos, Catholicos, una inmortalidad, prosigue el mismo San Agustin: y ¿qué quiere decir una inmortalidad? Que acaso, como Adan, huvieramos podido no morir: *Prima immortalitas erat posse non mori*: ¿y qué quiere decir no morir? Conservar esta union,

es-

esta mutua dependencia del alma, y el cuerpo, sin salir de esta carcel que encierra, y degrada à nuestra alma, porque, como dicen todos los Santos Padres, esta union es una verdadera carcel. Si conocierais, Catholicos, la excelencia de vuestra alma, si supierais quan impedidas están sus funciones acá en la tierra, os seria muy molesto este cuerpo, y os regocijariais con el pensamiento de que vuestra alma se ha de ver muy presto libre de él; pero tambien es indubitable, que ha de llegar el dia en que bolvais à adquirirle: el Hijo de Dios, tomando carne humana, ennobleció de tal modo esta vil materia, que la proporcionó para que participase tambien de la recompensa; pero le adquirireis reformado, segun el modelo del cuerpo glorioso de Jesu-Christo, como dice San Pablo; dependerá del alma, sin servirla de estorvo: ¡qué cosa tan admirable, y prodigiosa será permanecer por toda la eternidad en este estado, sin poder morir jamás! Esta, pues, es la inmortalidad, que se nos asegura por nuestro Señor Jesu-Christo: *Non posse mori*, porque en este estado ya no podremos perder la justificacion: *Bonum non posse deserere*. ¡Ah, Catholicos! Si era preciso comprar esta segunda utilidad, perdiendo la inmortalidad primera à costa de la muerte, ¿no debemos mirar ésta como gracia?

Sí, Catholicos, de oy en adelante cantaré sobre las ruinas de este cuerpo que se deshace; el mundo admirado de mis santos excesos, me preguntará, quál es el motivo de mi alegría: ver por una parte, le responderé, los Cielos abiertos, y à Jesus, Padre de la eternidad, à mi buen Jesus, sen-

ta-

tado à la diestra de su Padre, que me llama, y convida à participar de su herencia: por otra parte, veo que entre mi buen Jesus, y yo, media un muro de separacion, que es este miserable cuerpo: ¿pues cómo no me he de alegrar al ver que se deshace?

Ah, Catholicos ¡cómo he llegado felizmente à esta ultima reflexion! quisiera detenerme en ella, oy con expecialidad que se renueva el curso del año: y à la verdad, Señores, ¿qué es esta renovacion? No es otra cosa mas que el aniversario de la vanidad de nuestra vida: ¿qué significan estos años, que se acumulan unos sobre otros, y que nos dice este tiempo que corre tan rapidamente? Nos dice, que asi pasan todas las cosas criadas; que nuestra vida se minora sin cesar, que todo nos vá arrimando al sepulcro, y que unos à otros nos precipitamos en él. ¿Oh, ancianos, ¿qué es lo que os dice esa juventud? Que muy presto será preciso que la cedais el puesto; pero tambien tú, ò juventud, serás arrojada de él por los niños que estàs viendo nacer todos los días.

¿Quántas veces se os ha dicho, Catholicos, en semejante dia, que muchos de los que aqui se ven oy en este Templo, no se verán en el año siguiente? ¿ha salido falsa hasta ahora esta profecía? Examinad bien à todos los circunstantes: ¿dónde están aquellos antiguos cómplices de vuestros desordenes? ¿Qué se han hecho los compañeros de vuestros placeres? ¿Qué significan esos vestidos de luto que advierto en muchos de vosotros? Ah! Esposas desconsoladas, que acabais de ver morir entre vuestros brazos al esposo, que tiernamente amabais: hijos afli-

gi-

gidos, amigos fieles, ¿os hemos engañado hasta ahora? Oh, y quántas lagrimas, aun no bien enjutas, acabo de renovar: ¿quántos sepulcros tenemos à la vista, que aun apenas están cerrados?

¿Os parece, Señores, que no ha de suceder lo mismo en este año que empieza oy? La guadaña de la muerte està colgada sobre la cabeza de alguno de nosotros; ¿sobre quién caerá?

No es mi intento, Catholicos, asustaros con imagenes tristes: la muerte no debe ser objeto de temor para un Christiano. Confirmemonos con el modo de pensar del Justo Simeon; no menos felices que él, hemos visto la redencion de Israel; ¿pues qué puede haver en la tierra que nos detenga?

Criaturas vanas, seais las que fuereis, todos hemos de venir à parar en el sepulcro: una ley comun à todos, nos lleva à todos à él por una misma caída: ¿qué importa que yo os siga, ò que vaya antes que vosotras?

Fantasmas de nuestros antojos, dignidades, riquezas, poder, ¿sereis todavia capaces de divertirme? ¡Ah, pobres mortales! ¿y cómo me compadezco de vosotros, quando os veo encarnizados unos contra otros, disputandoos con furor una vil porcion de tierra? Dividanse los Imperios, reyne en la tierra, Catholicos, quien quisiere; el verdadero Reyno está en el Cielo. Este es el Reyno à que debemos aspirar, es el Reyno de Jesu-Christo, su Imperio es eterno, y todos hemos de tener parte en él.

No turbe estos pensamientos, Catholicos, la memoria de nuestros pasados delitos: bien sé que me ha de ser preciso presentarme ante un Tribunal se-

vero; pero si yo quiero, desde ahora estoy reconciliado con mi Juez: bien sé que me es preciso sufrir el decreto de una exactísima justicia; pero esta misma justicia se halla enteramente aplacada con una infinita satisfaccion, la que yo puedo aplicarme desde este mismo instante.

En el instante de la muerte, es, Catholicos, quando mas se gustan las dulzuras de la Religion: ¿qué consuelo se experimenta entonces en tener un Salvador? ¿Qué alegría el morir entre los brazos de Jesus, y teniendo en la boca su dulcísimo nombre? Venid, pues, Jesus mio, venid presto: abrios puertas del Cielo: no puedo, Señores, formar otras expresiones; por una parte, el mundo me está manifestando su fragilidad; por otra mi Jesus me está prometiendome unos bienes eternos, ¿pues cómo he de permitir que mis deseos se dirijan à los bienes del mundo? ¿ni cómo he de pedir que se me retarde la posesion del verdadero bien? No, Jesus mio, venid presto, venid, y poned el sello à mi entera libertad.

Hujus rei gratia fleño genua mea ad Patrem D. N. J. C. poseído de estas santas ideas, me arrodillo oy delante del Padre de mi Señor Jesu-Christo. Oh, Padre Celestial, bendecidnos à todos por los meritos de vuestro Hijo: por su mediacion somos ya hijos vuestros: bendecidnos, Señor, no con la bendicion terrestre de Esau, lo que os pedimos es disgusto del mundo, amor à la eternidad, vuestra paz, y vuestro Reyno; esto os pedimos por Jesu-Christo, *qui vivit, &c.*

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE LA EPIPHANIA.

¿Ubi est, qui natus est, Rex?

¿Dónde está el Rey recién nacido? *Matth. cap. 2.*

EN Jesu-Christo resplandece oy, respecto de los Soberanos, una soberana autoridad, haciendo que los Reyes se arrodillen en su presencia: manifiesta un Soberano poder, haciendose temer de los Reyes; y una Magestad Soberana, haciendose adorar de los mismos Reyes.

¿Qué oposicion se advierte, Catholicos, en las ideas, que nos dán del Salvador, el Misterio de este dia, y el de su nacimiento! Aún podeis tener presente la pobreza, y soledad, en que se halló al salir del seno de Maria; en aquella noche no tuvimos compañía, que la de unos pobres Pastores, mas propios para manifestar su humillacion en el Pesebre, que para honrarle con sus visitas: en aquella noche todo fue obscuridad, y silencio, y causa admiracion, el que los hombres cuidasen tan poco de recibir al Mesias, à quien havia tantos siglos, que esperaban; pero si bolvemos oy à Bethlem, ¿qué mudanza no se advierte en el mismo lugar? Apenas alcanza la Ciudad toda, para recibir el pomposo aparato de equipages, y el concurso de los Grandes del mundo, que vá à adorar à Jesu-Christo: ya no se vé en aquel pobre establo, mas que oro, purpura,

D 2

y

vero; pero si yo quiero, desde ahora estoy reconciliado con mi Juez: bien sé que me es preciso sufrir el decreto de una exactísima justicia; pero esta misma justicia se halla enteramente aplacada con una infinita satisfaccion, la que yo puedo aplicarme desde este mismo instante.

En el instante de la muerte, es, Catholicos, quando mas se gustan las dulzuras de la Religion: ¿qué consuelo se experimenta entonces en tener un Salvador? ¿Qué alegría el morir entre los brazos de Jesus, y teniendo en la boca su dulcísimo nombre? Venid, pues, Jesus mio, venid presto: abrios puertas del Cielo: no puedo, Señores, formar otras expresiones; por una parte, el mundo me está manifestando su fragilidad; por otra mi Jesus me está prometiendome unos bienes eternos, ¿pues cómo he de permitir que mis deseos se dirijan à los bienes del mundo? ¿ni cómo he de pedir que se me retarde la posesion del verdadero bien? No, Jesus mio, venid presto, venid, y poned el sello à mi entera libertad.

Hujus rei gratia fleño genua mea ad Patrem D. N. J. C. poseído de estas santas ideas, me arrodillo oy delante del Padre de mi Señor Jesu-Christo. Oh, Padre Celestial, bendecidnos à todos por los meritos de vuestro Hijo: por su mediacion somos ya hijos vuestros: bendecidnos, Señor, no con la bendicion terrestre de Esau, lo que os pedimos es disgusto del mundo, amor à la eternidad, vuestra paz, y vuestro Reyno; esto os pedimos por Jesu-Christo, *qui vivit, &c.*

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE LA EPIPHANIA.

¿Ubi est, qui natus est, Rex?

¿Dónde está el Rey recién nacido? *Matth. cap. 2.*

EN Jesu-Christo resplandece oy, respecto de los Soberanos, una soberana autoridad, haciendo que los Reyes se arrodillen en su presencia: manifiesta un Soberano poder, haciendose temer de los Reyes; y una Magestad Soberana, haciendose adorar de los mismos Reyes.

¿Qué oposicion se advierte, Catholicos, en las ideas, que nos dán del Salvador, el Misterio de este dia, y el de su nacimiento! Aún podeis tener presente la pobreza, y soledad, en que se halló al salir del seno de Maria; en aquella noche no tuvimos compañía, que la de unos pobres Pastores, mas propios para manifestar su humillacion en el Pesebre, que para honrarle con sus visitas: en aquella noche todo fue obscuridad, y silencio, y causa admiracion, el que los hombres cuidasen tan poco de recibir al Mesias, à quien havia tantos siglos, que esperaban; pero si bolvemos oy à Bethlem, ¿qué mudanza no se advierte en el mismo lugar? Apenas alcanza la Ciudad toda, para recibir el pomposo aparato de equipages, y el concurso de los Grandes del mundo, que vá à adorar à Jesu-Christo: ya no se vé en aquel pobre establo, mas que oro, purpura,

D 2

y

y perfumes: ya no son Pastores los que le adoran, sino Reyes, que postrados en su presencia, ponen à sus pies sus Coronas: estos Principes, que llegan desde las extremidades del Oriente, han publicado por todo su camino la nueva, que les ha movido à emprender tan largo viage, la han publicado tambien en Jerusalem, y ha llegado hasta el Palacio de Herodes; y asustado con ella el Tyrano, tiembla en su mismo Trono.

Este es, Catolicos, el Misterio, que oy celebra la Iglesia; yo no sé qué ideas havria excitado en vosotros su meditacion; pero à mí me parece, que este es el Misterio del Reynado de Jesu-Christo, así como su nacimiento es el Misterio de su pobreza: en aquel dia visteis, que nació pobre: y que parecia ser Dios solamente de los pobres, pero oy le contemplo Rey, y aun Rey de Reyes.

El Reynado es una qualidad, compuesta de otras muchas, que pueden reducirse à tres principalmente: incluye la autoridad, con la que se hace obedecer; el poder, con el que se hace temer; y la magestad, con la que se hace respetar, y venerar de los hombres. La autoridad es como la basa, y el fundamento del Trono, el poder le sirve de apoyo, y la magestad de adorno: es, pues, indubitable, que entre todos los Soberanos, que hasta ahora han reynado en la tierra, ninguno poseyó mas perfectamente, que Jesu-Christo estas tres prerrogativas. Su Padre le concedió sobre todas las criaturas la misma infinita autoridad, que él tiene sobre ellas, y le comunicó su Omnipotencia, haciendole parte de su naturaleza: y la Divinidad, que habitaba en él corporalmen-

mente, como se explica San Pedro, se manifestaba en su rostro con tan augustas, y claras señales, que solo con dexarse ver, se hacia respetar; pero no obstante todas estas prerrogativas; no obstante ser este mundo visible, parte de su Reyno eterno: su Reyno no era de este mundo; solamente quiso reynar en la tierra, despreciando todas las grandezas terrestres, y aunque desde entonces fue superior à todos los Reyes por razon de su dignidad, se contentó con hacer ver, que por su virtud era mayor, que todos los reynados.

La Epiphania, el Misterio de este dia, es el unico en que se manifestó, como en la realidad era; hizo en este Misterio, lo que suele hacer el Sol en los dias mas oscuros de la estacion, en que nos hallamos; antes de ocultarse enteramente entre las nubes, con que ha de estar encubierto todo el dia, se dexa por ver por un instante, al tiempo de nacer, como para avisar à los hombres que empieza su curso, y que aunque en lo restante del dia no le vean, no por eso dexa de estar presente. Oy, Catolicos, Se manifestó Jesu-Christo con todo el resplandor de su gloria, para dar una prueba indubitable de que era el Rey de todos los hombres, y dió à conocer, que tambien era Rey de Reyes: oy hace ver Jesu-Christo con la mayor claridad à todos los Soberanos, la superioridad de una autoridad soberana, de un poder soberano, y de una Soberana magestad: esto os manifestaré, dividiendo el discurso en tres partes; haciendos ver en la primera, que hace à los Reyes dociles à sus ordenes; en la segunda, como se hace temer de los Reyes; y en la tercera, como

se hace respetar de los mismos Reyes: se hace obedecer à la menor señal, que manifiesta de su voluntad; hace que sea temido hasta su mismo nombre; y solo con dexarse ver, se hace respetar; este es el asunto de este discurso, el que probaré, haciendo algunas breves reflexiones sobre cada punto, saludando antes à la Reyna de los Angeles, y pidiéndola su proteccion. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

Si es cierto, como es comun opinion de los Sagrados Interpretes, siguiendo à San Agustin, y à San Leon, que los Magos llegaron à Bethlem, trece dias despues del Nacimiento del Salvador del mundo, no se puede dudar, que partieron de Arabia, en donde reynaban, inmediatamente que vieron la nueva Estrella, y que un viage tan largo no se pudo hacer en tan pocos dias, sin usar de una extrema diligencia: por eso dixeron ellos mismos, que no havian dilatado su partida, ni un instante: *Ecce vidimus Stellam ejus in Oriente, & venimus.* Inmediatamente que vimos la Estrella, nos pusimos en camino; la vimos, y obedecimos al momento, sin tardanza; apenas se nos intimó la orden para marchar, quando la pusimos en execucion: *Vidimus, & venimus.*

Y à la verdad, la misma Estrella, aunque llevada por un Angel por medio de los ayres, se adelantó muy poco à su marcha: *Et ecce Stella, quam viderant in Oriente, antecedebat eos;* y aún puede ser, que ellos se huviesen adelantado, à no ser la pre-

precision que tuvieron de detenerse en Jerusalem, para informarse del lugar, en que havia nacido Jesu-Christo: bien sé que esta Estrella retarda, ò apresura su movimiento, conformandose con las disposiciones de los Magos, à quien guia: *Temperat gradus,* dice San Agustin, *donec Magos perducatur ad puerum.* Pero tambien sé, que era una figura de la gracia, que, como dice San Bernardo, es enemiga de la lentitud, y tardanza; de modo, que aunque contemporizaba con su flaqueza, nunca hubiera favorecido su negligencia. De donde infero, que no pudo ser mas pronta su obediencia, pues se guia tan de cerca à la obediencia del Angel, que los guiaba, y correspondió en el efecto, al deseo que tenia Jesu-Christo de recibir sus adoraciones, y respetos.

Lo mas admirable en esta obediencia es, que despues de haverse manifestado la Estrella à los Magos en su País, estuvo oculta todo el camino hasta, que llegaron à Bethlem; asi lo sienten muchos sagrados Interpretes. y aun el Evangelio parece, que no dexa razon, para dudar: *Vidimus Stellam ejus Oriente;* vimos su Estrella en Oriente, dicen al Rey Herodes, y poco despues prosigue el Evangelista: *Et ecce Stella, quam viderant in Oriente, antecedebat eos.* Bolvieron à ver repentinamente la Estrella, que se les havia manifestado en Oriente; lo que prueba, que luego que salieron de su País, se les havia ocultado, y asi, luego, que la vieron al salir de Jerusalem, fue tan grande su alegria, que no halló San Mathéo palabras suficientes, para explicarla: *Gavisi sunt gaudio magno valde.* Quedaron

ron llenos de contento; lo que no hubiera sucedido, à no haver sido tan grande su admiracion, y si no huvieran buuelto à ver la Estrella, despues de tan largas tinieblas, y quando ya no lo esperaban: Dios procedió con ellos de este modo, para probar mas su obediencia: si nunca huvieran perdido de vista aquella luz, si siempre huviera caminado delante de ellos, huviera desvanecido todas las dudas, que es regular les ocurriesen en tan largo viage: este milagro continuado, alentando su fé, y manteniendo el fervor, que les havia inspirado en el principio, nada huviera dexado que hacer à los movimientos generosos de su corazon; pero el nuevo Rey queria, que le tributasen una sumision ciega, y penosa; queria, privandolos de aquel exterior auxilio, dar lugar al combate, que sin duda se levantaria en sus almas, entre el deseo de obedecer, y el temor de ser engañados, entre los motivos, y las dificultades de la obediencia.

Pero quisiera averiguar, cómo conocieron aquellos Reyes la voluntad de este nuevo Rey: bien sé que San Agustin dice, que aquella nueva Estrella era la lengua del Cielo, que anunciaba con su resplandor extraordinario el milagro de un Niño nacido de una Virgen: *Magnifica lingua Cæli, quæ inusitatum Virginis partum inusitato fulgore clamaret.* Pero era una lengua muda; por grandes que fuesen sus resplandores, era una señal muy obscura del Nacimiento del Salvador, y aun mas obscura de que la voluntad de Dios los llamase à Bethlem: bien pudiera el Señor haverles enviado por ministerio de un Angel una orden expresa, de que fuesen à donde estaba la cuna del Niño recién nacido; así lo hizo con los Pas-

to-

tores: la dignidad que los Magos ocupaban en el mundo, y las grandes dificultades del precepto, parece pedian mas formalidad, que la que havia en una señal de esta naturaleza; pero el Salvador, que se hizo semejante à los pobres, quiso tratar à los Pastores como à hermanos; y con los Reyes, cuyo fausto, y vanidad venia à pisar, quiso portarse como Rey, y así basta que una Estrella les anuncie el Nacimiento del nuevo Monarca: y si es cierto, como dicen muchos Autores, que aquel Astro tenia una cola como los cometas, la que se estendia ácia la parte de Judea, no era necesario mas para darlos à entender, que el nuevo Rey los esperaba en una Ciudad de aquel Reyno, y que ácia aquella parte debian dirigir su camino: además de que mas vale exponerse à un viage largo, y penoso, que ponerse à riesgo de desobedecer al Soberano: puede ser que el Señor no les pidiese una prueba tan grande de su sumision, pero tambien puede ser que se la pidiese: el vasallo fiel no ha de dudar en seguir el partido, que no puede menos de ser agradable à su Soberano, por muchas dificultades que en él halle.

¿No admirais, pues, Catolicos, la sumision de estos tres Reyes? ¿Si Jesu-Christo se porta con ellos como verdadero Señor, no proceden ellos como zelosos subditos? El Señor se contenta con una señal dudosa para mandarlos, y ellos no esperan mas pruebas para obedecer: no faltaban pretextos, para negarse à abandonar sus Estados, y entrar en Países extrangeros, pero lexos de pensar en formar vanas dificultades, solo piensan en los medios de vencer los obstaculos verdaderos, y que parecian invencibles.

Tom. I.

E

Id,

Id, pues, ò grandes Reyes, Principes verdaderamente dignos de mandar à todo el Orbe, pues tan bien sabeis obedecer, id à tributar vuestros respetos al Niño, que os llama: en nada degradais vuestra dignidad, ofreciendole vuestros servicios, pues el servirle es reynar; id en hora buena; el gusto de verle, servirá de recompensa à vuestras fatigas, y no será este gusto la unica recompensa, que tendreis: à que punto de grandeza, vais à ser enalzados, por haver adorado los divinos abatimientos de Jesus. El es el Señor de todos los Reyes del mundo, y basta decir, que os hará sentar al lado de su Trono, y que os asociará à su Imperio: llegará dia en que seais Apostoles suyos, y por consiguiente Jueces de todo el universo; y la muerte, que trastorna todas las Coronas, añadirá à las vuestras la mas preciosa de todas, que es la del martyrio.

Pero confesemos, Catolicos, que Jesu-Christo tiene pocos vasallos tan rendidos, como los Magos: admiracion causa, que entre tantos Gentiles como vieron la Estrella. solo ellos obedeciesen, pero todavia admira mas, que apareciendonos à nosotros todos los dias tantas Estrellas, ninguna de ellas sea capáz, para movernos à imitar su exemplo: llamo Estrellas, siguiendo el estilo de los Santos Padres, à las inspiraciones que nos convidan à temer, y amar à Dios. ¿Quántas de estas Estrellas haveis ya visto, Catolicos? Y sin hablar de los piadosos movimientos, con que Dios os llama, ya sea en el estado de prosperidad, ya en el de las desgracias que os suceden: ¿Quántos Predicadores inspirados por Dios

Dios os han dicho, lo que precisamente debeis hacer, para corresponder à sus llamamientos? Aquel Ministro, en cuyo pecho depositais los secretos de vuestra conciencia, ¿no os lo está continuamente diciendo? y aun quando él no os lo dixera, ¿podriais dexar de oir la voz del mismo Dios, que os está hablando en lo mas intimo de vuestra alma? ¿Podriais dexar de oiros à vosotros mismos? pues como afirma San Gregorio el Grande, muchas veces se vale Dios de nosotros mismos, para llamarnos à sí: *Vocat per Apostolos, vocat per Pastores, vocat etiam per nos*; y à la verdad, muchas veces os haveis dicho à vosotros mismos de parte de Dios, lo mismo que Dios os pide. Nosotros, Catolicos, no vivimos como verdaderos Christianos; parece, que hemos de habitar en el mundo por toda la eternidad, ò que no estamos destinados al mundo, para trabajar para la eternidad: hacemos una infinidad de gastos inutiles, y no damos una limosna; ya es tiempo de que nos retiremos del mundo, para pensar unicamente en nuestra salvacion: si no lo hacemos, nos cogerá la muerte entregados à unas fribolas diversiones, ò ocupados en negocios inutiles: por mas que nos digan, que no ofendemos à Dios, pasando los dias enteros en el juego, en conversaciones vanas, en los deleytes de la mesa, y en las diversiones del siglo, bien conocemos, que le agradariamos mas, haciendo mejor uso del tiempo, que nos concede: conocemos nuestro desordenado amor à la vanidad, y à la codicia: conocemos, que no tenemos verdadero amor à nuestro progimo, y que por mas que digamos, sentimos dentro de nosotros una disposi-

cion contra los que nos han ofendido, que en la realidad es odio verdadero: ¿qué distantes nos hallamos de la perfeccion del Christianismo! ¿Podremos decir que caminamos por la estrecha senda, que guia al Cielo, quando no nos privamos de gusto alguno, quando no cuidamos de reprimir en nuestros corazones los movimientos de la ira, ni de desarraigarse de ellos el amor à los deleytes, y el deseo de las riquezas? Dios nos pide estos cuidados, ya há mucho tiempo que nos insta, y estamos oyendo su voz dentro de nuestra alma: *Vocat etiam per nos.* Esto es lo que continuamente nos estamos diciendo à nosotros mismos.

¿Pues qué hemos de responder, Catholicos, quando Dios nos arguya con nuestra desobediencia, quando nos ponga por testigos contra nosotros mismos, y quando nos reproduzca nuestros propios pensamientos, de los que quiso servirse para manifestarnos su voluntad? El desprecio que hacemos de estos pensamientos, entregandonos al torrente del mundo que nos arrastra, y al impetu de las pasiones que nos ciegan, este desprecio nos parece oy cosa de poco momento: pero creedme, Señores, en la hora de la muerte, se piensa de otro modo: entonces se halla el alma llena de confusion, por haber de ir à parecer delante de Jesu-Christo, despues de haver hecho tan poco caso de sus consejos, despues de haverle negado con tanta obstinacion unos sacrificios que nos pedía con tanta instancia, y tanto amor: mucho atrevimiento sería entonces pedir al mismo Señor, que nos concediese lugar en su Reyno eterno.

Pe-

Pero acompañemos à los Magos à Jerusalén, y veamos los efectos del poder del nuevo Rey, cuyo nombre solamente hace temblar en el Trono à uno de los mayores Monarcas del mundo.

PUNTO SEGUNDO.

NO sé si en lo que voy à decir, son mas de admirar estos Principes estrangeros, ò el Rey Herodes; la resolucion que estos manifestaron, preguntando al mismo Rey de Judea, dónde havia nacido el Rey de los Judios, ò el temor que à éste le ocasionó tan inopinada pregunta: los Magos no podian ignorar el caracter de Herodes, porque era conocido en toda la tierra, tanto por sus extraordinarias acciones, como por sus enormes delitos: havia usurpado el Trono en que se hallaba sentado; y despues de haverse abierto el camino para él con infames ardidés, llenó de asesinatos su propia casa, temiendo que le quitasen lo que él mismo havia usurpado à otros: fueron víctimas de sus furiosos zelos el padre, la madre, y el primo de su esposa, Principes à quienes pertenecia el Reyno: à la illustre Mariamne no la pudo librar de la crueldad de este ambicioso marido, ni su nacimiento, ni su incomparable hermosura, ni su virtud, mayor aún que su belleza: mandóla dar la muerte, no obstante ser tan grande el amor que la tenia, que aseguran los Historiadores no haverse visto jamás exemplo de una passion tan viva: tampoco perdonó à sus propios hijos, havidos en esta virtuosa Princesa, temiendo que aspirasen al Trono por el derecho de su madre: es-

te,

te, pues, era el Tyrano à quien nuestros Reyes llegaron à pedir noticias del legitimo Rey de Judea: este era el hombre à quien dicen, que el Cielo se ha declarado à favor de otro Principe: en la misma Corte de Herodes, y en su propio Palacio, se atreven à publicar el nacimiento de este nuevo Rey, y à declarar, que el unico objeto de su viage, desde los paises mas remotos del Oriente, es tributarle los debidos respetos: ¿no es este valor una prueba extraordinaria del poder de Jesus recién nacido? ¿No se conoce en esto, que nada se aventura en declararse por él, pues hace que sus siervos hallen toda seguridad aun en la Corte de un Principe tan malo?

Contraoponed al mismo tiempo, Catolicos, à esta seguridad, la flaqueza de Herodes, à quien ni sus Guardias, ni sus inmensas riquezas, ni la reputacion de las Armas de los Romanos, que le favorecian, fueron suficientes para librarle del temor de que se halló sobrecogido: *Audiens autem Herodes Rex, turbatus est*: se sobrecogió al oír nombrar al Rey de los Judios; y si hemos de juzgar de este temor por los efectos que produjo, sin duda que fué estremado; porque dexando à parte la inquietud que ocasionó à esta vieja serpiente, que con sus ardides habia sabido escapar de los mayores peligros, oíd à qué terminos le reduxo: jura la muerte del nuevo Rey, recurre à la perfidia para perderle, como si desesperara de poderle vencer à fuerza abierta: junta los Doctores de la Ley, dice el Evangelio; pregunta en dónde podrá hallar à Jesus Christo; y habiendo sabido que los Profetas señalaban à Bethlem por lugar de su nacimiento, dirige

acia

acia allá à los Magos, encargandoles que hagan las mas exquisitas diligencias, y que luego que le hallen se lo avisen, fingiendo querer él tambien ir despues à adorar al recién nacido infante; pero ¿por qué sabiendo el lugar en donde havia nacido, no iria, con pretexto de adorarle, y de acompañar à aquellos tres Principes, à executar él mismo el barbaro proyecto que havia formado? ¿Por qué se fiaria de unos desconocidos, que acaso habrian advertido su turbacion, que conocian su genio ambicioso, y cruel, y que al fin le engañaron? ¿Por qué diferiria la execucion de un proyecto tan importante para su sosiego? ¿Quántas inquietudes, y quántas muertes hubiera escusado, abrazando este partido? ¿No era este camino el mas corto, y mas seguro? Sí, Señores, sin duda que lo era; pero si Herodes vá en compañía de los Magos, teme hallar al Niño, cuyo nacimiento tanto le asusta: conoce que aquel Niño es su Soberano; su mismo corazon se lo está diciendo desde el instante en que le oyó nombrar, y no se halla con bastante valor para presentarse delante de un Rey, cuyo solo nombre le ha hecho temblar.

Y supuesto que se informó con tanto cuidado del tiempo en que empezó à manifestarse la Estrella: *Clam vocat is Magis diligenter didicit ab eis tempus Stellæ*, y por otra parte, es regular que supiese el dia en que Jesus havia sido presentado en el Templo, no podia menos de saber tambien su edad: ¿pues por qué sacrifica à su desconfianza todos los niños, que no llegaban à dos años? Porque quando el temor llega à lo sumo, pierde el uso de la razon, le parecen cortas las mayores precauciones, y des-

con-

confia aun de aquello mismo en que nada hay que temer: el exceso, pues, de este temor, induxo à Herodes à ordenar la muerte de tantos niños, temiendo se le escapase el que era objeto de sus inquietudes, porque si el miedo le hubiera dexado reflexionar, hubiera pensado que un Niño, cuyo nacimiento havia anunciado el Cielo con una Estrella milagrosa, cuya grandeza habian publicado anticipadamente todos los Profetas, y que havia sido prometido à los Judios por el mismo Dios, que venció à Pharaon, y à todo Egypto, no podia estar expuesto à los golpes de su crueldad, y que mas debia pensar en ganar su afecto, que en perseguirle en la cuna.

¿Es posible, Herodes, que te hayas de armar contra el Cielo, y contra el Dios de los Exercitos? ¿Has de querer trastornar las ideas del todo Poderoso, y hacer vanas todas sus promesas? Haviendose cumplido la prediccion de los Profetas, acerca del nacimiento del Mesías, ¿has de querer tú falsificar los milagros de su vida, que anunciaron los mismos Profetas? ¿Has de querer desvanecer los proyectos del Altisimo, y que tenga mas poder tu politica que su providencia? Si Herodes hubiera estado en su acuerdo, sin duda hubiera hecho todas estas reflexiones, porque no obstante su crueldad, era un Principe dotado de singular talento; pero el miedo turbó su razon, y asi, no se debe esperar de él mas que unas acciones de un insensato; y lo que mas admira es, que aun no quedase tranquilizado su espíritu con la horrible carnizeria que hizo executar; quisiera introducir su furor en todos los estados la misma desolacion que en el suyo; hasta su propio hi-

jo le asustaba, y, como refieren los Historiadores, le sacrificó à las mismas sospechas, que fueron causa de que diese muerte à tantos inocentes.

¡Qué prodigio, Catolicos! ¡Un Niño de seis dias dà tanto miedo à uno de los mas habiles, y poderosos Reyes del Asia! Si este Niño hubiera nacido entre la Purpura, y en medio de un Exercito entregado à su servicio, no seria tanto de estrañar; pero si ha nacido en un establo, y sin que Cortesano alguno haya acudido al servicio de su Real persona, ¿qué hay que temer de él? Es verdad que en sus ojos, y en su frente se advierten unas señales de su poder, que pueden atemorizará el alma del Tyrano, pero Herodes no le ha visto, ni tiene mas noticias de él, que haverle oído nombrar: pero esto basta, Señores, porque todo vasallo fiel respeta hasta el nombre de su Soberano, y los subditos rebeldes tiemblan al oír el mismo nombre. Desde el instante en que nació el Rey de los Reyes, tienen ya todos los Principes un Soberano legitimo, y los malos Principes un Juez severo: y por consiguiente, todos los Principes deben empezar à humillarse, y los malos à temer.

Si Jesus, estando todavia en la cuna, hace temblar à los mayores Monarcas, ¿qué será quando se dexé ver de todo el mundo, sentado sobre su Trono? Esta reflexion es de San Agustin, en un Sermón acerca de este Misterio. *¿Quid erit Tribunal judicantis, quando superbos Reges cuna terrebat infantis?* Jesu-Christo es muy poco amado del mundo, no lo estraño, porque los hombres, regularmente, solo se aman à sí mismos: lo que me admira es,

que siendo todos tan propensos al temor, solamente à Dios no teman: pero sabed, Catolicos, que solamente Dios es temible: porque ¿qué daño podrán hacerme todas las potestades del mundo, si el Señor me ampara, y me protege? Y si el Señor se indigna contra mí, ¿qué poder podrá librarme del suyo? ¿Pueden los hombres hacerme mal alguno, que si yo quiero no se convierta en mi propio bien? ¿Qué bienes pueden quitarme, que no me sea muy util el perderlos por Dios, y cuya pérdida no sea para mí una gran riqueza en su presencia? Qualquiera desgracia que me suceda, si salvo mi alma, nada pierdo: mi alma no está expuesta, ni à la injusticia, ni à la violencia de los hombres; y por el contrario, por grandes que sean mis prosperidades, si pierdo mi alma, todo lo pierdo; y esta pérdida solamente depende del poder de Dios.

Venid, pues, hombres tímidos, cuya alma está continuamente agitada de vanas desconfianzas, è inútiles temores; vosotros, los que voluntariamente os haceis esclavos de otros hombres, de sus pasiones, de sus deseos, y aun de sus pensamientos: *Ostendam vobis quem timeatis*, yo os enseñaré à quien haveis de temer: temed al que en cada instante puede quitaros la vida, y haceros infelices por toda la eternidad: decidme, ¿qué poder hay humano, ò celestial, que pueda sacar del sepulcro el cuerpo de un Monarca, ò de un Principe à quien Dios ha despojado ya de la vida, y le ha entregado à que sea presa de los gusanos, y de la corrupcion? ¿Qué Rey, ò qué Soberano puede quitar à los Demonios el alma de aquel hombre à quien el Señor acaba de pre-

cipitar en el infierno? Pues este es el Señor à quien debeis temer: el mismo Jesu-Christo os lo dice: *Timete eum, qui postquam occiderit, habet potestatem mittere in gebennam: ita dico vobis, hunc timete.*

Acaso me direis, que es triste cosa haver de vivir siempre poseídos de este temor: pero distinguid con migo, Catolicos, dos especies de temor; el temor de un hombre malo, ò por mejor decir, usando del estilo de S. Agustin, el temor de una muger, cuya vida es desarreglada, que siempre está temiendo ser cogida en su delito, y muerta desgraciadamente à manos de un marido zeloso; si le vé despues de algun tiempo de ausencia, se asusta, y à la menor señal que dá de enfado, ò de inquietud, ya se cree descubierta: confieso ingenuamente, que no hay cosa mas cruel que este temor; pero el temor de una muger, ocupada siempre en sus obligaciones, cuidadosa de agradar à un esposo à quien ama, y de quien sabe que es amada, este temor es tan agradable, como razonable, y justo; y así, si no estamos absolutamente desesperados, no podemos menos de temer à Dios de uno de estos dos modos: mirad, pues à cuál de los dos temores quereis entregar vuestro corazon: si no temeis ofender à Dios, debeis temer el que su Magestad os condene: esto lo puede hacer en cada instante, porque vuestra alma, y vuestro cuerpo están en sus manos, y no hay mas que un solo paso entre vuestra vida, y el sepulcro; y si sois enemigos de Dios, morir, y ser condenados, será para vosotros una misma cosa.

¿Es posible que siempre he de estar viendo el infierno abierto debajo de mis pies? ¿Siempre que

truene el Cielo he de tener motivo para pensar que van à caer sobre mí sus rayos? ¿No me he de hallar solo instante alguno, en que mi imaginacion turbada no me represente mil fantasmas, y mil funestas ideas? ¿Cada vez que tropiece, me ha de parecer, que vá à abrirse la tierra, y que la mano de Dios me sepulta en los abismos? ¿Al acercarse la noche, se me ha de representar siempre el horror de mis delitos, y qualquiera leve soplo, qualquiera sombra me ha de atemorizar? ¿No he poder entregarme al descanso del sueño, sin que se me figure, que me quedo dormido entre los brazos del Demonio, y que acaso, desde mi cama, seré llevado à una cama de fuego, ò arrojado en unos estanques de azufre derretido? *Confige timore tuo carnes meas.* ¡Ah, Señor! gravad en mi corazon los rasgos mas vivos de vuestro temor, y haced que siempre me acompañe; pero sea aquel temor que se funda en el amor, y que es el mas suave consuelo del alma, como dice el Profeta: *Timor Domini delectabit cor, & dabit lætitiã, & gaudium, in longitudinem dierum*, aquel temor, que lejos de acobardar al espíritu, le asegura, y tranquiliza; aquel temor que destierra todos los demás temores, que nos hace intrépidos en los peligros, y que dá valor para despreciar la muerte, y aun para desealarla: haced, ò Dios mio, que yo tema ofenderos; que nada tema tanto como esta desgracia, pues à la verdad, nada debe temerse sino esto: un temor de esta naturaleza, es un temor saludable, y libra de los mismos males que se temen.

Ya haveis oído, Catolicos, unas pruebas muy
evi-

evidentes de la autoridad, y poder que el nuevo Rey tiene sobre los demás Reyes: veamos ahora como solamente con dexarse ver su Magestad Real, basta para hacerse respetar.

PUNTO TERCERO.

NO ignorais, Señores, que el Verbo Eterno se unió à la humanidad santa del Salvador, y que la hizo participe de sus infinitas perfecciones: que desde entonces el hombre fue poderoso, inmenso, inmortal, y sabio como Dios, porque Dios, y el hombre no eran mas que una sola persona: pero además de estas divinas perfecciones, dotó el Criador al alma de Jesu-Christo de unas prendas naturales, y sobrenaturales, proporcionadas en algun modo à la divinidad à que estaba unida; de modo, que aun considerando separadamente su humanidad, estaba dotado de una bondad, una sabiduria, una santidad, y una ciencia divinas, y estos dotes eran en él superiores al hombre: aun su mismo cuerpo daba muestras de la divinidad que en él habitaba; y en algun modo puede decirse, que su hermosura, y magestad eran divinas: que Dios no solamente se havia unido à aquella parte criada, y sensible, sino que en ella se havia hecho como corporal, y sensible. Este es el sentido que dan muchos Expositores à aquellas palabras de San Pedro: *In quo inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter.*

Y à la verdad, dice San Geronimo, escribiendo à Santa Principia, era preciso que en el rostro, y en los ojos del Salvador, huyese alguna cosa divina,
por-

porque à no ser asi, no se huvieran dado tanta priesa los Apostoles à seguirle, inmediatamente que los llamó, pues siendo unos hombres rusticos, solamente podian ser movidos por los sentidos. Quando de orden de los Pontifices fueron à buscarle para entregarle à Pilatos, dice el Evangelio, que era de noche, y que llevaban luces los Ministros; pero esto no obstante, se deslumbraron los Soldados con el resplandor de su rostro, y aun muchos Santos Padres aseguran, que el susto que les ocasionó este resplandor, fue el que los hizo caer en tierra. Pero el Misterio de este dia, lo que sucedió en Bethlem à la llegada de los Magos, nos dá una idea mucho mas sensible que todos estos exemplos, de la augusta, y magestuosa hermosura de Jesu-Christo. Apenas le vieron estos Reyes entre los brazos de Maria, quando heridos de no sé que rayos, que salian de su persona, olvidados de su clase, y magestad, se postran delante del pesebre, y le adoran con señales del mas profundo respeto: *Et procidentés adoraverunt eum.* Si la Magestad de Jesu-Christo pudo hacer este prodigio en una edad en que solamente podia manifestarse su calidad muy debilmente, ¿qué no haria despues, quando los rasgos de su hermosura llegasen à toda su perfeccion? ¿Qué magestad tan extraordinaria seria la suya, aun en aquella edad, pues hizo que no se advirtiesen en él las flaquezas que la son propias, y pudo inspirar unas ideas tan opuestas à las que inspira la infancia? ¿Qué grande sería esta magestad, pues hizo una tan fuerte, y extraordinaria impresion en los Magos, no obstante las contrarias circunstancias en que se halla-

llaba, y que pudieran servir de obstaculo à tan extraordinario suceso?

La magestad, Catolicos, diga lo que quisiere la lisonja, no es en la mayor parte de los mas grandes Reyes, mas que una idea que deben à nuestra preocupacion, y al error de nuestros sentidos. Sus Palacios, sus Guardias, el gran numero, y los titulos de sus Oficiales, el augusto, y misterioso aparato con que son servidos, el Trono, la Purpura, y la Corona, todo esto nos ayuda à que nos engañemos à favor suyo, y à que nos persuadamos à que vemos en ellos alguna cosa que los distingue de los demás hombres: aqui no puede decirse, que semejante ilusion indugese à nuestros Reyes, à humillarse en la presencia de Jesus: el establo, el pesebre, la pobreza de Josef, y de Maria, no eran à proposito para deslumbrar à los hombres, ni para ayudarlos à formar ideas de una verdadera magestad: con todo eso, la magestad de Jesus brilla, y penetra las nubes con que está encubierta, y se dexa registrar en lo intimo del alma à la primera vista. Este prodigio es mas digno de admiracion, por quanto los Magos, al pasar por Jerusalem, havian visto al hijo de Herodes, y los honores, que le hicieron, nada tuvieron de adoracion: aquel pequeño Principe, havia nacido entre la Purpura, habitaba en un sobervio Palacio, la magnificencia de sus vestidos, la servidumbre de una numerosa Corte, y todo quanto le rodeaba, estaba anunciando el heredero de un gran Rey, y no obstante toda esta pompa, no se mueven nuestros Magos à doblar la rodilla delante de su cuna: San Fulgencio dice, que ni aun se dignaron de

de darle las mas leves señales de respeto, y que le despreciaron: por el contrario, Jesus, constituido en el estado mas remoto de este aparato de grandeza, se grangea desde luego todos sus respetos; y van à buscarle al seno de la probeza, al mismo tiempo que la pompa, que rodea à los otros, los dexa en el desprecio: *Ille natus in Palatio contemnitur, iste natus in diversorio queritur: ille à Magis nullatenus nominatur, iste inventus suplicitér adoratur.*

¿Quánto debemos à Dios, Catolicos, por haver guiado à estos grandes hombres al pesebre de su Hijo? El zelo de los Pastores es para nosotros de mucha edificacion; pero aún nos dá mas utiles lecciones el de los Magos; porque además de ser éstos las primicias de las Naciones, y de abrirnos à todos un camino, que hasta entonces havia estado cerrado, si para sostener nuestra fé, no huvieramos tenido mas testimonio que el de los Pastores, nuestra fé siempre huviera sido flaca, y dudosa: pudiera decirse, que aquellos hombres rusticos havian tenido un sueño por aparicion, y que preocupados con el pensamiento, de que los havia hablado un Angel, hallaron en el Niño quanta grandeza, y magestad los pudo figurar su imaginacion; pero despues que los Magos estuvieron en el establo de Bethlem, ya no queda pretexto alguno à las dudas, y desconfianzas de los incredulos: los Magos no eran Pastores, ni hombres rusticos; eran unos Reyes, que no querian exponerse à la befa de todo el mundo; viniendo desde tan remotos Países, à postrarse à los pies del Hijo de un pobre Carpintero, y asi, estaban verdaderamente persuadidos, à que aquel Niño era mas

de lo que manifestaba su nacimiento temporal.

Los Magos eran Sabios, y segun las apariencias los mas Sabios de su Nacion; eran muy versados en la Astrología: vieron una Estrella, y la vieron todos tres; no la vieron una vez sola, ni por un solo instante, sino que les apareció en su País, en donde tuvieron mucho tiempo, para examinarla antes de ponerse en camino, y la misma Estrella los guió al establo: además de que estaban tan seguros de lo que creian, que sin dudar, preguntan publicamente en Jerusalem, ¿dónde ha nacido el Rey de los Judios? Y aunque en aquella Capital nadie havia oído hablar de este suceso, no por eso temen ser engañados: hallan por ultimo à este Rey en el mismo seno de la pobreza, entre los brazos de una Madre pobre, sin mas aparato que el de sus virtudes, y nada de esto los asusta, antes bien, heridos con la hermosura, y magestad, que despedia su celestial rostro, se postran à sus pies para adorarle: *Et intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus; & procidentes adoraverunt eum.*

A vista de este exemplo me parece, Catolicos, que no havrá entre nosotros, quien reuse ir à reconocer al Hijo de Dios entre los brazos de Maria, en el pesebre en que se dignó nacer; pero antes de que vamos à cumplir con una obligacion tan justa, ¿quereis que os diga cómo quiere ser adorado? *Venit hora, & nunc est quando veri adoratores adorabunt Deum in spiritu, & veritate; & Patres tales querit, qui adorent eum.* Jesus busca verdaderos adoradores, esto es, unos hombres que le adoren con el espíritu: si se contentára con ceremonias

exteriores; si solo quisiera incienso, y ver inundado su establo con la sangre de las víctimas, no huviera hecho venir desde tan lejos à estos Principes, que veis postrados delante de su pesebre: los Judios eran la Nación mas à proposito, para tributarle esta especie de cultos; pero luego que el Salvador se hizo visible à los hombres, les pide à estos un culto invisible, y unos sacrificios espirituales, cuyo uso ignoraba el Pueblo Judio.

Cuidad, Catolicos, de que no se reduzca toda vuestra Religion, como la de aquel Pueblo, à acciones puramente exteriores, y sensibles: el asistir à los Divinos Misterios, oír la palabra de Dios, ayunar, participar de la Sagrada Mesa, y rezar muchas oraciones, son unos ejercicios muy santos, y christianos; y es indubitable que con ellos honramos à Dios, y si su Magestad no nos pidiera mas, pudiera muy bien decirse, que tendria verdaderos adoradores, sin ser necesario que los buscasse; pero pide tambien à los hombres, que le sacrifiquen sus deseos, sus inclinaciones, y sus repugnancias; que elijan para víctima al idolo de su corazon, lo que mas les agrada, lo que mas aman, y lo que adoran. La muger avara facilmente se priva del uso de los adornos; la vana no tiene dificultad en ser caritativa con los pobres; pero estos sacrificios son imperfectos. El verdadero sacrificio en una muger vana sería reducirse à la sencillez propia de su estado, y en la avara el dár limosnas. El hombre colerico, y vengativo, facilmente se abstiene de las pasiones amorosas; y el que es inclinado à los deleytes, no tiene mucha dificultad en perdonar una

injuria; pero si el vengativo cuidára de abortecerse à sí mismo solamente, y el sensual de no amar mas que à Dios, ambos serían perfectos adoradores: estos son los adoradores que Dios busca, Catolicos: *Et Pater tales quærit, qui adorent eum;* pero halla muy pocos, aun entre aquellas personas que hacen profesion de la virtud, y que parece viven absolutamente entregadas à su servicio; y quando halla algunos, es indecible, cuánto los favorece, cuánto los ama, y cuánto los distingue de todos los demás: es indecible, lo que hace para manifestarlos, lo grato que le es su sacrificio: no me atrevo, Señores, à convidaros à todos à que abrazeis un ejercicio, que tan directamente guía à la destruccion del amor propio, aunque desearia veros à todos seguir este camino; pero pido con todo mi corazon à las personas, que se sienten llamadas à la practica de la virtud, que no sigan mas camino que este: que se examinen à si mismas, y procuren descubrir sus pasiones, y los movimientos de su corazon, y se dediquen à reprimirlas: que estén dispuestas à ofrecer al Señor en sacrificio, lo que la naturaleza quisiera reservarse para sí: creedme, Catolicos, los demás caminos no solamente son largos, sino tambien peligrosos; por este se vá con seguridad, y en muy poco tiempo se hacen grandes progresos: es verdad que es estrecho, y penoso, pero nos lleva muy presto à Jesu-Christo, y luego que le hallamos, las espinas se mudan en rosas, y los trabajos en placeres: empezamos à gozar desde esta vida una felicidad perfecta, y estamos seguros, de que hemos de poseer en la otra los bienes eternos. Amen.

SERMON

PARA EL DIA DE SAN ANTONIO
Abad.

Videte contemptores, & admiramini.

Vosotros, los que despreciais, ved, y admirad. *Actor.* 13. 41.

NO ha havido siglo en que menos se respete à los Santos, que en el nuestro: este siglo, que inquieta el silencio de los mas oscuros sepulcros, para resucitar los nombres favorables à la incredulidad, solo tiene censores para aquellos hombres, que merecen vivir tanto en la historia del mundo, como en los anales de la Iglesia: es prodigo de elogios con los Porphirios, y Celso, y guarda sus desprecios para los Pablos, y Antonios. Antonio especialmente, es para el mundo impio, y libertino, un indecente motivo de burlas, y escandalosos oprobios: ¿es posible, que nuestro siglo no haya de conocer en San Antonio mas que sus tentaciones? ¡Oh, vosotros, los que le despreciais, oid, y admirad!

Antonio vivió mas de un siglo, y todos sus dias fueron dias completos en la presencia del Señor: examínalos bien, y os avergonzareis de ultrajar à un Santo tan digno de vuestros respetos: *Videte contemptores.*

Desde el tercer siglo, hasta nuestros tiempos, ha

sido célebre en todo el universo el nombre de San Antonio: seguid las huellas de su fama hasta los climas, que fixan los limites del mundo, y Antonio, objeto de vuestros desprecios lo será de vuestra admiracion: *Contemptores admiramini.*

Antonio es ornamento de la soledad, Patriarca de los Solitarios, terror del Infierno, azote del Arrianismo, y vencedor de los Tyranos: estos son los titulos, que se dán à su fama desde tiempo de Constantino. Antonio mereció estos titulos por su retiro, por su penitencia, por sus combates, y por sus triunfos.

Antonio vivió, mereciendo en la Iglesia por espacio de un siglo: este merito le vereis en la primera parte de este discurso: *Videte contemptores.* Antonio, ya há quince siglos, que goza en la Iglesia de una fama inmortal, y esta fama será el objeto de vuestra admiracion en la segunda parte: *Contemptores admiramini.* AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

CAminar por espacio de un siglo entero, con iguales pasos, por la estrecha senda de la perfeccion: conservar, y aun dar nueva actividad al fuego, que anima los ardores de la juventud, entre las escarchas de la ancianidad; contar el numero de los dias por el de los sacrificios, es un merito raro, y aun acaso unico; pues este es el merito de San Antonio.

Conservó su fervor por espacio de un siglo entero, sin la menor relajacion: sostuvo por el espacio de

de un siglo los mas fuertes combates, sin interrupcion, y estuvo haciendo por espacio de un siglo los mayores servicios, sin interes.

Este es el especial distintivo que goza en la Iglesia San Antonio. ¡Oh, libertinos, è incredulos, venid à admirarle! *Videte contemptores.*

Nació San Antonio en tiempo de Decio, y murió imperando Constancio: la aurora de este astro, que havia de iluminar todo el desierto, empieza à manifestarse à la mitad del siglo tercero; ya havia pasado la mitad del quarto, y todavia resplandecia en la Iglesia este astro luminoso: Antonio vió sentarse sucesivamente en el Trono de los Cesares, veinte Principes: y todos estos Principes vieron à Antonio siempre el mismo en la constante practica de sus fervorosas virtudes.

El fervor nació con San Antonio: apenas empieza à manifestarse su razon, quando las reflexiones se apoderan de su alma: mira la opulencia, y nobleza de sus antepasados como bienes inutiles, y los desprecia: considera el Christianismo, y la virtud, como bienes utiles, y los abraza: no permite, que se ocupe su espíritu en el estudio de las ciencias profanas: *Non se litteris erudiri passus est.* (*Athan. in vita S. Ant. cap. 1.*) Estudia la ciencia de la salvacion, sin entregarse à otro estudio: el sepulcro de un padre, y de una madre, à quien tiernamente amaba, le sirve de escuela, en donde oye una voz que le persuade, que el Christiano solamente ha de vivir, para disponerse à morir. Luego que se halló libre, y dueño de sí, ¿qué uso os parece hizo de aquellos instantes, en que no tenía Maes-

Maestro à quien consultar, yugo à que sugetarse, ni Juez à quien temer? Los dedica à buscar por Maestro à Dios, y à pedirle que sea su Padre; à imponerse el yugo de la perfeccion, y à mirar como Juez à su propia conciencia, Juez mas rigido que los primeros directores de sus acciones.

Mira Antonio con reflexion al mundo, advierte los peligros que en él le amenazan, è inmediatamente rompe los lazos que pudieran detenerle en él: *Saeculi vinculis liber.* (*ibid.*) Quiere llevar al desierto la inocencia, y no el arrepentimiento. Ve en hora buena, tierna víctima, vé à donde te llama el Cielo: sigue tus deseos, pues tus deseos solamente son por la virtud; pero advierte, que antes que fabriques tu sepulcro en el desierto, te pide el Cielo un sacrificio: un prodigio de desinteres debe disponer el corazon de Antonio para los prodigios de su penitencia: acude al Templo Santo para oír en él con docilidad la palabra de vida eterna: oye, ¡ò disposicion admirable de la providencia! oye aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, vende todo quanto posees, dà su precio à los pobres, y sigueme:* inmediatamente le dice su corazon, que se dirigen à él estas palabras: *Ad se dominicum transiit imperium.* (*ibid.*) obedece, y ya sacrifica anticipadamente en su alma sus posesiones, y esperanzas: lo que havia reservado para una hermana, digna de sus cuidados, y de su amor, lo repartió entre los pobres al oír la sentencia de Jesu-Christo, *no cuides del dia de mañana.* Antonio se sepulta en la soledad, sin mas tesoro que sus virtudes, y con la firme resolucion de adquirir alli las que le faltan.

Va-

Vamos en espíritu, Católicos, à la soledad de Antonio: examinemos su corazón: ¿qué maravillas no hallaremos en él? Se siente animado de la noble ambición de no permitir que otro alguno se le adelante en la carrera de la virtud: empieza esta carrera con unas austeridades, que asombran à la naturaleza: su ayuno es un ayuno continuado: parece que à fuerza de abstinencias se ha despojado de su cuerpo, ò que aquella pesada masa se ha mudado en un cuerpo glorioso: su vida mas es una lenta muerte, que vida: *Mors potius dicenda, quam vita.* (Petrus Chrysost.) Antonio es un Martyr, que continuamente se está sacrificando: *Vita ejus Martyrium*: su ingeniosa crueldad inventa suplicios, que se havian ocultado al furor de los Tyranos; ¿pero os parece, Católicos, que el objeto de estos suplicios siempre nuevos, era castigar iniquidades? No por cierto: solo se ordenaban à conservar virtudes.

A la severidad de sus penitencias se añadan, Señores, los santos excesos de su amor: su corazón se havia transformado en una ardiente llama: en medio de los heroicos esfuerzos de su caridad exclamaba: *Jam non timeo Deum, sed amo.* (Cassian, in vit. Patr.)

De este amor nace, como de su propia fuente, a mas sublime contemplación; ¿pero quién podrá imitar à Antonio en el continuado exercicio de sus oraciones? Los dias no alcanzaban para su fervor: se aprovechaba de las tinieblas de la noche para continuar su inflamado, y extático trato con la di-

vi-

vinidad: su piedad se quejaba al Sol de que salia muy temprano à iluminar los secretos consuelos de que gozaba.

Conviertan otros Solitarios su retiro en teatro de su zelo; nosotros no debemos considerar à San Antonio como Legislador, ni Apostol, sino como un Santo, disgustado siempre de sí mismo.

La perfección de San Antonio se estiende à quanto permite la humana fragilidad: y movido de una emulacion sin exemplo, se atreve todavia à aspirar à mas eminente perfección, *æmulabatur*. No obstante sus extraordinarias virtudes, luego que sabe, por revelacion del Cielo, que vive en el mundo un hombre mas virtuoso que él, se entrega à la sublime ambición de imitarle.

El Heroe Christiano, de quien se dá noticia à Antonio, que se hallaba mas adelantado que él en el camino de la perfección, era Pablo: Pablo, padre, gloria, y cabeza de todos los Hermitaños: Pablo, que en alas de la fé fue el primero que voló al desierto, que convirtió el desierto en escuela de caridad, teatro de penitencia, y templo de oracion: Pablo, cuya juventud solamente conoció las pasiones para vencerlas: que en la edad madura no conoció al mundo, y ni aun de sí mismo parece que tenia noticia; que cansado, aunque no abatido, con el peso de los años, conservaba en su corazón el fuego del amor divino: ¿que no tenga yo, Católicos, la pluma, y el talento de San Geronimo para representar à Antonio, caminando por países desconocidos, con el fin de hallar à Pablo? Las mas altas montañas parece que se allanan para franquearle el

paso: los mas asperos desiertos, ofrecen à su zelo un camino sembrado de flores: la emulacion no conoce inconvenientes.

El amor, que servia de guia à San Antonio, le conduxo hasta aquella venerable gruta, en que se depositaba el tesoro que buscaba: vé, ¡pero cómo he de poder yo explicar los movimientos de su alma turbada, y satisfecha! Vé aquella luz del desierto, que ya está para apagarse: las debiles fuerzas que nota en Pablo, le anuncian que vá à exhalar el ultimo aliento: humildemente postrado à los pies de aquel prodigio, que le asombra, y confunde, le oye, y le admira: dicele, que es un discipulo, que viene à consultar à su Maestro, un hijo, que desea recibir lecciones de su Padre; pero apenas posee Antonio à este Padre, y à este Maestro, quando le pierde: Pablo expira; ¡Ah, Catholicos! me parece que estoy viendo à Eliseo, enriqueciendose con el doble espiritu que le comunica Elias: cargado Antonio con el precioso cadaver de Pablo, mira como precisa obligacion el seguir sus ideas: cubierto con los vestidos de Pablo, buelve à su amada soledad, para dar nuevas riendas à su fervor: un siglo entero empleado en penitencias, sin la menor mitigacion es el primer merito de Antonio; pero este mismo merito se manifiesta de nuevo en un siglo entero de continuados combates.

Quando hablo de los combates de Antonio, no habeis de pensar, Catholicos, que es mi intento pintaros uno de aquellos barbaros vencedores, que caminando sobre arroyos de sangre, buelan à la conquista de los Imperios, fundan sus Tronos sobre las rui-

nas

nas de las Naciones, no hallan espectáculo mas agradable à su vista, que vivir en Ciudades reducidas à cenizas por sus armas, y que solamente creen asegurar su fama à proporcion que oprimen à la tierra, y à sus habitantes. Hablo del vencedor, no de Reynos, y hombres, sino del que venció al Infierno: todo el Infierno conspira à perder à Antonio, porque tiene interés en su pérdida. ¡oh, desierto, teatro, y testigo de este nuevo genero de combates, dinos, cómo resistia Antonio à las tentaciones, cómo las vencía, y el fruto que sacaba de ellas: oh, tentaciones de Antonio! ¿Perdonará la incredulidad à la sagrada eloqüencia, el que coloque en la clase de las verdades respetables, unos sucesos que ella coloca entre las ficciones ingeniosas? ¿Quién no sabe, Catholicos, las sacrilegas burlas con que se divierten los incredulos al oír referir las tentaciones de San Antonio? Però si los vanos, y sobervios Philosophos, no las creen, los Geronimos, y Athanasios las confirman: oh, ¡incredulos! si no respetais en Geronimo, y Athanasio la santidad, respetad à lo ménos su sabiduría; estos sabios, mas incapaces que vosotros de dar credito à la ilusion, y aun mucho mas incapaces de prostituir al error sus plumas consagradas à impugnar la mentira, acreditan las tentaciones de Antonio.

Estas mismas tentaciones de San Antonio nos representan, Catholicos, una fiel pintura de las varias tentaciones de que todos los dias somos víctima.

En lo mas retirado del desierto, solamente piensa Antonio en olvidarse del mundo, y éste le sigue hasta en su mismo retiro: el mundo se presenta à

H 2

su

su vista con todos los alhagos de su grandeza, y gloria: *Immitebat ei fluxam sæculi gloriam.* (*Athan. in vit. Ant. cap. 2.*) ¿Quántas almas, que se hallan en el mismo estado padecen las mismas tentaciones? La tentacion de los honores, no solamente acometió à San Antonio, sino que tambien suele acometernos à nosotros.

Antonio se desprendió de las riquezas que heredó de sus padres; pero el espíritu tentador le representa la idea de las riquezas sacrificadas: *Memoriam possessionum:* (*ibid.*) fija el Santo su atencion en los inmensos bienes que habrán ocasionado estas riquezas, tan prudentemente repartidas: la tentacion de las riquezas no es propia solamente de San Antonio: si nosotros tenemos las mismas virtudes que el Santo, nos hallaremos tambien en los mismos peligros.

Superior à las timidas reflexiones de la naturaleza, rompió Antonio los lazos de la carne, y de la sangre, y el Infierno hace que resuene en sus oídos la triste voz de su afligida hermana, que reclama sus cuidados: *Sororis defensionem.* (*ibid.*) ¿Quién no padece estas tentaciones de la carne, y de la sangre? No hay necesidad de ser Antonios para experimentarlas.

Víctima voluntaria de la penitencia, presenta à la tierra que le admira un cuerpo extenuado, imagen verdadera de un cadaver vivo; pero el espíritu de tinieblas le inquieta con la idea de que su penitencia es una indiscrecion, y un homicidio: *Corporis fragilitatem.* (*S. Athan. in vit. cap. 2.*) ¡Ah, y quántos lazos nos arma el Infierno en el camino de

de la virtud! Esta tentacion de San Antonio es muy comun en todos los corazones virtuosos.

Antonio se fixa en un metodo de vida, que le ofrece todos los dias unos mismos exercicios: en este estado, semejante siempre à sí mismo, le representa el Infierno un fastidioso, y aspero disgusto: *Virtutis arduum finem.* (*S. Athan. in vit. cap. 2.*) De este modo introduce tambien, aun en las almas mas santas, la amargura del disgusto: esta fue una de las tentaciones de San Antonio, pero baxo de este aspecto hay muchos Antonios en el mundo.

Sale Antonio victorioso de todos los peligros; pero en vano se lisongea de que no se le bolverán à presentar nuevos peligros, y nuevas ocasiones: aunque huyamos del mundo, no podemos huir de nosotros mismos: siempre nós quedan una imaginacion fecunda, unos sentidos animados, una memoria fiel, un espíritu, y un corazon: contra este corazon es contra quien se arma el Infierno, por medio de los espectaculos alhagueños, de las representaciones sensuales, de los objetos engañadores, de un fuego que renace en nuestra sangre, de unas llamas que nos irritan, y de unos sueños que parecen realidades: *Cogitationes sordidas.* (*ibid.*) ¡Ah, Catolicos! puede ser que nuestros corazones acaben nuestros retratos, que yo no me atrevo à dibujar. La tentacion de los deleytes es propia de todos los siglos, y de todas las edades: Antonio era hombre, y así no estuvo libre de ella, no obstante sus grandes virtudes. ¿Pero qué es lo que digo? ¿de dónde salen estos suspiros, y estos llantos? Un tierno niño se prostra à los pies de San Antonio, le confiesa su flaqueza,

za, se declara vencido, y le dá el parabien de sus victorias: *Puer flebat. (ibid.)* Ved, Señores, como procura el Infierno vencer con la vanidad à un corazon à quien no havia podido conquistar con los demás ardides: no es unico el exemplo de Antonio, Catolicos; à muchos que han resistido à las tentaciones de la sensualidad, procura vencerlos el Demonio con la tentacion de la soberbia.

Acaso podrá suceder que el que no ha sido vencido con los ardides, se dexé llevar del miedo: este es el ultimo arbitrio à que recurre el Infierno. Turbase el ayre; por todas quatro partes amenazan tempestades, y borrascas; tiembla el desierto de Antonio con el formidable ruido de relampagos, y truenos: todo es confusion, y espanto: llenase aquella soledad de espectros, de furias, y de monstruos: *Multifaria demonum turba: (ibid.)* todas son imagenes sensibles de las borrascas con que nos amenaza el Infierno, y de los golpes que dirige contra nosotros para hacernos perder la inocencia, que destruye todas sus ideas: muchos Christianos hay en el mundo, que son tan terriblemente tentados como lo fue Antonio en el desierto.

¿Quereis saber, Señores, cuál fue su valor en las tentaciones? Oh, vosotros, los que nos haveis conservado la memoria de sus combates, manifestadnos las poderosas armas con que se defendió de sus enemigos: Si el Infierno se vale de ardides, y artificios, Antonio ora: *Pernótabat in oratione, (ibid.)* la oracion es su escudo: vela, *vigiliis*, y la vigilancia es su armadura: à la oracion, y vigilancia, junta la fé, *fide*, y su fé triunfa: à las grandes pasiones opone grandes virtudes.

¿Pe-

¿Pero podrá menos de rendirse la constancia de Antonio al ver el universal estrago que amenaza à toda la naturaleza? Ah, Catolicos, ¡qué idea tan indigna formais de la constancia de Antonio! Antonio rendirse! forma en su frente la sagrada señal de la santa Cruz, è inmediatamente queda confundido el Infierno.

¡Oh, Cruz de Jesu-Christo! vos sois para Antonio, como para Constantino, señal segura de la victoria: aquellas palabras, *In hoc signo vinces*, se dirigen tanto à aquel Emperador como à nuestro Solitario: ambos tienen que mantener una guerra muy difícil, uno contra los enemigos de su Corona, otro contra los de su salvacion. Constantino para asegurar su Trono; Antonio para asegurar su santidad: el primero para llegar al Imperio, el segundo para merecer el Cielo; Constantino contra Magencio, Antonio contra el Infierno: ambos caminan bajo el Estandarte de la Cruz, y à vista de esta augusta señal sus enemigos tiemblan, huyen, y quedan derrotados. Con la Cruz triunfa Constantino de un Exercito poderoso, y Antonio triunfa de la mas horrible persecucion. La victoria de aquel Monarca, es la epoca de una prodigiosa revolucion en la Religion, y en el Imperio: la victoria de nuestro Santo, es tambien la epoca de una revolucion que introduxo la paz en su retiro, y el sosiego en su conciencia. Ambos, baxo la proteccion de la Cruz, dan al mundo un espectáculo admirable: Constantino ofrece el espectáculo de un Cesar Christiano, y Antonio el de un Solitario Legislador: *In hoc signo vinces.*

¡Oh, Catolicos! si fuéramos en espíritu al desier-

sierto de Antonio, le veriamos instruyendo à sus discipulos con su exemplo, descubriendoles los artificios del Infierno, y arreglando su fervor; le veriamos enseñarles, que con la gracia no hay tentacion, por fuerte que sea, à que no pueda resistir el hombre flaco: Antonio resiste, y se aprovecha de las tentaciones; se aprovecha para cuidar mas atentamente de sus sentidos, de su espiritu, y de su corazon; se aprovecha para pelear continuamente contra sí mismo, y para no mirar la calma, como estado de seguridad.

No os parezca, Señores, que se reduce todo el merito de Antonio à haver sufrido sin interrupcion por espacio de un siglo entero todo genero de combates; consuma este mismo merito con un siglo entero de servicios hechos sin interes.

Pero, perdonadme, Señores, me he engañado, todas las acciones de Antonio estuvieron siempre acompañadas de un poderoso interes: este fue el interes de la justicia, de la verdad, y de la virtud: ¿à cuántos hombres fueron utiles sus servicios? *Multis utilis fuit.* (*Athan. in vit. Ant. cap. 11.*) El retiro era su delicia; pero inmediatamente que sabe que este retiro es perjudicial à algunos infelices que reclaman su mediacion, le abandona: sale de él, luego que juzga ser necesaria su presencia à la humanidad, ò à la Religion: la humanidad le lleva à los tribunales de la justicia, para implorar la clemencia de los Jueces, que van à condenar à muerte à los delinquentes: habla Antonio, è inmediatamente triunfa: se desarman los Jueces, mudan las sentencias, se desatan las cadenas de los presos, y el

el dia destinado à su suplicio se convierte en el de su libertad.

La Religion, despues de haver llevado à Antonio al desierto para su santificacion propia, le hace salir de él para que santifique al mundo: ¡Antonio antes en la soledad, y ahora en Alexandria! ¿qué contradiccion es esta? En su soledad huía de las tentaciones de la Philosophia, del error, y de la idolatría; y en Alexandria corre à impugnar à los Sabios, à confundir à los Hereges, y à desafiar à los Tyranos.

En Alexandria hacian grandes progresos unos hombres que se tenian por Philosophos; su guia era la razon soberbia: eran idólatras por politica, examinaban sus misterios por razon de estado, y tenian interes en persuadir su culto. Al mismo tiempo que interiormente despreciaban los simulacros, hacian ostencion de ser sus Panegyristas: el nombre de Antonio los asusta; Antonio es Christiano, y este es un titulo que le degrada para con ellos: es Solitario, y esta es una recomendacion muy poco favorable de sus talentos. Desean verle, preguntarle, y confundirle: *Sapientes eum irridere cupiebant:* (*Athan. in vit. S. Ant. c. 17.*) llegan, le hablan, y le arguyen, y quedan admirados, desarmados, y vencidos: *Visti sunt:* el que conoce à Dios todo lo sabe.

Oh, Dios de verdad! Poned, Señor, en mi boca aquellas eficaces razones, que en la de Antonio fueron otros tantos rayos. ¡Oh, espectáculo admirable! un Solitario convertido en apologista de la Religion! Antonio añade à sus singulares virtudes un

extraordinario talento: Antonio ora como piadoso contemplativo, y disputa como Philosopho sabio: ¿qué sabiduria se advierte en sus discursos, qué energia en sus reflexiones, y qué ardor en sus réplicas? Junta con el mas noble zelo la erudicion mas vasta; contrapone Jesu-Christo, à quien adoran los Christianos, à los vanos simulacros que adora la idolatria: temblais, dice à los Philosophos, temblais en presencia de esos vanos idolos, obra imperfecta de vuestras mismas manos: el Dios, que recibe nuestros respetos, manda al Cielo, y à la tierra, al tiempo, y à la eternidad: Antonio, sin erudicion es mas sabio, que los mismos Sabios: *illiteratus erat doctior doctior*. Aprovechate, ó Santa Religion de Jesu-Christo; aprovechate de los importantes servicios, que te hace un Apostol Anacoreta: Antonio convence à dos Philosophos: obra muchas conversiones, y su zelo queda coronado con infinitos triunfos.

En medio de estas felicidades se levanta una obscura nube, que inquieta, y contrista à su alma, y le hace prorrumpir en suspiros, y sollozos: ¿pues qué es lo que ha visto en el libro cerrado de los futuros destinos? Ah! exclama entre aflicciones, y llanto; la Iglesia está amenazada de un peligro nunca visto: muy presto una horrible borrasca cubrirá de luto la heredad del Señor: cumplase el Oraculo; aparece la mas monstruosa de todas las heregias, y con ella una infinidad de males, que ponen la Religion en el mayor peligro.

Poco repara la heregia en las calumnias, como consiga con ellas poner en el numero de sus partidarios los nombres de las personas mas ilustres:

A. no ha-

hace alarde de tener muchos discipulos, para enganar à otros; y llegó à tanto su osadia, que puso en el numero de estos à San Antonio: favorecida de este nombre juzgaba havia de conseguir muchos triunfos, y ¿qué heregia es esta, que se preció de tener à San Antonio por uno de sus sequaces? El Arrianismo, Catolicos, el Arrianismo, heregia tan famosa por sus impiedades, como por sus felices sucesos. Su autor fue un monstruo, prodigio de soberbia, de atrevimiento, de ambicion, y de hipocresia: fue un talento singular, altivo, sabio obstinado, novador por venganza, impio por sistema, tan politico que supo ganarse la proteccion de los Grandes, y tan malvado que abusó de esta misma proteccion: no es del caso referir aquí los Obispos, à quienes engañó Arrio, los Cortesanos que supo corromper, y los sabios que atraxo à su partido. Tampoco quiero detenerme en manifestaros los fraudulentos equívocos, que inventó el Arrianismo, los conciliabulos que juntó, ni las demás astucias de que supo valerse: basta decir, que el Arrianismo es una heregia, que no conoce à Jesu-Christo por Hijo de Dios, le niega el ser Dios el mismo, y consubstancial al Padre.

Esta era la heregia, que cita al nombre de Antonio, y que juzga que favorecida de este nombre, podrá hacer sus impiedades respetables: llega esta noticia à Alexandria, una noticia tan favorable à la impiedad se estiende por todos los lugares en donde la heregia tiene protectores, y éstos como interesados procuran acreditarla.

Pero en vano te lisongeas, ó sobervio error, de

contar entre tus Heroes à los Heroes de la Religion. Sabe Antonio el falso modo de pensar, que se le imputa, y llevado de una justa indignacion: *Justi doloris ira commotus. (ibid.)* Vuela en alas de la verdad à Alexandria: *Alexandriam descendit.* Allí justifica su Religion calumniada por la mentira: declara, que el Verbo es Hijo de Dios, no por creacion, ni por adopcion; que es Hijo natural del Padre, propio Hijo del Padre, y substancia del Padre. Su zelo interesa à Constantino en la causa de Athanasio: avisa à este Principe, que le han engañado en la materia de la Religion; que la iniquidad es solamente, quien ha dictado en el conciliabulo de Tyro, la sentencia injusta, y cruel que priva à la Iglesia de su mas zeloso defensor. Escribe con heroyco valor al usurpador de la Silla de Alexandria, que el error ocupa el lugar de la verdad, que la injusticia reyna sobre las ruinas de la equidad: ¿quién es el que escribe asi? ¿Quién el que habla de este modo? ¿Quién ha de ser? Antonio, que caluminado de discipulo, y defensor de Arrio, provoca contra Arrio, y contra el Arrianismo el zelo de los Obispos, la autoridad de los Principes, y los rayos de los Concilios. Antonio, que publica en Alexandria, que los Arrianos son enemigos de Jesu-Christo, de su Iglesia, del Estado, enemigos del mismo Antonio, y de sus discipulos: Antonio, cuyo principal cuidado es apartar aun las menores sospechas del Arrianismo, del santo desierto en donde habitan con él la paz, la justicia, y la verdad. ¿A cuántos engañados Hereges convence? ¿A cuántos Catolicos timidos confirma? Quanto mas se enfurecian los sectarios

de

de Arrio, al ver el fervoroso zelo, con que se le oponia San Antonio, tanto mayor era el consuelo, dice San Athanasio, de los hijos de la fé, al ver impugnada una heregia, enemiga declarada de Jesu-Christo por esta firme columna de la Iglesia: *Lætabantur inimicam Christo hæresim anathematizari ab Ecclesiæ columna. (ibid.)*

No solamente venció la heregia, sino que tambien se expuso al furor de los Tyranos.

Un Emperador, enemigo de los Christianos por politica, mas que por Religion, injusto en su odio, implacable en su venganza, cruel en sus resoluciones; genio cobarde, y timido que colocado sobre un Trono bañado de sangre, cree que ha de asegurar con la muerte de sus vasallos su autoridad; Rey cruel, Juez parcial, capaz de todos los horrores, pues se gobernaba por sus vicios: Principe, cuya vida fue un enlace de desordenes, el reynado una continuacion de persecuciones, y la muerte un conjunto de todos los delitos: Maximino, este declara à la Iglesia la mas sangrienta guerra: sus ordenes encienden en todas partes el fuego de una horrible persecucion; de todas partes salen decretos de muerte; pero la tempestad descarga con mas furor sobre Alexandria. Alexandria se convierte en sepulcro de Christianos; sabelo Antonio, ¿y qué os parece, generosos Martyres de Jesu-Christo, que Antonio ha de ser indiferente espectador de vuestros trabajos? Vuestro peligro le interesa, porque interesa à la Religion: parece, que se renueva su juventud, como la del Aguila; necesitaba yo de una infinidad de colores, para pintaros, Catolicos, las varias formas,

mas, de que se revistió su zelo: unas veces compasivo, visita à los encarcelados, besa sus cadenas, y las baña con sus lagrimas: otras veces eloquente anima à los confesores de la fé, los acompaña hasta el pie del sepulcro, y ya que no puede participar de sus combates, à lo menos es testigo de sus victorias: otras, finalmente, valeroso, y constante se presenta à las amenazas, insulta à los idolos, y provoca à los Jueces: y solo siente que no le concedan el premio de su fé, y de su constancia.

Abandonen à los Martyres otros Politicos cobardes, que Antonio no los ha de abandonar; antes ha de permanecer firme, como una invencible roca: *Impavidus*. Envidia las carceles, anhela por los suplicios, y la misma muerte es tarda, segun sus deseos para consumir su sacrificio: procura que todos reparen en él, y para esto se presenta en los lugares mas eminentes: *In eminenti loco*, (*Athan. in vit. Ant. cap. 16.*) se distingue de todos por su vestido: *Candenti præcinctus veste*. ¡Oh, cuánto desea derramar su sangre por la Religion! Pero su zelo solo halla admiradores, y no irrita à los Tyranos: consuelate, Antonio, pues hallarás la muerte que hu-ye de tí en los cadalsos, en el altar de la penitencia donde sufrirás mas largo Martyrio. Aunque no seas víctima de la fé, y de la verdad, lo serás de la caridad, y de la mortificacion: los servicios, que hicistes à la Religion, duraron tanto tiempo como tu vida, cuyas maravillas estuvo admirando la Iglesia por espacio de un siglo entero. ¡Oh, vosotros, los que le despreciais, ya podeis haver aprehendido à conocerle: ya haveis visto el merito de su santidad:

Vi-

Videte contemptores. A este merito debe San Antonio el resplandor de su fama: ya há quince siglos que goza en la Iglesia de esta reputacion: la que admirareis en la segunda parte de este discurso: *Contemptores admiramini*.

SEGUNDA PARTE.

SI la fama de un Sabio se prueba por la reputacion, que goza en el imperio de las letras, con mucha mas razon se podrá probar la fama de un Santo, por la reputacion que goza en los fastos de la Religion: la fama, pues, de San Antonio empieza en el tiempo de su vida, se aumenta en su muerte, y se perpetúa desde entonces hasta nuestros dias.

¿Qué hombres habrá tan temerarios, que se atrevan à oponerse à una reputacion de quince siglos? ò por mejor decir, ¿cómo podrán dexar de reflexionar, y admirarse? *Contemptores admiramini*.

¿No podremos decir en honor de San Antonio, lo que publican los libros santos en alabanza de Esther? *Fama nominis ejus per ora populorum volitabat*. Todos los Pueblos hablan de él de un mismo modo. Su nombre vuela en alas de la admiracion desde la Aurora al Ocaso, desde el Septentrion al Mediodia: *Fama nominis ejus per ora populorum volitabat*. (*Esther 9.*)

¡Oh, prodigio! exclama San Athanasio: Antonio havia puesto entre sí, y el mundo una soledad impenetrable; pero este mismo hombre, escondido en los montes de Egypto, viene à ser el espectáculo de todo el universo, y de todas partes del

mun-

mundo acuden discipulos à su soledad.

Es verdad, que antes de Antonio, la piedad, y la Religion havian ya formado Solitarios; pero ningun Solitario, antes de Antonio, se havia resuelto à buscar un Maestro en la soledad, y à vivir en ella sujeto à las leyes de la emulacion, exercitandose en la práctica de la perfeccion Evangelica: Antonio es el primero, baxo cuya direccion se consagra en el desierto un Pueblo entero, y un Pueblo Santo: alli, baxo su conducta, reyna la justicia, cuya imagen representa él mismo, y la paz de la que él es el Angel: ¡Oh, Heroes de la pobreza! oid à Antonio que la predica; milagros de humildad, reparad en Antonio, que la inspira: Martyres de la penitencia, ved à Antonio que es quien la dirige, pues aunque hizo los mayores esfuerzos por no tener mas testigos de sus virtudes que el Cielo, no pudo este nuevo Moyses, à quien siguió al desierto un innumerable Pueblo, escusarse de gobernar à aquellos fieles proselytos.

Antonio se oculta, y le buscan; Antonio los prueba con rigores, y le aman: Antonio huye de ser su Gefe, y ellos se declaran sus discipulos: Antonio se niega à prescribirlos leyes, y ellos consultan sus exemplos, como à una viva ley: ¡Oh, Egypto, y quàn envidiable es tu resplandor, y tu gloria! Tus desiertos están poblados; tus peñascos se hallan convertidos en Santos asilos, y son honrados con las virtudes de los innumerales habitantes, con que te enriquece la fama de Antonio, y que dan nuevo lustre à esta misma fama.

Movido Hilarion de la fama de Antonio, vá à aprender

aprender en su Escuela; Hilarion vencedor del Paganismo, conocido por su profunda erudicion, y mucho mas por la pureza de sus costumbres; llega à sus oídos el nombre de San Antonio, dice San Geronymo: (*Hieron. in vita S. Hilar.*) las maravillas que publica la fama, hacen que nazca en su corazon deseo de ver à este hombre, prodigio de su siglo; vuela al desierto de Antonio: celoso observador de su conducta, estudia sus costumbres, recoge sus oraculos, y se apropia su espiritu: aunque admira las victorias, que consigue Antonio, todo su cuidado lo pone en imitar sus virtudes: muy presto le veremos sacrificar su patrimonio, ocultarse en la soledad, y juntar en ella discipulos; le veremos célebre por su gobierno, y por sus milagros, y digno de tener à un San Geronymo por su Panegyrista: hallandose ya en lo sumo de la perfeccion, le oiremos publicar humildemente, que si llegó à conocer el inestimable valor de la soledad, lo debió à las instrucciones de San Antonio: que Antonio fue su director, y que siempre llorará su muerte, por haver perdido en él un buen padre.

Todos los que vivian baxo la obediencia de Antonio, hallaban en él un director, y un padre: eran tantos sus discipulos, que dice Sozomeno, (*Sozomen. lib. I. cap. 17.*) que no podia fixarse su numero: poblaban éstos el Egypto, la Lybia, la Palestina, y la Syria: *Innumerabiles sui instituti imitatores.* (*Brev. Rom. 17. Jan. lect. 6.*)

A todas partes se extiende la fama de Antonio, y en todas halla tantos Panegyristas como hombres: no hay edad, ni sexo, dice San Athanasio, que no
Tom. I. K. aban-

abandone las Ciudades, para ir à admirar en Antonio la viva imagen de la virtud: la serenidad del rostro, la magestad del paso, las palabras amorosas, y aun su mismo silencio, son las señas por donde es conocido el hombre de Dios entre todo sus discipulos: el hombre de Dios es el nombre propio de Antonio: este es el nombre que le merecieron sus virtudes, y que le conserva su fama: *Homo Dei.* (*Athan. in vita S. Ant.*) El hombre de Dios se llamaba en el retiro, y el hombre de Dios se llama en la Iglesia: ¿qué ideas tan sublimes subministra este solo nombre? Los Estrangeros van à unirse con sus discipulos; todo el universo se pone de acuerdo con Egipto, para reconocer en Antonio al hombre de Dios, así como en otro tiempo el Pueblo escogido hizo reconocer à Moyses por Dios de Pharaon: *Homo Dei.*

Llegó à tanto la fama de su santidad, que casi se olvidaron todos del nombre de Antonio, apellidándole siempre el grande: *Magnus ille.* (*Hieron. ubi sup.*) Es verdad, que la adulacion suelè ser prodiga en conceder este nombre, pero la equidad nunca le concede, sino al que le tiene muy merecido: acaso no ha havido Santo hasta ahora, que durante su vida le haya conseguido tan universalmente de todos los Pueblos, y de todas las Naciones como San Antonio: *Magnus ille.* Antonio, el Grande, ¿podia el mundo explicar mejor, que por medio de este nombre, su agradecimiento, y su respeto à sus virtudes?

¿Pero cómo no havia de aplaudir la tierra las virtudes de un Santo, quando las autorizaba el Cielo.

con.

con los mas extraordinarios prodigios? San Athanasio, y San Geronymo representan à Antonio como el Thaumaturgo de su siglo; como un Elías que convierte su soledad en teatro de su poder; como un Josue, cuyas ordenes recibe con humildad la naturaleza, y las pone en execucion; como un Eliseo, à cuya voz se abre, y se cierra el Cielo, y la tierra reparte, ò detiene sus producciones; como un Isaías, à cuya vista desaparecen los contagios, las enfermedades, y la muerte: prodigo en sus gracias, si es licito decirlo así, lanza los Demonios, encadena los Elementos, y anuncia las cosas futuras: Profetiza la condenacion de Arrio, quando todavia no existia el Arrianismo: anuncia la paz de la Iglesia, quando ésta se hallaba en medio de sus mayores inquietudes: al mismo tiempo que la Religion está padeciendo las mas crueles persecuciones, declara su propagacion, sus triunfos, y su perpétuidad: las virtudes, y los milagros de Antonio hicieron, que su fama volase hasta Alexandria, Constantinopla, y Roma.

Athanasio, una de las mas firmes columnas de la verdad, llama à Antonio à Alexandria en socorro de la Iglesia: fia su defensa mas à las virtudes de Antonio, que à sus propios talentos. Acude Antonio precedido de su fama; salen à recibirle el Clero, la Nobleza, los Magistrados, y el Pueblo: en Alexandria tenia el Paganismo sus Sectarios, la impiedad Manichea, estimacion, el Scisma de Melecio, Apologistas, y el Arrianismo muchos protectores: Antonio era contrario à todas estas Sectas. Havia impugnado à los adoradores de los Idolos; havia prohibido

K 2

à

à sus discipulos todo genero de comercio con los de Manés; havia escrito à los Principes contra los Melecianos: y ahora vá à confundir à los sequaces de Arrio, y à vengarse de los errores, que éstos le imputaban: en medio de tan diversas facciones se presenta Antonio, y todos le respetan: hasta sus mismos enemigos se esmeran en honrarle, al mismo tiempo que él vá à confundirlos.

¿Quién ignora, que el Grande Constantino escribe desde Constantinopla al mas humilde de todos los Solitarios, recomendandole sus hijos, y su Imperio? ¿Quién no sabe, que los hijos de este Príncipe imitan el piadoso exemplo de su padre; consultan à Antonio en todas sus dudas, y juzgan, que han de aprehender mejor el arte de reynar con los consejos de un Santo, que con los de la Política? Tambien merece atencion, el que en este tiempo se hallaba Constantino ocupado en los mayores cuidados, teniendo à un mismo tiempo muchos enemigos con quienes pelear, muchos idólatras que reducir à la verdadera Religion, y muchos Hereges que contener; tenia que concluir un Concilio, gobernar un Imperio, educar à sus hijos, todavia juvenes, dilatar el Christianismo, y proteger la Iglesia, y con todo eso suspende todas sus ocupaciones, por dar testimonio à la verdad. ¿Cuál de estos dos Heroes os parece en este caso mas digno de admiracion, Catolicos? ¿ò Constantino, que llevado de su Religion, honra à Antonio con sus cartas, ò Antonio, que recibe las cartas de Constantino con una santa indiferencia, y que apenas cuida de responder à unas señales de tanta distincion? Antonio escri-

crive; ¿pero qué es lo que pide à los Soberanos de la tierra? ¿solicita acaso su proteccion? no por cierto; les dá el parabien de que profesan la Religion de Jesu-Christo: los advierte que son hombres, y que tienen à Dios por Juez; los exhorta à la justicia, à la clemencia, y à la caridad, y estos mismos Principes reciben las instrucciones de Antonio como favores, y se aprovechan de ellas.

Finalmente, la fama de Antonio se establece hasta en la misma Ciudad de Roma: Roma se gloria de la sumision de Antonio à sus Soberanos Pontifices; de su union con los Obispos Ortodoxos, y de su constante respeto à todos los Ministros de Jesu-Christo, Roma, en donde reside el Juez de las virtudes en la tierra, expone à la vista de este Juez, tan severo como incorruptible, el retrato de Antonio, y cinco Papas consecutivos, se glorían de poseer este tesoro.

La fama de Antonio empieza, pues, Señores, en el tiempo de su vida; ¿pero os parece que se sepultará con él en el sepulcro? no por cierto, porque esta misma fama, que empezó en su vida, se aumenta en su muerte.

Con la muerte se acaba el vano espectáculo de una fama fundada en falsas virtudes, que supo engañar la credulidad del mundo, y usurpar su admiracion, sin merecerla: el que debe su fama à la ilusion de los hombres, solamente la conserva mientras que con su artificiosa hipocresía consigue engañar su vista; es semejante à aquellos Metheoros, cuya luz brilla, hiere, se disipa, se apaga, y se convierte en tinieblas.

Sería en vano que Antonio en el discurso de su vida mortal se huviese adquirido el nombre de grande, y de santo, porque en el instante de su muerte se huviera desvanecido esta fantasma de gloria, si estuviera fundada solamente en la opinion arbitraria de los hombres: pero no, Catolicos, este critico momento pone el sello à su reputacion.

Ya estoy tocando el instante en que van à juntarse mis cenizas con las de mis Padres, decia Antonio, instruido por divina revelacion del tiempo de su muerte: *Patrum gradior viam.* (*Athan. in vit. S. Anton. cap. 20.*) ¡Ah, Catholicos! exclama San Athanasio; venid à contemplar à Antonio en el lecho de la muerte. En sus combates, y victorias solamente podemos admirarle, pues no puede lisonjearse la mas noble emulacion de serle semejante; pero quando está para espirar, dá un exemplo que puede ser imitado de todos los Christianos: la naturaleza, ya debilitada, decia à sus Discipulos, está pidiendo, que yo pague el tributo à la muerte: *Cogit conditio naturæ*, acordaos de mis consejos, *mentote*, huid del sutil veneno que por todas partes derraman los Sectarios del scisma, y de la heresia: *Schismaticorum, & Hereticorum venena vitate*: si amais mi memoria, no permitais que los despojos de mi mortalidad sean llevados à Egypto: sepultadlos en el seno de la tierra, y nadie mas que vosotros sepa el lugar en que se guardan: ya iba Antonio à exhalar sus ultimos suspiros, pero pedia su gloria que antes de espirar dispusiese de sus vestidos, conforme à su virtud: y así, mandó parte de ellos à San Athanasio, y parte à Serapion, dexando pa-

para sus discipulos su cilicio: ¡qué legatarios, Catholicos, y qué dones! Recogido, pues, Antonio dentro de sí mismo, espera le muerte sin miedo, y la recibe con gusto.

Paso en silencio, Señores, que este golpe interesa igualmente los Soberanos Pontifices, los Monarcas, los Obispos, la Iglesia, y à todo el universo; pero no puedo menos de deciros, que la pérdida de Antonio fue tan sensible para Egypto, que la cuenta aquella desgraciada Region por la epoca de una de sus mayores esterilidades: esta esterilidad dió motivo à que creyesen los Pueblos que hasta los elementos havian llorado la muerte de Antonio: *dicitur Antonii mortem etiam elementa lugere.* (*Hieron. in vit. Hilar. epist. 2. lib. 3*) oíd tambien como se explica el feliz poseedor del palio con que se cubria el Santo Solitario: el que por orden de Antonio ha merecido recoger parte de sus vestidos, juzga hallarle entre estos preciosos dones; le parece que le vé, y le abraza: *Antonium in Antonii muneribus amplectitur.* (*Athan. in vit. cap. 21.*)

¿Qué nueva fama no se siguió à la muerte de Antonio? apenas voló su alma al Cielo, quando su reputacion le dá imitadores hasta en aquellas Provincias en donde se ignoraban las particulares circunstancias de su vida: los Solitarios, que habitaban en países remotos, desean saber quién fue Antonio, cuyo nombre, y fama ha penetrado las tinieblas de su soledad: suplican al hombre que mas en estado se hallaba de satisfacer à sus deseos, y le piden humildemente, que escriba la historia fiel de lo que él mismo havia visto, y que solo él podia dignamente referir.

Me

Me parece que no hay necesidad de que yo nombre à este hombre incomparable, que se encarga de derivar à la posteridad las inmortales acciones de San Antonio; bien conoceis, Señores, à este Heroe de la verdad, à quien San Gregorio Nacianzeno caracteriza con la imagen de todas las virtudes, cuya vida, dice, quisiera él escribir, como él mismo escribió la de San Antonio. (*Nacian. Paneg. Alban. Mag.*) Este hombre cuya alma noble, y sublime pinta como capáz no solamente de ser colocada en el Trono Patriarcal de Alexandria, sino tambien de gobernar toda la tierra. Este hombre à quien el mismo Jesu-Christo encargó con especialidad la defensa de sus intereses, y de su divinidad: Orador expresivo, Historiador fiel, Controvertista sutil, Theologo profundo, y Oraculo del Concilio Nizeno, en donde se tributaron à su talento los honores, que todavia no correspondian à su dignidad: Este intrepido defensor de la Trinidad, à quien no podia mirar Arrio sin estremecerse, à quien Constantino condenó engañado, y despues le bolverió à llamar, llenandole de respetos: mas grandé en su destierro, que en medio de sus felicidades; nunca mas digno del Obispado, que quando es privado de él, por un decreto indigno; que al bolver à su Iglesia, le mira ésta como à su mayor consuelo, el Pueblo como à su mas grande felicidad, y el error como el mas terrible golpe que puede sufrir; este hombre, que à la frente de los Obispos Catolicos, y en medio de las columnas que amenazaban ruina, se manifiesta como una roca innaccesible, igualmente superior à la embidia, que à las alaban-

zas

zas; Profeta, Apostol, Martyr, Padre, y Doctor, arbitro del universo por su ciencia, y asombro de la misma virtud por sus costumbres: el grande Athanasio.

Athanasio era el mas a proposito para dar à conocer à Antonio, por ser él quien mas intimamente le havia conocido: fue su admirador, su amigo, y en algun modo su discipulo: solo faltaba à la reputacion de Antonio, tener à un San Athanasio por historiador de su vida: Athanasio la escribe, manifiestase la Obra, y todo el universo la recibe, la lee, y se aprovecha de ella: todos los siglos respetarán en la vida de San Antonio, escrita por San Athanasio, uno de los mas preciosos monumentos de la Historia Ecclesiastica. (*Baillet 17. de Enero.*)

Antes de que San Athanasio escribiese esta vida, ya havia havido algunas manos fieles, que cuidaron de recoger las Cartas de San Antonio. Cartas en que el Solitario vé sus obligaciones, el mundano su ilusion, y el Christiano sus esperanzas: en ellas, dice San Geronimo, se advierte el estilo, el gusto, y la piedad de los Apostoles: Cartas, que han merecido que el mismo San Geronimo contase por ellas à San Antonio en el numero de los Escritores Ecclesiasticos; y que aun hoy son un tesoro en que se admira el espiritu de San Antonio, pintado por su propia mano.

Pero por grande impresion que hiciesen en los corazones de los fieles las Cartas de San Antonio, aun era mayor la que hacia la noticia de sus costumbres. Esta noticia, dice San Athanasio, confirmará, no solamente lo que la fama ha publicado

Tom. I.

L

de

de Antonio, sino que será una instruccion muy util para las costumbres: ¿os parece, Señores, que se engañó San Athanasio en este prognostico? No por cierto, porque la vida de Antonio, leída, y meditada atentamente, es una raiz fecunda que produce innumerables virtudes.

Esta vida saca de en medio de las fiestas profanas de Roma, à las Paulas, las Marcelas, y las Sophronias: Roma vé con admiracion un milagro de Antonio, aun mucho mayor que todos los demás milagros; y es, que solo con leer su vida, un sexo criado entre las delicias de la Corte, se entrega à la meditacion, reconoce sus errores, abandona el mundo, y se convierte en edificacion de la Iglesia.

La vida de Antonio introduce el terror, y el espanto en aquella Corte politica, y sanguinaria, à la que no havian llegado todavia los rayos de San Ambrosio: hablo de la Corte de Theodosio; en ella las virtudes de Antonio convierten al Cortesano en humilde Religioso, mudan la relajacion en fervor, las diversiones en penitencia, y la soberbia en humildad: la leccion de un solo libro produce innumerables milagros.

Entre estos milagros hay uno, que excede à todos los demás, y fue la feliz conversion de San Agustin. Si San Estevan no huviera orado, no tendria la Iglesia un San Pablo, dice un Santo Padre; *Si Stephanus non orasset, Paulum Ecclesia non haberet*: y yo me atrevo à decir, que sin el exemplo de Antonio, acaso no celebraria la Iglesia à San Agustin: adornese, pues, el retrato de Antonio con todos los trofeos que Augustino consagró à la ver-

dad: y asi, à la exemplar vida de San Antonio, debe la gracia, su Panegyrista, y su Doctor: la Religion su defensor, y apologista; la fé Catolica, el destruidor de todas las heregias, el oraculo de los sabios, el alma de los Concilios, la antorcha de la Iglesia, y el Heroe de todas las ciencias, y de todas las virtudes: despues de Dios, debemos dar las gracias à San Antonio, por haver dispuesto, y casi perfeccionado la conversion de Augustino, y esto consta del mismo Augustino, ¿qué elogios no tributa su justo agradecimiento à este ilustre modelo, cuya vida admirable le traxo al conocimiento de la verdad, y à la practica de la virtud?

A exemplo de Athanasio, y Augustino, todos los Santos Doctores han esparcido sobre el sepulcro de San Antonio las flores de la mas consumada eloquencia: registremos la sucesion de los siglos, y leeremos en San Juan Chrysostomo, que las acciones de San Antonio, son un argumento convincente à favor de la Religion Catolica contra todos los Hereges, pues ninguna secta ha producido un hombre que pueda compararse con él: su merito puede compararse con el de los Apostoles: *Antonius Apostolis proximus*: San Geronimo le representa, como instaurador, y gloria de la vida Cenobitica: *Solitudinis illustrator*. San Gregorio Nacianzeno llama trueno à su voz: *Vox tonitruí*, y compara su vida al relampago: *Vita fulgur*: el Damasceno dice que sus virtudes se formaron imitadoras, hasta en las partes mas remotas de la India: *Usque ad Indiarum gentes*. Antonio, añade San Pedro Chrysologo, parece que antes de su muerte, ya estaba

libre del cuerpo mortal, y que habitaba mas en el Cielo, que en la tierra: *Carnali pondere defecatus*: San. Efren le llama uno de los principales defensores de la fé de Nicea: *Inter præcipuos fidei Nicenæ assertores.*

Pudiera referir aqui tambien las alabanzas que sucesivamente han consagrado à la gloria de Antonio los Theodoretos, los Casianos, los Anselmos, los Gregorios de Tours, los Vicentes de Lerins, los Cesares de Arles, los Pedros de Clugni, los Hugos de San Víctor, los Buenaventuras, los Baronios, &c. pudiera con estas alabanzas confirmar la prueba de que desde su muerte hasta nuestros dias, se ha perpetuado la fama de San Antonio; pero todavia hay otros argumentos mas fuertes, con los que pondré fin à este elogio.

Estos argumentos son la antigüedad, la universalidad, y la perpetuidad de su culto: la festividad de San Antonio há mas de mil y quatrocientos años que se celebra en la Iglesia: en el siglo quarto, quando todavia se ignoraba el lugar en donde descansaban sus sagrados huesos, ya se tributaban à su memoria los públicos honores, que no se podian dar à sus cenizas.

San Athanasio vió empezar en Egypto éstos honores públicos, y los consagró con su aprobacion: luego que estuvieron confirmados por San Athanasio, los adoptaron todos los Obispos: inmediatamente la Syria, y la Palestina, le levantaron Altares, y tributaron respetos: apenas empieza el quinto siglo, quando las Iglesias de Grecia imitan à las de Egypto, Syria, y Palestina. El dia consagrado à

su

su memoria, es dia privilegiado en todo el Imperio: en este dia se suspenden en todo el Imperio las obras serviles, se cierra el santuario de la justicia, y no se dá lugar al Comercio: y aun bajo el dominio de los Musulmanes, conservan los Griego-Scismaticos esta costumbre: el culto de Antonio florece hasta en el seno del error, y de la infidelidad.

Aunque este culto tardó mas en introducirse en la Iglesia Latina, no por eso fue menos célebre: es verdad, que en tiempo de San Geronimo, S. Agustín, y San Gregorio el Magno, no le havia autorizado Roma; en aquel tiempo no havia en la Iglesia Romana Templo alguno con la invocacion de San Antonio; pero ya tenia Antonio Altares en todos los corazones: ya estaba en posesion de aquellos secretos respetos que inspira la confianza, que acredita la autoridad, y que bajo la proteccion de las leyes, reciben nuevo lustre con la publicidad.

Luego que se hizo público el culto de Antonio, se extendió en Italia, Francia, Inglaterra, y España: de España pasó à Flandes, à Alemania, à Polonia, y Lorena: se multiplican los Templos, y con ellos las festividades à nuestro Santo: en el Pontificado de Paulo III. y en el de San Pio V. recibe Antonio nuevos honores en la Iglesia; y su culto solo tendrá fin quando el mundo.

A la solemnidad de su culto, se añade la virtud poderosa de sus cenizas: ¡oh, cenizas de Antonio, ocultas à la vista de los hombres, por espacio de dos siglos, qual feliz suceso os manifiesta à sus ansias! No permite la Providencia, que el cuerpo de un Santo tan conocido en todo el universo, esté mastiem-

po

po oculto en el seno de la tierra : era justo que las preciosas reliquias de Antonio participasen tambien de su gloria.

Ya llegó el dia en que la tierra debe restituir á la Iglesia el piadoso deposito que en sí oculta : un milagro descubre el cuerpo del santo Solitario : ¡oh, Ciudad dichosa, feliz Alexandria, que merecistes tener dos veces dentro de tus murallas á Antonio, mientras vivia, á tí te corresponde la gloria de colocar en tus Templos los venerables despojos de Antonio despues de su muerte : por este tiempo gobernaba el Imperio de Oriente Justiniano II. Este religioso Principe, miró como dia el mas feliz de su reynado, aquel en que la Iglesia se enriqueció con este tesoro : Ministros de Jesu-Christo, y vosotros Pueblos fieles, ¡quál fue vuestra alegría, quando recibisteis este singular beneficio del Cielo ! ¡Con cuánta confianza invocabais el poderoso nombre de vuestro amado protector ! Le implorabais en vuestras desgracias, y cesaban éstas inmediatamente : le tributabais honores, y él os pagaba con milagros : defendisteis con valor sus Altares, y él defendió vuestros muros.

Los muros de Alexandria derrivados ; Alexandria hecha presa de un pueblo barbaro, belicoso, conquistador, sectario de Mahoma, y todo Egypto reducido á la dura esclavitud de los Sarracenos, es la epoca que nos acuerda una reolucion singular para las cenizas de Antonio. En tiempo de aquella sangrienta guerra, quando los habitantes de Egypto abandonaban su patria, huyendo de los Conquistadores, los vimos marchar por entre las olas de la mar,

mar, cargados con las reliquias de Antonio, para buscarlas asilo seguro en otros países : llevan á tierras estrañas aquellos respetables huesos, sacando de Egypto esta riqueza aun mucho mas poderosa que su Nilo : pero la Providencia havia dispuesto que fuesen colocadas en una Ciudad, en donde el nombre de Antonio havia sido célebre desde su nacimiento : Constantinopla havia heredado el respeto de Constantino á San Antonio. La translacion de sus cenizas añade nuevo resplandor á la solemnidad de su culto : recompensa el Cielo esta solemnidad con infinitos prodigios, cuyo curso no pudo detener el Mahometismo triunfante, y duró hasta el instante en que el cuerpo de Antonio fue trasladado solemnemente de Constantinopla á Francia.

Acordaos, Señores, de los ultimos años del siglo decimo, tiempo en que se dexó ver un hombre atrevido en sus ideas, pero prudente en convinarlas ; un hombre cuyos fines eran piadosos, que se hallaba autorizado con la nobleza de su nacimiento, y que fiaba de su eloquencia el buen existo de sus empresas. Hablo de Josellint Allemant, rama de los Condes de Potiers, de la augusta casa de Turenna. El fervor de su espiritu le llevó desde las Montañas del Delfinado al Calvario, del Calvario pasó á Constantinopla, y alli alcanzó de un Emperador, que sin duda no contaba entre los tesoros, las reliquias, el permiso de enriquecer la Francia con las de San Antonio. La Provincia de Viena recibe agradecida el presente de que se despoja Joselino á favor suyo. Levanta un Templo, digno de la memoria de Antonio ; y los honores que en él se le tribu-

tan

tan son tan antiguos como los milagros con que Dios honra continuamente en él la memoria de su Siervo.

La Europa padecía entonces un cruel azote, contra el que eran ya inútiles todos los remedios del arte: un fuego, cuyo vivo ardor imitaba la actividad de las eternas llamas, sacrificaba casi todas las víctimas que hería: en estas tristes circunstancias, hizo el cuerpo de Antonio lo que en otras ocasiones havia hecho la sombra de San Pedro: à este cuerpo concedió Dios la gracia, como dice Santo Tomás, de apagar hasta las menores pavesas de un fuego salido del Infierno, y à quien la pública supersticion llamó *Fuego Sagrado: Datum est illi patrocinari ad ignem infernalem.*

De aquí tuvo principio la ilustre Orden, que bajo la advocacion de San Antonio, adorna, enriquece, y edifica la Iglesia: al poder de Antonio debe este Orden su establecimiento; sus progresos à los generosos cuidados de sus individuos; su fama à su exemplarísimo zelo; y su perpetuidad al constante fervor con que instruye, y edifica.

Y así, en esta piadosa Congregacion de Ministros fieles del Altísimo, se perpetúa la gloria de San Antonio por estar revestidos de su nombre, y la de San Agustín, porque observan su regla: en ella se perpetúa la meditacion del primero, y el zelo del segundo; se perpetúa la penitencia del Solitario, y la sabiduria del Doctor, el amor de ambos à la verdad, y el zelo de la honra de la Iglesia, y de la Religion.

De este modo, desde la muerte de San Antonio has-

hasta nuestros días, se mantiene, y se aumenta su fama: esta ha resplandecido en todos los siglos, sin que se haya eclipsado ni un solo instante: ò por mejor decir, la fama de Antonio ha sido siempre en la Iglesia el norte por donde se han gobernado los Angeles de los desiertos.

Antonio es el modelo que se propone Benito en el retiro de Sublac, Juan Gualberto en la Hermita de Valleumbrosa, Rumualdo en los Valles del Apennino, Bruno en las montañas de la Cartuja, Bernardo en los bosques de Claravalle, Felix de Valois en los de Galvese, Francisco de Asis en el desierto de Perusa, Francisco de Paula entre las rocas de Calabria, y otros infinitos, que seria molestia referirlos: y así, aun habiendo pasado catorce siglos despues de su muerte, parece que todavía vive Antonio, pues goza de la mayor reputacion.

Su fama ha sido siempre tan grande en la Iglesia, que los Padres congregados en el Concilio de Constancia, encargaron al famoso Gerson pronunciase el Panegyrico de nuestro Santo; y todos, despues de haverle oído, y admirado, exclamaron con él: *Quot miraculis in vita, tot post mortem beneficiis refulsit Antonius*: tantos son los favores que hace Antonio despues de su muerte, como los milagros que obró durante su vida.

Es tan célebre en la Iglesia la fama de Antonio, que en el pasado siglo, el Quietismo, heregia la mas sutil de todas, quiso valerse de una maxima de Antonio para disfrazar su error: *No es verdadera la oracion del Solitario*, decia San Antonio, *quando éste se conoce à sí mismo, y conoce su*

oracion. Oh, error sobervio, no intentes aprovechar de esta maxima, exclama el sapientísimo Bosuet: à esta maxima, añade, la llama Casiano, sentencia, mas divina que humana: Antonio, que quando veía salir por la mañana la luz del Sol, decía, llevado de su fervor: *job, Sol! ¿por qué vienes à turbarme?* no podía menos de saber que oraba: la conducta de Antonio justifica su doctrina; y el respeto que se ha merecido por espacio de mil y quatrocientos años, le defiende contra las falsedades que le quieren imputar los sequaces de las novedades profanas: Antonio, despues de haver vivido mereciendo un siglo entero en la Iglesia, goza en ella de quince siglos de fama sin interrupcion.

Oh, hombres imprudentes! que juzgais de San Antonio por los escandalosos principios de la incredulidad, y del libertinage, me parece que os le he dado à conocer, y que teneis suficiente motivo para admirarle: *Videte contemptores, & admiramini:* le haveis visto exercitandose en el fervor, sin la menor relajacion, por espacio de un siglo entero; y esto es una gran leccion para vosotros, à quienes asus ta un solo dia de penitencia: haciendo por espacio de un siglo entero los mayores servicios, sin el menor interés; y esto es para vosotros de grande confusion, pues acaso en una larga vida no habeis empleado un solo dia con utilidad; y sufriendo por espacio de un siglo entero los mas terribles combates, lo que para vosotros es de gran confusion, pues la mas leve dificultad os acobarda: la fama de Antonio empieza en el tiempo de su vida; y vosotros parece que solamente vivís para perder

der la que pudierais adquirir: la fama de Antonio se aumenta con su muerte, y la vuestra perece con vosotros: la fama de Antonio se perpetúa desde su muerte hasta nuestros tiempos; pero la vuestra, si acaso subsiste, será solamente para que pase à la posteridad la historia de vuestros escandalos con la de vuestra vida. Ojalá las acciones de Antonio, que haveis oído referir, os inspiren un verdadero deseo de imitar sus virtudes, para que participeis de su fama en la tierra, y de su gloria en el Cielo. Amen.



SERMON

PARA EL DIA DE LA CONVERSION
de San Pablo.

*Et ille ego sum Jesus quem tu persequeris. . . . Et
timens atque stupens dixit: Domine, ¿quid me
vis facere? Actor. cap. 9.*

El Señor le dixo: yo soy Jesus à quien tú persigues:
entonces asustado, y temblando respondió: Se-
ñor, ¿qué quereis que haga? En la Epistola de
este dia.

QUé espectáculo ofrece, Catolicos, à los ojos
de nuestra fé la Conversion de San Pablo?
Por una parte veo à un Dios, que parece
baxa desde el Trono de su Gloria à buscar à un pe-
cador que le persigue, por otra veo à este mismo pe-
cador, que en medio de los mayores excesos de su
furore se muda, y reconoce humildemente à su Dios:
Jesu-Christo lleno de bondad, en vez de vengarse
del perseguidor, se queixa amorosamente à él mis-
mo: *Ego sum Jesus quem tu persequeris*: Saulo,
confuso, y humilde, junta todas sus fuerzas para
confesar el sagrado nombre, que antes perseguia,
movido de un falso zelo: *Domine, ¿quid me vis
facere?*

Pero por mas admirable que parezca la condes-
cendencia del Salvador, tan indignamente ofendi-
do,

do, y la mudanza de Saulo, tan barbaramente obs-
tinado, se descubre en este caso un gran misterio,
muy util para nuestra instruccion.

No me admira, Catolicos, que Jesu-Christo se
presente à Saulo, rodeado de todo el resplandor de
su gloria, para mudar à este lobo carnicero: lo que
parece que hace aqui el Señor por la conversion
de un hombre solo, lo hace tambien por la salud
de todo el universo, y por los intereses de la misma
fé; porque si detiene al perseguidor de los Christia-
nos, es para convertirle en Apostol de los Gentiles;
y de esta reflexion infero, que quiso el Señor llamar
à San Pablo à la fé, de un modo que pudiese servir-
le de prueba de las verdades, que havia de anun-
ciar à las Naciones, y que despues havian de servir
de regla para todos los siglos. Bien podia el Señor
llamarle à sí, sin abatir à tanto su grandeza, pero
convenia à su sabiduria darnos en él un milagro de
su vocacion, y una señal infalible de la verdad de su
palabra, y de la autoridad de su ministerio.

Tampoco me admira el que un pecador tan
obstinado, se mudase repentinamente en un humil-
de discipulo: es verdad que esta mudanza fue mi-
lagrosa, pero fue muy facil para la gracia, y muy
propia para sacar à los pecadores de sus désorde-
nes, y confirmar á los fieles en su creencia; porque
la conducta de un verdadero penitente, es un per-
fecto modelo de conversion: y si este gran Santo fue
en otro tiempo Apostol de los Gentiles para con-
vertirlos à la fé con el ministerio de su palabra, tam-
bien oy es Apostol de los Christianos, pues los per-
suade la penitencia con su exemplo.

To-

Todas estas reflexiones, reducidas à una sola idea, nos manifiestan los designios de Jesu-Christo para con San Pablo, y las lecciones que San Pablo dá à los Christianos: Jesu-Christo se propone establecer su Evangelio, por medio de una conversion tan maravillosa: San Pablo enseña à los Christianos, que deben gobernar su penitencia con arreglo à una conversion tan perfecta: y asi, os haré ver en la conversion de este gran Apostol:

1. Un prodigio que establece la verdad de la Religion Christiana: 2. Un exemplo, que nos sirve de regla para la verdadera penitencia: lo admirable de este prodigio, debe confirmar nuestra fé, y servir de reforma à nuestras costumbres: probaré estas dos verdades con los mismos pasages de la sagrada historia.

Una de las mayores glorias de nuestro Santo, es haver sido escrita la historia de su conversion por mano del mismo Dios, y hallarse en el numero de nuestros misterios: quisiera tener los mas sublimes pensamientos, y el mas elevado estilo para poder hablar dignamente de un Santo, que ocupa puesto tan distinguido en la historia de la Religion, y à quien miro como mi especialissimo protector: pero aquella humildad profunda, que le hizo despreciar las frases elegantes de la humana sabiduría, por acomodarse à la utilidad de los fieles, me enseña, que si he de seguir su espiritu, debo cuidar mas de edificar vuestra piedad, que de ensalzar su grandeza: y asi, para poderos persuadir con su exemplo, pidamos humildemente al Divino Espiritu, poniendo por intercesora à Maria, me comunique aquellas lu-

lucos, que en nuestro Santo Apostol fueron el principio de su divina eloquencia. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

NO hay prueba mas convincente de la Divinidad de Jesu-Christo, y de la verdad de su Religion, que el fin que se propuso de santificar el mundo, y el poder que manifestó en mudar los corazones. Los mismos Paganos, admirados de la equidad de sus preceptos, y de lo elevado de sus consejos, se vieron obligados à confesar, que era preciso que este incomparable Legislador conociese muy intimamente al hombre, pues les señalaba unas reglas tan prudentes; y nosotros podemos añadir, que era preciso que tuviese gran poder sobre el corazon del hombre, pues esperaba de él una virtud tan perfecta. Por mas que los hombres procurasen aparentar una perfeccion extraordinaria con la grandeza de sus pensamientos, ciegos con su vanidad, creyeron poder conseguir con solas las fuerzas de la naturaleza, lo que unicamente era don de Dios, y asi, una vergonzosa experiencia les dió à conocer muy presto la extraordinaria vanidad, que los hizo imaginar unos preceptos, demasiado sublimes para un corazon tan flaco como el suyo: puede muy bien decirse, que fueron Philosophos en el deseo, pero no en la realidad, no habiendo sacado de su afectada sabiduria mas fruto, que el de haver hecho mas pecaminosos sus desordenes, por el conocimiento, que tuvieron del bien, y mas vana su sabiduria, por la flaqueza que tuvieron de hacerla servir al mal.

Solamente Jesu-Christo es quien tiene poder, para mudar, por medio de su gracia, à los hombres obstinados en sus pasiones, y ciegos en su error: la entera mudanza que sujeta nuestro espíritu à Dios por medio de la fé, que reprime nuestra soberbia con la humildad, que arregla nuestros sentidos por medio de la mortificacion, que purifica nuestro corazon con la caridad, que nos hace aborrecer lo que amamos, y amar lo que aborrecemos, todas estas acciones tienen visiblemente impresas en sí el dedo de Dios: porque solamente vos, ò Dios mio, podeis darnos aquella luz, que disipa nuestras tinieblas, aquella fuerza, que detiene nuestras inclinaciones, y aquel consuelo, que suaviza nuestras penas.

Pero en donde mas manifestó Jesu-Christo el absoluto poder que tiene sobre los corazones, fue en la conversion del grande Apostol San Pablo: para conocer sensiblemente en esta conversion la obra de un Dios Omnipotente, basta examinar las dos principales circunstancias, que se advierten en la Sagrada Historia: es à saber, el haver Jesu-Christo convertido un cruel perseguidor: *Spirans minarum & cædis*, y el haverle mudado en un zeloso Apostol: *Prædicabat Jesum*. Reparad, Señores, en los obstaculos, que havia para su conversion, y en la perfeccion de su mudanza: dos reflexiones de que me valdré para gloria de nuestra santa Religion.

1. El asunto era mudar uno de los mas crueles perseguidores, y consiguientemente uno de los mas enormes pecadores, como dice San Agustin: *Nemo acrior Pauli inter persecutores, nemo ergo prior in-*
ter

ter peccatores. ¿Quántas dificultades se presentan à un mismo tiempo? Primeramente, era necesario curar un espíritu preocupado à favor de su antigua Religion: ¿qué trabajo no cuesta desengañar à un hombre acerca de las preocupaciones de su educacion, y de las tradiciones de sus padres? Su razon se altera, y aun su conciencia se asusta, quando se trata de un interes tan delicado: mira la mudanza de Religion, como inconstancia, y la obstinacion en sus errores, como fidelidad: está muy distante de la Doctrina verdadera, porque la mira como falsa: desconfia, y aun casi se ofende de la caridad, que con él se usa para convertirle; y como ama el error, llevado de amor à la verdad, juzga por acto de religion el permanecer en el pecado.

Grande obstaculo este para una conversion, pero mucho mayor en la persona de San Pablo, cuya obstinacion parecia tener por fundamento la misma verdad: *Juxta veritatem paternæ traditionis*; nos dice él mismo: nosotros, Catolicos, podemos arguir contra los Hereges, alegandoles que profesamos una fé, que nos enseñaron nuestros padres, y que ellos se han separado de una Iglesia, cuya autoridad reconocieron en algun tiempo sus principales Maestros; pero San Pablo tenia à su favor la antigüedad: Israelita de nacimiento, è hijo de los Patriarchas, se hallaba miembro de un Pueblo, no solamente mas amado de Dios que los Gentiles, los que hasta entonces parece havian estado como abandonados, sino tambien mas antiguo que los Christianos, que entonces acababan de nacer: si peleaba contra un Dios Autor del Evangelio, era porque le
Tom. I. N pa-

parecia defender los derechos de un Dios Autor de la Ley de Moyses: ¿pues cómo havia de ser facil de- sengañar à un hombre, que parece havia adquiri- do sus preocupaciones en las mismas Escrituras? ¿cómo se le havia de persuadir que aquel Moyses, à quien respetaba, y à quien efectivamente debia respetar, no era mas que un discipulo de Jesus, à quien perseguia? Ah, ¿no estamos viendo aun el dia de oy à los Judios, despues de haver cesado su culto, despues de una dispersion de diez y siete sig- los, despues de los maravillosos progresos del Chris- tianismo, con un fatal velo sobre sus corazones que los ciega, y los mantiene en su infeliz estado, rebel- des à la Divina luz? Si se tratára aqui de un hombre regular, contento con creer lo que creyeron sus pa- dres, y sin mas merito que el de una fidelidad ordi- naria, no seria tan dificil reducirle; pero se trata de un hombre consumado en la ciencia de la ley, que ha sobresalido entre todos los de su edad en la car- rera de sus estudios, y que por su zelo ha mereci- do ocupar el primer lugar entre los Phariseos, asi como éstos le ocupaban entre todos los demás de su Nacion: *Proficiebam in Judaismo supra cætaeos meos in genere meo*, nos dice el mismo Apostol.

La preocupacion, pues, Catolicos, es muy pe- ligrosa, porque es causa de que el hombre se ciegue de buena fé, pero aún es mucho mas la vanidad, porque le hace que se obstine por interes: todos gustamos de hacer un papel distinguido en el mun- do; mas queremos ser señalados entre los malos, que quedarnos confundidos en el numero de los buenos: no es menos inflexible el entendimiento po- seí-

seído de la soberbia, que el corazón dominado de las pasiones: nada lisongea tanto à nuestra vanidad, como el gusto de ser mirado un hombre como Ora- culo, gefe, defensor, y heroe de una Secta: de aqui proviene, que cierra los ojos à la luz, abando- na todos los principios, desprecia la autoridad, y defiende una causa injusta, por mantener su reputa- cion: quando no le alcanzan las razones para defen- derse, recurre à los ardides; si conoce la verdad, solo le sirve este conocimiento de irritarse mas; en una palabra, mira como honor el mantenerse firme en el combate, quando no sea por tener la gloria de quedar vencedor, à lo menos por escusarse la afrenta de parecer vencido.

Estas eran las disposiciones de Saulo, pues vemos que la vanidad de su ciencia le precipitó en los mayores excesos de furor: ¿podré yo, Catolicos, poner delante de vuestra vista una Scena tan tragi- ca? Pero porque me he de detener, quando nos la refiere San Lucas, para manifestarnos por una parte los excesos de un Judio obstinado, y por otra la grandeza de la misericordia de Jesu-Christo: ved, pues, aqui un hombre, que intenta hacerse famoso por sus crueldades, y muertes: ya havia apedreado à nuestro Protomartyr por mano de aquellos, cuyos vestidos guardaba; pero ni la caridad de Estevan pudo moverle, ni su muerte bastó para que queda- se satisfecho. El barbaro Saulo se declara como otro Pharaon contra todos los nuevos Israelitas: pone to- do su cuidado en buscarlos, y no tiene mayor gusto que destruirlos; y despues de haverlos obligado à separarse con una vergonzosa huida, vá desde Je- ru-

rusalem à Damasco, para acabarlos de exterminar con una ruidosa venganza: *Ut si quos invenisset hujus viæ viros, ac mulieres, vincitos perduceret in Jerusalem.*

Pero no lo he dicho todo: aunque sea muy difícil de vencer en él la preocupaciou, la vanidad, y el furor, lo que parece que hace mas invencible su obstinacion es la autoridad con que confirma sus excesos: porque Saulo no se entrega sin reflexion al impetu de un zelo ciego, ni se dexa precisamente llevar del ardor de su genio, sino que como repara San Juan Chrysostomo, procedè con orden, y con arreglo. Si exerce un ministerio tan odioso contra los Christianos, es porque tiene à su favor la autoridad mas sagrada entre los Judios, por haver conseguido facultad del Principe de los Sacerdotes, para poner en execucion su crueldad en nombre de los Gefes de la Synagoga: *Accessit ad Principem Sacerdotum, & petit ab eo epistolas in Damascum.* Es verdad que aquella Synagoga ya era infiel, y que havia perdido su autoridad, porque Dios no la havia concedido la misma estabilidad, que Jesu-Christo prometió à su Iglesia; pero no obstante su infidelidad, y decadencia todavia se mantenía en honor; y aunque ya era despreciable el Santuario de los Judios, con todo eso todavia no havia sido destruido su Templo, ni estaba del todo abolido su culto.

¿Pues cómo podremos menos de conocer, Catolicos, el brazo poderoso de Dios, en la conversion de este enemigo declarado del Christianismo? Si Saulo fuera un pecador, que se huviera infamado
con

con la vileza de algun vicio, pudieramos sospechar que en el mismo horror de sus delitos havia hallado algun motivo para el arrepentimiento; pero quando contemplo que solamente es pecador, porque hace vanidad de su ciencia, de su religion, y de su rectitud; que procura justificarse con todos los hombres, alegando su buena intencion; que sus funestos sucesos son universalmente aplaudidos; que mira su furor como zelo, y sus violencias como justicia; quando contemplo, buelvo à decir, que se trata de su conversion, al mismo tiempo que está respirando sangre, y venganza: *Adbuc spirans minarum, & cædis.* No puedo menos de decir, que semejante obstinacion es invencible por su naturaleza, y consiguiientemente que su conversion solo es posible à la gracia, la que obró esta, venciendo à Saulo, de un modo eficacisimo, y es una prueba evidente del Evangelio, que nos predicó Pablo.

¿Qué podreis decir ahora vosotros, los que os preciais de vivir sin fé, sin rectitud, y sin conciencia, y que despues de haver afrentado al Christianismo con vuestros desordenes, no temeis impugnarle con blasfemias? ¿Pondréis acaso esta célebre conversion en el numero de las historias fabulosas? ¿Pero cómo os haveis de atrever à dudar de un hecho autorizado con la unanime creencia de diez y siete siglos, y que en el tiempo que sucedió, ninguno de nuestros enemigos se atrevió à ponerle en duda? Tanto los Judios, como los Christianos conocieron à Saulo, quando intentaba destruir el Christianismo, y tambien le conocieron despues que le abrazó: su mudanza no fue de menos escandalo pa-

ra los unos, que de consuelo para los otros, sin que jamás huviese quien dudase del suceso: los mismos Paganos, indiferentes en este asunto, ò que solamente tuvieron parte en él, por ser tambien ellos perseguidores de nuestra Santa Religion, los Paganos, vuelvo à repetir, no menos enemigos nuestros, que los Judios, nunca calumniaron de impostor al Historiador Sagrado que citaba los motivos, de que podian informarse, y testigos à quienes podian preguntar: en todas nuestras Sagradas Historias, no disimulan sus Autores, nada de quanto fueron los Apostoles antes de su conversion, antes bien nos dicen con la mayor sinceridad, quanto sucedió, tanto en contra, como à favor de nuestra Santa Religion: el mismo San Pablo nos saca de toda duda, pues confiesa él mismo su delito en presencia de todo el universo, sin detenerse en hacer una confesion, que tanto le desacreditaba, una confesion que parece daba motivo à sus mas crueles enemigos, para poderle acusar de inconstancia, y perfidia: *Supra modum persequer Ecclesiam Dei.*

Supuesto, pues, que la mudanza de Saulo es indubitable, tambien lo es el milagro que ocasionó esta mudanza: y no obstante vuestra presumpcion, y vuestra temeridad en tratarnos de espiritus credulos, yo confieso públicamente, que Jesu-Christo se apareció à Saulo, pues una conversion tan extraordinaria seria mas increíble sin un gran milagro, que lo que es el mayor milagro despues de una conversion tan difícil: y si no decidme, ¿à qué podeis atribuir la mudanza de San Pablo? ¿acaso al interes, ò à el amor à la vanagloria? Es imposi-

sible, porque ¿cómo havia de hallar estas falsas utilidades, dexando de ser perseguidor, para padecer con los perseguidos? ¿à la inconstancia? ¿pero quién podrá formar tal sospecha contra un hombre, que despues se mantuvo tan firme en el Christianismo. ¿Al engaño? ¿pero cómo havia de ser facil ganar con discursos à un hombre, educado en unas preocupaciones tan contrarias, animado de un zelo tan cruel, que no queria disputar sino con la espada, y que se disponia à dar la señal de una horrible persecucion contra la Iglesia? Ah! vuestra obstinacion se convierte en prueba contra vosotros mismos: y si no decidme, vosotros los que haveis renunciado vuestra fé, no obstante los principios de vuestra educacion, el exemplo de todo el universo, y toda la gloria de nuestra Religion, ¿cómo podeis decir, que San Pablo abrazó con ligereza el Christianismo, no obstante sus preocupaciones, siendo asi que vosotros le abandonais, no obstante las vuestras? Quantas respuestas podais alegar, son inutiles; y se infiere facilmente el trabajo, que costaria reducir à Saulo à la fé, por el que cuesta el reduciros à vosotros à la verdad: y asi, lexos de dudar del milagro, que ilustró à este gran Santo, me admiro solamente de la infidelidad, que os ciega à vosotros: porque, como dice San Agustin, el que se niega à creer despues que ha creído todo el mundo, es un prodigio aun mas extraordinario, que los mismos prodigios que él reusa creer: por lo que si San Pablo es un prodigio por su conversion, vosotros tambien lo sois por vuestra impiedad; pero un prodigio monstruoso, formado por la soberbia, por el li-

bertinaje, por la injusticia, y aun acaso por todos estos vicios juntos.

Pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros cuyo espíritu, y cuyo corazón son igualmente Christianos: Ah! no dudo que hayais reconocido en la conversion de Saulo el poder de la gracia de Jesu-Christo; y para mayor consuelo de vuestra fé, sabed, que este cruel perseguidor se mudó inmediatamente en un zeloso Apostol, *Prædicabat Jesum*: segunda circunstancia que nos manifiesta lo perfecto de su mudanza, y que nos dá motivo para otras muchas reflexiones: reparad, Catolicos, en que no hay intervalo alguno de tiempo entre su estado de furor, y su conversion à la fé: es verdad que vá à Damasco, para perseguir à los Christianos; pero inmediatamente que llega à aquella Ciudad, se halla él mismo Christiano, y Christiano, que lleno de fervor, y zelo, pública en todas partes la divinidad de una cabeza, cuyos miembros quiso despedazar con la mayor crueldad: *Et continuo*, dice el Sagrado Historiador: *In Sinagogis prædicabat Jesum, quoniam hic est Filius Dei*. Reparad también, en que no fue menos constante en su conversion, de lo que havia sido en su ceguedad, mientras se mantuvo obstinado: algunas veces vemos en semejantes conversiones, que no se manifiesta desde luego la firmeza de la fé, y que la perseverancia parece dudosa: la inconstancia natural del hombre le hace muchas veces experimentar algunas tristezas, acordándose del partido que ha abandonado, y halla dificultades en el que abraza de nuevo: siente verse aborrecido de sus antiguos amigos, y se hace sospecho-

so,

so à los nuevos: le asustan igualmente la vergüenza de haver mudado, y el temor de engañarse en su eleccion; y como el recién convertido veía, aunque de lejos, los rayos de la verdad, quando estaba sepultado en el error, también padece las tentaciones del error, despues que ha conocido la verdad.

Pero no sucedió así con nuestro Proselito, pues cada día se fortificaba más, y más: su mudanza excita desde luego una gran confusion entre los suyos: armanse contra su persona del mismo furor de que él estaba animado contra los Christianos; todos le apellidan Apostata; prevee los proyectos de su desesperacion, y el peligro à que está expuesta su vida; pero el viento de la persecucion solo sirve de inflamar más el fuego de su zelo, y se halla de repente, no solo Christiano perfecto, sino también Apostol consumado: *Saulus autem multo magis convalescebat*.

Pero para mejor conocer lo divino de esta mudanza tan pronta, y tan constante, es necesario examinar el tiempo en que sucedió, y ver cuál era entonces la disposicion, en que se hallaban los Judios para con Jesu-Christo: en un siglo como el nuestro, acaso un pecador de estas circunstancias hallaria en la gloria, y grandeza de la Cruz algunos motivos para su conversion; pero en tiempo de Saulo no tenia la Cruz la gloria, y resplandor de que oy goza, pues en la idea del público no era más que un suplicio ignominioso, escandalo entre los Judios, y locura entre los Gentiles: *Judeis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam*, que dice el mismo San Pablo: era preciso

Tom. I.

O

per-

persuadir à Saulo, que el corto numero de Christianos que entonces havia, no erraba en reconocer por su Dios à un hombre que acababa de ser castigado como impostor, y que por el contrario, él, y los demás Judios havian cometido el mas horrible pecado, castigando como impostor à un hombre que era verdadero Dios. Poneos, Catholicos, en el estado de Saulo, y ved qué dificultad no havria en hacerle pasar repentinamente, desde una oposicion tan grande à Jesu-Christo, à tan grande zelo de su gloria: pues con todo eso, mirad como Saulo se separa del cuerpo de los Judios, y se transforma en discipulo, y Apostol de Jesu-Christo: *Et continuè prædicabat Jesum.*

¿Es este acaso aquel cruel Fariseo, que con tanta crueldad perseguia à los que se atrevian à invocar el santo nombre de Jesus? Sin duda es ese mismo, y vosotros lo confesais, ò perfidos Judios, vosotros, que aunque le admirasteis, no por eso os convertisteis, y que despues de tan admirable conversion, permanecéis incredulos, para dar à esta misma conversion un testimonio invencible con vuestra propia incredulidad: *Stupebant autem omnes, & dicebant, nonne est hic, &c.*

Esto supuesto, no nos debe causar admiracion, que añada el Sagrado Historiador, que este nuevo Doctor confundia à los Judios: *Confundebat Judeos;* porque ¿qué prueba puede haver mayor contra la Synagoga, que el testimonio de un hombre, que fue el mas zeloso de todos sus partidarios? ¿Quién podrá poner en duda, que Saulo fue iluminado por una luz celestial? ¿Quién podrá dudar que su nuevo

zelo era sobrenatural, pues estaba animado de tan extraordinario fervor? Oh, vosotros, mundanos, que me estais oyendo, juzgad de vosotros mismos, por vuestra oposicion à las maximas del Evangelio, y por vuestra indiferencia en mirar por los intereses de Jesu-Christo: me atrevo à decir, que así como la obstinacion de los incredulos sirve para darnos à conocer la divina mano que obró la pronta conversion de San Pablo, la relajacion de los Christianos, sirve tambien para darnos à conocer el admirable fervor con que procedió en los principios de su conversion.

Vosotros, Catholicos, no obstante haver sido educados en la escuela de Jesu-Christo, estais imbuidos de unas ideas profanas; y aunque confesais su divinidad, no temeis de revelarós contra sus leyes; parece que el Señor no tiene derecho alguno sobre vuestras costumbres: vivís olvidados de sus sagradas maximas, ò las despreciáis: no formais escrupulo de hacer que éstas cedan à las costumbres del mundo corrompido: apenas hay quien se atreva à pronunciar en vuestra presencia los nombres de penitencia, desprecio, mortificacion, y humildad. Si se os encarga la practica de estas virtudes en el tribunal de la Penitencia, decís que es indiscrecion: si os manifestamos desde los sagrados Pulpitos la obligacion que teneis de exercitaros en ellas, decís que es hyperbole: oís nuestra doctrina, pero no os sujetais à ella, como si solamente hablaramos para engañaros: vuestros corazones se hallan dominados de la ambicion, del deleyte, de la codicia, y de todos los vicios que condenan los Evangelicos

Oraculos; solamente sois dociles para creer aquellos dogmas que no os cuestan trabajo alguno; y segun vuestras maximas, el no ser absolutamente incredulos, es lo mismo que ser perfectamente santos.

De esto proviene, que no mirais la gloria de Jesu-Christo como interés propio vuestro: le reconocéis por vuestro Soberano, pero no le guardais fidelidad; por vuestro Padre, pero no le amais; por vuestro Salvador, pero no le vivís agradecidos: mirais su causa como agena, no os avergonzais de abandonarla, y le haceis traicion sin remordimientos: hemos llegado à un tiempo, en que solamente los simples se averguenzan de la idea de la culpa: casi no hay en el mundo mas escandalo, que la virtud: nada se perdona à los que hacen profesion de servir à Dios, y todo se escusa en aquellos que se precian de ofenderle: mirais el zelo santo como falta de educacion; porque el libertinage se tiene por efecto de la buen crianza; y aun son aplaudidos los que satirizan la Religion, con tal que sepan hacerlo con gracia. De este modo triunfa la iniquidad, por la escandalosa desvergüenza de unos, y por la indigna condescendencia de otros.

Y asi, si medís el fervoroso zelo de nuestro Santo, por vuestra relajacion, y cobardia, no podrá menos de pareceros absolutamente divina su conversion: confieso, que esta prueba es de mucho abatimiento para nosotros, pero es clara, natural, è indefectible; porque si vosotros os manifestais tan tibios con una fé, que debiera haver echado tan profundas raices en vuestros corazones, por haver nacido con vosotros, ¿cómo un recién convertido, ha-
via

via de ser tan zeloso por una Religion que apenas conocia, y que acababa poco antes de perseguir con tanto furor, si los poderosos influxos de la gracia no hubieran obrado en el un tan gran prodigio de zelo, para que sirviese de espectáculo à todo el universo, y de prueba evidente de la verdad de nuestra santa Religion?

Pero no basta haberos manifestado lo que fue Saulo quando pecador, es necesario que veais lo que fue Pablo ayudado de la gracia: ¿qué pruebas en favor de nuestra Religion, no hallamos en la gloria de su Apostolado! Vemos à este grande Apostol de los Gentiles, à este Heroe Sagrado, intrepido en su fé, anunciando el nombre de Jesu-Christo en las Academias de los Filósofos, y en las Cortes de los Reyes; le vemos recorrer con infatigable zelo, toda la extension del Imperio Romano, para establecer en él sobre los mas sólidos fundamentos, la misma Iglesia, à quien él havia querido ahogar en su cuna: le vemos siempre ansioso de padecer, y sufrir, expuesto à todos los peligros de mar, y tierra, sufriendo hambre, y sed, desnudo, perseguido por la embidia de los Judios, entregado por traicion de sus falsos hermanos, desterrado por la malicia de los que fingian ser apasionados suyos, expuesto à los furoros de una plebe insensata, conservando entre las cadenas una héroyca libertad para predicar el Evangelio, y dar todos los dias nuevos hijos à Jesu-Christo, despreciando la muerte por formar nuevas Iglesias, y sacrificando su sosiego por gobernar las antiguas; trabajando sin cesar para ganar las almas de sus proximos, y mor-
ti-

tificandose con el mayor rigor, por no perder la suya: magnanimo siempre quando se trata de la Religion, y humildisimo quando se trata de sí: le vemos establecido en la Iglesia como el mas célebre de sus Doctores, para instruir à todos los siglos con sus sagradas Epistolas: Epistolas verdaderamente celestiales, que nos manifiestan la profundidad de nuestros mas grandes misterios, la extension de la moral christiana, y la perfeccion de la verdadera eloqüencia: Epistolas imitables, que aun el dia de oy nos están manifestando lo sublime de su ingenio, la nobleza de su alma, la rectitud de su corazon, y lo abrasado de su zelo: Epistolas divinas, que siempre serán gloria immortal del Autor que las escribió, ò por mejor decir, del Divino Espiritu, que fue quien las dictó. Finalmente, vemos à este hombre, que en otro tiempo fue el mas terrible de nuestros perseguidores, que apedreó al primer Martyr de nuestra Religion, le vemos tambien apedreado, azotado, calumniado, coronando sus trabajos con un glorioso martyrio, y ennobleciendo con la efusion de su propia sangre la Capital del mundo Christiano, despues de haver manchado con la efusion de la sangre de los primeros Fieles la Capital de Judea.

Pero, Ah! que ya el mismo Señor le havia anunciado los infinitos trabajos que havia de padecer por su santo nombre: *Ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati*; esto debe servir de asunto à otro discurso, y la solemnidad de este dia me obliga à contenerme dentro de los limites de su conversion; por lo que me contentaré con hacer una re-

reflexion acerca de este asunto, con la que daré fin à esta primera parte, y es, que Saulo defensor de la Synagoga, se retrata, pero Pablo, Apostol de Jesu-Christo, nunca se retrató: aun mas; Saulo se muda en el tiempo que tiene entre sus manos la autoridad, y el poder; pero Pablo no se muda en medio de las afrentas, los tormentos, las aflicciones, y los horrores de la muerte: de donde infero, que no haviendole detenido en el primer estado tan grandes utilidades, ni haviendole acobardado en el segundo tan grandes trabajos, es preciso que estuviese muy cierto de que havia abandonado el error, quando abandonó sus judaicas tradiciones, y por el contrario, que defendia la verdad, quando publicaba el Evangelio de Jesu-Christo; finalmente, infero, que la gloria del ministerio que exercitó, es prueba convincente de la verdad de la Religion que él mismo predicó, y que es de gran consuelo para nosotros el ser miembros de esta misma Religion.

Pero, Catholicos, para experimentar este consuelo, es necesario que con nuestras buenas obras nos hagamos miembros dignos de la Religion Christiana, que es quien nos le dá; y si acaso haveis tenido la desgracia de perder, por vuestros pecados, la pureza que pide esta santa Religion, procurad recobrarla con una verdadera penitencia, imitando el exemplo de San Pablo, que es el asunto de la segunda parte de este discurso.

PUNTO SEGUNDO.

ES propio de la divina Sabiduría, dice San Agustin, permitir el mal para sacar bien de él: por

por eso en otro tiempo se valió de la malicia de los hijos de Jacob, para ensalzar à Josef, y de la obstinacion de Faraon para manifestar su poder: y sin detenernos en referir otros muchos sucesos, que convirtió el Señor en gloria propia suya, podemos decir, que en ninguno se manifiesta tanto el orden de su sabiduria como en la caída de los justos, y en la conversion de los pecadores, porque, como dice San Ambrosio, si solamente halláramos en los Santos exemplos de inocencia, los mirariamos mas como prodigios dignos de admiracion, que como modelos à quienes pudiésemos imitar: pero como ha havido muchos en quienes hemos visto exemplares de la humana fragilidad, su caída sirve para mantener à los justos en el temor, y su conversion para que no desesperen los pecadores: por lo que no saca Dios menos gloria para sí, ni menos utilidad para nosotros de la flaqueza de los justos que caen, que de la fidelidad de los justos, que perseveran: en unos manifiesta su clemencia perdonandolos, y en otros su gracia, defendiendolos: y si por una parte aquellos Santos à quienes preservó del pecado, nos enseñan, que podemos muy bien permanecer inocentes, y que consiguientemente no tenemos escusa quando pecamos; por otra los Santos, à quienes sacó del pecado, nos enseñan tambien, que la culpa no es irremisible, y que aunque seamos pecadores, no por eso nos hemos de contemplar sin remedio.

Esta es la instruccion que mas naturalmente se infiere de la conversion de San Pablo: no hay exemplar mas propio para alentar nuestra confianza, pues
 por

por la gravedad de su delito podemos medir la grandeza de la divina misericordia; y lo que todavia nos puede servir de mayor consuelo, es que despues de haber confesado humildemente este gran Santo su desorden, dice él mismo, que el haver sido entregado à su incredulidad fue para instruccion de los que despues havian de creer en Jesu-Christo: *Ad informationem eorum qui credituri sunt illi.*

Pero tampoco hay exemplo mas propio para confundir nuestra cobardia: no permita el Señor que yo os induzca, Catholicos, à permanecer en una falsa paz: desgraciados de vosotros, si confiando temerariamente en la bondad de Dios, mirais como modelo al pecador, y no al penitente: si en los excesos de Saulo perseguidor, tenemos motivo para nuestro consuelo, en la conducta de Pablo convertido, tenemos tambien una leccion de penitencia; y seria inutil que admiraseis la felicidad que tuvo en ser favorecido de la divina misericordia, si no imitarais su fidelidad en corresponder agradecido à la divina gracia.

Solamente con examinar las demás circunstancias de esta conversion, hallaremos las reglas de una verdadera penitencia: lo primero que se advierte es, que este ilustre penitente, se mantuvo tres dias oculto, y encerrado en la casa de un discipulo: *Et erat ibi tribus diebus.* Esta circunstancia nos enseña, que el primer paso que debe dar un pecador, es recogerse dentro de sí mismo, y separarse de los peligros del mundo, imitando à San Pablo, que rompió todo el comercio con los Judios infieles: por-
 Tom. I. P que,

que, Catholicos, si vivís unidos con esos hombres de iniquidad, cuyas costumbres son tan contrarias à las de los justos, si freqüentais aquellas concurrencias profanas, en donde siempre se expone el pudor à los mayores peligros, y aquellos espectaculos, en donde con pasiones fingidas se inspiran pasiones verdaderas: si vivís aficionados à las vanidades del siglo, dedicados à la leccion de los libros lascivos, deseosos de ver, y ser vistos, en una continua distraccion, sin gusto para la oracion, y con un interior tibio, è indifferente, ¿cómo se ha de hacer juicio de que vuestra penitencia es verdadera? ¿Quién ha de juzgar que este metodo de vida es una prueba de vuestro arrepentimiento, y una disposicion para la santidad? De esto solamente puede inferirse, que estais poseídos del amor al mundo, y à vosotros mismos: que solamente procurais ocultaros vuestra propia miseria; que afectais ignorar el peligro que os amenaza; que lejos de temer lo que lisongea vuestras pasiones, solo temeis lo que las mortifica; y que si teneis algun dolor de vuestros pecados, no es por aplacar à Dios con una verdadera penitencia, sino por engañaros à vosotros mismos con una ilusion voluntaria.

Es, pues, necesario, ò pecadores que me oís, es necesario que entreis dentro de vuestro corazon, segun el consejo del Profeta, que aparteis vuestros sentidos de las imagenes terrenas, y que lejos de las inquietudes del mundo, os apliqueis à conoceros à vosotros mismos: esto no es deciros que huyais de la sociedad civil para sepultaros en las tinieblas de un desierto: bien podeis huir del mundo sin salir de él;

él; porque las ocupaciones precisas de vuestro estado no son las que os quitan el tiempo para reflexionar: con que os recojais en vuestro interior, hallareis en él todas las comodidades del mas solitario retiro, para poder conversar libremente con vuestra alma: alli debeis examinaros, representando el numero, y gravedad de vuestras culpas, observando las disposiciones de vuestro corazon, considerando atentamente la vanidad de todo lo que mas aprecia el mundo, y mirando algunas veces aquel abismo eterno en que haveis merecido ser precipitados: entonces, atemorizados como Saulo al oír la voz de Jesu-Christo, y empezando à trabajar para vuestra salvacion con temor, y temblor, os determinareis por ultimo à reparar los desordenes de vuestra vida pasada con los exercicios de una verdadera penitencia.

Tambien reparo en que San Pablo permaneció tres dias en su retiro sin tomar alimento: *Et non manducavit, neque bibit*, segunda circunstancia, que nos enseña ser muy esencial en la penitencia la mortificacion de los sentidos, y aun me atrevo à decir que el principal fruto de un sincero arrepentimiento, es sentirnos animados de un santo odio contra nosotros mismos; porque el pecador verdaderamente arrepentido, facilmente conoce que la misericordia de Dios no se concede à la tibieza, al regalo, ni à la sensualidad: no es posible que deteste sinceramente el pecado, aquel que alhaga al que le ha cometido; un verdadero penitente procura vengar en sí mismo en el tiempo presente los delitos que quiere que Dios le perdone en la eternidad: es pre-

ciso que haya alguna proporcion entre las satisfacciones que damos à Dios, y las ofensas que hemos cometido contra su Magestad: es muy justo, dice San Gregorio Papa, que nos privemos aun de los placeres inocentes, pues nos hemos atrevido à usar de los pecaminosos: y el no hacer diferencia alguna con la austeridad, entre el justo, y el pecador, es confundir la inocencia con la culpa, es querer quitar à la una todos sus privilegios, y à la otra todo su horror, y toda su infamia.

La tercera circunstancia, digna de notarse, y que incluye una de las principales instrucciones, es que San Pablo se dedica à orar: *Ecce enim orat.*

Y esta debe ser la principal ocupacion del pecador que quiere reconciliarse con su Dios: la frecuencia de la oracion es una de las principales condiciones de la penitencia: como solamente debemos esperar el perdon de nuestras culpas de la bondad del Señor, solamente à él se le debemos pedir en la oracion, pero nuestros ruegos han de ser humildes, fervorosos, y continuos, pues este perdon es una pura gracia.

Implorad, pues, pecadores, implorad con un corazon humildemente contrito la clemencia de un Dios ofendido: juzgaos à vosotros mismos en su presencia, con toda sinceridad, para que él no os juzgue con todo su rigor: postraos, unas veces llenos de confusion, à los pies de vuestro Juez, que se halla con derecho para castigaros, y otras llenos de confianza à los pies de vuestro Redentor, que os quiere salvar: felices vosotros, Catolicos, si no podeis hablarle sino con gemidos, y lagrimas: el Señor

ñor no sabe resistir à una voz tan eloqüente, y es tal el amor de este Divino Padre de familias para con los hijos prodigos que humildemente buelven à buscarle, que siente tanta alegria al recibirlos en su paternal seno, como consuelo experimentan ellos al ser recibidos en él.

Tambien reparo en que Jesu-Christo se vale del piadoso Ananías para acabar la obra de la conversion de nuestro Santo penitente: y quando reflexiono que quiso sujetar à un Apostol, como el Doctor de los Gentiles, al ministerio de un hombre, aunque verdaderamente Santo, veo que quiso repetirnos en el exemplo de San Pablo aquellas importantes lecciones que ya nos havia dado por boca del Sabio, esto es, que el pecador no debe fiarse de su propia prudencia, porque el alma presuntuosa, que se gobierna por su propio dictamen, corre riesgo de ser entregada à las ilusiones del amor propio; pero tambien no hay cosa mas delicada que la eleccion de un Director, porque el que siegue à un ciego vendrá à caer irremediabilmente en el precipicio.

Escuchad, pues, los que semejantes al Rey Saul, solamente consultais al Profeta para cargarle de vuestros pecados, y ser honrados en presencia del pueblo; vosotros los que, segun la expresion de la Escritura, descansais tranquilamente sobre las almohadas que os presentan unos Ministros cobardes, los que acaso os lisongean, ò porque temen vuestro poder, ò porque esperan la recompensa de su condescendencia: aprended, dice el Sabio, à no confiar vuestros pecados à todo genero de personas; no confieis vuestra alma à esos hombres en-
ga-

gañadores, que anuncian la paz en donde no hay paz: elegid un Director sabio, caritativo, desinteresado, integro, y prudente, en quien se halle la severidad, y el agrado, y que sepa curar la culpa, sin lisongear, ni exasperar al pecador; y para no engañaros en esta eleccion, pedid al Señor este Ministro fiel, y él os embiará otro Ananías, cuya habil mano sabrá arrancaros, como à San Pablo, las escamas que la obstinacion del corazon forma regularmente en los ojos de los pecadores: *Ceciderunt ab oculis ejus tanquam squamæ.*

Finalmente, reparemos otra vez en que San Pablo expia su pecado con el mismo fervor con que antes se havia hecho culpado, manifestando tanto zelo de la gloria de Jesu-Christo, como antes havia manifestado contra el mismo Señor: *Saulus autem multo magis convalescebat.* Ultima circunstancia, que nos enseña la perfecta mudanza del corazon, y que persuade à todos los pecadores que deben substituir à sus vicios aquellas virtudes, que les son opuestos, compensar sus pecados con sus buenas obras, reparar sus escandalos con el buen exemplo, hacer que sirva à la justificacion lo que antes havia servido à la iniquidad: en una palabra, proporcionar el fervor, y el zelo à la gravedad de sus pecados.

Estas son, Catolicos, las excelentes reglas que hallamos en la conversion de San Pablo: examinaos aora por estas reglas, oh, vosotros, penitentes hypocritas, que quereis acomodar el Evangelio à vuestras pasiones: vosotros, penitentes sensuales, que os retirais de la culpa sin llorarla, por qué no la expiais;

piais; vosotros, penitentes inconstantes, que llorais vuestros pecados, sin salir de ellos, porque inmediatamente los bolveis à abrazar; vosotros, penitentes ciegos, que sin horrorizaros de vuestros delitos, juzgais quedar absueltos de ellos en la presencia de Dios, porque oís pronunciar vuestra absolucion à un hombre: vosotros, penitentes injustos, que habiendo hecho los mayores excesos por el mundo, todo os parece exceso, quanto haceis por Dios: confundios al contemplar el exemplo de nuestro ilustre penitente: en vano os lisongeais de poder restituiros à la amistad de vuestro Dios: si no llegais à recibir la gracia de la justificacion, con unas disposiciones semejantes à aquellas con que se preparó San Pablo para la gracia del Bautismo, si no llegais con las mismas señales de conversion, y con los mismos frutos de penitencia.

Pero acaso me direis, que era muy natural en San Pablo hallarse lleno de fervor, despues de haver sido confundido con la voz de todo un Dios, que baxó desde el Cielo à presentarle el combate, y que à vosotros os sucederia lo mismo, si Jesu-Christo hiciera un prodigio somejante para vencer la dureza de vuestros corazones; pero estos, Catolicos, son unos pretextos vanos, fribolos, è injustos; ¿por qué os haveis de atrever à pensar que Dios está obligado à hacer por todos los prevaricadores lo que hizo por un San Pablo? ¿Es acaso vuestra conversion tan dificil como la de un hombre, que solamente era pecador, porque se creía animado, aunque falsamente, del zelo de su Dios, ò tan importante como la de un hombre à quien Jesu-Christo ha-

habia escogido para instruir, y santificar à todas las Naciones? ¿Se os pide acaso, que seais tan santos como este grande Apostol? ¿No nos contentamos con que tengais la santidad propia de un Christiano? ¿No basta que Dios os conceda aquellos auxilios de que necesitais para obrar vuestra salvacion? ¿Ha de ser preciso que el Señor derrame sobre vosotros gracias extraordinarias en recompensa del abuso que haceis de los auxilios comunes? ¿Por qué ha de hacer Jesu-Christo que brille à vuestra vista el resplandor de su magestad, quando le estais viendo con toda claridad en la Religion, por medio de las luces de la fé? ¿Esta misma fé no os está siempre poniendo à la vista la aparicion de Jesu-Christo à Saulo? ¡ah, Catolicos, vosotros no estais faltos de luz, antes al contrario puede decirse que la misma luz os deslumbra, y casi os ciega, y que como Saulo, aunque tenéis los ojos abiertos, nada veis: *Apertisque oculis nihil videbat*, ò por mejor decir, que semejantes à los compañeros del mismo Saulo, convertís las maravillas de Jesu-Christo en motivo de una vana admiracion: *Stabant stupefacti*.

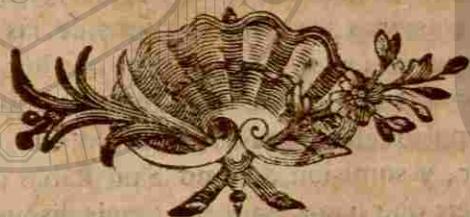
¿Pero quereis que Jesu-Christo haga sonar en vuestros oídos aquella terrible voz que arrojó en tierra al perseguidor? oh, Señor, fortaleced mi voz, para que en algun modo sea semejante à la vuestra, purificad mis labios, hablad por mi boca, moved el corazon de mis oyentes, para que os oygan, y respeten en la persona del indigno Ministro, que sirve de organo à vuestra voz: escuchad, pues, pecadores obstinados, vuestro Dios, y Señor es quien os dice, ¿por qué me persigues, vengativo implacable? Contra mí

mí te enfureces, quando intentas vengarte de tu hermano, que es uno de mis miembros; ¿por qué me persigues, hombre sensual, que intentas hacer, que pierda el pudor un sexo à quien yo quise deber mi nacimiento, segun la carne? ¿Por qué me persigues, muger mundana, que con tus artificios me robas unas almas, que yo redimí à costa de mi sangre? ¿Por qué me persigues, hombre barbaro, è injusto, que al pobre, que es mi propia persona, le usurpas su subsistencia? ¿Por qué me persigues, hombre sacrilego, que tan maliciosamente te opones à mis sagrados Ministros, quando éstos están usando de mi autoridad para reprimir tus escandalosos excesos? *¿Quid me persequeris?*

Oh, pecadores, ¿podreis resistir mas à la voz de un Dios de misericordia, y magestad, que oís tronar sobre vuestras cabezas? ¿Podreis resistir à una voz, que trastorna los cedros, y hiende las peñas? Ya estais oyendo la voz del Señor, no obstineis, pues, vuestros corazones, os dice el Profeta: ceded à los suaves impulsos de la gracia, y decid con el mayor fervor, y sumision, como San Pablo; Señor, ¿qué quereis que haga, aqui me teneis dispuesto para todo: *Domine, ¿quid me vis facere?* Yo renuncio desde luego al mundo, y à todos sus falsos alhagos, por unirme à solo vos; huiré de aquellas compañías, que tan fatales fueron para mi inocencia; pasaré los años que me quedan de vida en la amargura de un vivo arrepentimiento: lavaré mis impurezas con mis lagrimas: consagraré à la oracion aquellas noches, que antes pasaba en el juego, y en los escandalos: seguiré el camino de vuestros

Tom. I. Q man-

mandamientos; haré dignos frutos de penitencia, y mi reforma será tan perfecta, que al ver el exemplo de mi conversion todos alabarán el poder de vuestra gracia, y lo infinito de vuestra misericordia: ya habeis oído, Catholicos, esta protestacion, que acabo de hacer en vuestro nombre, no la desaproveis: estais obligados à ratificarla, y sereis felices, si la cumplís; porque si teneis valor para seguir à San Pablo, imitando su perseverancia, llegará el día en que tengais la dicha de acompañarle en la Gloria. *Ad quam, &c.*



SERMON

PARA EL DIA DE SANTA INES.

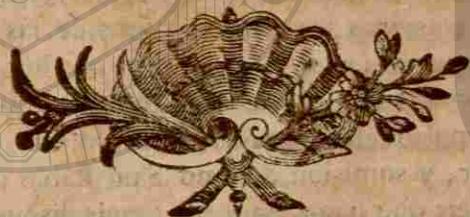
Exemplum esto fidelium in fide, & castitate.

Sed exemplo de los Fieles, en lo que mira à la fé, y à la castidad. 1. *ad Timoth. cap. 4.*

NO debe causar admiracion, Catholicos, que San Pablo encargue à un Obispo, que sea exemplo de los Fieles en la pureza de su fé, y en la integridad de sus costumbres: el Santo caracter de que se halla revestido para instruccion, y educacion de los Pueblos, pide en él igualmente estas virtudes; pero lo que me admira, como admiró tambien à San Ambrosio, es que una virgen joven, y educada en los errores del Paganismo haya llegado à ser entre nosotros tan perfecto modelo de estas virtudes: *Magisterium virtutis implevit, quæ præjudicium vehebat ætatis.* Esto, dice San Geronymo, fue lo que la grangeó los aplausos de todos los Pueblos, y de todas las Naciones: *Omnium gentium litteris, & linguis laudata.* Esto, continúa San Ambrosio, lo que la mereció la admiracion de los varones, la confianza de los niños, el asombro de las casadas, y finalmente lo que la hizo digno exemplo de aquellas almas, que piensan en consagrarse para siempre al Celestial Esposo: *Mirentur viri, non desperent parvuli, stupeant nuptæ, imitentur inuptæ.*

Q 2 No

mandamientos; haré dignos frutos de penitencia, y mi reforma será tan perfecta, que al ver el exemplo de mi conversion todos alabarán el poder de vuestra gracia, y lo infinito de vuestra misericordia: ya habeis oído, Catholicos, esta protestacion, que acabo de hacer en vuestro nombre, no la desaproveis: estais obligados à ratificarla, y sereis felices, si la cumplís; porque si teneis valor para seguir à San Pablo, imitando su perseverancia, llegará el día en que tengais la dicha de acompañarle en la Gloria. *Ad quam, &c.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE SANTA INES.

Exemplum esto fidelium in fide, & castitate.

Sed exemplo de los Fieles, en lo que mira à la fé, y à la castidad. 1. *ad Timoth. cap. 4.*

NO debe causar admiracion, Catholicos, que San Pablo encargue à un Obispo, que sea exemplo de los Fieles en la pureza de su fé, y en la integridad de sus costumbres: el Santo caracter de que se halla revestido para instruccion, y educacion de los Pueblos, pide en él igualmente estas virtudes; pero lo que me admira, como admiró tambien à San Ambrosio, es que una virgen joven, y educada en los errores del Paganismo haya llegado à ser entre nosotros tan perfecto modelo de estas virtudes: *Magisterium virtutis implevit, quæ præjudicium vehebat ætatis.* Esto, dice San Geronymo, fue lo que la grangeó los aplausos de todos los Pueblos, y de todas las Naciones: *Omnium gentium litteris, & linguis laudata.* Esto, continúa San Ambrosio, lo que la mereció la admiracion de los varones, la confianza de los niños, el asombro de las casadas, y finalmente lo que la hizo digno exemplo de aquellas almas, que piensan en consagrarse para siempre al Celestial Esposo: *Mirentur viri, non desperent parvuli, stupeant nuptæ, imitentur inuptæ.*

Q 2

No

No envidiemos, pues, à los Santos del Antiguo Testamento los gloriosos combates que sufrieron, y las palmas que alcanzaron: estas grandes almas, de las que no era digno el mundo, triunfaron por medio de la fé, de los Imperios, y Reynos: *Per fidem vicerunt regna*; dice San Pablo: triunfaron de las fieras, del fuego, y de la muerte mas cruel: *In occisione gladii mortui sunt*. Bien sé que Abraham, llevado de su fé, reprimió los movimientos mas justos, y amorosos de la naturaleza, disponiendose à sacrificar su hijo; que Moyses despreció los thesoros de Egypto, y el favor de Pharaon: que otros muchos dieron constantes pruebas de su fé entre los grillos, y cadenas, y la sellaron con su sangre, negandose à rescatar sus vidas à costa de haver de abandonar al Dios de sus Padres.

Estos milagros de la fé los vimos en los primeros siglos del Christianismo, y los estamos viendo renacer todos los dias en la ilustre Santa, à quien oy se tributan estos cultos, y cuyo elogio es el objeto de este Panegyrico.

Ines, en una edad tierna, y delicada, Ines Virgen, y Martyr triunfa igualmente, dice San Geronimo, de la flaqueza de su edad, y de la crueldad del Tyrano: *Ætatem vicit, & Tirannum*. Por medio de la virginidad, dice San Ambrosio, triunfa del mundo, y de sus mas poderosos alhagos: por medio de la fé triunfa de los mas crueles, y horribles tormentos, que pudo inventar el mundo. Su virginidad, y su fé se ven expuestas à las pruebas mas propias, para engañarla, ò para acobardarla: *Nec blandimentis seducta, nec terrore concussa*: lo que manifestaré en este discurso. La

La virtud, pues, de la virginidad, y la de la fé, se ayudaron mutuamente en Santa Ines: porque su virginidad la dió motivo para que conociese su fé, como manifestaré en la primera parte; y su fé la dió fortaleza, para defender su virginidad, lo que haré patente en la segunda: de este modo es para vosotros, Catolicos, y para todos los Fieles, un perfecto modelo de fé, y de castidad: *Exemplum fidelium in fide, & in castitate*. Primeramente os enseña, que por medio de esta virtud, tan propia del Christianismo, debeis honrar con mas especialidad vuestra Santa Religion: en segundo lugar, que vuestra Religion es el mas poderoso auxilio, para conservar la pureza, que admirais en Santa Ines: este es el asunto de este discurso, y el fruto que debemos sacar de él: y para que yo pueda persuadiros con mas eficacia estas virtudes, pidamos todos al Divino Espiritu me ilumine con su gracia, poniendo por intercesora à Maria, &c.

PRIMERA PARTE.

LA virginidad sirvió de medio à Santa Ines, para llegar al conocimiento de su fé, y para quedar convencidos de esta verdad, basta leer la Historia de su vida, y de su Martyrio, escrita por San Ambrosio, la que confiesa el mismo Santo haver compuesto para instruccion, y modelo de la posteridad: en esta historia vereis, Catolicos, que la virginidad de Santa Ines fue en la Santa, un poderoso motivo para declararse Christiana, y para manifestar el carácter de su fé: y fue tambien un par-

particular motivo, para hacer reconocer la excelencia de la fé, y publicar sus mas santos, y augustos Misterios: Ines en la flor de su edad, distinguida por lo ilustre de su nacimiento, adornada de todos los dotes de la naturaleza, los que en su sexo mas suelen servir de vanidad, que de adorno, tuvo la desgracia de agradar, à quien ella no queria: lo que en esta edad sirve de gloria, y complacencia à las demás mugeres, lo que es objeto de sus deseos, y unico fin de todos sus cuidados, lo que las hace buscar en el arte los atractivos, que acaso las negó la naturaleza, solo fue en Santa Ines un verdadero motivo de amarguras, y pesares: mas adelante veremos su modo de pensar; por ahora me contento con decir, que la casta, y generosa Ines no sacó otra utilidad de todas estas prendas, mas que declararse Christiana, y hacer resplandecer el carácter de su fé.

Enamorado el hijo del Prefecto de Roma de la hermosura de Ines, la pretende, y hace que la propongan un matrimonio, por medio del qual se veía ensalzada à un puesto capáz de lisongear los deseos de un corazon ambicioso: él mismo la descubre el fuego, que abrasa su corazon: procura ganar à los parientes de Ines, y atraherlos à sus designios ¿quántas juvenes, demasiado impacientes, por imponerse un yugo que oprime sus pasiones, quando estas empiezan à nacer, gustan de ser buscadas, y se entregan al matrimonio, sin mas fin que ser dueñas de sí mismas, esto es, de verse libres de una servidumbre, à la que muchas veces sigue otra mucho mas penosa, y mas triste? ¿quántas juvenes

nes oyen con gusto las artificiosas expresiones, y se dexan engañar con falsas promesas, que son otros tantos lazos secretos, y ocultos escollos que presenta à su pudor, y à su inocencia una pasion ciega? y por otra parte, ¿quántos padres, mas amantes de sus propios intereses, que de la felicidad de sus hijos, aprovechandose de la pasion de los que los desean, los venden à su fortuna, si es licito decirlo así, y los entregan sin examinar sus inclinaciones, ni las circunstancias de aquellos, à cuyo poder los sujetan, sin pensar mas que en sus riquezas, quando solamente debieran atender à sus costumbres? Este, Catolicos, es el origen de aquellos desgraciados matrimonios, à que tan de cerca sigue el arrepentimiento, y cuyas funestas consequencias suelen ser el escandalo de toda una Ciudad, y la infamia de la familia: nuestra gloriosa Santa tuvo la felicidad de hallar en sus padres un modo de pensar mas justo: en una edad, en que las personas de su sexo solo cuidan de dexarse arrastrar de su vanidad, y su ambicion, ella solamente pensó en manifestar su fé; su virginidad fue el motivo de declararse Christiana: en vano se esfuerza el hijo del Prefecto de Roma, llevado de la inclinacion que le domina, en vano se esfuerza à rendir su corazon con caricias, con alhagos, y con mil protestas de un amor sincero, y respetuoso: ¿qué expresiones no inventa un amante, para persuadir? En vano se vale de magnificos presentes, para hacer abrir unos ojos, que están cerrados para él: en vano la representa la grandeza de su casa, y de sus empleos, para mover con resplandor de su fortuna-

tuna, à la que tan indiferente se mostraba ácia su persona: todas estas razones son inútiles, para un corazon verdaderamente Christiano: Ines, dice San Ambrosio, desprecia igualmente sus protestas, sus presentes, sus cargos, y sus empleos. Apartaos de mí, le dice con un valor superior à su edad, y con una virtud que excede à las fuerzas de la naturaleza; yo soy Christiana, he jurado fé à Jesu-Christo, y es hacerle injuria el pensar, que yo he de procurar agradar à otros ojos, mas que à los suyos: *Et hæc simul injuria est expectare placituram.* La passion despreciada suele avivarse mas, y quanto mayor merito halla en el objeto que la desprecia, mayores esfuerzos hace, para vencer su constancia; y finalmente como un oculto veneno, que poco à poco vá haciendo el estrago, y que consume lentamente, al mismo tiempo que la passion despreciada lisongea el corazon, suele alterar la salud, y poner la vida à peligro de perderse: esta fue la desgraciada suerte de aquel joven, el que por una parte se hallaba dominado de su passion, y por otra veía frustradas las esperanzas, con que antes se lisongea: el Prefecto, igualmente irritado, al ver que Ines despreciaba su alianza, y al contemplar el triste estado, à que el santo valor de nuestra virgen havia reducido à su hijo, llega à saber, que públicamente se havia declarado Christiana: dividido entonces entre el temor, y la esperanza, unas veces se promete vencer, y otras teme quedar vencido: la flaqueza de la tierna de edad de nuestra Santa le asegura; pero como muchas veces havia sido testigo de aquel valor, que entre los Christianos

nos convierte à los mismos niños en Heroes de la fé, no sabe que esperar: determina, ò vencer à Ines, ò acabar con ella: ¡en qué excesos no precipita la passion à los hombres! ¡de qué delitos no los hace capaces, principalmente quando se reviste de un falso zelo de Religion! El Prefecto cita à Ines ante su Tribunal; presentase en él la Santa, y allí dá las pruebas mas extraordinarias de su fervorosa fé: admirad, Catolicos, esta fé prodigiosa: ved, que no es una fé esteril, y que consiste solamente en palabras; que no es una fé muerta, ò ociosa, à quien desmientan las obras; que no se ciñe à la especulacion, al modo de pensar, ò à unas maximas bien dispuestas, sin llegar jamás à la execucion; Ines, en presencia del Prefecto defiende, y honra su fé de un modo que condena la fé de muchos, que aunque se llaman Christianos, y profesan la fé de Jesu-Christo, nada tienen de tales en sus acciones. ¿De que sirve, dice San Pedro Damiano, hacer profesion de la fé Catolica, y vivir como Paganos? Creer sin obrar, es creer como los Demonios, y creer para propia condenacion. La fé de Ines no era una fé dudosa, è incierta, como la de la mayor parte de los Christianos de nuestro siglo; la fé de éstos está llena de vanas preocupaciones, de artificiosos discursos, y de engañosos razonamientos: siguen el exemplo de aquellos incredulos, à quienes el furor de sus pasiones hace titubear en su fé, y que, como dice el Apostol Santiago, son semejantes à las olas del mar, à las que el viento agita, y mueve ácia todas partes: *Similis est fluctui maris.* El Prefecto se vale, de quantas razones puede in-

ventar el humano discurso, para trastornar la fé de Santa Ines; pero ¿qué poder tiene la razon humana en un espíritu, à quien la autoridad del mismo Dios, su palabra, y su gracia, confirman en su creencia, y le hacen triunfar de las mas peligrosas sutilezas?

Tampoco fue la fé de nuestra Santa, una fé interesada: ¿qué promesas no hizo el Prefecto à Santa Ines? ¿de qué medios no se valió, para mover su ambicion? ¡Oh, vosotros, los que siempre estais dispuestos à sacrificar la Religion al idolo de vuestra fortuna, ó que por mejor decir, no teneis mas religion, que la que se acomoda à vuestros intereses, aprehended de una virgen joven à despreciar, y abandonar todas las grandezas del mundo, por mantener vuestra fé: por ésta debeis desprenderos, ò à lo menos estar dispuestos à renunciar todos los bienes de la tierra: Ines prefiere el nombre, y el titulo de Christiana à los mas honrosos titulos, y à las mas lisongeras esperanzas.

La fé de nuestra Santa no es cobarde, ni tímida: Ah! Carolicos, ¿y qué poco se necesita, para atemorizaros, y aun haceros avergonzar de vuestra fé? Una palabra, una mirada, la presencia de un libertino, basta para haceros guardar un infame silencio, ò para hacer, que aplaudais exteriormente, lo mismo que está condenando vuestro corazon: basta para que contra lo mismo, que pensais, y contra lo que os dicta vuestra propia conciencia, seais infieles, solo por el temor de parecer fieles: ¿qué sería de esa tímida fé, que teneis, si se viera expuesta à las pruebas, à que lo estuvo la de Santa Ines, y si tuvierais precision de defenderla en pre-

presencia de los Tyranos? Estos procuraban atemorizar à nuestra Santa, pero su fé generosa la hace intrepida en los mayores peligros: ¿con qué valor desprecia las amenazas del Prefecto? ¿con qué santa libertad le responde? Aqui fue donde experimentó el efecto de la promesa, que hizo Jesu-Christo à sus Apostoles, quando los dixo: sereis llevados à la presencia de los Governadores, y Reyes, para que alli deis testimonio de mi fé; pero no penseis entonces en lo que haveis de decir, ni en lo que haveis de responder, porque yo mismo os inspiraré las respuestas.

De este modo manifestó nuestra Santa su fé en general; veamos ahora cómo la dió à conocer en particular, cómo ensalzó su merito, y cómo publicó sus mas sublimes Misterios: los mas sabios, que entonces havia entre los Paganos, fueron testigos, y no pudieron menos de admirarse: todos se pasman, dice San Ambrosio, de ver à una virgen joven, incapáz por su edad de disponer de su persona, dar un testimonio semejante de la Divinidad: *Stupete universi, quod jam Divinitatis testis existeret, quæ adhuc arbitra sui per ætatem esse non posset.* Divino Espiritu, que haceis tan eloquentes, hasta las lenguas de los niños, y que sacais de sus bocas las mas perfectas alabanzas, ¿qué idioma comunicasteis en este lanze à Santa Ines? ®

Ines asegura, que hay en el Cielo un ser superior à todos los demás entes, Autor de todos, necesario, è independiente: un Dios, que no solamente habita en los templos materiales, como las falsas divinidades, sino que con su inmensidad llena igual-

mente los Cielos, y la tierra; un Dios, que con nadie divide la gloria de la Divinidad, y en cuya presencia, todo quanto el mundo ciego adora, los idolos, à quienes la ignorancia, ò la adulacion tributa sacrilegos inciensos, no son mas que unos leños inútiles, ò unas piedras mudas: un Dios, criador del mundo, que le sostiene para que no se reduzca à la nada de que él mismo le sacó; un Dios remunerador, que sabe recompensar à sus siervos; un Dios vengador, que castiga à los que le ofenden: sigue explicando muy por menor los divinos atributos, el poder, la misericordia, la justicia, la providencia, la eternidad, y la santidad: propone los mas sublimes Misterios de nuestra Religion acerca de la eterna generacion del Verbo; dice, que es Hijo unico del Padre Celestial, igual en todo al Padre, y objeto de su divina complacencia; que por un exceso de amor, que no podemos nosotros admirar, ni agradecer debidamente, se hizo hombre, para redimirnos, y salvarnos; que nació de una virgen: *Cujus Mater virgo est*; que los Angeles le reconocen por Soberano, y le adoran como à su Dios: *Cui Angeli serviunt*; que su resplandor excede infinitamente al de los mas brillantes Astros; que es dueño de la muerte, y puede con una sola palabra, abrir los sepulcros, y resucitar à los muertos; que sus tesoros no pueden perecer, ni sus riquezas disminuirse: ved, pues, dice, al que yo he elegido por Esposo; quanto mas le amo, soy mas pura, è inocente, y él mismo consagra la virginidad de sus fieles Esposas: yo soy de este Divino Esposo; vivo toda unida à él para siempre:

Illi

Illi soli servo fidem, illi me tota devotione commito. Esta fue la feliz ocasion que à Santa Ines proporcionó su virginidad, para manifestar su fé; este es el exemplo, que nos dá de una fé constante, de una fé activa, de una fé desinteresada, y de una fé generosa: *Exemplum in fide*. Pero ¡oh, Santa mia! es posible, que he de tener yo motivo, para reprehender à estos fieles, que acaso no piensan tanto en imitar vuestro exemplo, como en obsequiaros con estos reverentes cultos? ¿La sensualidad, y el amor à los placeres, no es muchas veces causa, Catolicos, de que afrenteis vuestra Religion, y aun tambien de que falseis à vuestra fé? Atended à estas dos reflexiones, que contienen dos puntos de la moral mas sólida, uno es general, y otro particular, pero ambos igualmente importantes.

Ines ensalza la grandeza de su Religion, y vosotros la afrentais con la corrupcion de vuestras costumbres, y con los excesos de vuestra sensualidad. Ines hace pública profesion de su fé, y vosotros faltais à ella, no porque exteriormente la negueis, sino porque la negais en vuestro corazon, dexandoos arrastrar de la violencia de vuestras pasiones.

Afrentais vuestra Religion con la corrupcion de vuestras costumbres, y con los excesos de vuestra sensualidad: este es un pernicioso efecto de todas las pasiones, tan contrarias à las mas santas maximas de nuestra fé: este es el efecto de la ambicion, de la soberbia, de la codicia, del rencor, y de la venganza: creer, que debemos despreciar todas las grandezas mundanas, y buscarlas con ansia, creer, que

que debemos humillarnos, y dexar al mismo tiempo à nuestro corazon, que se ensobverezca; que son bienaventurados los pobres de espiritu, y de corazon, y suspirar por los bienes perecederos de la tierra; que debemos perdonar las injurias, y amar à nuestros enemigos, y estar al mismo tiempo respirando odio, y venganza, esto, dice San Pablo, es afrentar à Dios, y à la fé que profesamos: *Per pravicationem legis Deum inhonoratis*, porque dais motivo, prosigue el mismo Apostol, à que el nombre de Dios sea blasfemado entre los Gentiles: *Nomen enim Dei per vos blasphematur inter Gentes*.

Esta doctrina es ciertissima, hablando generalmente de todas las pasiones, pero aun lo es mucho mas, hablando determinadamente de la sensualidad, porque este vicio induce una universal corrupcion en todas las costumbres, como nos lo manifiesta una funesta experiencia: y si no, decidme, Catolicos, ¿qué pensaria de nuestra Religion un Pagano, que viviendo entre nosotros, fuese testigo de la sensualidad, que reyna en ambos sexos, y en todos los estados? ¿de aquel extremo cuidado, que ponemos en lisongear los sentidos; del luxo, que reyna en el vestir, de la delicadeza en las comidas, de la desordenada pasion al juego, y à los espectaculos, de la infame libertad en las conversaciones, y finalmente, de todos aquellos excesos, que son un efecto necesario del amor à los deleytes, y que han llegado à inundar el mundo christiano? Si las costumbres de los Paganos nos dan motivo à nosotros, para despreciar su religion, ¿qué han de juzgar ellos de la nuestra, si se gobiernan por nuestras costumbres,

bres, tan contrarias à la pureza de nuestra fé? y aun dexando à parte los Paganos, ¿qué podrán pensar muchos Atheístas, que viven entre nosotros, sin Dios, y sin Religion? *Nomen Dei per vos blasphematur inter Gentes*. Quitad el amor à los deleytes sensuales, arrancad del corazon de los Christianos este mortal, y sutil veneno, y vereis como muda de semblante la Iglesia: entonces veremos à los Ministros, consagrados al Señor, honrar su ministerio, con una vida que nos servirá de edificacion, y con una santidad digna del Altar, à quien sirven, y del Dios à quien adoran: veremos unos hombres sobrios, justos, y equitativos; veremos unas mugeres castas, dedicadas al cumplimiento de sus obligaciones, y al exercicio de la oracion; retiradas del mundo, enemigas de sus maximas, y tan opuestas à sus diversiones, como à sus vanidades; el Reyno de Jesu-Christo se manifestará floreciente, y la Iglesia recobrará su antigua hermosura; pero seame licito, Catolicos, decir en público, lo que tantas veces os decis vosotros mismos en vuestro interior, el sensual deleyte es el veneno, que derrama la corrupcion en todas partes, y que cubre de la mas infame mancha à nuestra Religion, no obstante ser tan santa, y tan divina; y aun pasa mas adelante esta pasion, pues no solamente hace que deshonremos nuestra fé con nuestras costumbres, sino que tambien muchas veces es causa, de que la neguemos: porque si, como ya he dicho otra vez, hay en el mundo Atheístas declarados, que son escandalo de la Religion, y se precian de no creer; si hay libertinos de profesion, que blasfeman todo lo que ig-

no-

noran, como dice el Apostol, y que deciden, sin mas ciencia que su propio capricho, acerca de las mas sublimes verdades, y de los mas altos Misterios; si hay algunos fingidos incredulos, que se precian de Doctores, y que quieren sujetar todos los Misterios al examen de una razon vana, y presuntuosa: si hay algunos medio Christianos, que separando unas verdades de otras, tienen à bien que se crean ciertos articulos, porque no se oponen à sus deseos, declarandose al mismo tiempo contra otros que son contrarios à sus pasiones; si hay muchos hombres indiferentes à quienes todo les parece igual, que conformandose con que cada uno se forme en particular una religion à su modo, conservando en su creencia una falsa libertad, que degenera en verdadero libertinage: si hay impios ocultos, ò verdaderos hypocritas, que sin quitarse la mascara, ni sacudir enteramente el yugo, bajo una falsa apariencia de religion, ocultan una infidelidad verdadera, y que en su corazon todo lo niegan, aunque exteriormente parece que todo lo creen: decidme, pues, ¿no es el sensual deleyte quien ciega à todos estos, y los pone una funesta venda sobre sus ojos? Y si no, pregunto, ¿por qué no creen? la respuesta es clara, porque no quieren creer: ¿y por qué no quieren creer? porque quieren vivir sin remordimientos en sus desordenes, y solamente la fé es la que los puede hacer perder su falsa tranquilidad: es verdad que no llegan repentinamente à este infeliz estado, sino por grados; al principio viven distraídos, y se olvidan voluntariamente de las verdades eternas: son Christianos, sin pen-

pensar en las obligaciones de tales; pero la gracia, y la conciencia claman algunas veces en su interior, y los representan las principales, y mas terribles verdades de nuestra fé: para atender à estos interiores clamores, es necesario que muden de costumbres, pero esto les costaria mucho trabajo: quisieran sofocarlas, y algunas veces lo consiguen; pero asi como el fuego mal apagado buelve à encenderse poco à poco, estas verdades se avivan, y causan nuevos remordimientos; no les queda, pues, mas arbitrio, que impugnarlas, y destruirlas en quanto les es posible: y asi empiezan examinandolas, sin valerse de mas reglas para este peligroso examen, que sus propias preocupaciones, las que siempre son triste fruto de la pasion: piensan, leen, averiguan, oyen, discurren, hallan dificultades, la razon soberbia rehusa sujetarse, y la pasion que la engaña, la autoriza, y justifica, de aqui nacen las dudas, pero el que duda en materias de Religion, ya es infiel; y asi, pasan muy presto à una absoluta infidelidad: esto es lo que llama el Profeta infidelidad del corazon, de un corazon entregado à sí mismo, y à sus brutales deseos; de un corazon cautivo, que aborrece todo quanto pudiera ayudarle à romper sus cadenas: *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.* Esto es lo que priva à la Iglesia de tantos Reynos, y Provincias; esto lo que en el mismo seno de la Iglesia, y aun entre el buen grano hace crecer tanta cizaña, y forma tantos falsos Christianos, y esto lo que destruye el campo de Jesu-Christo. Queremos conservar esta infeliz pasion, pero ella, como el Idolo de Dagon, no puede permane-

cer en un mismo Templo, en una misma alma con el Arca del Señor: aprovechaos, pues, Catolicos, de la leccion que oy nos dá nuestra illustre protectora: su virginidad la dá motivo para manifestar su fé; temed vosotros, que los placeres terrenos os la hagan abandonar: el amor al deleyte hizo del mas sabio, y mas santo de los Reyes, el hombre mas impio, y mas idólatra: ¿sois acaso vosotros mas fuertes, ni mas santos que Salomon? confieso desde luego, que cuesta trabajo hacer que la fé triunfe de los placeres, pero no tengáis miedo, que ella os comunicará valor en los combates, como se le comunicó à Santa Ines; porque no solamente su virginidad la sirvió de motivo para hacer resplandecer su fé, sino que tambien su fé la dió aliento para defender su virginidad, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

LA fé sirvió en Santa Ines de custodia à su virginidad, por lo que fue virgen de Jesu-Christo. El Paganismo tuvo sus virgenes, y tambien el mundo las tiene oy entre los Christianos. Roma vió muchas jovenes doncellas, consagradas à la Diosa Vesta, preferir el honor de la virginidad à las mayores conveniencias. El Prefecto de Roma quiso colocar à Ines en el numero de estas virgenes; pero eran virgenes Paganas. Todavía se ven en el mundo algunas de estas virgenes, que por falta de bienes, por amor à la libertad, y por miedo de perder su estimacion, se mantienen dentro de los limites del honor, y del celibato; pero estas son virgenes del mundo:

do: para estas no hay mas recompensa que la reputacion que tanto ellas aprecian, ni tienen mas fin en mantenerse en el estado de la virginidad, que un fin puramente natural, y unos respetos absolutamente humanos; pero ved aqui, Catolicos, una virgen, segun la fé, y por la fé: ved aqui una virgen Christiana que, como he dicho muchas veces, se valió de su virginidad para dar à conocer su fé, y de su fé para defensa de su virginidad: primeramente su fé, en medio de su flaqueza, la comunicó la mas alta esperanza, y la mayor confianza en su Dios: en sagundo lugar; su fé, en medio de los mayores peligros, la hizo experimentar la asistencia de su Dios, y triunfar felizmente de los mas violentos asaltos, y de los tormentos mas crueles.

I. Se valió de su fé para defensa de su virginidad: viendo el Tyrano igualmente despreciada su alianza, su autoridad, y sus Dioses, la propuso una alternativa capáz de asustarla, y acobardarla: la condena, ò à que sacrifique à las falsas Divinidades, ò à ser llevada à un lugar de prostitucion; en esta triste alternativa no puede elegir Ines, pues ambos extremos son igualmente contrarios à la Religion: siendo joven, y flaca, por su sexo, ¿cómo ha de resistir à un poder tan superior? Pero, ¡oh! que aunque no sabe cómo se ha de defender, está muy segura de que podrá defenderse: si solamente atiende à las fuerzas de la naturaleza, no puede menos de temer; pero en la fé halla seguro remedio: la fé la enseña, que la divina gracia es tan fuerte, que de los niños hace Heroes invencibles: la fé la enseña que el mayor poder de la tierra, solamente se

estiendo à lo que Dios le permite; la fé la enseña, que nada puede todo el mundo contra el Dios à quien ella adora; sabe que este mismo Dios, con una sola palabra, puede trastornar los mas altos Cedros del Libano, y aniquilar todas las grandezas humanas: sabe los muchos prodigios que ha obrado el brazo del Altísimo, valiendose de la mayor flaqueza para confundir las mayores grandezas que admira el mundo: sabe que este poderoso brazo no se ha abreviado para ella: sabe las promesas que Dios tiene hechas à los que le invocan; en una palabra, sabe que todo lo puede en el Dios que la conforta: pues con esta confianza, ¿qué podrá pensar? ¿qué podrá decir? ¡oh, valor admirable de la fé! ¿qué es lo que pretendéis? Responde la valerosa virgen; queis acobardarme con vuestras amenazas; estais seguros de alcanzar una pronta victoria, porque no conoceis al Dios à quien yo adoro; pero yo le conozco: conozco el poder de Jesu-Christo, mi Salvador, y mi Dios, y confiando en los divinos auxilios de su gracia, no dexaré de ser Christiana, ni de ser virgen: apartad de mí esas falsas Divinidades à quienes vosotros adorais, y yo desprecio: ¿qué pueden ellas hacer à favor vuestro, ni contra mí? ¿Pero qué no puede contra vosotros el Dios del Cielo, y qué no puede hacer à favor mio? De este modo habla Ines: en su misma fé halla motivos para alentar su confianza: todo lo espera de la divina asistencia, y este fue el primer efecto de su fé: no quedó engañada en su esperanza: experimentó la divina proteccion en los mas terribles combates, y recibió una fortaleza celestial para sufrir los mas
crue-

crueles tormentos, y este fue el segundo efecto de su fé: no sé, Señores, à qué atribuir cierta delicadeza que oy reyna en el mundo: jamás se ha visto mayor corrupcion de costumbres, que la que reyna al presente, y tampoco se vió jamás tan aparente escrupulo acerca del pudor: apenas se atreven los mismos Predicadores à hablar de los combates que sufrieron las Virgenes de Jesu-Christo: no sé en qué consisten estos respetos: ¿es acaso por no ofender los oídos castos que nos escuchan? No, Señores, porque estos mismos son unos espíritus corrompidos, y unos corazones perversos, acostumbrados à abusar de todo, y à hallar en todo fomento para su infame pasion: en el mismo lugar santo en donde debieran aprender à implorar los socorros del Cielo, en donde debieran instruirse acerca de los medios de salir del abismo en que los han sepultado sus culpas, en donde debieran animarse con el exemplo de sus hermanos; en una palabra, en donde debieran detestar sus infames costumbres, allí mismo hallan motivo para prevaricar, pues condeñando al Predicador, que refiere los milagros de la gracia, dan muestras de que se ofende el pudor que en la realidad no tienen: sepan, pues, estos espíritus depravados, que nosotros tememos mas la corrupcion de sus corazones, que la malicia de sus lenguas: bien sabido es el lugar à donde fue llevada Santa Ines, y los prodigios que obró Dios para ampararla: bien sabido es que el hijo del Prefecto de Roma halló en una muerte repentina, y funesta el castigo que merecia su temeraria, è insolente pasion: basta esto para prueba de que Ines recibió del
Cie-

Cielo, para socorro de su virginidad, todos los auxilios que la prometia su fé.

Sale Ines de aquel infame lugar tan pura como havia entrado, y llena de confianza en la misericordia, y poder de aquel Señor que se havia declarado protector de su virginidad: ora à favor del hijo del Prefecto, Dios oye su oracion, el muerto resucita, y publica en presencia de todos, que no hay mas Dios que aquel à quien Ines, y los Christianos adoran: ¿se necesitaba de mas prueba para dar libertad à Ines, y hacer triunfar la Religion Christiana? Pero, ¡oh, ceguedad del entendimiento, y obstinacion del corazon humano! El Pueblo atribuye à magia, lo que era efecto del divino poder: el Prefecto aunque no se atreve à condenar à la que havia restituido la vida à su hijo, no tiene valor para defender la verdad que está conociendo: no se atreve à sacrificar sus intereses, abandonando los de sus falsas divinidades; hace lo que algunos Jueces cobardes, que juzgan cumplir con su obligacion, no pronunciando sentencia contra el inocente, aunque le vean perecer entre otras manos: se retira, y dexa entregada à Ines à la potestad de su Lugar-Teniente: ved aquí, Catolicos, que se nos presenta una nueva scena: ved aquí un nuevo campo de batalla en que Ines ha de conseguir nuevos laureles, y nuevas victorias; aquí experimenta todos los socorros que su fé la havia hecho esperar: la arrojan en una grande hoguera encendida; pero el mismo Dios, que en otro tiempo conservó ilésos en medio del horno encendido à los tres Niños Hebreos, la hace inaccesible à las llamas: estas buel-

ven

ven su actividad contra los Ministros del iniquo Juez; se abren, y ofrecen à Ines el paso libre, como se abrieron las aguas del mar para que pasase el Pueblo de Dios: ¡oh! Señor, mil veces os alabo, y bendigo, exclama nuestra Santa en medio de las llamas, que parece la respetaban: al presente estoy viendo lo mismo que hasta ahora he creído, y experimentando los efectos de mi esperanza: pero, Señor, ya que hasta ahora haveis manifestado vuestro poder, haciendo tantos milagros à mi favor, manifestadme vuestra bondad, y permitid que por ultimo reciba la gloriosa corona, que es el unico objeto de todos mis deseos: al oír estas palabras todos lloran, todos tiemblan, dice San Ambrosio, solamente nuestra Santa permanece tranquila: todos se admiran de verla tan prodiga de una vida que apenas empezaba à gozar: *¿Quid percussar moraris?* dice Ines, bolviendose con valor ácia el que la havia de dar la muerte, perezca este cuerpo que ha tenido atractivos para agradar à quien yo nunca he querido agradar: *Pereat corpus quæ placere potest oculis quibus nolo*: ¡à qué excesos no llega la crueldad, prosigue San Ambrosio, pues no perdona à la edad mas tierna; ò por mejor decir, à que no se estiende la fuerza de la fé, pues se vale de la misma infancia para su testimonio! La que apenas tenia cuerpo en que pudiese cebarse la espada del verdugo, ya consigue una completa victoria, y recibe, muriendo, la palma de la virginidad, y la del martyrio; valiendose de su virginidad para manifestar su fé, y de su fé para defensa de su virginidad: atended, Catolicos, à estas dos reflexiones con que concluyo: la pri-

primera, que no hay dificultad, por grande que parezca, en el amor à los deleytes sensuales, que no se pueda vencer con los auxilios de la fé: dirá alguno que es imposible resistir à cierta costumbre, ni vencer cierta inclinacion; que es imposible romper tal amistad, ni oponerse à los esfuerzos de la passion: confieso, Catolicos, que es difícil; pero quantos medios no hallais en vuestra fé, como los halló nuestra Santa para alcanzar esta victoria? Estos medios no solo son suficientes para pelear; sino tambien para conseguir el triunfo: unas veces esta misma fé os representa, como representaba à nuestra Santa, la idea de un Dios, de un supremo ser, tan perfecto, que solo él es digno de ser amado, y servido; de un dueño soberano, à quien solamente debemos agradar, y obedecer; de un Juez severo, cuyos decretos, y castigos son rigurosos: de un remunerador liberal, cuyas recompensas son infinitas, y eternas; de un Dios criador, que nos sacó de la nada; de un Dios salvador, que nos redimió à costa de su preciosísima sangre; y de un Dios santificador, que nos comunica su gracia; nos representa la idea de un Padre amantísimo, de un Dios poderoso, con quien todo lo podemos, y para quien nada hay imposible: esta idea hace que esperemos su gracia, y nos induce à implorarla: otras veces esta misma fé nos acuerda que hemos de morir, pero que como la parte mas noble de nuestro ser ha de sobrevivir, es necesario asegurar para esta alma inmortal, una eternidad feliz: nos representa la importancia de nuestra salvacion, cuya pérdida es irremediable: la fé abre el Cielo

lo à nuestra vista, y nos dá à conocer que su consecucion merece bien el sacrificio de los pecaminosos placeres: nos descubre aquellos inmensos abismos, que Dios tiene destinados para castigo de las ofensas que contra él se cometen, y en donde un instante deleyte se expia con penas eternas: nos pone à los pies del Soberano Juez, que nos ha de dar unos castigos correspondientes à los deleytes que nos engañaron, ò corrompieron: estas ideas daban fortaleza à Santa Ines en los mas crueles combates: ¿os parece, Señores, que el que sigue los impulsos de su passion, está verdaderamente convencido de estas verdades? ¡oh, Dios mio! ¿quién es el que las examina? ¿quién pecaría si las examinára? ¿y quién podría menos de examinarlas, si las creyera? La segunda reflexion es, que no hay cosa alguna, no solamente hablando de los deleytes sensuales, pero ni tampoco en todas las obligaciones de la vida christiana, tan difícil, que no sea asequible à la fé; no quiero referiros aquí, Catolicos, aquella multitud de testigos, de que habla San Pablo, que por medio de la fé, en todos los estados, y en todas las condiciones de la vida, à pesar de los obstaculos interiores, y exteriores se exercitaron en la justicia, y consiguieron una corona immortal: *Per fidem operati sunt transitum*: el exemplo de nuestra illustre Patrona, basta para convenceros de que no hay cosa imposible para un Christiano, à quien anima la gracia, y que obra con la fé, y por la fé: no me digais que es difícil en la juventud cautivarse, y violentarse para vivir con la regularidad que pide una vida verdaderamente christiana: Ines, ayudada de la divina gracia,

cia, consagra la flor de su juventud, con una exemplarísima piedad: no alegueis la fuerza de los malos ejemplos, el torrente de las costumbres, ni las conversaciones del mundo, Ines, ayudada de la fé, lo desprecia todo, y nos enseña que podemos, como ella, despreciarlo todo, alabanzas, promesas, bur-las, y amenazas; y que ni la mas elevada fortuna, ni los honores, ni las dignidades, ni las riquezas, fueron capaces de hacerla abandonar la ley de Dios: se expone á los mayores peligros, pero llena de confianza en el que la conforta, no los conoce: oy, Catolicos, no es tan facil el que tengais necesidad de derramar vuestra sangre en testimonio de vuestra fé; pero aun quando fuera preciso derramarla toda, mirad á Ines, que ayudada de su fé, se manifiesta intrepida, y alegre á vista de la muerte que la espera, la recibe con valor, y bendice á el que la proporciona la corona del martirio: si vosotros honraseis vuestra Religion, como Inés, con la pureza de vuestras costumbres, la fé os dará aliento, como á ella, en los mas peligrosos combates: la fé, en el instante de vuestra muerte, os hará triunfar, como á ella, de los mas terribles enemigos de vuestra salvacion.

En aquel critico instante, en aquel terrible paso del tiempo á la eternidad, es en el que la fé se mira como el mas sólido consuelo del verdadero Christiano: ¡qué valor, qué consuelo, qué tranquilidad no derrama en su corazon! *Ecce quod credidi jam video*, dice entonces, como Santa Ines: mi Religion no me ha engañado: ya estoy experimentando toda la fortaleza con que antes contaba: el horror

ror de la muerte no me asusta, muero sin tener sentimiento de lo que dexo, y sin temer lo que me espera: *Quod speravi jam teneo*. Ya estoy viendo lo que antes esperaba de la bondad de mi Dios: lleno de confianza en su misericordia, no me queda duda de que me ha perdonado lo que yo he detestado sinceramente, lo que he confesado con humildad, y lo que he procurado expiar con todas mis fuerzas: es verdad que Dios es mi Juez, pero al mismo tiempo es mi Padre: su justicia me asombra, pero su bondad me asegura: mi esperanza se funda en su divina palabra, y asi, nunca quedará confundida: *Quod concupivi complector*. Ya empiezo á gozar anticipadamente el consuelo de amar á mi Dios, y de no amar otra cosa mas que á él: ah! ¿por qué habré empezado tan tarde á amarle? ¿Por qué no habré empleado en amarle todos los dias de mi vida? ¿Por qué tardará tanto el feliz momento en que me he de unir á él eternamente? Romped, Señor, romped las cadenas que me separan de vos: *Ad te venio, vivum, & verum Deum*. Vos me estais oyendo, ó Dios mio; mi alma impaciente vuela con alegría ácia vos, ó fuente de toda verdad, y de la vida eterna: *Congaudete mecum, & congratulamini*. Parientes, y amigos, que tanto sentís mi separacion, dexad de llorar; ¡es acaso digno de lastima el que sale del mundo para ir á unirse con su Dios!

De este modo muere Ines, y de este modo mueren tambien todos aquellos que han vivido segun la fé, honrando su Religion con la pureza de sus costumbres: ¿quién de vosotros, Catolicos, no embidia una muerte tan santa? Esta muerte es preciso que sea

recompensa de una santa vida: vivid, pues, como verdaderos Christianos, si quereis morir como tales: à una vida christiana, sigue tambien una muerte christiana, y ambas serán premiadas con una corona inmortal: esta os deseo. Amen.

SERMON

PARA EL DIA DE SAN FRANCISCO
de Sales.

Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. *Matth. 5.*

EL mundo, à pesar de su corrupcion, no puede menos de estimar la virtud; pero no obstante ser la virtud tan estimada, rara vez sucede que se haga amar del mundo, Esto parece una especie de contradiccion; porque ¿cómo es posible no amar à un objeto que se cautiva nuestra estimacion? No me parece, Señores, que se necesita de mucho estudio para la solucion de este problema, pues es preciso confesar que son muy raras en el mundo las virtudes puras, y sin mezcla: la injusticia del mundo consiste en atribuir à la virtud los vicios de los que la practican: mira el mal genio, y la ridiculez como inseparables de la devocion, y juzga que el zelo debe ser esencialmente audaz, barbaro, è inexorable: quisiera vengar à la virtud de esta calumnia

nia con que la infama la preocupacion, y no me será difícil, pues la he de representar oy segun la idea que de ella nos dá San Francisco de Sales.

El nombre solo de San Francisco de Sales, ofrece desde luego no sé que idea de afabilidad, que penetra el corazon: al oír nombrar à San Francisco de Sales, todos se figuran un hombre hecho para ser amado, y al que es imposible no amar, un hombre à quien todos sienten no haver conocido, embidiando la dicha del siglo que le vió nacer; un hombre que quisieran hallar otro semejante à él, para elegirle por amigo: yo, Señores, no puedo pintarle mejor, que manifestandoos aquellas circunstancias de su vida, que explican su carácter, y que son como un compendio de sus virtudes, y asi os digo, que San Francisco de Sales fue un hombre destinado del Cielo para hacer amable la virtud, que la hizo amar efectivamente, y que la adquirió muchos discipulos: manifestaba tan amable la virtud en su propia persona, que casi era imposible conocerle, y no ser, ò à lo menos no desear ser virtuoso: ¿quál seria, Catolicos, el secreto encanto que le hacia de este modo dueño de los corazones? Jesu-Christo havia prometido que la mansedumbre recibiria en la tierra una recompensa anticipada, teniendo un imperio absoluto sobre todos los corazones, y esta promesa se vió perfectamente cumplida en San Francisco de Sales: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*

Aprendamos, pues, Catolicos, à ordenar nuestra devocion, y à arreglar nuestro zelo con la mansedumbre, y el agrado: de este modo nuestra devocion

recompensa de una santa vida: vivid, pues, como verdaderos Christianos, si quereis morir como tales: à una vida christiana, sigue tambien una muerte christiana, y ambas serán premiadas con una corona inmortal: esta os deseo. Amen.

SERMON

PARA EL DIA DE SAN FRANCISCO
de Sales.

Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. *Matth. 5.*

EL mundo, à pesar de su corrupcion, no puede menos de estimar la virtud; pero no obstante ser la virtud tan estimada, rara vez sucede que se haga amar del mundo, Esto parece una especie de contradiccion; porque ¿cómo es posible no amar à un objeto que se cautiva nuestra estimacion? No me parece, Señores, que se necesita de mucho estudio para la solucion de este problema, pues es preciso confesar que son muy raras en el mundo las virtudes puras, y sin mezcla: la injusticia del mundo consiste en atribuir à la virtud los vicios de los que la practican: mira el mal genio, y la ridiculez como inseparables de la devocion, y juzga que el zelo debe ser esencialmente audaz, barbaro, è inexorable: quisiera vengar à la virtud de esta calumnia

nia con que la infama la preocupacion, y no me será difícil, pues la he de representar oy segun la idea que de ella nos dá San Francisco de Sales.

El nombre solo de San Francisco de Sales, ofrece desde luego no sé que idea de afabilidad, que penetra el corazon: al oír nombrar à San Francisco de Sales, todos se figuran un hombre hecho para ser amado, y al que es imposible no amar, un hombre à quien todos sienten no haver conocido, embidiando la dicha del siglo que le vió nacer; un hombre que quisieran hallar otro semejante à él, para elegirle por amigo: yo, Señores, no puedo pintarle mejor, que manifestandoos aquellas circunstancias de su vida, que explican su carácter, y que son como un compendio de sus virtudes, y asi os digo, que San Francisco de Sales fue un hombre destinado del Cielo para hacer amable la virtud, que la hizo amar efectivamente, y que la adquirió muchos discipulos: manifestaba tan amable la virtud en su propia persona, que casi era imposible conocerle, y no ser, ò à lo menos no desear ser virtuoso: ¿quál seria, Catolicos, el secreto encanto que le hacia de este modo dueño de los corazones? Jesu-Christo havia prometido que la mansedumbre recibiria en la tierra una recompensa anticipada, teniendo un imperio absoluto sobre todos los corazones, y esta promesa se vió perfectamente cumplida en San Francisco de Sales: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*

Aprendamos, pues, Catolicos, à ordenar nuestra devocion, y à arreglar nuestro zelo con la mansedumbre, y el agrado: de este modo nuestra devocion

cion será mas sólida, y mas eficaz nuestro zelo: prueba de esta verdad es el exemplo de San Francisco de Sales, y este panegyrico se reducirá à hacerlos ver su mansedumbre: en la primera parte os manifestaré lo sólido de su devocion, la que debió todos sus atractivos à su mansedumbre: y en la segunda, la extension de su zelo, el que debió à su mansedumbre toda su eficacia: imploramos, &c. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

ES necesario, Catolicos, tener gran cuidado de no confundir la mansedumbre, con aquella indiferencia de corazon à la que nada altera, porque nada siente, que nada aborrece, porque nada ama, que nunca resiste, y siempre cede, porque mira con igual semblante al vicio, que à la virtud: es verdad, que no me atrevo à decidir, si debiera preferirse en la sociedad esta insensibilidad de corazon, à aquella especie de devocion barbara de algunos hombres, à quienes nadie puede sufrir, y que aun à sí mismos son insufribles; que no perdonandose à sí mismos la menor flaqueza, juzgan, que nada deben disimular en los demás: que aunque en la realidad desean el bien, es con altivez, y con imperio; que son incapaces de ceder en materia alguna, y no pueden sufrir, que otros los resistan: la severidad de su propia conducta es la ley, que prescriben à todos, y nada tienen por inocente, y licito; si no lo que se permiten à sí mismos: estos son dos abismos, opuestos entre sí en los que se pierde la virtud: la afabilidad christiana es el justo me-

medio entre estos dos extremos, y el verdadero virtuoso, se conoce por las tres siguientes señales: conserva una perfecta igualdad, sin dexarse llevar de sus antojos; es sencillo sin fausto, ni ostentacion; y es agradable, sin usar de severidad, mas que consigo mismo. ¡Qué amable es preciso que sea, Catolicos, este genero de santidad! Este fue el medio, con que San Francisco de Sales consiguió ganar los corazones à favor de la virtud.

Llamase genio desabrido aquella enfadosa disposicion, que produce en nuestras almas el temperamento de nuestros cuerpos: esta disposicion suele ser la raíz de nuestros vicios, y aun tambien de nuestras virtudes: si no procuramos corregirla, suele hacer irremediables nuestros vicios, è inútiles nuestras virtudes: no obstante, debe llamarse feliz, aquel que puede decir con el Sabio, que ha recibido del Señor una alma, dispuesta para el bien, y que le ama naturalmente: feliz aquel, que para ser verdaderamente virtuoso, no tiene mas violencia que hacerse ordenar al debido fin su natural inclinacion; pero tambien es cierto, que éste, aunque tiene mas facilidad para practicar la virtud, tiene menos merito en ella.

¿Podrèmos pensar, Señores, que San Francisco de Sales fue uno de aquellos genios altivos, y prontos, faciles en dexarse arrastrar de la ira, y de la colera? Parece que no; pero el mismo Santo nos dice que sí, con aquella santa ingenuidad que persuade todo lo que dice; y solamente diciendolo él, pudieramos creerlo: à no ser esta confesion de nuestro Sauto, creeriamos, que jamás engañaron su vi-

gilancia estas pasiones, las que siempre suelen adelantarse al uso de la razon: San Francisco de Sales, en la tierna edad de doce años, se ve ya precisado à defender su pudor, que se halla acometido con la mayor violencia, y rompe en aquella tierna edad las cadenas, en que suelen quedar cautivas las mas robustas virtudes: ¿podrá este joven, que segun él mismo confiesa, era prouto para la ira, y tardo para sosegarse, dexar de ser desde la cuna las delicias de sus padres, de sus superiores, y de sus compañeros?

A lo menos parece, que su virtud se havia de acomodar à la disposicion natural de su temperamento: las pasiones regularmente no hacen mas que mudar de objeto, sin perder nada de su actividad, pues casi en todos hallan igualmente con que satisfacerse: los gustos sensibles de la virtud suelen hacer trahicion à un corazon, que quiere que los divinos consuelos reparen los sensuales deleytes, de que se priva; y aun la ira suele hallar ocasiones en que satisfacerse, dexandose arrebatado de los excesos de una mal entendida devocion: y asi, quando juzgamos haver sujetado à la naturaleza, ésta se levanta, y repara sus ruinas; y reyna, y domina, aun entre los mismos grillos con que nos parecia tenerla sujeta.

La virtud de nuestro Santo era en extremo amable; la caridad, que respiraba su corazon, animaba todas sus acciones, y se derramaba suavemente en sus conversaciones, en sus discursos, y en sus obras. ¿Con qué primor no trata las materias del amor divino, y de la caridad fraterna? Como amaba tan perfectamente, habla de las materias del amor santo

con

con la mayor perfeccion; ¿pero os parece, que esta caridad era efecto de su temperamento, ò ardid del amor propio? Juzgado, Señores, por las señales: miradle entregado à una de las pruebas de mayor affliccion, que padeció su alma: lleno de remordimientos, y atemorizado con las terribles ideas de su imaginacion, que le representaba el Infierno abierto, y amenazandole sepultarle entre sus llamas, se mantiene firme en el amor à un Dios, à quien miraba como inexorable à sus suspiros, y lagrimas: este generoso amor le sirve de consuelo, y le hace exclamar: Señor, si está decretado, que despues de mi vida, y por toda la eternidad, os he de aborrecer, haced à lo menos, que mientras viva, me aproveche de todos los instantes para amaros.

¿Es posible, que no ha de manifestar los afectos de hombre en circunstancia alguna? ¿No se ha de descuidar alguna vez su razon, para dar salida à la naturaleza? No, Señores, por qualquiera parte que le examineis, siempre le hallareis el mismo. Tanto en su conducta particular, como en la direccion de sus proximos, en sus proyectos, en las persecuciones que experimenta, en los felices, ò adversos sucesos, siempre mantiene inalterable su semblante: desacreditado para con el público, y despreciado de la Corte por una infame calumnia, se obstinó contra su natural costumbre, en no seguir el consejo de sus amigos, no queriendo hacer diligencia alguna para justificarse: vé falsificada su firma, y permanece sereno, y tranquilo, sin oírsele otra expresion mas, *que es cierto, que está tan bien imitada, que yo mismo pudiera engañarme.*

Tom. I.

V

Re-

Recibe su desgracia con la misma indiferencia, que havia recibido los aplausos de la Francia, de la Saboya, y de la Italia, y se vé desterrado de la Corte, con la misma tranquilidad de animo, que quando en ella le ofrecieron los puestos mas eminentes del Estado, y de la Iglesia, sin decir mas palabras, que las siguientes: el Señor sabe, que no merezco, ni aquellos honores, ni estos castigos: finalmente: descubierto el engaño, no recibe tanta alegría al ver manifestada su inocencia, como pena al contemplar la confusion en que se hallan sus enemigos, los que en tan apurado lance, en nadie hallan amparo, sino en San Francisco de Sales.

Comparad ahora, Señores, esta conducta, siempre inalterable, con su temperamento activo, y colerico: lo admirable de esta lucha no se pudo advertir bien hasta despues de su muerte, pues el extraordinario prodigio de hallarse petrificada su hiel dentro de su cuerpo, manifestó claramente las continuadas victorias, que durante su vida, havia alcanzado de sí mismo.

El mismo confiesa, que siempre mantuvo guerra contra su propio corazon, y que siempre estuvo violentando su genio, y al mismo tiempo parecia, que todo quanto hacia, le era natural, y acomodado à su complexion: era enemigo declarado de aquellas exterioridades, con que suele adornarse la devocion, para ser admirada; su metodo de vida era sencillo, y comun: solia decir, que se havia propuesto por modelo à Jesu-Christo, y que aunque la vida del Señor fue mas regular, y menos austera, que la del Bautista, no por eso fue menos santa.

Me

Me parece, que estoy viendo à San Agustin en la simple uniformidad de la vida de San Francisco de Sales: asi como aquel grande Obispo de Hipona, al mismo tiempo que era frugal en su mesa, y modesto en los adornos de su casa, guardando no obstante una decente propiedad en uno, y otro, no tenia dificultad en usar con discrecion de los bienes, que Dios ha criado para servicio del hombre, conformandose con el exemplo de San Pablo, en disfrutar la abundancia, y sufrir la miseria; pobre de espiritu, y de corazon en medio de las grandezas, y riquezas, que continuamente le estaban ofreciendo, y él siempre despreciaba, y rico, y magnifico en medio de una pobreza real, y verdadera.

Una de las maximas mas frequentes de nuestro Santo, y la que mas constantemente seguia era, que la omision prudente de ciertos actos de virtud suele ser la mayor de las virtudes: por eso su principal cuidado era acomodarse siempre con aquellos, con quienes trataba, adelantarse à sus deseos, y no ser molesto à nadie, prefiriendo una humilde condescendencia à los ayunos, y penitencias, y aun à la misma oracion.

Pero, Catolicos, en todos tiempos ha havido Phariseos, que no conocen en la vitud mas que el exterior, que juzgan que para ser santos, es necesario distinguirse de los demás hombres; que siempre tienen en la boca el nombre de reforma, suspirando continuamente con afectacion, por los felices dias de la antigua disciplina: estos son unos Doctores vanos, que se tienen por los unicos depositarios de la verdadera doctrina, y fieles orga-

V 2

nos

nos del Espiritu Santos : unos Doctores peligrosos, mas propios para hacer odiosa la virtud , por los horribles colores con que la pintan , que para formarla discipulos con los afectados elogios , que de ella hacen.

No faltaron censores à la amable virtud de San Francisco de Sales, pero por ultimo se vieron precisados à hacerle justicia.

¿ Pero cómo era posible , que no se la hiciesen ? ¿ Qué grandeza de alma , y qué heroísmo no se advertia en aquel genero de vida sencilla , y comun ? Nada me parecia tan singular en él , dice el Sabio Obispo de Belley , fino amigo de nuestro Santo , como el no singularizarse en cosa alguna : me valí , prosigue él mismo , de todo genero de astucias , para expiar sus acciones ; procuré muchas veces sorprehenderle , y siempre le hallé el mismo : hasta sus mas indiferentes ademanes eran expresiones naturales de aquel amable , y sencillio candor , que reynaba en su alma , que arreglaba todos sus pasos , y dictaba todas sus palabras.

Un hombre , contra quien nuestro Santo havia empleado su autoridad en la Corte , fue à buscarle , le manifestó su corazon , y le confesó con ingenuidad lo mucho , que le aborrecia ; pero Francisco exclama al oirle ; yo os amo tiernamente , y esa ingenua confesion , que ahora haceis , me parece digna del mayor amor : el hombre replicó ; pero advertid , que no solamente os aborrezco desde aquel lance , en que tan mal os portasteis conmigo , sino que estoy cierto de que os he de aborrecer toda mi vida ; pues yo , replicó el Santo , en aquel mismo lance-

lance os amaba , ahora os amo mas , y estoy seguro , de que no dexaré de amaros , mientras viva : diciendo esto , le abraza , le manifiesta la injusticia de su pretension , y le convence ; conoce el hombre la verdad de su razonamiento ; pero no por eso dexa de maltratarle con sus palabras ; antes , dice , os tenia por santo , pero ya quedo bien desengañado : ahora teneis razon , responde Francisco , y antes estabais muy engañado ; y así , desde ahora os amaré mucho mas , pues empezareis à hacerme justicia.

Aquella inalterable paciencia , con que oía , y respondia ingenuamente à todo , le exponia muchas veces à las molestas importunidades de todo genero de personas : su condescendencia se estendia à todo ; y solia decir , que nada podia impedirle el oir à sus proximos , sino la asistencia à el Altar : despues de los intereses de Dios , nada le movia tanto , como la satisfaccion de sus proximos : mas vale , decia muchas veces , acomodar nuestro genio al de los otros , que el suyo al nuestro.

Para sí solo reservaba los rigores ; era tan escrupuloso consigo mismo , como indulgente con los demás ; tan facil en conceder los alivios justos , como inexorable en permitirse alguno à sí mismo ; tan cruel para consigo , como compasivo para con los otros ; pero aunque era cruel , y inexorable consigo , practicaba los rigores con el mayor secreto , pues nada temia tanto , como ser notado : su rostro siempre estaba sereno , y alegre ; en su conversacion era festivo , y agradable : ¿ quién podria pensar , que un hombre , que nunca hablaba del martyrio de la penitencia , sino para condenar los excesos , y mo-

derar los rigores en aquellas personas, que se entregaban à su conducta, se estuviese continuamente extenuando à sí mismo con exercicios de la mas rigurosa mortificacion? Fue necesaria la mas continua vigilancia de uno de sus domesticos, para poder levantar el velo, con que su tímida modestia cubria sus austeridades.

En esta especie de mortificaciones procedia su virtud con entera libertad: ¿con qué gusto bebia el caliz del Señor? Ninguna enfermedad, ninguna desgracia bastaba para contentar su deseo de padecer, sin que al mismo tiempo se le oyese queja alguna, que pudiese alterar el agrado de sus palabras, sin que los dolores ocasionasen la menor turbacion en su rostro, repitiendo continuamente, que es necesario saber vivir, padecer, y sufrir con igualdad, vivir con paciencia, sufrir con amor, y morir con constancia, no aborrecer, ni amar la vida, y no temer, ni desear la muerte.

¿Qué os parece, Señores, de esta pintura? Todos sus rasgos son muy sencillos, y por tanto me parece, que debeis reparar mas en ellos: no ha sido mi intento deslumbraros con aquellas extraordinarias pinturas, que admiran, y suspenden, ni producir en vuestras almas aquellos movimientos de admiracion, que ocasionan las maravillas: he procurado hablaros al corazon, manifestandoos una virtud amable; pero para conseguir esto seria necesario, que yo estuviese dotado de aquel fervor, de aquella afabilidad, de aquella noble, y extraordinaria sencillez, propia de San Francisco de Sales: mas por tosco, y defectuoso que haya sido el retrato, que os he hecho,

cho, me parece, que puedo preguntaros: si tan amable os parece esta virtud, ¿por qué no procurais imitarla? Su sencillez os hace mas inescusables: podrá costarnos mas trabajo que à San Francisco de Sales el vencer nuestro genio para mantenernos siempre en una perfecta igualdad de animo? El reducirnos à un metodo de vida regular, y comun, formando el plan de nuestras virtudes de las diarias obligaciones de nuestro estado; usar con nuestros proximos de aquella condescendencia que queremos se use con nosotros, ¿os parece que es asunto para acobardaros? ¿Pues por qué la virtud, aun pintada con tan agradables colores, ha de tener tan pocos discipulos? Quiero concluir esta primera parte de mi discurso, exclamando con el Santo Obispo: ¡felicidades los corazones afables, y mansos que à todo ceden! Estos nunca tendrán motivo de arrepentirse de su mansedumbre, porque con ella vencen todos los obstaculos que se les presentan: la prueba de esta verdad la vereis en los felices sucesos de su zelo, à quien el agrado dió siempre la mayor eficacia, que es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

EL zelo impetuoso, no suele ser regularmente el mas util: los rocíos suaves, y las lluvias menudas, son las que fertilizan los campos, y no las tempestades, y borrascas: el zelo, dice San Ambrosio, es la misma virtud de la caridad, y esta, como dice San Pablo, siempre es suave, y paciente, y nunca precipitada, ni fogosa.

No

No obstante, aunque el zelo siempre es virtud, y verdadera virtud de caridad, suele tomar varias formas en aquellos à quienes inspira, segun sus varias inclinaciones; y aun algunas veces suele variar en unas mismas personas, segun la diversidad de circunstancias, siguiendo discretamente diferentes rumbos: en unos siempre es prudente, tímido, y si es licito decirlo así, christianamente político: en otros es vivo, ardiente, atrevido, y aun en algunas ocasiones santamente temerario: en unos es sencillo, segun Dios, rustico, è ignorante, segun el mundo, y solo debe sus felices sucesos à la milagrosa operacion de un Dios, que quiere servirse de la mayor flaqueza para confundir la fuerza, la prudencia, y la sabiduria del mundo: en otros resplandece con las mas vivas luces de la doctrina, pelea con arte, y metodo, como si el buen exito que espera de solo Dios, dependiese solamente de su propia industria: nosotros debemos admirar con igual respeto todos estos diferentes medios de que se vale un mismo, y unico espiritu, los que aunque suelen ser muy opuestos entre sí, todos se dirigen igualmente à unos mismos fines: pero en San Francisco de Sales, vereis, Señores, un zelo sin exemplar; no sé si me atreva à decirlo.

San Francisco de Sales vió encenderse en su alma, desde su mas tierna edad este divino fuego, el que se iba aumentando en él à proporcion que crecia en edad: este zelo, despues de haverse manifestado entre los juvenes compañeros de sus estudios, le movió à abrazar los Sagrados Ordenes, y le hizo renunciar las lisongeras esperanzas de una brillante for-

fortuna que se le disponia en el mundo: la Bula de su Canonizacion refiere, que hallandose un dia en lo alto de la fortaleza de Allinges, mirando toda la campaña de al rededor, y considerando los horribles estragos que en ella havia hecho la heregia, exclamó de lo intimo de su corazon, con los ojos bañados en lagrimas: No, no puedo menos de acudir al socorro de tantas almas como veo perecer.

¿Qué cosas no hizo en consecuencia de este sentimiento, que explicó su alma por su boca? Pero el Sumo Pontifice añade en la referida Bula, que su zelo estuvo mucho tiempo suspenso, y como encerrado, tanto por la autoridad de su padre, que temia exponer un hijo à quien amaba con el mas tierno amor, como por la de su Obispo, à cuyas ordenes vivió siempre sujeto con el mayor respeto: quando ya se halló revestido de la plenitud del Sacerdocio, empezó à mirar su zelo como puesto en libertad, sin conocer mas limites en él, que los que le señalaba su afabilidad, la que nunca conoció limite alguno: à todo se arrojaba, à todo resistia, de todo triunfaba, ya se tratase de reducir los pecadores al camino de la virtud, de ilustrar, confundir, y convertir à los Hereges, ò de guiar à los justos à la perfeccion; su zelo, siempre eficaz por su agrado, nada tenia por imposible: para convertir à los pecadores mas obstinados en la culpa, no se valia de mas medios que de su agrado; contra las astucias, y furros de los Hereges no usaba de mas armas que de su afabilidad, y para facilitar, y allanar los mas asperos caminos de la perfeccion, no se valia de mas industria, y artificio, que de su mansedumbre.

No sé, decia con gracia en una ocasion, no sé que me ha hecho la virtud de la prudencia: confieso que es necesario tenerla, pero en todo caso yo me atengo à la sencillez: con todo eso, es indubitable que tanto en su propia conducta como en la de otros, supo de tal modo conciliar estas dos virtudes, que no parecian en él mas que una sola virtud, y ésta siempre revestida del carácter de la mansedumbre.

Luego que recibió los Sagrados Ordenes, le encargó su Obispo el penoso ministerio de la divina palabra, para el que se havia preparado con un largo estudio de las ciencias divinas, y humanas: las Universidades de Paris, y Padua havian ya admirado lo profundo, y facil, lo delicado, y fecundo de su talento. La Corte de Roma havia visto los caudales de su ciencia: el Soberano Pontifice, abrazandole, y bañandole con sus lagrimas, le exortó amorosamente à que derramase en la Iglesia los tesoros de doctrina, que tenia encerrados en su pecho: su inmediata disposicion para publicar la divina palabra, era la oracion: en un siglo en que los christianos sermones no eran mas que un confuso cahos de la mas seca Theología, y de la Philosophia mas abstracta, y cuyo adorno se reducía à una pomposa mezcla de todo genero de erudicion profana, solamente Francisco supo librarse de las preocupaciones del gusto que entonces reynaba: su eloqüencia sencilla, natural, grave, modesta, y sobre todo persuasiva, sacaba toda su fuerza de una Theologia, dispuesta con suma prudencia, y proporcionada con el mayor acierto à la capacidad de los talentos mas rusticos: la verdad sola, decia algunas

ve-

veces, con su natural sencillez, tiene un atractivo, y una gracia, capaz de sujetar los mas rebeldes espiritus.

La verdad, Catolicos, en boca de San Francisco de Sales, tenia estos atractivos, y estas gracias, y asi, no hallaba resistencia; predicó muchas veces en la Corte de Saboya, en la de Francia, en las Ciudades de Dijon, de Leon, y de Grenoble, y en todas hizo tan viva impresion su doctrina, que aun oy se conserva la memoria.

¿Quién podrá contar las conversiones que hizo? Predicaba continuamente, y parecia que fatigandose en este santo exercicio adquiria nuevas fuerzas: nadie se cansaba de oírle, ni él se cansaba de hablar: creedme, solia decir al Obispo de Belly, su intimo amigo, que le reprehendia de que era prodigo de su talento, y salud; creedme, por mucho que prediquemos, nunca predicaremos demasiado; ni puede haver exceso en repetir muchas veces al pueblo, lo que éste no puede facilmente aprender.

Pero no penseis, Señores, que por derramar con tanta abundancia la semilla Evangelica en países estraños, ocasionaba perjuicio à su propia Diocesis, pues aunque esta era muy dilatada, no bastaba para la extension de su zelo: la confianza de Enrique el Grande, del Duque de Saboya su Soberano, y de todos los Principes, y Princesas de ambas Cortes, le oprimia, encargandole los mas graves negocios: pero nuestro Santo hallaba tiempo, fuerzas, y medio para satisfacer à todo: vuela à todas partes à donde le llaman los intereses de la Religion, sin que apenas perciba la ausencia su pueblo.

X 2

¿Que-

¿Quereis verle, Señores, en la visita de su Obispado? Pues seguidle por las asperas montañas de Saboya, y Suiza, atravesando impetuosos torrentes, abismos inmensos, rocas escarpadas cubiertas de nieve, y habitadas de un pueblo barbaro, y rustico, casi tan feroz como las fieras salvages, que en ellas se crian: nada le asusta, nada amedrenta el valor del Santo Obispo; su paciencia no se cansa, y finalmente, su mansedumbre vence todas las dificultades.

¡Qué espectáculo tan admirable, el verle animar à los compañeros de sus viages, y hacerlos olvidar en algun modo de sus trabajos, y fatigas, con su agradable conversacion! Pero lo que mas les sorprendia, era la inalterable complacencia con que este amoroso Pastor oía, y respondia aun à los mas rusticos, insinuandose en los corazones mas barbaros, proporcionando sus razonamientos de modo, que hasta los mas ignorantes le entendiesen, predicando, instruyendo, visitando à los enfermos, administrando los Sacramentos, y haciendose todo para todos, à imitacion de San Pablo, esto es, acomodando su genio, su talento, sus acciones, y su estilo, à las disposiciones de aquellos con quienes trataba: no es extraño, Señores, que correspondiesen copiosos frutos à tan prodigiosos trabajos: todavia permanecen mas de cien Parroquias con sus Pastores, efecto admirable de aquellas santas visitas: pero advertid, que en todo el tiempo que duró su Apostolico ministerio, no se notó en él, ni aun inadvertidamente, la mas leve expresion de zelo, que no fuese agrado, y mansedumbre.

¿Y

¿Y qué otro nombre puede darse à ciertas acciones de su vida, que fueron como su principal distintivo? Quando v. g. un Sacerdote escandaloso, estando para ser preso por la justicia, fue à arrojar-se à sus pies, y pedirle perdon, ¿qué os parece hizo el caritativo Obispo? Pensad lo que quisieris, Señores, que nunca llegareis à imaginar lo que hizo: Postróse él mismo à los pies del reo, y con los ojos bañados en lagrimas le suplica tenga piedad de su alma, la que pierde eternamente, de la sangre de Jesu-Christo, à la que profana, y de la Iglesia, à quien afrenta: extraordinaria conducta, pero tan eficaz, que en el mismo instante transformó para siempre aquel vaso de ira, y de ignominia en vaso de honor, y de gloria.

Su vida fue un continuo enlace de semejantes acciones: no havia pecadores, por obstinados que estuviesen, à quienes no hiciese detestar sus delitos, detestandolos él primero: las señales sensibles del dolor que le ocasionaban sus desordenes, hacian pasar à sus corazones toda la compuncion del suyo: con este arte prodigioso, y siempre infalible, compungia à las almas mas obstinadas, consolaba, y alentaba à las timidas, è introducía la paz, y los suaves consuelos de la esperanza en las conciencias mas profundamente heridas con los mortales dardos de la desesperacion.

En semejantes elogios siempre cuesta trabajo el acabar: estos exemplos de mansedumbre encantan de tal modo, que quisieramos referirlos todos muy por menor, pero es preciso abreviar el Panegyrico: veamos ahora cómo se portó con los Hereges.

No

No gustaba de las disputas públicas en materia de Religión; en éstas, decia, ambas partes se encienden, y aun quando se consiga confundir al Herege, el unico fruto de su confusion suele ser un odio implacable, y una desesperacion que hace su conversion mas difícil: trataba con los Hereges silla à silla, y en secreto, y pocos fueron los que no le rindieron voluntariamente las armas: tenia extraordinario talento para convertirlos, por lo que un sabio Cardenal, y Theologo de los mas famosos de su siglo, solia decir; por lo que es convencer el error, me parece que me puedo gloriarse de conseguirlo; pero si se trata de convertir, eso toca al Obispo de Ginebra.

Solo uno le resistió: pero ¡oh, Dios mio! nosotros debemos adorar vuestros incomprehensibles juicios: la salvacion de éste fue la que con mas instancias os pidió vuestro siervo: este era la columna mas firme de su secta, el Oraculo, y Profeta de Ginebra, talento superior, fecundo, y claro, pero tan pagado de su superioridad, que quiso reformarlo todo; talento profundo, y sutil, pero versado en aquellas falsas sutilezas que obscurecen hasta las verdades mas claras, y hallan efugios para evadirse de los mas sólidos argumentos, arrastrando tras de sí à los que quieren meterlos en un laberinto de cuestiones obscuras: talento cultivado, y adornado de todo genero de erudición, el que siempre es peligrosísimo en un sugeto que se ensoberbece con su ciencia.

Este era, Señores, el famoso Theodoro de Bezio, con quien Clemente VIII. obligó à nuestro Santo

to à que entrase en pública palestra: fue à buscarle à Ginebra, le arguye, y le convence; su viva erudicion le quita, aunque à pesar suyo, de delante de sus ojos el velo del error, y su afable eloqüencia le obliga à reconocer la verdad, y à tributarle, à lo menos, el respeto de sus lagrimas: ¡pero Ay! el unico fruto que sacó de su victoria fue el consuelo de haver vencido: ¡qué pocos talentos hay, por sublimes que sean, que sepan confesar públicamente, que han vivido en el error, ò en la ignorancia!

Pero Dios por otra parte recompensó el zelo de su siervo con otras victorias, aunque no tan famosas, à lo menos mas utiles: setenta y dos mil Hereges, y entre ellos muchos de los principales Señores de la Corte, abjuraron en sus manos la nueva doctrina: estos fueron los trofeos, que su zelo levantó à la Iglesia.

Otra prueba de la eficacia de su zelo, por medio de la mansedumbre, es que ganó sus corazones mas con el medio de sufrir, que con la eficacia de las palabras. Un dia, mostrandole el Comandante de la Plaza de Allinges, su artilleria, y guarnicion, le dixo: ved aqui unos medios proporcionados para reducir à los Hereges; disponed de ellos como gustareis: qué es lo que decís, replicó nuestro santo, ¿qué medios son esos que me ofreceis? No permita Dios, que yo me valga de ellos: los Ministros del Evangelio no saben pelear sino sufriendo, y quando mueren entre los trabajos, entonces se llaman vencedores: ¿quántos proyectos públicos, y quántas asechanzas secretas se formaban contra su vida? Esta estaba en un continuo peligro: le instan

sus amigos à que acepte una guardia para su defensa; pero responde, ¿guardia para mí? como es posible que yo la necesite: los Angeles del Señor están dia, y noche, velando en mi defensa.

En una parte le dan veneno, y luego que siente derramarse por sus venas su mortal actividad, ofrece su vida en sacrificio, por aquellos que son autores de su muerte; pero ¡oh, maravillas del Señor! suceden en este lance dos prodigios; nuestro Santo recobra la vida, y sus enemigos se convierten.

En otra parte le tiran à un mismo tiempo tres pistoletazos, pero la mano poderosa del Señor aparta el golpe: conoce Francisco à los asesinos, corre à ellos, los abraza, y los convierte en zelosos Catolicos, y amigos inseparables suyos en lo sucesivo.

¿Quántas veces por huir de los lazos que le preparaban, se vió precisado à esconderse en los bosques, en las casas de campo, en las cavernas, y aun en pozos donde se guardaba nieve? Descubierta una vez por una tropa de aquellos asesinos, corren con espada en mano, para atravesarle el pecho; pero ¡oh, prodigio! al verle, se suspenden, la agradable magestad de su rostro los deslumbra, y se les caen las armas de la mano.

Pero aunque huyó en estas ocasiones, no lo de-
beis atribuir, Catolicos, à cobardia, pues él mismo sabe ir à desafiar la muerte, quando lo pide la necesidad: acomete la peste à la Provincia de Chablais, y entonces nuestro Santo Misionero no conoce riesgo alguno, no se esconde, antes bien parece, que se ha olvidado, de que en aquella Provincia está ofrecido un considerable premio por su cabeza:

no

no hace distincion entre el Catolico, y el Herege; à todos se estiende igualmente su caridad heroyca, y este prodigioso espectáculo acaba la conversion de aquella desgraciada Provincia. Enrique IV. le convida, à que vaya à trabajar en el restablecimiento de la Religion en el País de Gex; las crecientes del Rhon le cierran el paso, no hay otro camino por donde ir, mas que por Ginebra, y nuestro Santo con su ordinaria tranquilidad, y sin usar de disfraz alguno, se presenta delante de las puertas de la Ciudad rebelde, à los Oficiales de la guarnicion parece que los ciega el asombro, pasa el Santo Obispo con entera libertad, y el País de Gex debe por ultimo su restablecimiento en la fé à esta intrepida sencillez.

Finalmente, Señores, si tenia tal dominio sobre los corazones de los pecadores, y de los Hereges, ¿qué impresion no haria en las almas justas, que le elegian por su director en el camino de la perfeccion? Tenia formada una idea tan noble, y tan sencilla de la perfeccion, que solia decir; à todos oygo hablar de perfeccion, y veo muy pocos que la practiquen, ni la conozcan; cada uno se forma una perfeccion à su modo; las austeridades, la oracion, los ayunos, las limosnas, son medios para conseguirla, pero son unos medios subalternos: la perfeccion consiste en amar à Dios; el medio para llegar à ella es amar, en una palabra, todo consiste en amar.

En este principio se fundaba su gran método de gobernar las almas: es menester caminar poco à poco, solia decir, porque el Sol no llega en un

Tom. I.

Y

ins-

instante desde Oriente à Mediodia: los innumerables Monasterios que reformó, fue valiendose siempre de esta paciencia, no hablando jamás de las acciones exteriores, sino dirigiendo desde luego su eficacia à la raíz de las pasiones: decia, que el arte se para en las exterioridades, pero que la gracia, así como la naturaleza, obra en el interior: nunca se apartó de este principio, y los efectos siempre correspondieron à su sòlidez: es imposible, Señores, poder referir todas las pruebas de esta verdad: en este principio se fundaban las sabias constituciones, que hizo para el gobierno de su Diócesis, y con especialidad de su Clerecía, los consejos que daba à las personas virtuosas, que à él acudian de todas partes, y los varios reglamentos, que hizo para la reforma de algunas Comunidades, que havian decaído de su primitivo fervor.

En este principio se fundan todas sus obras, en las que con tanto arte, y metodo descubre los mas místicos secretos de la perfeccion, obras tan alabadas de las personas mas doctas, y tan apetecidas, que cada Nacion las ha hecho traducir en su propio idioma; obras, cuyo mayor elogio es la innumerable multitud de conversiones, que todos los días están haciendo: sobre este principio, finalmente, se puede decir, que se funda la santidad de tantas virgenes, de quien es, fue, y aun oy es padre.

En el año que predicó la Quaresma en Dijon, conoció en aquella Ciudad à la Baronesa de Chantal, ilustre por su nobleza, por sus talentos, y por su modesta sencillez, y mas ilustre despues por la santa amistad que tuvo con San Francisco de Sales,

les, y por la eminente virtud, que à ella se siguió, y mucho mas ilustre el dia de oy por el solemne culto, que à su memoria ha concedido la Iglesia. Puso los ojos en esta santa viuda, para formar una nueva congregacion. Bien sabeis, Señores, que semejantes empresas piden regularmente genios vivos, activos, è inflexibles; pero ésta debió su origen, su perfeccion, y sus progresos à la humilde, y paciente mansedumbre de su Fundador: por mas que le instaron, no admitió en toda su vida mas que doce fundaciones, porque decia, hagamos poco, pues con tal que sea bueno, es mucho lo que se hace: la empresa estuvo para desvanecerse en los principios, por haver caído la Fundadora en una enfermedad, en que se vió muy proxima à la muerte: en este caso no se le oyó otra expresion à nuestro Santo mas que la siguiente: Dios se dará por contento de nuestros buenos deseos: en el principio solamente pensó en hacer una sociedad, que sin clausura, ni mas vinculo, que el de los votos simples, se ocupase en visitar, y consolar à los enfermos: los consejos de sus amigos le hicieron mudar poco à poco este primer plan, y llevaron como por grados este instituto al punto de perfeccion, en que oy gloriosamente se conserva: me llaman, decia con gracia, hablando de este asunto, me llaman Fundador de la Visitacion, pero no tienen razon en eso, pues he hecho lo que no pensaba hacer, y he desecho lo que queria hacer.

De este modo se conservó San Francisco de Sales siempre el mismo, aun entre los brazos de la muerte; mucho tiempo antes de que llegase, se ha-

via estado familiarizando con ella, y así la vió acercarse, no con aquel afectado valor con que la suelen mirar los sabios del mundo, sino con aquella suave tranquilidad propia de una alma christiana, que ciegamente se entrega à la voluntad del Señor: otros moribundos tienen necesidad, de que los animen, y conforten; pero San Francisco de Sales él mismo se alienta, se consuela, y aun predica à los asistentes, hasta poner en manos de Dios una alma, que en el espacio de cinquenta y seis años de una vida llena de agitaciones, y combatida con la violencia de las pasiones mas vivas, no perdió ni aun un solo instante la tranquilidad.

¿No os parece, Señores, que tuve razon, para decir en el principio de mi discurso, que nuestro Santo fue un sugeto verdaderamente amable, y que estuvo dotado de unas prendas propias, para hacer amable la virtud, siendo su devocion siempre agradable, constante, condescendiente, y sencilla; y su zelo afable, y eficaz para ganar à los pecadores, convertir los Hereges, y guiar las almas justas à la perfeccion?

¡Dios mio! dignaos de producir en nosotros este espiritu de mansedumbre: este es el verdadero espiritu de vuestro Evangelio: creadle, Señor, principalmente en vuestros Ministros: haced, que su zelo, animado de una caridad amorosa, y prudente, gobernado por una caridad paciente, y afable, haga amable la virtud, que enseñan para practicarla por gusto, y por amor: infundid en todos los fieles este espiritu de mansedumbre; de este modo viviremos felices en la tierra, hasta que nos bolvamos

à

à unir en la feliz compañía de los Santos, pues allí es donde perfectamente se goza de la bienaventuranza prometida à los espiritus, y corazones mansos.

Felices estos, pues ellos poseeran la tierra; esto es, no solamente reynarán sobre los corazones de los demás hombres; no solamente reynarán sobre sí mismos, sino que reynarán eternamente en el País de los vivientes, que es nuestra verdadera patria: *Ad quam, &c.*

SERMON PARA EL DIA DE SAN Pedro Nolasco.

Elige tibi viros, & libera fratres tuos.

Escoge algunos varones, y vé à librar à tus hermanos. 1. *Mach.* 5. 17.

Siempre nuestro Dios ha sido el Dios de su Pueblo: si dexa que sus enemigos estiendan su poder con sus conquistas, sabe tambien confundirlos, y humillarlos en medio de su mayor exaltacion: si permite que Israel vencido gima bajo el dominio de los infieles vencedores, quando se halla mas oprimido en su desgracia, le suscita un Heroe, que le ampare, y vengue su ignominia: este Heroe instruye à otros guerreros, para que imiten su valor: ayudado de su constancia, y de su ze-

via estado familiarizando con ella, y así la vió acercarse, no con aquel afectado valor con que la suelen mirar los sabios del mundo, sino con aquella suave tranquilidad propia de una alma christiana, que ciegamente se entrega à la voluntad del Señor: otros moribundos tienen necesidad, de que los animen, y conforten; pero San Francisco de Sales él mismo se alienta, se consuela, y aun predica à los asistentes, hasta poner en manos de Dios una alma, que en el espacio de cinquenta y seis años de una vida llena de agitaciones, y combatida con la violencia de las pasiones mas vivas, no perdió ni aun un solo instante la tranquilidad.

¿No os parece, Señores, que tuve razon, para decir en el principio de mi discurso, que nuestro Santo fue un sugeto verdaderamente amable, y que estuvo dotado de unas prendas propias, para hacer amable la virtud, siendo su devocion siempre agradable, constante, condescendiente, y sencilla; y su zelo afable, y eficaz para ganar à los pecadores, convertir los Hereges, y guiar las almas justas à la perfeccion?

¡Dios mio! dignaos de producir en nosotros este espiritu de mansedumbre: este es el verdadero espiritu de vuestro Evangelio: creadle, Señor, principalmente en vuestros Ministros: haced, que su zelo, animado de una caridad amorosa, y prudente, gobernado por una caridad paciente, y afable, haga amable la virtud, que enseñan para practicarla por gusto, y por amor: infundid en todos los fieles este espiritu de mansedumbre; de este modo viviremos felices en la tierra, hasta que nos bolvamos

à

à unir en la feliz compañía de los Santos, pues allí es donde perfectamente se goza de la bienaventuranza prometida à los espiritus, y corazones mansos.

Felices estos, pues ellos poseeran la tierra; esto es, no solamente reynarán sobre los corazones de los demás hombres; no solamente reynarán sobre sí mismos, sino que reynarán eternamente en el País de los vivientes, que es nuestra verdadera patria: *Ad quam, &c.*

SERMON PARA EL DIA DE SAN Pedro Nolasco.

Elige tibi viros, & libera fratres tuos.

Escoge algunos varones, y vé à librar à tus hermanos. 1. *Mach.* 5. 17.

Siempre nuestro Dios ha sido el Dios de su Pueblo: si dexa que sus enemigos estiendan su poder con sus conquistas, sabe tambien confundirlos, y humillarlos en medio de su mayor exaltacion: si permite que Israel vencido gima bajo el dominio de los infieles vencedores, quando se halla mas oprimido en su desgracia, le suscita un Heroe, que le ampare, y vengue su ignominia: este Heroe instruye à otros guerreros, para que imiten su valor: ayudado de su constancia, y de su ze-

zelo desafia los peligros, vá volando al horror de los combates, y con sus victorias rescata la libertad, y la vida de sus hermanos cautivos: *Elige tibi viros, & vade, & libera fratres tuos.*

¿No advertis, Catolicos, ser uno mismo el elogio de San Pedro Nolasco, y el de Simon Machabeo? ¿No reparais en el uniforme destino de su conducta? Ambos eligen varones intrepidos, y zelosos: *Elige tibi viros.* Ambos pelean, y asombran la tierra con sus triunfos: el objeto de los trabajos del primero es la libertad de los Judios cautivos: y la libertad de los cautivos Christianos es el objeto, que anima la caridad del segundo: *Libera fratres tuos.*

San Pedro Nolasco, Padre, consuelo, y Redentor de los Cautivos, y Fundador de un Orden en que se perpetúa su espíritu, empleandose en la Redencion de los Cautivos, es la idea general que se nos presenta de su vida.

Escoge algunos varones, y vé: este, Señores, es el decreto del Cielo: *Vé à librar à tus hermanos:* estos son los fines de este decreto.

Ya podeis, Señores, conocer los proyectos de San Pedro Nolasco, y su execucion: ya se descubre el heroismo, que los acompañan, y las utilidades que de ellos resultan.

El sacrificio que San Pedro Nolasco hace à la Religion en la Redencion de los Cautivos, le hace digno de tener discipulos: *Elige tibi viros.* Primera parte en que manifestaré la generosidad de sus pensamientos: los servicios que San Pedro Nolasco hace à la Religion en la Redencion de los Cau-

ti-

tivos, immortalizan à él, y à sus discipulos: *Libera fratres tuos.* Segunda parte en que manifestaré la utilidad de sus empresas. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

S Acriticar las riquezas, y la honra, y sacrificarse à sí mismo por dar libertad à los Christianos, que gimen en una dura esclavitud, bajo la tiranía de un Pueblo enemigo del nombre Christiano, es una especie de heroismo, cuyo merito parece anuncia el Profeta Rey, quando dice: el Señor desde lo alto del Cielo miró à la tierra con ojos de piedad; oyó atentamente los gemidos de los que se hallaban en las cadenas: *Dominus de Caelo in terram aspexit, ut audiret gemitus compeditorum.* Ya llegó el tiempo de la misericordia, y los concedió un libertador: *Tempus miserendi.*

No hay duda en que este Libertador, que señala David, es Jesu Christo; pero me parece, que tambien podemos conocer por estas señas à San Pedro Nolasco.

Dos Ordenes Religiosos hay en la Iglesia, consagrados à la Redencion de los Cautivos: el primero nació en Provenza à mediados del siglo doce, siendo su Fundador San Juan de Matha. El segundo tuvo principio en Barcelona, à principios del siglo trece bajo la direccion de San Pedro Nolasco: ambos son distinguidos por la nobleza de su origen, y mucho mas por los milagros de su caridad: à ambos se dirigia la voz del Cielo, que decía: *Elegid algunos varones, id, y librad à vuestros*

ber-

hermanos. Inocencio III. aprobó el instituto de San Juan de Matha, quando San Pedro Nolasco estaba aun en las tinieblas de su infancia: Gregorio IX. autorizó el instituto de San Pedro Nolasco, quando San Juan de Matha havia ya terminado su carrera, y recibido la recompensa de sus trabajos: ambos miraron à un mismo objeto, y se propusieron un mismo fin; ambos se valieron de unos mismos medios, para la consecucion de los fines que havian premeditado: solo hubo una diferencia, y es, que el primero obligó à sus discipulos à consagrar sus cuidados, y sacrificar sus propios bienes por la libertad de los Cautivos; y el segundo ligó à los suyos con el irrevocable voto, no solamente de acudir al socorro de los Cautivos, y dedicar à su rescate las limosnas de los fieles, sino tambien de sacrificarse ellos mismos, y perder su propia libertad, por conseguir la de ellos.

A los Oradores encargados de celebrar las glorias de San Juan de Matha, corresponde seguirle en sus penosos trabajos, y en sus continuas peregrinaciones entre Moros, y Sarracenos: à ellos les toca aplaudir las glorias de su instituto, la fidelidad de sus discipulos, lo extraordinario de sus prodigios, y la celebridad de su culto: à mí solo me corresponde hacer el panegyrico de San Pedro Nolasco, y examinar los prodigios, que caracterizan sus ideas, sus acciones, y sus sacrificios.

Si me preguntais, Catolicos, qué sacrificios son estos, os respondo, que ya he manifestado, aunque desde lexos, algunos rasgos de la generosidad de sus pensamientos, ahora os los haré ver mas individual-

dualmente, y advertireis un Santo bienecor de los Cautivos, à expensas de su propia fortuna, protector de los Cautivos à costa de su fama, y libertador de los Cautivos, dando por ellos su propia libertad.

La Francia, cuna de San Pedro Nolasco, se hallaba agitada à mediados del siglo doce, por una de las mas peligrosas Sectas que jamás produjo el Fanatismo; esta era la heregia de los Albigenses: al mismo tiempo que despedazaba el seno de la Iglesia con monstruosos errores, turbaba el sosiego del Estado con sangrientas guerras: el espiritu de mentira siempre es espiritu de artificio, ò de furor; quando desespera de hacerse amar, procura hacerse temer: atemorizado Nolasco, al ver que la sedicion no respeta en su Patria al Trono, ni al Altar, vá à buscar en otro Reyno la paz, y la seguridad, que no podia esperar en un Imperio, que él mismo se formaba enemigos, que le destruyesen.

El amor à la verdad le saca de Francia: el zelo, y la caridad le llevan à España: España, cautiva mucho tiempo bajo el dominio de los Moros vencedores, havia ya sacudido su infame yugo, pero todavia sufría las irrupciones de aquella barbara, y belicosa Nacion, que dominada de la ambicion hacia los mayores esfuerzos, por bolverse à apoderar de sus antiguas conquistas: el mar, cubierto de sus naves, tenia en continuos sustos este País; unas veces, la victoria siguiendo sus vanderas, la sujetaba las Ciudades, y Provincias; otras veces, derrotados, y fugitivos los Barbaros, en lugar de buscar Plazas en que refugiarse, huían, lle-

vandose consigo innumerable multitud de esclavos.

Estos afligidos esclavos arrebatan la atencion de San Pedro Nolasco, y desde luego piensa en dedicarse à darles la libertad: le parece, que desde lo profundo de las obscuras mazmorras, en que están encerrados, dirigen à él sus lamentos: le parece, que cada uno de aquellos infelices clama à él diciendole: *Educ de custodia animam meam.* ¡Oh, Nolasco! ven à romper estas cadenas mas funestas todavía para nuestras almas, que para nuestros cuerpos, y menos perjudiciales à nuestra felicidad, que à nuestra eterna salud.

¡Qué estado tan infelíz, Señores, el de los Christianos, que se hallan en los grillos de los Infieles! ¿Imágenes lugubres, expresiones tiernas de que se valia el Profeta Jeremías, para explicar el Cautiverio del Pueblo Judaico en Babilonia, alcanzareis para explicar las infinitas desgracias, que padecen estas infelices víctimas? Ah! estos miserables hombres han perdido el mas precioso de todos los bienes, que es la libertad: el deseo de recobrarla, es un nuevo martyrio, que agrava el peso de sus cadenas: puede decirse, que no les queda mas que una sombra de vida, la que pasan entre sustos, hambre, desnudez, dolores, y tormentos: si alguna vez salen de aquellas obscuras mazmorras, unicas depositarias de sus penas, para ver la luz, es para padecer mayores trabajos, obedeciendo à las leyes de un dueño cruel, que se venga de las perdidas victorias, descargando en ellos sus furors: la diferencia de Religion sirve de pretexto à la mas inflexible severidad; y la inhumanidad se cubre con

la

la mascara de piedad, y zelo: unas veces les imponen, con despotico dominio, unas fatigas insufribles, à las que acompañan las amenazas, siguen los desprecios, y de las que no esperan mas salario, que golpes, y castigos: otras veces los exponen en las plazas públicas, llevados de un vil interes, en donde esperan con horror, que un nuevo dueño se digne de comprar el derecho de executar en ellos nuevas tiranías. Parece que un Pueblo de Reyes se disputa el infame placer de gobernar con un Cetro de hierro à unos vasallos, cuya fidelidad les es sospechosa, cuya huída temen, y cuya constancia en padecer aumenta su furor: ¡oh, trabajos de los Cautivos, mas terribles aún que los que inventaron Neron, y Diocleciano contra los primeros Heroes del Evangelio! Este martyrio es tanto mas cruel, quanto se está renovando continuamente, sin tener mas esperanza de salir de él, ni otro medio para poner fin à sus rigores, que el delito de la Apostasía.

¿Pero qué es lo que yo hago, Catolicos? ¿À qué fin os provocaré à llanto con inútiles reflexiones, mientras que Nolasco solicita para estos infelices unos socorros sólidos, poderosos, y eficaces? Ah! si pudierais seguir con vuestra imaginacion à este *hombre de misericordia*, le admirariais al verle dueño de una opulenta herencia, fixando su residencia en el seno del Mahometismo, superior à los obstaculos, y peligros, abriendose paso para llegar à los mas oscuros calabozos, en donde habita la inocencia oprimida, en donde la virtud gime, y la fé padece una continua tentacion, aunque queda victoriosa.

Z 2

Alli

Allí su voz eficaz hace hablar à la misma Religion, y reclama sus derechos: allí su mano liberal reparte tesoros de caridad, y acaba de perfeccionar sus proyectos; gusta de verse confundido entre aquellos *hombres de dolores*, cuyos trabajos los hacen tan dignos de compasion, y tan respetables el titulo de Christianos: con él entran en aquellas moradas del horror, y de la desesperacion, el consuelo, y la esperanza; es un amigo, que habla con sus amigos, que junta gustosamente sus lagrimas à las de ellos, y que besa con religioso respeto sus cadenas, teñidas con su sangre: su piedad le dá derecho para llamarlos con el amoroso nombre de hijos, y recibe al mismo tiempo de su agradecimiento el tierno nombre de Padre.

¡Oh, sobervios enemigos de nuestra Religion! ¿podreis menos de admirar las ideas, que ésta inspira? Es verdad, Señores, que las admiran, no obstante ser incapaces de ellas; pero los ocupa otra idea, y les hace descubrir en la conducta de San Pedro Nolasco un objeto de mucho mas interés para ellos: al ver los muchos beneficios que derrama, les hace concebir su avaricia à una lisongera esperanza: el espectáculo de sus liberalidades parece quita à su alma venal la barbaridad, y fiereza: los atractivos del oro los domesticán: empiezan à oír algunos ajustes utiles; consienten en poner limites à su crueldad, à proporcion que la caridad estiende los de sus liberalidades: ¿qué no puede la sed de las riquezas? Estos hombres barbaros, civilizados en algun modo, ceden à la santa prodigalidad de Nolasco las mismas víctimas que antes havian determi-

minado sacrificar à su supersticiosa Religion: el interés los mueve tanto, que ellos mismo aplauden los generosos esfuerzos de su caridad.

Pero, Catolicos, todavia no conocen aquellos barbaros todo el merito de esta caridad, que practica San Pedro Nolasco: ignoran que con la imagen sencilla, y modesta de la penitencia, oculta à sus ojos el resplandor de una antigua nobleza, que podia ensalzarle en su patria à los mayores honores: ¿qué admiracion seria la suya, si la fama publicase en aquellos climas, que este hombre que no respira mas que humildad, y trabajos, es aquel Nolasco, que aun antes de su nacimiento havia sido anunciado por un oraculo profetico, como adorno, y gloria del Christianismo; aquel Nolasco, que por la temprana muerte de un padre ilustre, quedó cabeza, y heredero de su casa, para sacrificar à los Cautivos, à pesar de las lagrimas de una madre amorosa, sus derechos adquiridos, y sus bien fundadas esperanzas: aquel Nolasco que en tiempo de las calamidades públicas, como Angel tutelar de Cataluña, supo con sus cuidados, y aun con su infatigable caridad, impedir los estragos del hambre, y atraer la abundancia al mismo seno de la esterilidad! ¿quál hubiera sido su veneracion, si hubieran conocido al Heroe que admiraban! ¿Hubieran alcanzado los elogios para publicar los beneficios, si hubieran tenido noticia de los principios en que se fundaban sus acciones?

Nuestro Santo, Catolicos, llevado de su generoso desinterés, rehusó una de las mas ilustres alianzas, que debia añadir nuevo lustre à su nombre, y

colocarle en la Corte de Francia en el mas alto grado de elevacion: esto fue como un ensayo de sus sacrificios: tocó Nolasco el aurora de una inmensa fortuna para arruinar el edificio, y ofrecer sus ruinas à los pies de la mas triste miseria, y para abrir los calabozos de los Cautivos, con la misma llave con que pudiera haverse abierto el templo del favor: estos fueron los efectos de su sacrificio: se niega muchas veces à las repetidas instancias de un Monarca agradecido que juzgaba interesarse su gloria en hacerle depositario de su poder, y objeto de sus favores: sabe apartar de sí con arte las favorables disposiciones del Soberano Pontifice, que para recompensar sus virtudes, pensaba en honrarle con la Purpura Romana: huye Nolasco de los honores quando éstos le buscan, y ni aun se digna de desearlos, y este, Señores, es el heroísmo de su sacrificio.

Pero el valor de las acciones, depende principalmente del fin con que se hacen: el motivo que animaba todas las acciones de Nolasco, era la caridad, y principalmente para con los Cautivos. *El espíritu del Señor* descansa en él: este mismo espíritu le ha embiado para consolar à aquellos que *tienen despedazado su corazon con la tristeza*, y à derramar *la suavidad de su gracia* sobre los que gimen en la amargura de la desesperacion; para hacer resplandecer el día de la libertad entre las tinieblas del cautiverio; para romper las cadenas de un pueblo digno de mejor suerte; para mudar su temor en esperanza, *sus llantos en alegría*, *su ceniza en corona*, y su oprobrio en gloria: (*Isai. 61. 1.*) habla el Cielo; obedece Nolasco à su voz: renuncia sus

sus esperanzas, abdica todos sus bienes, y lo dá todo; una infinidad de Esclavos rescatados publica sus beneficios, canta sus alabanzas, y celebra su triunfo: este es el milagro de su sacrificio; pero todavia no queda contento: ¿pues qué mas puede desear? Oh! que aun quedan mas Cautivos que rescatar, sus riquezas se acaban, y ya le faltan los medios; triste situacion para su corazon! ¿De qué le sirven ya sus inutiles deseos? Se halla solo, y solo no puede acudir à todas las necesidades, ni satisfacer la codicia de aquellos hombres interesados, que solamente abandonan su presa, atendiendo à los tesoros que se les sacrifican: ¿que no tenga en su seguimiento un pueblo de libertadores generosos, cuyas manos abiertas siempre para contentar la avaricia de los insaciabiles Moros, los obliguen, à fuerza de riquezas, à ceder aquellas que poseen, y de que abusan? Ah! Si Nolasco tuviera discipulos, felices Cautivos, presto recobrariais vuestra libertad: de este modo hablaba nuestro Santo consigo mismo: de este modo formaba en su imaginacion una sociedad de hombres imitadores de su liberalidad.

Pero ¡oh, Nolasco! ¿à dónde os lleva una caridad mas ardiente que reflexiva? Formais nuevos proyectos, y ya el mundo está censurando los que practicais: ya la envidia pinta vuestros sacrificios con los mas odiosos colores: mira à Nolasco, bienhechor de los Cautivos, como un extraordinario prodigio, inspirado de la hipocresía, guiado de la ambicion, y dominado del vil interés: ¡oh, mundo injusto! Nolasco oye tus clamores, y desprecia tus censuras: su corazon resiste à tus injurias: tus des-

pre-

precios son su mayor gloria, y tus persecuciones le añaden nuevo merito: así como sabe sacrificar, sabe también sufrir: Nolasco, bienhechor de los Caustivos, à expensas de su fortuna, será también su protector à costa de su fama; y su constancia le formará discipulos aun entre sus mismos enemigos.

La reputacion es una flor fragil, cuyo brillo se marchita al mas leve soplo, y cuyo resplandor, una vez manchado, no dexa mas que una flor seca, à la que ni el Sol mas favorable puede restituir sus antiguos colores: es segunda vida del hombre; tan facil es mancharla, como difícil el reparar sus ruinas; y el hombre que la pierde puede decir que está muerto para la Sociedad: la fama, una vez combatida, aunque injustamente, suele quedar para siempre arruinada, porque el mundo, propenso à juzgar mal, rara vez cuida de examinar las acusaciones, y mucho menos de descubrir la calumnia, y confundir à los calumniadores: por eso el Sabio, hablando con todos los hombres, les dá aquel util consejo: *cuidad mucho de vuestra fama: Curam habe de bono nomine*, pues sabía que en donde se acaba la reputacion empieza el oprobrio.

El no sentir las heridas que se hacen à la reputacion, es un falso Stoicismo: el pagar estas heridas con un perdon generoso, y con beneficios, es un heroismo que solamente puede inspirarle la Religion, porque ella sola es capaz de elevar al hombre sobre sí mismo: guiado, pues Nolasco por este principio de la Religion, siempre firme en medio de las mayores borrascas, no opone à los impetuosos vientos que conspiran à perderle, mas que la

la imperturbable tranquilidad de su alma; seguro de su inocencia, se manifiesta superior à todos los sucesos, y se entrega mas generosamente à las obras de caridad, quanto mas sospechosos procuran hacer los fines sus emulos: vive persuadido à que no hay mas deshonor que el pecado; conoce su conducta, y sabe que por mas que sospechen de él, nunca podrán convencerle de prevaricacion: aunque el mundo le acusa, su propia conciencia le absuelve.

De quatro principios igualmente despreciables, nacen las calumnias con que la envidia intenta infamar el ministerio, las acciones, y la persona de San Pedro Nolasco: estas calumnias son inventadas por la venganza, anunciadas por el temor, agradas por la envidia, y publicadas por el interés: ¿y en qué teatro os parece, Catolicos, que abre la envidia esta escandalosa scena? En la Corte de Aragon, dividida entonces en poderosas facciones, en la que unos rivales ambiciosos se atrevian à disputar al legitimo Monarca la autoridad del Trono, y en la que la oposicion de intereses favorecia à la contrariedad de dictámenes: ¿y à qué tribunal llevó la audacia una causa, que necesariamente havia de quedar confundida por los mismos medios que meditaba confundir à Nolasco? Al mismo Tribunal del Rey.

Este Rey era entonces Jacobo I. à quien justamente dá la Historia el nombre de *Felíz, Conquistador, è Invencible*: Principe que entre las revoluciones, y desgracias que le ocurrieron en su juventud, aprendió el arte de las prudentes desconfianzas, y la util ciencia de reynar, como Rey prevenido contra los artificios de

la impostura. El exemplo de su padre Pedro II. muerto en la batalla de Muret, le havia enseñado quàn peligrosa cosa era para los Principes dar oídos al rencor, y à la venganza: un Heroe famoso, Simon, Conde de Monfort, le havia instruido en los principios del valor, de la politica, de la prudencia, y de la moderacion: en la escuela de Pedro Nolasco, encargado de su educacion, recibió las ideas de Religion, de zelo, de caridad, de justicia, y de agradecimiento: detenido mucho tiempo el Rey Jacobo en una especie de esclavitud, conocia, à costa de su propia experiencia, el precio de la libertad, y desde luego pensó seriamente en dedicarse, en compañía de Nolasco, à la Redencion de los Cautivos Christianos, que vivian bajo el duro yugo de los Moros: restituído à su Reyno, colocado por la victoria en el Trono de sus Padres, no obstante las disensiones que parecia le havian de arrojar de él para siempre, se opuso à la rebelion, è hizo ver à los rebeldes su valor, su fortuna, y su clemencia; llorando su muerte, debió à las pacificas negociaciones de Nolasco, que cesasen las inquietudes que dividian à Aragon entre dos competidores formidables: debió tambien la dicha de librar su vida del evidente peligro à que se vió expuesta, por los artificios, y violencias del partido opuesto: este Principe fue suscitado por el Cielo, como otro Cyro, para poner fin à la cautividad de la Nacion Santa; para él estava reservada la gloria de imponer à los Infieles el mismo yugo que con tanta sobervia havian ellos impuesto à la España Catolica: el solo nombre de Jacobo I. señala un Principe, cuyo reynado, asi como

el

el de Constantino, fue un enlace de maravillas; que Maestro consumado en el arte de la guerra, hizo temblar à Muradal, forzó à Valencia, sujetó à Murcia, ganó à Mallorca, abatió el poder de los Sarracenos, cautivó bajo el yugo del Evangelio al hijo de uno de sus Reyes, conquistó dos Reynos, y ganó treinta batallas: un Principe siempre habil en saberse aprovechar de los sucesos, y hacerse dueño de ellos: grande en sus ideas, reflexivo en los medios, pronto en la execucion, constante en el peligro, siempre valiente, y siempre vencedor: un Principe zeloso del honor de la Iglesia, propagador de la fé, que se armó tanto à favor de los intereses de la verdad, como en defensa de sus Estados; que dedicó tantos Altares à la Madre de Dios, como Mezquitas quitó à los Mahometanos; y que dexó à todos los siglos en mas de dos mil Templos consagrados al eterno Dios por sus cuidados, inmortales monumentos de su piedad, y de su Religion.

¿Os parece, Señores, que un Principe tan equitativo, è ilustrado, se ha de rendir à las impresiones que la embidia procura hacer en su espiritu, representandole como reprehensible la conducta de San Pedro Nolasco, à quien por tantos titulos estava obligado, y cuya alma noble, providad incorruptible, y pureza de intencion él mismo estava conociendo?

Sí, Catolicos, la venganza se lisongea de conseguirlo, pero se engaña: empieza la epoca de la persecucion que excita contra Nolasco, con la reforma de una célebre Congregacion, de que él mismo era Autor: esta Congregacion havia sido fundada por Alfonso II. Rey de Aragon: en sus principios

pios sirvió para la principal Nobleza de escuela de caridad para con los Cautivos: su fervor correspondió por algun tiempo à su sublime destino; pero en los hombres todo degenera, hasta la misma virtud; la ociosidad havia ocupado el lugar del zelo: el luxo consumia en gastos profanos los tesoros destinados à la libertad de los Cautivos: Nolasco se declara abiertamente contra un escandalo que era público, y lo condena; pero el escandalo siempre halla protectores. Estos protectores ofendidos, hacen que sus clamores lleguen hasta el Trono: pinta la venganza al Reformador con unos colores que oscurecen su reputacion; dice, que bajo el zelo que manifiesta, por la reforma de la disciplina, oculta ambiciosos proyectos; que con el plausible pretexto de arrancar los abusos, quiere apoderarse del gobierno; que es un Apostol de novedades profanas, y con varios rodeos quiere introducir en España la heregia de los Albigenses, cuyo veneno havia mamado en Francia; y finalmente, que el ansia que manifiesta por libertar à los Cautivos de las cadenas de la esclavitud, es un nuevo lazo para sepultarlos en el abismo del error.

A estos perfidos discursos de la venganza, se juntan los sustos fingidos del miedo: unos hombres distinguidos por su clase, y nacimiento, representan al Principe lo perjudicial que es à su familia la inclinacion que sus hijos tienen à Nolasco; se quejan de que su zelo, por hacerlos caritativos los hace prodigos: *Prodigos evadere filios querebantur*: (apud Bolland. 29. de Enero) que sus funestas persuasiones reducen à la miseria à las mas opulentas casas; que

aun-

aunque sienten verse en la precision de reclamar la autoridad soberana, se hallan tan fatigados con las importunas demandas de Nolasco, que se consideran obligados à precaver sus peligrosos efectos.

Las murmuraciones de la embidia apoyan los sustos del miedo: Los Cortesanos, testigos de la confianza con que el Principe honra à Nolasco, al principio respetan por politica su eleccion, pero muy presto se quitan la mascara: dicen, que es conocida injusticia, que un extranjero sea preferido en la confianza del Principe à todos los demás vasallos: ¡y qué extranjero! un hombre sin honor, que gusta mas de la compañía de la gente mas vil de la plebe, que de la de los Grandes de la Corte: un hombre, que bajo la apariencia de santidad, oculta las mas infames costumbres: un hombre, que abusa de la bondad del Monarca, que favorece à sus competidores en la Corona, y medita la ruina del Estado, aconsejando una guerra importuna: quanto mas temen à la virtud mas ingeniosos son en acumularle delitos.

La maligna embidia llama en su socorro al artificioso interés: ¿pero qué es lo que oygo? Los Administradores de los Hospitales, à cuyo cargo está el gobierno de los bienes de aquellas Casas de Misericordia, acuden al Trono con sus quejas; dicen, que Nolasco, indiscreto protector de los Cautivos, es el mas cruel enemigo de los pobres: que si persiste en solicitar para sí las liberalidades públicas, muy presto se arruinarán los mas utiles establecimientos del Reyno, y será preciso cerrar los asylos que la piedad de los Reyes de Aragon havia abier-

to

to para remedio de la miseria; que la falta de limosnas que ya experimentaban, los ha obligado à cercenar muchas cosas, aun de las necesarias; y que Nolasco, engañando artificiosamente à todos, sabe aprovecharse de los beneficios de los fieles para ser el solo distribuidor de sus liberalidades.

Si la preocupacion pudiera sorprehender à un Principe justo, e ilustrado, sin duda que el Rey huviera creído que estaba obligado à dar oídos à tantas, y tan repetidas quejas; pero sabía muy bien el origen de tan frivolas declamaciones; y asi, no las dió mas credito que el que ellas merecian: *Non latebat Regem quo ex fonte ista manarent.* (*ibid.*)

¿Pero os parece, Señores, que al ver Nolasco la tempestad que le amenaza, procurará justificarse? No por cierto: mira como triunfo de su humildad el ser tenido en la opinion arbitraria de los hombres, por lo que no es en la realidad: no opone mas remedio que el silencio à las diversas pasiones de que puede temer ser la víctima: el silencio puede acreditar las imposturas de la calumnia; pero el que tiene à su favor à la verdad, desprecia las calumnias: manchada su reputacion, no tendrá mas arbitrio que llorar la desgraciada suerte de los Cautivos, sin poderlos ayudar con los generosos esfuerzos de su zelo; pero su zelo no los abandonará: huirá de la Corte, pero desde su retiro no cesará de hacer presente al Rey la triste situacion de aquellos infelices: Señor, le dirá, yo no necesito defenderme contra mis enemigos, vos me conoceis bien, y en vuestras manos deposito el cuidado de mi fama: ¿pero es posible que han de poder mis ene-
mi-

migos burlar la justa esperanza de los Cautivos, y que estos han de perder el derecho que tienen à vuestra piedad? Ah! Señor, yo conozco muy bien vuestro corazon, y asi, nada de esto me asusta; ni tengo necesidad de advertiros que la libertad de aquellos infelices, es obra digna de un Rey Christiano, y que un Rey halla en los Cautivos que rescata otros tantos defensores de su Corona: *Captivos redimere opus est præstantissimum.* (*S. Greg. P.*)

No quiero repetiros, Señor, lo que mi obligacion me precisaba à enseñaros, quando en el tiempo de vuestra juventud estuve encargado de formar vuestro espiritu, y vuestro corazon: no quiero repetiros que el resplandor de la Diadema se eclipsa quando falta à ésta el resplandor de la virtud; que es mas util enjugar las lagrimas de los infelices, que conquistar Reynos; que es mas glorioso para vos el redimir de la esclavitud à vuestros fieles vasallos, que retener en ella à vuestros enemigos vencidos: entonces os decia: vos, Señor, seguireis à vuestros abuelos en el Trono, esta es la suerte à que os destina la providencia; pero quando os halleis en lo sumo de la grandeza, y os veais rodeado de felicidades, no os olvideis de que muchos Christianos, imagenes de vuestro Dios, gimen en un triste cautiverio, sin mas delito que haver sido fieles à su Religion, y à su Rey; no permita Dios que el resplandor de la Corona os haga olvidar de su suerte, y de la vuestra: de este modo, ò gran Rey, me atrevia yo à hablaros en aquel tiempo; pero oy sois mi Soberano, y no necesitais de mis lecciones.

Pero permitaseme, Señor, implorar vuestra cari-

ridad para con estos mismos Cautivos, à los que una conspiracion bien manifiesta, procura hacer menos dignos de vuestras atenciones: no permitais que perezcan estas inocentes víctimas con mi fama: yo he recogido sus lagrimas: oíd, Señor, sus suspiros: estos respetables discipulos de Jesu-Christo, desde lo mas profundo de sus calabozos, os hablan del mismo modo que hablaban à Josue los habitantes de Gabaon: *Ne trabas manum tuam ab auxilio servorum tuorum*; Oh, Señor, nuestro Rey, y nuestro Padre, no retireis esa benefica mano, en la que fundamos toda nuestra esperanza: nosotros somos vuestros vasallos, no nos priveis de vuestra poderosa mediacion: *Ascende cito*. Ah! Si pudierais venir à donde estamos, veriais el horror de nuestro estado presente; pero procurad à lo menos nuestra libertad, *libera nos*, y ya que las ocupaciones del Trono no os permiten aliviar nuestra tristeza con vuestra presencia, sirvanos vuestra proteccion de apoyo, consuelo, y esperanza: *Ferque præsidium*. (Josue 10. 6.)

¿Qué eloqüente es, Catolicos, el idioma de la caridad? ¿Podria menos de mover este estilo à un Principe tan compasivo como Religioso? en él está viendo con toda claridad el alma de Nolasco, y al ver esta hermosa alma, se aumenta el amor à su persona, y el horror à la calumnia: llamale con toda presteza à la Corte, de donde él se havia voluntariamente retirado; detiene con su autoridad los sediciosos rumores, y Nolasco buelve à la Corte; temed pasiones, que os haveis conjurado para perderle: monstruos que vomitais contra él hiel, y amar-

amargura, temed su favor, ò por mejor decir, enemigos de Nolasco, confesad vuestra verguenza, y aplaudid su triunfo: todo se muda, la tempestad cesa, la venganza calla, y se estremece, el miedo confiesa la injusticia de sus sospechas, la embidia confundida se averguenza de sus artificios, y hasta el vil interés renuncia sus pretensiones: el Rey aprueba las ideas de Nolasco, è inmediatamente las celebra toda la Corte: los que se oponian à los nobles designios de su caridad, los adoptan, los favorecen, y se juntan à él para asegurar la execucion: *Qui fuerant illius conatibus adversati juvare eum ceperunt*. (apud Belland. *ibid.*) La constancia de Nolasco le dispone discipulos, y él vá à buscarlos en el cautiverio, pues no contento con apoyar con su credito, à pesar de la calumnia, la causa de los Christianos, que gimen en el cautiverio, hace à su favor los mas generosos sacrificios: se declara protector de los Cautivos, à costa de su fama, y al mismo tiempo su libertador, à costa de su propia libertad.

¿De qué serviria proporcionar à los Cautivos socorros abundantes, y protectores zelosos, si estos protectores, y estos socorros no fuesen una prenda de su segura, y pronta libertad? Esto seria aliviar su miseria, pero no seria darla fin: para conseguir esto eficazmente inventa Nolasco un medio, propio solamente de su talento, y del que antes no se havia visto exemplar alguno en el mundo: este medio, Catolicos, fue pagar el rescate de los Cautivos con su propio cautiverio; desatar sus cadenas para ponerse à sí mismo, sepultandose en las obscuras mazmorras de donde los sacaba, permaneciendo en

ellas voluntariamente, y sufriendo los trabajos de la esclavitud con extraordinaria paciencia, y christiana alegría; fue comprar la libertad de sus hermanos à costa del sacrificio de su propia libertad, hacerse esclavo por poner fin à su cautiverio, entregarse à todas las miserias porque dexasen de padecer los infelices: heroyco proyecto, Señores, el de San Pedro Nolasco: proyecto, que despues de formado en su idea, sufría su corazon con impaciencia la tardanza de su execucion: busca ocasion para ello, esta se presenta, è inmediatamente la abraza: Nolasco, Señores, será el primero que tenga la gloria de abrir un nuevo camino à la caridad: la caridad es mas industriosa en sus arbitrios, que la mas fina politica en sus ardidés.

Llegó el fatal momento en que faltasen las riquezas de que la liberalidad de los fieles havia hecho depositario à Nolasco: el estado mas sensible para un gran corazon es no poder hacer todo el bien que desea: es verdad que los grillos de una innumerable multitud de esclavos Christianos, redimidos por Nolasco, y colgados en las paredes de los Templos, publicaban los milagros de su caridad: pero la avaricia de los Moros, siempre ingeniosa en hallar nuevos arbitrios, recogiendo nuevas víctimas, ofrecia à la generosidad de Nolasco una innumerable multitud de Cautivos à quienes dar libertad. Rompamos, pues, se dice à sí mismo, rompamos las cadenas con que estos barbaros cargan à los Christianos: *Dirumpamus vincula eorum*, ofrezcamolos un rescate, que sin lisongear su codicia los mueva à compasion: y supuesto que el oro les sirve de atractivo para su-

je-

jetar à su yugo mayor numero de infelices, opongamoles un espectáculo capáz de entenerarlos, si es que aun conservan algunas ideas de humanidad: vamos à solicitar su crueldad, para nosotros mismos: vamos con toda libertad, à quedar cautivos bajo su dominio: vamos à pedirles, que junten para nosotros todos los suplicios, de que los suplicamos libren à nuestros semejantes.

Prudencia humana, no pienses que has de detener à Nolasco en su intrepida resolución: amigos cobardes, que atendeis mas à sus intereses, que à su piedad, no temais los peligros à que se expone: quanto mas reflexiona, mas motivos halla para confirmarse en su idea: parte para su destino, llega à él, habla, y le escuchan: propone, que en defecto del dinero quiere entregarse él mismo: admirados los Mahometanos, juzgan, que se engañan; dificultan éstos, y Nolasco insta; replican, y Nolasco persiste en su intento: ultimamente, aceptan su proposicion; quedan satisfechos los deseos de Nolasco, los Cautivos recobran su libertad, y nuestro Santo queda en el cautiverio.

Haveis visto, Señores, en la historia anterior à San Pedro Nolasco, un exemplar de semejante heroismo? Mucho se pondera el valor de aquel Rey, que vencido por Alexandro, no quiso comprar su libertad à costa de una bajeza; pero la suerte de las armas le havia sujetado al poder de su vencedor: la inflexible altivez, que mostraba en su cautiverio, no era por solicitar la salud de su Pueblo; queria con sus altivos pensamientos manifestarse digno del Trono, que le havia quitado la fortuna:

Bb 2

ha-

hacia alarde de manifestarse superior à los sucesos, pero no era arbitro de su destino; recibia la ley, y no la daba: Nolasco no trata con sus vencedores; los Moros no tienen derecho alguno sobre él: su cautiverio es obra propia suya; es dueño de poder romper sus cadenas: los Moros no le piden mas que lo que él les pide à ellos: dexeles Nolasco sus esclavos, y ellos le dexarán su libertad.

Respetamos à aquellos Heroes del Evangelio, que en tiempo de las persecuciones, quieren antes perecer cubiertos de oprobrios en el horror de las prisiones, que negar à Jesu-Christo, y conservar sus vidas à costa de su fé; pero estos no van à ofrecerse voluntariamente à los suplicios; sus prisiones son forzadas; la Religion, interesada en su constancia, no los permite escoger entre su Dios, y los Idolos, entre el martyrio, y la apostasia: pelean por la fé, pero deben à la fé el sacrificio de su libertad: en el sacrificio de Nolasco, no manda la fé, sino la caridad: su conducta no se ordena tanto à su propia salvacion, como à la salvacion de sus hermanos: honra à la Religion, pero la Religion no mira este obsequio, como preciso; sufre por virtud, lo que pudiera evitar sin pecado.

¿Nolasco entre las cadenas de los Infeles? Este solo prodigio borra todos los demás colores, con que yo pudiera adornar su elogio. Paso en silencio quanto le admiró la España, quando nombrado para conciliar los intereses de dos Potencias rivales, manifestó su gran talento para dirigir, y terminar las mas difíciles negociaciones: paso en silencio los aplausos, que supo grangearse en Ale-

mania, quando enviado por el Rey de Aragon à la Corte de Hungria, concluyó con su prudencia, à favor de este Principe, una alianza tan deseada, à la que parece se oponian unos inconvenientes invencibles: paso en silencio los aplausos, que mereció de toda la Europa, quando prudente consolador de una desgraciada Reyna, à quien una inopinada sublevacion privó de su esposo, y de su Corona, supo enseñarla à sacrificar sus desgracias, y à coronar el sacrificio de su grandeza con el de su vida.

No refiero, que la fama de las acciones de Nolasco voló hasta la Corte de Francia: que San Luis manifestó deseos de verle; que solamente le vió, para admirarle, consultarle, y respetarle: Nolasco fue llamado, solicitado, acariciado por este Monarca, tan gran santo como excelente Rey; las ideas de Nolasco fueron aprobadas, y protegidas por este Principe, cuya prudencia dictaba los consejos, cuya justicia consagraba las alabanzas, y cuya piedad arreglaba todas sus acciones; Nolasco fue reconocido por Santo por este Rey, imagen de la virtud, vengador de Jesu-Christo, Apostol, y Martyr de la fé: Nolasco fue instado por S. Luis, para ir bajo su proteccion à pelear contra el Mahometismo, y dar libertad à los Cautivos de Diameta, y de Carthago: Joh, Señores, bien se dexa ver, quàn lisongeros eran estos atractivos para nuestro Santo! pero no obstante esta elevacion, Nolasco entre los grillos de los Infeles me parece superior à su gloria, y aun à sí mismo.

El que quiera saber, dice San Juan Chrysos-

tomo, cuál es el merito de un hombre, cargado de cadenas por la causa de Jesu-Christo, examine à San Pablo, cautivo de Jesu-Christo, este es el titulo de que mas se precia el Doctor de las Naciones: *Paulus vincus Christi*. Este titulo es mas noble, y augusto, que el de Apostol, y Evangelista: yo prefiriera las cadenas de Pablo, al poder de resucitar los muertos: Pablo cautivo entre las prisiones me parece mayor, que Pablo en el tercer Cielo: ¡felices cadenas! ¡felices manos! ¡Ob, beata vincula! ¡Ob, beatas manus! ¡Ah, si yo hubiera vivido en tiempo de San Pablo, con qué respeto hubiera besado sus manos, y sus cadenas? (*Chrysost. de laud. Divi Pauli*) Un Rey en su Trono le parecia menos respetable al Chrysostomo, que Pablo encarcelado por orden de Neron.

Asi me represento yo à San Pedro Nolasco entre los grillos de los Infeles. Nolasco voluntariamente sujeto à los enemigos del nombre christiano: Nolasco victima voluntaria de la caridad, porque à costa de su libertad propia quiere proporcionar la de los Cautivos: ah! nada hallo, que pueda compararse con semejantes pensamientos: augustos titulos que me anunciáis en Nolasco el Embajador de Aragon, el Ministro de Jacobo I. el amigo de San Luis, todos cedéis à mi vista al glorioso titulo, que en él me anuncia un Cautivo de Jesu-Christo: *Vincus Christi*; menos me admiran sus milagros, que sus cadenas.

Me parece, Catolicos, que me hallo transportado en espíritu à los dias de su cautiverio, que toco sus cadenas, y sus manos, y que me veo sobre-

brecogido del mas profundo respeto: me parece, que le oygo darse el parabien de su feliz esclavitud, como de una gloriosa victoria, y exclamar con las mayores demostraciones de alegria; felices cadenas, cadenas preciosas, ya no sois tormento de los christianos, sino que os haveis convertido en mis delicias; amable cautiverio; yo prefiero tus rigores à los Palacios de los Reyes; en tí no hallo trabajo alguno, antes bien todo me sirve de consuelo: *Vincus Christi*. Soy Cautivo, pero mi cautiverio es mi mayor felicidad, pues con él hago dichosos à muchos infelices: honores de la Corte, favor del Principe, ya no os hecho menos, pues he conseguido, quanto deseaba: Nolasco cautivo de Jesu-Christo es mi titulo mas apreciable, y mi mayor gloria; no trocará mi suerte por la del mas feliz Potentado del mundo: qué ideas tan agradables me representa esto mismo, que parece tan trabajoso: vosotros, los que tanto tiempo há que gemis en estas lugubres prisiones, id, mientras yo quedo en vuestros grillos, à gustar los consuelos de una tranquila libertad: ya estais libres; este era el unico objeto de mis deseos. Ya estoy contento, y me tengo por dichoso, pues he alcanzado para vosotros esta dicha: *Vincus Christi*.

Nolasco con estas heroycas acciones, y con estos sublimes pensamientos, admira à España, fixa sobre sí la atencion de la Francia, gana la benevolencia de Roma, se forma imitadores, y se dispone discipulos; se alistán, baxo sus estandartes, algunos varones, determinados à seguir sus pasos; y capaces de ser tambien bienhechores, protectores,

res, y libertadores de los Cautivos, à expensas de su fortuna, de su reputacion, y de su propia libertad: basta haverlos escogido Nolasco, *Elige tibi viros*, para que sean dignos de participar de sus trabajos: muy presto conoceremos su espiritu, su conducta, y su fama.

Los sacrificios, pues, que Nolasco hace à la Religion, redimiendo los Cautivos, prueban la generosidad de sus pensamientos, y le hacen digno de tener discipulos: los servicios, que Nolasco hace à la Religion, redimiendo los Cautivos, immortalizan à él, y à sus discipulos, manifestando la utilidad de sus empresas: *Libera fratres tuos*.

SEGUNDA PARTE.

Quando el Dios de Israel determinó librar à su Pueblo de la tirana esclavitud de Pharaon, suscitó à Moyses, en quien dibujó la imagen de su sabiduria, de su poder, y de su gloria: *Missit Moysen servum suum*. (*Psalm. 104. 26.*) Con la misma sabiduria, con el mismo poder, y con la misma gloria se manifiesta San Pedro Nolasco en la Iglesia, quando el Señor determina librar à los Christianos de la esclavitud, en que gemian, baxo el dominio de los Moros, conquistadores en otro tiempo de la España, y ahora sus perturbadores: Nolasco, como Legislador, Apostol, y Conquistador, en la Redencion de los Cautivos hace à la Religion los mas importantes servicios: escoge algunos hombres, vá, y libra à sus hermanos: *Elige tibi viros, & vade, & libera fratres*

tres tuos: Junta discipulos, y con este poderoso socorro enriquece la Religion: *Elige tibi viros*. Obra, y con sus inmensos trabajos venga la Religion: *Et vade*. Libra à los Cautivos, y con esta libertad asegura una gloria, que es el mayor triunfo de la Religion: *Et libera fratres tuos*. La Religion se enriquece con el establecimiento de un Orden, cuyo Instituto es la Redencion de los Cautivos: la Religion queda vengada con un enlace de trabajos, cuyo fruto es la Redencion de los Cautivos: la Religion triunfa con unos rayos de gloria, cuyo resplandor eterniza la Redencion de los Cautivos: estas son las utiles empresas de San Pedro Nolasco; estos los servicios de que la Religion, la Iglesia, y los Cautivos, le son deudores; servicios, con que Nolasco se immortaliza à sí mismo, y à sus discipulos.

Todas las ordenes Regulares son preciosos socorros, de que se aprovecha la Religion; pero acaso, entre todas no hay otra, que haya proporcionado à la Religion en sus mas urgentes necesidades, mas eficaces socorros, que la Orden fundada por San Pedro Nolasco, cuyo solo nombre caracteriza su merito, y es su mayor elogio: Orden, cuyo nacimiento fue un beneficio del Cielo, y cuyo destino es un singular favor para el mundo: su plan fue obra de la sabiduria, y sus fines, un heroyco zelo: Orden llamada singularmente à la Redencion de los Cautivos por un milagro, y cuya conducta en la Redencion de éstos es un continuo milagro de caridad: *Elige tibi viros, & vade, & libera fratres tuos*. Su primera idea fue

formada por inspiracion Divina; sus primicias fueron las lagrimas, que enjugó à los infelices; y aun los mismos enemigos del nombre christiano publican sus grandezas.

Si teneis presentes, Señores, los odiosos, aunque verdaderos colores con que ya he pintado à estos implacables enemigos del nombre christiano, hallareis, que ellos solos bastan para justificar el origen del Orden instituido por San Pedro Nolasco.

No quiero retroceder al tiempo de aquella extraordinaria revolucion, en que los Sarracenos, conquistadores de Egypto, de la Numidia, y de la Mauritania, se introdugeron en España por medio de una perfidia, y se mantuvieron en ella à costa de sus victorias: perezca para siempre la memoria de aquel mal Ciudadano, indigno del nombre christiano, que formó el execrable proyecto de entregar su Patria à los mas irreconciliables enemigos de su Nacion, y de su fé: no referiré las rápidas victorias de este Pueblo sensual, y guerrero, impio, y supersticioso, politico, y barbaro, muchas veces abatido, y siempre mas ambicioso: no seguiré tampoco à este torrente, quando en su impetuoso curso rompe todos los diques, y se derrama por la Andalucia, y la Estremadura; quando con su espantosa crueldad lleva à todas partes la consternacion, la carniceria, las ruinas, y la muerte: no pintaré la cruel imagen de las inauditas vexaciones, que practican los Moros vencedores en los Pueblos desarmados que sujetan à su dominio: tampoco representaré à estos crueles tyranos, animados

dos del deseo de dilatar su Secta, sin mas ley que la de su ferocidad, su poder, y su falso zelo, armados contra el Dios de los Christianos, destruidores de sus Templos, perseguidores de sus discipulos, y multiplicando los Martyres, segun estendian sus conquistas: en el siglo trece ya se habian acabado para ellos estos dias de felicidad, y de gloria; y en este siglo se levantó en la Iglesia el Orden de San Pedro Nolasco, tan fatal para el Mahometismo, como util para la Religion de Jesu-Christo: solamente diré, que aunque en aquel tiempo todavia eran los Moros terribles para España, eran mas los esclavos que cautivaban, que las victorias que conseguian: ponian grillos à los vasallos de aquellos Soberanos, à quienes no podian imponer la ley: su crueldad se aumentaba à proporcion del abatimiento, que experimentaban algunas veces, y se vengaban de la inconstancia de las armas, con los impuestos que inventaba su codicia; solamente à la luz del oro abrian los oscuros calabozos, en donde su furor detenia à los Cautivos, exerciendo en ellos la mas barbara tiranía con afrenta de la razon, y de la humanidad.

En estas criticas circunstancias, San Pedro Nolasco, fundando su Orden, enjuga las lagrimas de la Religion, y las de los Cautivos: felices Cautivos, un Pueblo nuevo, cuya existencia aún ignorais, vá corriendo à socorremos: *Gentes, quæ te non cognoverunt, ad te current.* (Isai. 55. 5.) Sus manos benéficas mudarán vuestra suerte: su caridad, como una lluvia favorable, hará, que à vuestros dias de tristeza sucedan unos dias de prosperidad, y

laegria: *Descendit imber de Cælo. (Ibid. 10.)* Sal-
dreis alegres de vuestras obscuras mazmorras, y
sereis llevados en paz al seno de vuestras fami-
lias: *In lætitia egrediemini, & in pace deducemini. (Ibid. 12.)*

¿Podrá haver expresiones, con qué explicar las
maravillas de este Orden, à la que en su cuna adorna
un prodigio, cuya propagacion enriquece la
Iglesia, y cuyos frutos siempre permanentes ha-
rán, que su gloria dure hasta la consumacion de
los siglos? Ordenes florecientes de Basilio, de Be-
nito, de Geronymo, de Bernardo, de Domingo, de
Juan de Mata, de Francisco de Asis; Ordenes utili-
simas, que desde el tiempo de Nolasco hasta
nuestros dias, os haveis hecho recomendables por
vuestra penitencia, por vuestra caridad, por vuestro
zelo, por vuestra confianza, por vuestra abne-
gacion, no es mi intento minorar el merito de
vuestros trabajos, ni disputar la celebridad de vuestros
hechos: sé muy bien, cuánto sirven, y cuánto
edifican à la Iglesia las Ordenes Religiosas: las
preocupaciones de un mundo incredulo, y falsamente
filosofo, deben ceder à la evidencia de los
hechos: siempre triunfará la verdad de las fogosas
declamaciones, que exparcan algunos genios temerarios,
reformadores especulativos de unos abusos, que ellos
solos conocen; pero sin faltar al respeto debido à las
demás Ordenes, que subsisten en la Iglesia, me parece,
que se puede decir, que el Orden fundado por San Pedro
Nolasco en su plan, en su origen, en su establecimiento,
en sus progresos, y en su duracion, tiene cierto merito, y
cier-

cierta gloria, que le distingue de los demás Institutos.

La misma Madre de Dios Maria Santisima, formó en el Cielo este admirable proyecto de caridad, que Nolasco havia de poner en execucion en la tierra; el nacimiento de los demás Ordenes, parece no tuvo otros testigos que los vastos desiertos, el Orden de la Merced, como astro reluciente, nace en la Corte de los Reyes: su primer Templo es sus Palacios, y una revelacion la dá sus primeros protectores.

No ignoro, Señores, que en materias de revelacion se necesita de mucha prudencia para no confundir la ficcion con la verdad, los prestigios con los milagros, las ilusiones faciles de los hombres, con la voluntad visible del Cielo: si el Orden fundado por San Pedro Nolasco no tuviera mas prueba de su maravilloso origen que una tradicion popular, sospechosa, è impugnada; si no tuviera por prenda la palabra de los Reyes, que contestan su certeza, el testimonio de los Santos, que la confirman, la autoridad de los Sumos Pontifices, que la aprueban, los votos de la Iglesia, que la consagran, la unanime confesion de todos los Historiadores, que la refieren, no la pondria yo en la clase de aquellos sucesos sobrenaturales, que merecen una justa creencia, y piden un universal respeto: ocultaria con el velo del silencio un falso prodigio, de cuya realidad podia dudarse con razon: ceñiria mi elogio à seguir esta nueva Congregacion en sus felices progresos, sin detenerme en los extraordinarios prodigios que acompañaron à su institucion: dexaria à la preocupacion sus ideas, à la critica sus observaciones, y me conten-

tentaria con decir; ¡feliz el siglo que vió aparecer este phenomeno, terror del Mahometismo, alivio de los Cautivos, y consuelo de la fé!

Pero quando en una revelacion se hallan todos los caractéres de verdadera, no es licito à la sagrada eloqüencia abandonarla à las dudas, y decisiones de los incredulos.

En la revelacion de que hablo, nada hay que pueda hacer dudar de su evidencia: Nolasco oye la voz de Maria Santisima, que le manda fundar una Congregacion destinada à la Redencion de los Cautivos: *Elige tibi viros*: Jacobo I. Rey de Aragon, oye al mismo tiempo la misma voz: este Principe no podia tener interés alguno en proteger la impostura, antes era muy à proposito para publicarla: pero declara la vision à su Corte, y à todo su Reyno: Raymundo de Peñafort, desde la Cathedra de la verdad, pone por testigo al Dios cuyo Evangelio predica, que él ha recibido del Cielo la misma orden que el Rey, y Nolasco, que se dispone à obedecer, y que todos los Pueblos deben respetar este Oraculo.

San Raymundo de Peñafort no era de aquellos talentos faciles en dexarse engañar, que creen sin fundamento, y abrazan las cosas sin examinarlas: era Santo, pero un Santo muy docto: hombre conocido por su alto nacimiento, pariente cercano de los Reyes de Aragon, y distinguido por sus talentos; en él se admiraba à un mismo tiempo un sabio Jurisconsulto, un Philosopho sólido, un profundo Theologo, un Orador eloqüente, y un Casuista acreditado; era Director de Reyes, y Consejero de los Soberanos Pontífices: hombre zeloso, y exemplar,
im.

impugnaba à los Albigenses, à los Judios, y à los Moros, y los convertía; instruía à los Obispos, y se havia negado à serlo: era hombre de prudencia, y autoridad, destinado à gobernar el Orden de Santo Domingo, cuyo discipulo era: con su conducta prudente, constante, y edificativa, confirmó una eleccion que fue de tanto honor para él, y à la que al mismo tiempo él hizo tanto honor. Cinco Papas consecutivos le encargaron el cuidado de los dificiles negocios en que entonces se hallaba metida la Christianidad, los que terminó con la prudencia, y felicidad que es notorio: hombre estudioso, y erudito: la Iglesia le debe la primera, y mas exacta colleccion de las Constituciones Apostolicas: hombre penitente, y Apostol de la penitencia: observador exacto de unas mismas costumbres, tanto en la Corte, como en el retiro; en el retiro manda à sus pasiones; en la Corte tiene valor para condenar las pasiones de los Principes; y su severa piedad, è inflexible constancia, son recompensadas con milagros: hombre poderoso en obras, y en palabras: nuevo Elias, nuevo Pablo, en cuya gloria no es facil poder decidir si fueron mayores sus talentos que sus virtudes, su fama que su merito, y si fue mas célebre mientras vivió, que despues de su muerte.

¿Quién podrá negarse à admitir aqui la prudente reflexion, que acerca del nacimiento del Orden fundado por San Pedro Nolasco, hace un célebre Orador de nuestro siglo? (*Ballet Paneg. de N. S. de la Merced.*) "Parece, dice este eloqüente Panegyrista, parece que en la fundacion de este Orden, "quiso el Cielo acomodarse à la delicadeza de cier-

»tos genios criticos, manifestando la clase, el ta-
 »lento, la prudencia, y la santidad de los que pre-
 »sidieron à esta milagrosa obra: su testimonio à fa-
 »vor de la aparicion, es una autoridad respetable,
 »que siempre destruirá las censuras, las blasfemias,
 »el error, y la impiedad: es prudencia creer lo que es
 »imposible impugnar: además de que en este prodigio
 »nada hay que se oponga à la razon: la aparicion
 »es posible, el motivo santo, el objeto util, el efec-
 »to pronto, la execucion pública, y el suceso perma-
 »nente.... fundase este Orden..... enjugad vues-
 »tras lagrimas, romped vuestras cadenas, Cauti-
 »vos Christianos, que gemís bajo el poder del Ma-
 »hometismo: *In lætitia egrediemini*, una infinidad
 »de Heroes de la caridad se unen para daros liber-
 »tad, y consagrarse à vuestra redencion.

Otros Oradores publicarán los trabajos, y las fa-
 tigas de estos hombres caritativos, los harán ver en
 los importantes puestos que ocuparon, en los dife-
 rentes Tronos de la Iglesia en que se sentaron, en
 las Cortes de los Reyes à quienes gobernaban, y
 entre los *Maestros de Israel*, à quienes instituan:
 el Panegyrico de Nolasco, solo me permite seguir-
 los al centro del Mahometismo, en donde se ocupan
 en ablandar à aquellos Principes barbaros: allí los
 admiraré cargados de preciosos despojos, que qui-
 tan à la inhumanidad, por ofrecerlos à la Religion,
 como conquistas de su zelo: el universo publica sus
 triunfos, y asi, no debo temer el añadir su elogio al
 de Nolasco: los hijos son la corona del padre, y el pa-
 dre es modelo, y gloria de sus hijos: *Corona senum fi-
 lli filiorum, & gloria patrum filii eorum.* (Pro. 27. 6.)

Es-

Estos admirables varones pronunciaron su voto,
 aquel voto constitutivo de su Orden: cada uno de
 ellos dixo en presencia de los Altares, y delante del
 Dios vivo; quedaré en rehenes, bajo el poder de los
 Sarracenos, si fuere necesario para la Redencion
 de los Cautivos: *In Sarracenorum potestate in pig-
 nus, si necesse fuerit ad Redemptionem Christi fide-
 lium, detentus manebo*: fieles à su promesa los dis-
 cipulos de Nolasco, cumplirán su voto à imitacion
 de su Maestro: ¿quántas víctimas de este heroyco
 voto pudieramos nombrar? Un Campany, un Bo-
 zet, un Raymundo Alberto, un Pedro Aymery, un
 Juan de Granada, un Oton, un Adolfo, servirán de
 pruebas à la Iglesia, de que expuestos libremente à
 los trabajos del cautiverio, y à los horrores de la
 muerte, su vida les sirve de suplicio, mientras no la
 consagran al rescate de los Cautivos: prodigos de su
 sangre, irán, santamente embidiosos del fervor de
 Nolasco, à buscar en Marruecos, Argel, y Tunez,
 los Tyranos que no hallan en España.

¿Qué espectáculo tan agradable presenta al mun-
 do el día que preside al nacimiento de esta sociedad
 de hombres destinados à la libertad de los Cautivos?
 Abandonan su patria, rompen los vinculos de la san-
 gre, y de la amistad, arriesgan su seguridad, y su
 vida en tan peligrosos viages, vuelan à aquellos obs-
 curos calabozos, en donde gime la inocencia cau-
 tiva, la sacan de sus cadenas, y se las ponen à sí mis-
 mos: los Discipulos imitan à su Maestro, y su vo-
 luntario cautiverio sirve de gloria al Maestro, y à
 los Discipulos: *Corona senum filii filiorum.*

Es tan grande, ¡oh, Dios mio! la abundancia

Tom. I.

Dd

de

de bendiciones que derramais sobre el instituto de Nolasco, que ya no basta una sola Ciudad, ni un solo Reyno al prodigioso numero de sus Discipulos.

San Pablo decia, que entre las primeras conquistas del Evangelio no se hallaban muchos hombres recomendables por su sabiduria: *Non multi sapientes*, ni temibles por su poder, *non multi potentes*. (1. Cor. 1. 26.) Pero no sucede asi en el Orden que funda S. Pedro Nolasco. Desde su origen se cuentan entre los miembros que componen este Cuerpo, hombres sabios, cuya ciencia hace temblar à los Sectarios de Mahoma, y hombres poderosos, cuya grandeza dá nuevo lustre à su caridad. Nolasco, Gefe, y Padre de estos hombres, los persuade, que no basta para la perfeccion de su instituto redimir algunos Cautivos, sin salir de las tierras sujetas à los Principes Christianos: los manda que pasen à las Naciones infieles, que en ellas libren à sus hermanos de la servidumbre, aunque se expongan al cautiverio, y à la muerte: estos hombres le obedecen, Nolasco confirma sus discursos con su exemplo; y despues de haver enriquecido la Religion, estableciendo en ella un Orden destinado à la Redencion de los Cautivos, *Elige tibi viros*, venga su gloria con un enlace de trabajos, cuyo fruto es la Redencion de los mismos Cautivos, & vade.

¿Quién no creerá que San Ambrosio vió muy anticipadamente en espíritu los trabajos que padece San Pedro Nolasco, quando exclama: rescatar los Cautivos, librar à los hombres del furor de sus enemigos, quitar à la muerte sus víctimas, restituir los hijos à sus padres, los padres à sus hijos, y los Ciuda-

dadanos à su patria, Ah! esto es la obra mas perfecta de la caridad, y lo sumo de la beneficencia: la liberalidad Evangelica no puede estender à mas sus esfuerzos, ni sus deseos: *Suma liberalitas est Captivos redimere, eripere ex hostium manibus, subtrahere neci homines, reddere parentibus liberos, liberis parentes, cives patriæ restituere*. (Ambr. lib. 2. Offic. cap. 15.)

Cuente quien quiera entre los trabajos de Nolasco su zelo en alentar el valor del Conde de Monforte contra la heregia de los Albigenses; la constancia que manifiesta en la célebre batalla de Muret, tan fatal para los Novatores, como memorable para la Francia, y gloriosa para la Iglesia: estos prodigios de valor casi igualan al mismo Heroe à quien reconoce la verdad por su vengador; pero à mi vista el libertador de los Cautivos es mas admirable que el vencedor de la heregia.

Aprecie quien quisiere los trabajos de Nolasco en el gobierno de su Orden, su talento para la eleccion de sugetos, su prudencia en la distribucion de los empleos, su atenta vigilancia acerca de la fé, y de las costumbres públicas, y particulares, la actividad de su zelo en multiplicar las fundaciones, sin solicitarlas, su aplicacion en establecer leyes, su constancia en hacerlas observar, su eloquencia para persuadir las obligaciones, y hacerlas amar, su industriosa caridad en solicitar socorros para sus hermanos, su desinterés en no aprovecharse de ellos para sí mismo, sus cuidados, sus fatigas, sus viages para ganar protectores à su nueva fundacion, sin valerse de los artificios de la politica, ni de las vi-

lezas de la adulacion; su paciencia, y su intrepidez, su constancia en resistir à las continuas contradicciones que experimenta en el exercicio de su ministerio: el primer General de un Orden, si es licito decirlo así, siempre es su primera víctima.

Pero ninguno de todos estos respetos me parece el mas admirable en Nolasco: aunque en el gobierno de su Congregacion merece todas nuestras atenciones, aun es mas digno de ser admirado en la Redencion de los Cautivos, en la que instruye à sus Discipulos, y à la que él mismo no cesa de sacrificarse.

Dedicase à esta Redencion en los Reynos de Aragon, y Valencia con el mas fervoroso zelo, y siempre buelve vencedor del Mahometismo: camina en su seguimiento una numerosa cautividad, à quien ya no se puede dar este nombre, la que sirve de decoracion à su triunfo, bendiciendo à su libertador, y mudando los dias de luto de la Religion en dias de pompa, y de alegria: sobervios conquistadores de la tierra, ¿puede compararse el espectáculo de vuestra gloria con el admirable espectáculo que dá Nolasco à la Iglesia? A su carro triunfal van atados innumerables cautivos, como al vuestro; pero vosotros los poneis las cadenas, y él se las rompe: vosotros aumentais su dolor, y él hace que cese: sus lagrimas riegan vuestros trofeos, pero los trofeos de Nolasco se adornan con sus cánticos de alegria: vosotros los sacais de vuestros países, y Nolasco los restituye à su patria: vuestros felices sucesos son su mayor horror; pero la victoria de Nolasco les es preciosissima; vosotros sois el motivo de sus desgracias, y él lo es de su felicidad.

Pe-

Pero, Catolicos, el reducir los trabajos de Nolasco à los solos Reynos de Valencia, y Aragon, es quererlos poner muy estrechos limites: ya es tiempo de que le contemplemos fiando su vida de un leño fragil, desafiando à los vientos, y à las olas de los tempestuosos mares, y atravesando por medio de las poderosas armadas de los Sarracenos: camina sobre las ardientes arenas de la Africa, se expone à mil peligros, y desafía mil veces à la muerte: en el centro de Berbería, en medio de las tinieblas de la infidelidad, hace resplandecer la luz de la fé; quita al Mahometismo sus sectarios, y sus conquistas: ¿qué felices sucesos no coronan sus trabajos, haciendole igualmente util à los Christianos, y al christianismo! Al influxo de su poderosa voz no solamente respiran los Cautivos, y se caen sus cadenas, sino que los mismos Discipulos de Mahoma se convierten en Discipulos de Jesu-Christo: por una parte una rápida, y constante sucesion de Redenciones es el fruto de sus beneficios: por otra, las mas desesperadas Redenciones son efecto de su zelo. No sé qué deba admirarse mas en el apostolado de Nolasco, ò los milagros de su caridad con los que restituye à la Religion sus hijos, ò los milagros de su predicacion con los que la forma proselytos.

Si de Africa buelve à Europa, la Europa le prepara nuevas empresas, le reserva nuevos peligros, y le destina à nuevos triunfos: à las caritativas negociaciones de Nolasco, se fia el rescate muchas veces solicitado, y nunca conseguido de un hombre venerable por su carácter, y célebre por sus desgracias; de un hombre llorado de la España, y de

la

la Iglesia; víctima que no juzgan abandonar tan fácilmente los Moros, porque conocen muy bien su precio.

Esta ilustre víctima, cuyo cautiverio interesa al Rey, al Clero, à la Nobleza, à los Magistrados, y al Pueblo, era el Arzobispo de Valencia: solo el merito havia ensalzado à este Pontifice à los honores de la Iglesia: *era amado de Dios, y de los hombres*: en las penosas funciones del Obispado, se havia granjeado la confianza de todos, y era universalmente respetado: Ah! ¡ es posible que solamente hemos de ensalzar su gloria para acordar sus desgracias! En medio de las inquietudes con que havia sido agitada su Iglesia, los ojos de este amoroso, é intrepido Pastor, havian seguido à la mas considerable porcion de su rebaño arrebatado por los Moros vencedores, y llevado à una funesta servidumbre; acometido, en medio del exercicio de su zelo, él mismo fue inhumanamente arrebatado del Altar, cargado de prisiones, y llevado al país de los infieles, en donde con su amado, y desgraciado pueblo, dividia las amarguras del cautiverio: ¡un Pontifice de Jesu-Christo, abandonado à los Discipulos de Mahoma! Religion santa; es preciso que este suceso te cause tanta tristeza, como alegría al error: España, y toda la Europa se indignan al considerar un ultrage tan barbaro, y se disponen para vengar este oprobrio: una noble emulacion mueve à todos à trabajar eficazmente en la libertad de un personage tan respetable: ya le parece al mundo Christiano, que tarda el tiempo de reparar, y vengar el honor del Sacerdocio, y de restituir à su Iglesia el Prelado mas digno de gobernarla.

Un

Un negocio tan importante, y delicado, solamente podia fiarse à la prudencia, y valor de San Pedro Nolasco: encargase de él nuestro Santo, y le desempeña con el mayor acierto: en nombre del Rey, y de toda la Iglesia se presenta Nolasco en la Corte de un Principe cruel, pero al mismo tiempo sobervio, politico, è interesado: sobervio tyrano de los Christianos, le dice, ¿hasta cuándo has de provocar el poder de un Monarca, cuyas victorias te han sido tan funestas? El Rey de Aragon te pide por mi boca un Pontifice à quien el honra, y tú persigues: cumple su voluntad, ò teme su venganza: un Arzobispo de Valencia no nació para ser esclavo tuyo: vende su libertad, si es que te atreves à hacerlo; pero advierte en que España no te mirará como à su dueño, y que puedes llegar à ser su cautivo. Abre tus carceles, y vamos à buscar en ellas al sujeto que reclamo: si no te resuelves partiré inmediatamente, y muy presto pagarás la ofensa que haces à un Rey, cuyo solo nombre debe hacerte temblar.

¿Es Nolasco quien habla, ò la sombra de Samuel, que asusta à Saul? El Principe infiel se atemoriza, le parece que en un solo hombre está viendo toda la España; juzga que el rayo que le amenaza vá à derramar en sus Estados, mal seguros, la desolacion, y la muerte; y poseído de este temor, dexa escapar su presa.

Acordaos, Señores, de aquel dia feliz en que el Arca del Señor, que havia caído en manos de los Philisteos, y havia estado largo tiempo cautiva en el Templo de Dagon, fue por ultimo sacada de entre los

los adoradores de los Idolos, restituida al Pueblo de Dios, llevada en medio de las aclamaciones públicas à Cariathiarim, y recibida con el mayor respeto como un sagrado monumento, y como una infalible prenda de la pública felicidad: esta es una fiel imagen del tierno espectáculo que se advierte al volver à su Pueblo el Santo Arzobispo de Valencia. Este Pontífice, ya libre de su cautiverio, entra triunfante en su Metropoli, bajo los estandartes de San Pedro Nolasco: su marcha vá precedida de los clamores festivos de la victoria: los Sacerdotes, y Levitas conducen al Altar, con profunda veneracion, este Augusto deposito de la fé; al verle, todos lloran de alegría: las sensibles señales de la pública satisfaccion, se dividen entre el Pontífice, y Nolasco: el uno recibe los tributos del respeto, el otro los incienso, y las alabanzas: à ambos los tributan los Fieles, santamente prodigos de alabanzas, los mismos encomios: todos los corazones parece que se disputan el honor de dar à su Pontífice rescatado, pruebas de su fervoroso zelo, y à su Redentor, señales de su agradecimiento.

Y à la verdad, ¿à qué agradecimiento no es acreedor un Santo, cuyos trabajos, siempre utiles à la fé, reparan sus pérdidas, curan sus llagas, ponen à sus pies los despojos de sus enemigos vencidos, y libran de su furor, no solamente algunas personas vulgares, sino tambien las mismas calumnias de la Iglesia? Un Santo, que despues de haver vengado à la Religion, à costa de una multitud de trabajos, cuyo fruto es la Redencion de los Cautivos, *vade*, hace tambien que la Religion triunfe, eternizando el resplandor

dor de su triunfo la Redencion de los Cautivos: *Libera fratres tuos.*

Alabemos à aquellos hombres sabios, y poderosos, à aquellos hombres misericordiosos, y caritativos, cuyas piadosas obras durarán tanto como el mundo: el espiritu que dexaron à su posteridad les sobrevivirá siempre: los hijos de sus hijos serán un pueblo santo; su descendencia, y su gloria nunca se acabarán. (Eccles. 44.) Estas, Señores, son palabras de Salomon, pero al mismo tiempo son un verdadero retrato de Nolasco, y un justo elogio de sus Discipulos. Entre los hombres sabios, poderosos, y caritativos, cuyo espiritu se perpetúa en una posteridad fiel, dudo que haya muchos cuya gloria pueda compararse con la de Nolasco: apenas se vió constituido cabeza de su Orden, quando inmediatamente deseó renunciar su gobierno: el puesto mas proporcionado à su merito, fue siempre el mas gravoso à su modestia: ¿quántas veces hablaba à sus hijos con lagrimas para mover su corazon, y alcanzar de su amor el derecho de obedecerlos, despues de haver debido à su respeto el privilegio de mandarlos? ¿Qué deseos no tuvo siempre de ocuparse en los mas viles ministerios, para que nadie se acordase de que era el Patriarca de un Orden tan dilatado? Ceded, hijos míos, los decia, ceded à mis justos ruegos; la debilidad de mis fuerzas no me permite ya presidir à vuestros trabajos, ni consagrarme à la Redencion de los Cautivos en los países barbaros: vosotros desempeñareis en adelante mi ministerio, y el vuestro: yo os cedo el honor de ir à vencer al Mahometismo: yo me emplearé en implorar

rar la proteccion del Cielo à favor vuestro, para que os dé fuerzas para pelear contra sus enemigos, y vencerlos.

La tierra, y el Cielo oyen las súplicas de Nolasco, y condescienden con ellas: Nolasco cesa en sus trabajos; trabajan por él sus discipulos, y por su medio continúa alcanzando nuevos triunfos: su Orden, elevado sobre sus propias ruinas, con sus pérdidas recibe nuevo incremento: sus primeros Martyres son sus mas rico tesoro: al filo de la espada de la persecucion, caen los Sotos, los Serapiones, y los Armengoles: de sus cenizas sale un numeroso Pueblo de Redentores: el Orden de Nolasco camina sobre rios de sangre hasta los climas mas remotos de la tierra: morirá Nolasco; pero los siglos posteriores al suyo, conservarán su espíritu, y su modo de gobierno: Pedro de Bas, fiel observador del espíritu, y pensamientos de Nolasco, imitará su prudencia, y caridad; será propagador del Orden, así como Nolasco fue el Fundador: Bernardo de San Roman establecerá en el Orden la uniformidad de las observancias religiosas, y formará el cuerpo de sus Constituciones. El zeloso Pedro Aymery, introducirá en el Orden una util separacion entre los intrepidos guerreros, destinados à pelear à favor de los Cautivos, y los caritativos Ministros empleados en su rescate: bajo la proteccion de Clemente V. Arnoldo Rossignol, restituirá las Constituciones à su primitivo espíritu, y gobernará la Orden de Nolasco con igual fervor que firmeza: Raymundo Alberto, protegido del Papa Juan XXII. hará en la Orden unas mutaciones utilisimas, que

que le adquirirán la pública estimacion: Francisco de Torre, como un nuevo Nolasco, tendrá en la Orden un extraordinario poder, que llevará su nombre, y su fama hasta la America: Mallorca, Cerdeña, las Costas de Berbería, toda la Africa, serán habitadas por los Discipulos de Nolasco, y en todas partes se admirará su caridad: Francia, Italia, Sicilia, los franquearán asilos en donde desearán verlos multiplicados: al mismo tiempo que los Españoles introduzcan en el Perú el terror de sus armas, introducirán tambien los Discipulos de Nolasco la luz del Evangelio: los primeros formarán en aquel dilatado Reyno vasallos para el Monarca, y los segundos Discipulos para Jesu-Christo: hasta en el Brasil hallará su caridad en que emplearse, librando Cautivos, y edificando à los pueblos con su exemplo.

Nolasco recogerá en el Cielo los abundantes frutos de su Orden; es verdad que al ver sus exercicios mientras vivió en la tierra, no pudo menos de conocer cuánto podia esperar: ¿qué no debia prometerse quando veía formarse bajo su direccion à un Pedro Pasqual, y à un Ramon Nonato, los que despues, aunque por diversos caminos, consagraron igualmente sus nombres, y sus triunfos à la inmortalidad?

Pedro Pasqual, rama de una familia, célebre por su zelo contra los Moros, debe la vida à Nolasco: sus primeros pasos son un vuelo rápido en busca del martyrio. Ramon Nonato, emparentado con las ilustres casas de Foix, y de Cardona, nace en el mismo seno de la muerte: su cuna es un cadaver: el primero competidor de Santo Thomás de

Aquino, y de San Buenaventura, en un mismo tiempo, y en una misma Universidad, se señala por la misma ciencia: el segundo, à imitacion de Bernar- do, no tiene mas Maestro en la ciencia de los Santos, que las encinas, y robles, y halla la erudicion en los bosques. Pedro Pasqual sacrifica en el Orden de Nolasco las sólidas esperanzas que le dà un Principe su discipulo, y amigo. Ramon Nonato sacrifica en el mismo Orden las justas pretensiones que en la Corte de Aragon puede fundar por su nacimiento. Nolasco muere entre los brazos del uno, y vive con gusto en compaña del otro: Pedro Pasqual, Obispo titular de Granada, sufraganeo de Toledo, Obispo de Jaen, Fundador de su Orden en Portugal, admirado en Roma por Nicolao IV. y Panegyrista de su Religion contra el Mahometismo, hace ver à Nolasco como un cautivo arbitro de su libertad, y que se niega à recuperarla: Nonato sucesor de Nolasco en el difícil empleo de Redentor, hace que resuene la fama de sus sucesos en España, y Berbería; es cautivo voluntario, y en su cautiverio consolador de los afligidos, Apostol de los Infieles, cien veces Martyr, y sobreviviendo siempre à su martyrio: su boca condenada al silencio por un nuevo genero de martyrio, se abre con un nuevo milagro, habla no obstante estar muda, honra sus trabajos, confunde al Mahometismo, y deja vengada à la Religion de Jesu-Christo. El primero recibe en el Altar la recompensa de su zelo, muere Martyr, y à su martyrio se siguen mil prodigios que confiesa la misma incredulidad: el segundo en recompensa de sus trabajos es honrado con la Roma:

mana Purpura, y muere con el desconsuelo de haberse librado del furor de los Infieles, y muchos siglos despues de su muerte confirma su Santidad el Concilio de Constanza, cuyos Oraculos respeta todo el universo.

Felíz Maestro ¡oh Dios mio! à quien concedeis temejantes Discipulos! felíz Orden, cuya gloria se eleva con tan favorables auspicios, y que aunque dista tanto del tiempo de su primer origen, nunca se aparta de sus primeros modelos.

¿Pero por qué me he de detener en los eligios de los Discipulos de Nolasco, y de su Orden, quando hay tan abundante materia para nuestra admiracion en las prodigiosas acciones de nuestro Santo? Dios comunicó à San Pedro Nolasco en favor de los Cautivos, un poder, y una gloria, cuyo resplandor fue admirado muchas veces, aun de los mismos Infieles, y que fueron siempre un saludable instrumento de libertad para los Cautivos que se hallaban detenidos en las cadenas.

Permitaseos, ò espíritus incredulos, dudar de algunos hechos oscuros, los que cubre un misterioso velo, ocultandolos à la vista de los hombres, pero si seguís los pasos de Nolasco, no podreis menos de admirar un enlace de prodigios luminosos, sellados con el sello de la verdad: Nolasco exerce un imperio absoluto en toda la naturaleza: al oír su voz adquieren sensacion los entes inanimados: las olas tempestuosas del mar se sosiegan à medida de sus deseos: los demonios huyen, y se encierran en sus tenebrosos abismos: parece que Dios quiso conceder à Nolasco, en favor de los Cautivos,

el

el mismo poder que en otro tiempo concedió à los Apostoles en favor de la Religion perseguida: ¿y quáles fueron los teatros de sus maravillas? España, Aragon, Francia, toda la Europa, y Africa: ¿quienes fueron los testigos de estos prodigios? unos Reyes prudentísimos, y muy instruidos, los que con dificultad podian ser engañados: toda la Corte, los mismos Barbaros, Infieles, y Moros, cuyo mayor interés era dudar de la verdad, y obscurecerla, si huvieran podido.

Nolasco, como Profeta inspirado de Dios, lee en el obscuro libro de los futuros destinos, y en presencia de los mismos Moros, los anuncia su proxima destruccion: encerrados dentro de Valencia, como en otro Jericó, se atreven desde lo alto de aquella fortaleza, que miraban como inexpugnable, à insultar à las fuerzas de toda la España: Pueblo impío, exclama Nolasco, en vano te lisongeas de que ese baluarte es inaccesible al poder de los Principes Christianos: presto verás arruinados sus sobervios muros, y tu ciega seguridad: *Pasados quarenta dias, quedará Ninive por tierra*, decia Jonás, y yo, en el nombre del Dios verdadero, te declaro, que dentro de menos tiempo, Valencia, centro de tu Imperio, y Trono de tu soberbia, será el fatal termino de tus felicidades, y sepulcro de sus defensores. Nolasco habla; la impiedad le escucha, y se enfurece; España le oye, y justifica sus Oraculos: dexase ver la borrasca que amenaza à la Ciudad: presentase un poderoso Exercito, y se apodera de las obras exteriores de la Plaza; la Ciudad se halla embestida, forzada, y tomada à un mismo tiempo: los
Chris-

Christianos que gemian en las cadenas, recobran su libertad, y la Religion triunfa: ¿qué victoria esta tan importante, y decisiva? Nolasco, como principal Autor de ella, recibe toda la gloria: todos à una voz le apellidan Josue de los Christianos, y su libertador: ¿y quién podria negar estos respetos à unos milagros, de que dos Naciones opuestas son testigos, hallando en ellos la una su mayor confusion, y la otra su mas grande felicidad? en los milagros de Nolasco hay cierta particularidad, que los hace creibles, y aun en algun modo necesarios, y es el triunfo de la Religion en la humillacion de los Moros, y en la Redencion de los Cautivos.

Nolasco pronostica à Don Sancho de Aragon, que superior al vano resplandor que le rodea, renunciará santamente el Trono de sus padres, que lexos de la Corte buscará en el silencio del retiro un seguro asilo contra las ilusiones del mundo: ¿os parece, Señores, qué en esto atiende Nolasco à la gloria, que podia resultar à su Orden? No por cierto: el objeto que le interesa es el triunfo de la Religion en el corazon de aquel Principe, y la libertad de los Cautivos Christianos, à los que proporciona un libertador poderoso.

Nolasco en la Corte del mismo Rey toma por divisa estas profeticas palabras: *Vincula me manent.* (*Añor.* 20. 23.) Las cadenas serán mi patrimonio; palabras que pronostican la suerte, que le reservan los Moros en España, y los Sarracenos en Africa: ¿y cuál fue el fin de esta prediccion? el triunfo de la fé, à la que Nolasco contempla abatida, y la libertad de los Cautivos Chris-
tia-

tianos, la que mira conseguida à costa de su propio cautiverio.

Finalmente, congregados los discipulos de Nolasco, los anuncia el momento, que ha de poner fin à sus combates, y à su vida: se aprovecha del corto tiempo que le queda, para exortarlos à que nunca se olviden de los Cautivos: *Mementote victorum.* (*Hebræor. 13. 3.*) ¿Qué palabras estas tan llenas de fervor? Es verdad, que las pronuncia con una voz ya tremula; pero al mismo tiempo penetra hasta sus corazones, haciendoles una viva pintura de las obligaciones, que havian contraído à favor de los Cautivos; Dios, les dice, me envió al mundo para su libertad: *Redemptionem misit populo suo.* (*Psal. 110. 8.*) Yo, poco fiel à mi vocacion, he cumplido muy imperfectamente con mi ministerio, pero vosotros, que haveis de seguir el mismo camino, acabad una obra tan digna de vuestro zelo, y de la Religion: feliz yo, si me acompaña al sepulcro la suave esperanza, de que vosotros sereis siempre los que debeis ser: y dicho esto, muere en paz.

Nolasco muere: Pueblos de la tierra, daos priesa à tributarle los honores, que merecen los servicios que ha hecho à la Religion, y à vosotros mismos: gravad sobre el sepulcro, que encierra sus cenizas, con caracteres indelebiles, los titulos que le consagra vuestro amor; pero no, Catolicos, el sepulcro de Nolasco no se ha de adornar con las soberbias inscripciones, que derrama la vanidad. Las lagrimas de sus hijos, las cadenas de los Cautivos, el sentimiento de los Reyes de Ara-

Ara-

Aragon, y Castilla, y el respeto de los mismos infieles, estas son las voces eloqüentes, que forman su epitafio, y las unicas que pueden immortalizar su memoria. Nolasco muere, y desde el siglo XIV. imploran todos los fieles su patrocinio, y experimentan sus beneficios: en tiempo de Benedicto XII. las inanimadas reliquias de Nolasco se exponen à la pública veneracion, y reciben los honores de un culto anticipado: Urbano VIII. aprueba solemnemente este culto: Europa, y Africa celebran con igual magnificencia el triunfo de Nolasco, al que la Iglesia pone solemnemente en los fastos de los Santos: hasta en America se hallan bocas eloqüentes, que forman su elogio. Este elogio, pronunciado en la Capital del Perú, es admirado de los Sabios de Italia, y Flandes, y citado por unos criticos juiciosos (*Bollando, Baillet*) como un monumento autentico que prueba la universal fama de nuestro Santo, y la inmensa extension de su orden en las quatro partes del mundo: si à estos aplausos añadiesemos el singular respeto, y particular devocion, que han manifestado à San Pedro Nolasco Alexandro VII. Clemente X. Felipe II. Rey de España, Maria Teresa de Austria, Reyna de Francia, y todos los Principes Catolicos, desde Carlos V. hasta nuestros dias, sería confirmar con nuevas pruebas la misma verdad, es à saber, que un Santo tan util para los hombres mientras vivió, debia conservar despues de su muerte un perpetuo derecho sobre su veneracion, y agradecimiento: y à la verdad, ¿qué Santo puede ser mas acreedor à nuestros respetos, que aquel que

Tom. I.

Ff

con-

consagró toda su vida à la Redencion de los Cautivos, que fue su bienecor à costa de su fortuna, su protector à expensas de su fama, su libertador dando por ellos su propia libertad, y que con la Redencion de los Cautivos enriqueció, vengó, è hizo triunfar à la Religion? *Elige tibi viros, & vade, & libera fratres tuos.*

No permita el Señor, Catolicos, que se resfrie esta caridad para con los Cautivos: unas mismas necesidades, siempre piden unos mismos socorros. Todavía hay Cautivos; pero todavía hay Redentores: el Orden de San Pedro Nolasco prosigue desempeñando las funciones de su Instituto; vosotros, Señores, debéis fomentar su zelo con vuestras liberalidades: los discipulos de Nolasco edifican muchas veces vuestra piedad, con las victorias que consiguen contra los Infieles; vosotros admirais sus conquistas, pero debierais tambien tener parte en su merito: al ver las cadenas, que se depositan en este santo Templo, podriais decir, estos son los frutos de nuestra caridad, asi como pueden decir ellos, estos son los efectos de nuestros sudores, de nuestros viages, y de nuestros trabajos: à ellos está reservada la gloria de atravesar los mares, para redimir à los Cautivos, à vosotros os pertenece la de facilitar sus empresas. Ellos llevarán à Asia, y Africa vuestras limosnas, y vosotros recogeréis en Europa el fruto de sus trabajos, en Africa, y Asia, y tendreis parte en el merito, de hacer felices à vuestros hermanos: su gloria será vuestra gloria en esta vida, y su recompensa será la vuestra en la eternidad. Amen.

MES

MES DE FEBRERO. SERMON

PARA EL DIA DE LA PURIFICACION
de nuestra Señora.

PREDICADO AL REY.

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino, & ut darent hostiam, secundum quod dictum est in lege Domini.

Luego que llegó el tiempo de la Purificacion de la Madre, llevaron el Niño à Jerusalem, para presentarle al Señor, y ofrecer el sacrificio, que mandaba la Ley. *Luc. 2.*

Alabemos al Señor, decia San Bernado, hablando à sus Monges, acerca de la solemnidad que oy celebramos nosotros: demos gracias à nuestro adorable Redentor, pues se digna multiplicar de este modo vuestras festividades: esto es sin duda, llenarnos de sus bendiciones, y por consiguiente se debe aumentar nuestra alegría, à proporcion que se aumenta la celebridad de los Misterios: pocos dias há celebramos su Nacimiento inefable, su dolorosa Circuncision, su Epiphania gloriosa, y ahora nos hallamos, Catolicos, en la

Ff 2

ce-

consagró toda su vida à la Redencion de los Cautivos, que fue su bienecor à costa de su fortuna, su protector à expensas de su fama, su libertador dando por ellos su propia libertad, y que con la Redencion de los Cautivos enriqueció, vengó, è hizo triunfar à la Religion? *Elige tibi viros, & vade, & libera fratres tuos.*

No permita el Señor, Catolicos, que se resfrie esta caridad para con los Cautivos: unas mismas necesidades, siempre piden unos mismos socorros. Todavía hay Cautivos; pero todavía hay Redentores: el Orden de San Pedro Nolasco prosigue desempeñando las funciones de su Instituto; vosotros, Señores, debéis fomentar su zelo con vuestras liberalidades: los discipulos de Nolasco edifican muchas veces vuestra piedad, con las victorias que consiguen contra los Infeles; vosotros admirais sus conquistas, pero debierais tambien tener parte en su merito: al ver las cadenas, que se depositan en este santo Templo, podriais decir, estos son los frutos de nuestra caridad, asi como pueden decir ellos, estos son los efectos de nuestros sudores, de nuestros viages, y de nuestros trabajos: à ellos está reservada la gloria de atravesar los mares, para redimir à los Cautivos, à vosotros os pertenece la de facilitar sus empresas. Ellos llevarán à Asia, y Africa vuestras limosnas, y vosotros recogeréis en Europa el fruto de sus trabajos, en Africa, y Asia, y tendreis parte en el merito, de hacer felices à vuestros hermanos: su gloria será vuestra gloria en esta vida, y su recompensa será la vuestra en la eternidad. Amen.

MES

MES DE FEBRERO. SERMON

PARA EL DIA DE LA PURIFICACION
de nuestra Señora.

PREDICADO AL REY.

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino, & ut darent hostiam, secundum quod dictum est in lege Domini.

Luego que llegó el tiempo de la Purificacion de la Madre, llevaron el Niño à Jerusalem, para presentarle al Señor, y ofrecer el sacrificio, que mandaba la Ley. *Luc. 2.*

Alabemos al Señor, decia San Bernado, hablando à sus Monges, acerca de la solemnidad que oy celebramos nosotros: demos gracias à nuestro adorable Redentor, pues se digna multiplicar de este modo vuestras festividades: esto es sin duda, llenarnos de sus bendiciones, y por consiguiente se debe aumentar nuestra alegría, à proporcion que se aumenta la celebridad de los Misterios: pocos dias há celebramos su Nacimiento inefable, su dolorosa Circuncision, su Epiphania gloriosa, y ahora nos hallamos, Catolicos, en la

Ff 2

ce-

ceremonia de su primera oblation, ceremonia llena toda de Misterios; pero tengo el consuelo, continúa el mismo Santo, de que hablo à un Auditorio de las circunstancias, que pedia en el suyo el mismo Jesu-Christo, à unos fieles, à quienes puedo dar el parabien de ser del numero de aquellos, à quienes se ha dado à conocer el Misterio del Reyno de los Cielos: *Vobis datum est nosse Misterium Regni Dei.*

Hablo à una Corte, en la que procurando todos agradar al Principe, è imitar su exemplo, se hallan admirablemente unidas las virtudes morales, con las virtudes christianas: en la que reyna un gusto delicado, y al mismo tiempo un amor sincero à la Divina palabra: una noble, y magestosa decencia, unida con el respeto debido à las verdades de la Religion: ¡qué gloria esta para vos, oh, Señor! Me parece, que el mayor elogio que se puede hacer en honor vuestro, es decir, que haveis sabido formaros una Corte semejante, y que cada dia la vais perfeccionando mas: una Corte en la que han hallado lugar la rectitud, la amistad, y lo que es mas admirable, la caridad christiana: en la que se manifiesta la grandeza de alma, sin sobervia, y la politica sin artificios; una Corte, finalmente, en la que jamás se ha manifestado la temeridad, ni la irreligion, sin haver sido inmediatamente arrojadas de ella.

En una Corte, pues, tan christiana he de explicar oy el Misterio de la Purificacion de Maria, mirado de los Santos Doctores, como uno de los mas profundos, y dificiles de nuestra fé: es verdad,

dad, que en la apariencia es uno de los mas sencillos; à primera vista no se observa mas que un Precepto que dice relacion à las madres, y à sus hijos primogenitos; à las madres, mandandolas, que despues de quarenta dias de retiro, y exclusion de la participacion de las cosas santas, se presenten en el Templo, para purificarse; à los Primogenitos, mandando que sean ofrecidos al Señor, pero permitiendo al mismo tiempo, que puedan ser rescatados: los Judios, dice San Gregorio Niseno, aunque cumplan con estos preceptos, tenian sobre sus ojos una especie de velo, que les impedia comprehender el Misterio, y examinar su grandeza: se hallaban, prosigue el mismo Santo Doctor, como niños, que executaban las ordenes que se les prescribian, sin saber el fin à que se ordenaban: *Puerili sensu.* Pero nosotros, Catolicos, que ya nos hallamos sin este velo, que estamos ilustrados con las purisimas luces de la verdad, debemos valernos de la antorcha del Espiritu Santo, que resplandece à nuestra vista, para examinar los profundos arcanos de este Misterio.

Y asi veremos, 1. Quál fue el verdadero espiritu de la Ley en su institucion, 2. Quál fue el espiritu de Jesu Christo, y Maria en sujetarse à esta Ley; 3. Quál es al presente el espiritu de la Iglesia, en celebrar la memoria de la sumision de Jesus, y de Maria à esta Ley.

Me parece, Señores, que no hay asunto, que pida, ni merezca mas atencion, que el presente: es grande, y sublime, pero al mismo tiempo es de sumo interes para nosotros: pidamos al Divino

Es-

Espíritu sus luces, poniendo por intercesora à Maria. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Para descubrir el verdadero espíritu de la ley, de que oy se trata en este Misterio, es necesario referir los terminos, con que se anuncian estos dos preceptos: el primero, segun se refiere en el Capitulo 12. del Levitico, dice asi:

El Señor habló à Moyses, y le dixo, lleva mis ordenes à los hijos de Israel; lo que oy les mandado, es lo siguiente: la muger, que pariese un hijo varon, permanecerá impura por espacio de siete dias, y al octavo será circuncidado el hijo: despues permanecerá treinta y tres dias separada de las cosas santas, y no se la permitirá entrar en el Santuario; pero despues de pasados estos dias, llevará à la puerta del Templo un cordero de un año, el que será ofrecido en holocausto; y por el pecado dará al Sacerdote un pichon, ò una tortola, para que la ofrezca al Señor: si su pobreza no la permitiese ofrecer un cordero, dará dos tortolas, ò dos pichones, uno en holocausto, y el otro como victima del pecado: esta es la ley, concluye el Señor, que impongo à todas las mugeres, que lleguen à ser madres.

Respecto de los Primogenitos, havia otra ley, que cotejada con la ya referida, se vé claramente, que ambas se ordenan à un mismo fin: en el capitulo trece del Exodo dice Dios à Moyses; consagrame todos los Primogenitos, porque todos ellos me

me pertenecen; no obstante permito, que podais rescatar vuestros Primogenitos à precio de dinero.

En consecuencia de estos dos preceptos, ò de estas dos partes de una misma ley, qualquiera madre, quarenta dias despues de haver parido su Primogenito, iba al Templo con su hijo, para presentarle en él al Señor: el hijo era ofrecido à Dios, y se redimia, y la madre se purificaba con los sacrificios, y oraciones del Sacerdote: ¿pero qué significaban todas estas ceremonias? El Señor se dignó de enseñarselo en algun modo à su Pueblo: estadme atentos.

Llegará el dia, dice Dios, en que vuestros hijos, viendoos cumplir estos preceptos, os preguntarán, ¿qué significan? Vosotros les respondereis: antiguamente se hallaban nuestros padres, bajo la tiranía de los Reyes de Egipto: allí estaban oprimidos, cargados de cadenas, y reducidos al mas terrible cautiverio. Nuestro Dios, compadecido de nuestros males, quiso librarnos de ellos: mandó à Faraon, que los dexase salir de su Reyno; este Monarca obstinado, se negó à obedecer las ordenes del Cielo: todas las plagas, con que sucesivamente fue herido, solo sirvieron de hacerle mas rebelde, y obstinado: finalmente, el Señor manifestó toda la fuerza de su brazo: en una sola noche el Angel Exterminador, sacrificó todos los Primogenitos de Egipto: el hijo del mismo Faraon, heredero presumptivo de su Corona, fue comprehendido en este castigo: à vista de esto se concedió la libertad à nuestros padres: el Principe humillado, y confundido, los instó, y aun los suplicó,

có, que partiesen: por este motivo, nosotros, sacrificamos al Señor, no solamente las primicias de nuestros rebaños, sino tambien le ofrecemos, y rescatamos todos nuestros hijos Primogenitos: esto, concluye el Señor, será como una señal en vuestras manos: *Quasi signum in manu tua*. Como un monumento, que tendreis siempre à la vista, para acordaros de este memorable suceso: *Quasi appensum quid ob recordationem*. Por haveros el Señor sacado de Egypto con la fuerza de su omnipotente brazo: *Eo quod in manu forti eduxit vos Dominus*.

Pero acaso, direis, que todo esto solamente se ordena à la oblacion, y rescate de los Primogenitos, sin tener conexion alguna con la purificacion de las madres: es verdad, pero pasemos mas adelante, y vereis satisfechos vuestros deseos.

Primeramente, debemos establecer un principio, muchas veces repetido por San Pablo, principio que es como el fundamento de toda la theologia del Apostol: quanto sucedia al Pueblo Judaico, no era mas que figura: *Omnia in figura contingebant illis*; y todas estas figuras se ordenaban à nosotros: *In figura facta sunt nostri*; estas memorias se conservan en los libros santos, para nuestra instruccion: *Scripta sunt ad correptionem nostram*. Para que el cumplimiento, y cesacion de las figuras nos hiciese conocer la verdad, quando se nos manifestase en la plenitud de los siglos: *In quos fines sæculorum devenerunt*.

¿Qué significaba, pues, el cautiverio de Egypto? ¿Qué significaba la libertad del Pueblo de Israel, y su victoria contra Faraon? *In figura facta sunt.*

sunt: Eran figura del infeliz cautiverio de toda nuestra naturaleza, sujeta al principe del pecado, y de la muerte por la prevaricacion de nuestro primer Padre: eran figura del gran prodigio de misericordia, con que el Señor se dignó concedernos la libertad; finalmente, eran una expresiva figura del medio, de que Dios se havia de valer para salvarnos, porque así como la mortandad, executada en todos los Primogenitos de Egypto, rompió las cadenas del Pueblo Judaico, del mismo modo nuestra libertad havia de ser fruto de la muerte ignominiosa, y sangrienta del Hijo Unigenito del Eterno Padre: *In figura facta sunt nostri*. Esta señal, pues, y este monumento de las misericordias de Dios para con su Pueblo, se extendian à mas, que à lo que havia sucedido en Egypto: *Signum in manu tua appensum, &c.* Ya me parece, Señores, que estais viendo la consequencia, que se infiere: esta señal, y este monumento anunciaban el gran prodigio de la Redencion general, obra del Mesias prometido, primeramente à nuestro primer Padre, despues à Abraham, y à todos los Patriarcas, y Profetas en todos los siglos: *Signum in manu tua, &c.*

Es verdad, que esta señal se manifestaba à unos ojos ciegos, ò demasiado debiles, para poder penetrar toda su extension, y esto mismo es lo que noté al principio de este discurso. La mayor parte del Pueblo Judaico no veía en la Ley mas que la letra, ni penetraba otro sentido mas que el material, que se le presentaba à la vista: en la practica no sabia salir de las ceremonias, y del culto ex-

terior, que prescribían los terminos de la Ley, y por eso San Pablo dice expresamente, que todas estas figuras eran para nosotros: *In figura facta sunt nostri*. Y así, à nosotros nos corresponde penetrar su espíritu, y los Predicadores Evangelicos estamos obligados à explicaros oy estas figuras.

Por mas ignorado que fuese de la mayor parte de los Judios este sentido espiritual, no por eso era menos real, y verdadero: los Profetas, y los hombres inspirados de Dios, esto es, todos aquellos, que por su generoso despego de la tierra merecieron ser especialmente iluminados por el Espíritu Santo, lo conocían así: en todas partes veían al gran libertador prometido à sus padres; conocían la insuficiencia de las ceremonias, que practicaban, y suspiraban continuamente, por el que se les anunciaba en ellas: poseídos de estas ideas, unas veces lloraban con Job la depravacion de la naturaleza, viciada en su primer origen; otras veces con David, hacían presente humildemente al Señor, para mover su piedad, no solamente la inclinacion al pecado, sino el mismo pecado en que havian sido concebidos en el seno de sus madres: otras veces, como Isaias, se lamentaban al ver el abismo de iniquidad, en que estaban sepultados todos los mortales, hasta los niños que todavia no havian nacido: y quantas misericordias, y gracias esperaban, siempre era atendiendo à los meritos de aquel Mesias, cuya venida pedían al Señor con tantas ansias.

Pero entre todas las ceremonias de la Ley, no ha-

havia otra mas expresiva, para representar estos dos puntos fundamentales de la Religion que esta, de que oy tratamos: juntabase la purificacion de las madres con la oblacion de los hijos, para que los fieles tuviesen presentes à un mismo tiempo ambos preceptos: este es el comun sentir de todos los Santos Padres.

¿Qué significaba la ceremonia de la purificacion de las madres? ¿Qué pecado podia hallarse en el matrimonio? El Apostol San Pablo le alaba repetidas veces en sus Epistolas; pondera la excelencia de su vinculo, lo sublime de su fin, la inocencia de su comercio, y la santidad de sus obligaciones: en una palabra, el matrimonio en sí es irreprehensible, dice el mismo Apostol, y libre de toda mancha: *Honorabile connubium in omnibus*. En este punto era uno mismo el modo de pensar de la Ley Antigua, que el de la Nueva: el mismo Dios, fue quien desde el principio del mundo, formó, y ató los lazos, que unen à los esposos: pues, ¿qué necesidad podían tener de purificarse, buelvo à repetir, las mugeres, que llegaban à ser madres? ¡Ah, Catolicos! Los Santos, y Doctores responden, que por santo que fuese el matrimonio en sí mismo, los hijos que producía, siempre eran pecadores; y Origenes añade, que esta ceremonia significaba, que todos los hombres nacen impuros, sin que haya uno que nazca sin pecado.

Ya habreis reparado, Señores, que segun los terminos de la Ley, la purificacion de las madres no era solamente respecto de los hijos primogenitos, sino respecto de todos sus hijos: los primoge-

nitos eran los que solamente se ofrecian, y rescatában; pero por todos los demás, tanto varones, como hembras, se ofrecia una víctima en holocausto, y otra por el pecado: *Pro filio, sive pro filia deferet in holocausto, & pro peccato.*

Pero estas víctimas, como ya queda notado, eran insuficientes en sí mismas, pues no ha habido pecado, cuyo perdón no se deba à los meritos del gran Salvador prometido. El cordero, la paloma, ò la tortola, que pedian la Ley, no eran mas que figuras de la admirable, y prodigiosa víctima, que algun dia havia de ofrecerse por los pecados del mundo, y para que esta memoria estuviese mas firmemente impresa en los espíritus de todos, mandaba la Ley la oblacion, y el rescate de los primogenitos: *Signum in manu tua, appensum quid ob recordationem.*

Y à la verdad, dice San Gregorio Niseno, esta ceremonia no podia practicarse precisamente en memoria del castigo executado en los primogenitos de los Egypcios; porque despues de haverse reservado el Señor todos los primogenitos de Israel, en memoria de este singular beneficio, havia ya mudado esta Ley, substituyendo à los primogenitos la Tribu de Leví: *Tolle Levitas pro primogenitis Israel.* Esta substitucion duraba todavia, sin que se huviese revocado: ¿pues cómo, prosigue, el mismo Santo Doctor, lo que una vez havia sido rescatado, podia bolverlo à ser? Sin duda, que en esto havia mayor misterio.

¡Oh, Levitas! vosotros no erais mas que la figura, y los primogenitos quedaban efectivamente, y en

en la realidad dedicados al Señor, en memoria de la salida de Egipto, y de los primogenitos de aquella Nacion, sacrificados à la venganza de Israel; pero al mismo tiempo, en memoria de la gran promesa, y del vinculo que el Señor havia contraído con los Patriarcas, de librar, y salvar al linage humano, por medio del sacrificio de su propio hijo, cada primogenito debia ser ofrecido al Señor, y sacrificado realmente, à no ser que fuese rescatado: *Signum in manu tua..... appensum quid ob recordationem eo quod in manu forti eduxit Dominus.*

Ya me parece, Señores, que he dicho lo suficiente para que podais conocer el verdadero espíritu de la ley: concluyo, pues, diciendo; que de parte de las madres que se purificaban era un humilde monumento de la mancha original; y de parte de los primogenitos ofrecidos, y rescatados, era una memoria consoladora del Redentor prometido à nuestros padres: en la segunda parte os manifestaré con qué espíritu se sujetaron à esta ley Jesus, y Maria.

SEGUNDA PARTE.

DE todo lo dicho en la primera parte de este discurso se infiere que Jesus, y Maria no estaban rigurosamente obligados à la ley: esta es la mas comun opinion de los Doctores: preguntan éstos si el Legislador está obligado al cumplimiento de su misma ley: y aunque generalmente convienen en que atendiendo al bien de la sociedad, de quien es cabeza, y al buen exemplo que debe dar à sus subditos, está obligado à la ley que él mismo pu-

publica, este principio de moral no se puede estender à Dios: además de que ¿cómo podía una ley de abatimiento obligar à aquélà cuyo favor se hacia? ¿Ni qué necesidad havia de un rito exterior para consagrar à Dios su Hijo unigenito, y eterno? ¿Para qué se le havia de rescatar? Su mision era irrevocable: si atendemos à la purificacion de las madres, ¿qué podía haver que purificar en Maria? Y aun quando huviera tenido necesidad de alguna purificacion (no pongo esto por supuesto, ni permita Dios que cayga tal pensamiento en mi idea) esto huviera sido antes de concebir à su Hijo; pues sola la concepcion del Santo de los Santos, lejos de mancharla la huviera hecho la mas pura de todas las criaturas, caso que no lo huviera sido antes: si esta ceremonia se practicaba, como ya queda dicho, en memoria de la mancha original, tampoco podía obligar à la que nunca fue manchada, ni à su Hijo, que no pudo serlo: de este modo hablan los Doctores.

Con todo eso me atrevo à decir que era conveniente que Jesus, y Maria se sujetasen voluntariamente à la ley: estadme atentos, Señores, y os explicaré la intencion de Jesu-Christo, y su verdadero espiritu en la practica de estas ceremonias.

El mismo Señor dice, que no vino à extinguir la ley, sino à cumplirla: *Non veni solvere legem sed adimplere*: reparad en la expresion que dice algo mas que observancia de la ley: y à la verdad Jesu-Christo estaba figurado en todas las ceremonias de la ley, todas se ordenaban à él, y todas le miraban como à fin: *Finis legis Christus*, decia San Pablo;

no solamente por ser él el fin por quien se havia instituido la ley; *finis legis*, sino porque era tambien el termino en que havia de acabarse, del mismo modo que se disipan las sombras luego que nace el Sol, segun la expresion del mismo Apostol: *finis legis Christus*: y como Jesu-Christo havia de poner fin à la ley, cumpliendo las figuras, debia él mismo sujetarse à su observancia, cumpliendola en su propia persona, y mas quando la ley en sí misma nada tenia bueno, ni agradable à los ojos de Dios, segun afirma el mismo San Pablo: solamente agradaba al Padre, por la relacion que ella tenia con su unigenito Hijo: este Hijo amado la daba todo su merito, y estimacion, y para que este merito fuese de mayor precio, era necesario que se sujetase à ella: pues sujetandose Jesus à la ley, ¿cómo podía menos de cumplir con ella su Santisima Madre, dice San Ambrosio?

Pero examinemos mas profundamente este misterio: no solo era conveniente que Jesu-Christo se sometiese à la ley, sino que esta ley se ordenaba à él con mas particularidad: este, Catolicos, es el comun dictamen de todos los Padres Griegos; de modo, que los terminos de la ley, segun estos Santos Doctores, mas incluyen una profecia, que un precepto.

Todo primogenito, decia la ley, segun se refiere en el presente Evangelio, será santo en presencia del Señor: *Sanctum Domino vocabitur*, estas palabras, prosiguen los mismos Santos Doctores, no podian verificarse sino en Jesu-Christo: los Amos, los Achaz, y otros muchos peores que estos, eran

eran primogenitos; ¿y por ventura eran Santos? Puede muy bien decirse que lo eran en algun sentido; eran santos en figura, porque todos los primogenitos en general, dice el venerable Beda, no eran mas que alegorías, y emblemas de aquel que siendo Hijo unico del Eterno Padre, se dignó de ser el primogenito de entre los muertos, y el primogenito de toda criatura, segun la expresion de San Pablo.

Aqui todo es misterioso, Catolicos, concluyen los Santos Doctores. Hay misterio en los mismos terminos de la ley, en los que, como dice San Ambrosio, se prometia el parto sobrenatural de una Virgen pura: hay misterio en el precepto, el que de tal modo se ordena à Jesu-Christo, que una vez cumplido por su Magestad, ya à nadie obliga, como dice San Gregorio Niseno: hay misterio en la purificacion de las madres, que havia de tener fin en Maria, como la oblacion de los primogenitos acababa en Jesu-Christo. Esta purificacion miraba tan directamente à Maria como la ley de la oblacion de los primogenitos à Jesu-Christo, segun dice el mismo Padre: ah! ya se quitaron para nosotros, Catolicos, todos los velos que cubrian estos misterios: con la entrada de Jesu-Christo en el Templo, todos quedaron manifiestos: el espiritu con que en él entra, y la funcion que en él vá à exercer, explican, y descubren todas las obscuridades de la ley.

Y asi, ya debiese ser exceptuado de su cumplimiento, ya conviniere que se sujetase à ella, ya fuese que la ley le mirase à él con mas especialidad, me parece, Señores, que estas tres interpretaciones, no obstante parecer tan opuestas entre sí, se concilian

lian

lian admirablemente, y son exactisimas: Jesu-Christo en rigor, no estaba incluido en la ley, pero quiso voluntariamente sujetarse à ella; convenia que se sujetase; y era de tal modo conveniente esta sujecion, que sin ella la ley no hubiera sido verdaderamente digna de Dios, pues no hubiera tenido por principal, y ultimo fin à su Hijo unigenito.

Reflexionad ahora, Señores, acerca de lo que dixe en la primera parte, hablando del espiritu de la ley: ésta, en su institucion, fue para el Pueblo Judaico un monumento perpetuo del pecado original, y una anticipada accion de gracias de la redencion: la intencion de Jesu-Christo se explica por medio del espiritu de la ley que él mismo cumple: este Señor es la misma redencion: oy se presenta à su Eterno Padre, en espiritu de víctima: la ley no le obligaba en rigor, y por eso es víctima voluntaria: con todo eso convenia que se sometiese à ella, y asi, se presenta como víctima generosa: si se considera toda la energía de los terminos de la ley, ésta debe entenderse hasta él mismo, y asi, le vemos oy una víctima obediente.

Pues quando Jesu-Christo se presenta à su Padre en calidad, y en estado de víctima, ¿quál deberá ser el empleo de su Santisima Madre? Esta Señora, teniendo à Jesu-Christo en sus brazos, y ofreciendole à su Eterno Padre, representaba à los pecadores, y por eso fue anticipadamente al Templo à sujetarse à una ley, que como ya hemos visto fue instituida para servir de memoria del pecado: su mayor pureza era el motivo, si es licito decirlo asi, que mas la obligaba à sujetarse à esta ley en las circuns-

Tom. I.

Hh

tan-

tancias en que se hallaba : quanto mas se somete, mas pruebas dá de su generosidad, y de su amor. Jesus se carga de la pena del pecado: Maria por su parte se reviste de todas las apariencias de culpada, y para esto, buelvo à repetir, era necesario que fuese tan pura, como en la realidad era: para aplacar la justa indignación del Eterno Padre, se necesitaba una víctima tal como su Hijo, y para ofrecerle esta víctima en nombre de los pecadores, se necesitaba una criatura tan santa como Maria.

¡Qué espectáculo, Catolicos, es el que oy se presenta à toda la Corte Celestial en el Templo de Sion! Ninguna de las víctimas que antes se ofrecian en él eran del agrado del Señor; sin duda le desagradaban por ser insuficientes para honrar su Magestad, y satisfacer à su justicia. Pero, ¡oh, Padre Eterno! oy vuestro hijo amado, revestido de la humanidad que vos mismo le formasteis, se presenta en el Templo: este Templo ya es augusto, y verdaderamente digno de vos; ya se cumplió la profecía de Ageo: la gloria del antiguo Templo era nada, comparada con la que oy adquiere éste; y ya por ultimo vino la paz à la tierra: tambien Malachías lo havia profetizado, y tambien se vé cumplida su prediccion: el Señor del Templo vino à su propia morada, y en ella, ¡oh, Dios mio! os dispone un sacrificio que no puede menos de agradaros.

Finalmente, el sacrificio de Judá agrada al Señor, como havia sido profetizado: *Placebit Deo sacrificium Juda*: en él se observan todas las ceremonias que disponia la ley; y esta es la primera vez que

que el Señor le mira con ojos agradables.

Por otra parte una Madre siempre virgen, antes, y despues del parto; siempre santa, aun antes de nacer; esenta de toda mancha, tanto original, como personal, Maria se reviste de las apariencias del pecado, cumpliendo con la ley de la purificación, para representar en este lance à todos los hombres pecadores: tiene à su Hijo en sus brazos, el que al mismo tiempo es Hijo verdadero de Dios vivo, imagen de su sustancia, y esplendor de su gloria, como dice S. Pablo: es unicamente suyo, sin que los hombres tengan derecho alguno à él, aun en el estado de abatimiento à que se ha reducido: por eso Maria le ofrece desde luego al Señor; pero tambien le rescata para que pueda pertenecer à los hombres, y ser su víctima: el Padre Eterno se dignó de confirmar este rescate: el sacrificio que despues ofrece Maria, es como prenda, y sello del rescate; pero advertid, Catolicos, dice San Gregorio, en que tambien hay misterio en que la víctima sea una tortola, y no un cordero: el mismo Jesus era el cordero verdadero: desde este instante, ya solamente se mira como víctima de todos los hombres; en calidad de tal se ofrece él mismo, y se sacrifica anticipadamente: antes todos estabamos sujetos à la maldicion de Dios, y para redimirnos quiso él mismo sujetarse à esta maldicion: el Padre Eterno se complace con este sacrificio; del mismo modo, dice San Gregorio Niseno, que en otro tiempo aceptó la Tribu de Leví, en lugar de todos los primogenitos del Pueblo Hebreo, acepta oy à su Hijo unigenito en lugar de todo el linage humano; pero hay una gran

diferencia, prosigue el mismo Santo Doctor: la Tribu de Leví no podia compensar exactamente à todos los primogenitos de Israel; pero aqui el precio de la ofrenda excede infinitamente à lo que se rescata: ¡oh, Dios mio! permitidme esta expresion: vos, Señor, ganais infinitamente en este cambio, y por eso ya no tiene limites nuestra confianza: ya esta adorable victima quiere ser puesta en manos de Simeon, para significar que se dá à el que le pertenece, que puede ofrecerla, y apropiarse todos sus meritos: conoce Simeon el gran valor de la victima, y poseído de alegría, de confianza, y de agradecimiento, no teme ya à la Divina justicia, y desea presentarse ante el Divino Tribunal: *Nunc dimittis.* La paz, cuyos suaves consuelos experimenta su alma le asegura el perdon, y la gracia: *Secundum verbum tuum in pace:* ya ha visto la salud de Israel, y no solamente la ha visto, sino que ha gozado de ella: ¿pues qué tiene ya que desear, ni que temer? *Viderunt oculi mei salutare.* Conoce que este gran beneficio no se pudo ceñir à un Pueblo solo: *Parasti ante faciem omnium Populorum:* Naciones, seais las que fuereis, pecadores los mas obstinados en la culpa, no desesperéis de vuestra salvacion: la verdadera gloria de Israel consiste en haveros dado este Salvador, vosotros podeis aprovecharos de su bondad, del mismo modo que Israel: *Lumen ad revelationem gentium, & gloriam plebis Israel.*

Todas estas expresiones son muy conformes à la intencion de nuestra victima, conformemonos con ella, Catolicos: vamos, dice San Ambrosio, à recibir à esta amante, y adorable victima; recibamos-

mos-

mosla, como Simeon, de manos de Maria; la misma Señora nos la ofrece, la pone en nuestras manos, y está pronta à alcanzarnos la aplicacion de sus meritos: à todos ofrece el Salvador, que ella misma sabe haver parido para todos: *Omnibus offert in uno quæ pro omnibus eundem peperit Salvatorem.*

Pero al mismo tiempo de recibirle, aprendamos à aprovecharnos de las gracias que nos viene à hacer: conformemonos con el espiritu de la Iglesia, el que os explicaré, Catolicos, en esta tercera parte de mi discurso.

TERCERA PARTE.

NO permita Dios, Catolicos, que nosotros judaicemos, celebrando las memorias del Judaismo: nosotros vivimos animados de muy diverso espiritu. Jesu-Christo, sujetandose à la ley, no solamente llenó toda su extension, dando fin à todas sus figuras, sino que la cumplió en un sentido aun mas extenso, llevandola à su ultimo punto de perfeccion: oy, pues, pretendo elevaros, y conducirlos à esta perfeccion de la ley, y para esto basta la sencilla exposicion de sus ceremonias.

¡Qué hermosa, y resplandeciente se representa oy en la Iglesia, dicen nuestros Santos Doctores! Santa Esposa de Jesu-Christo, ahora es quando vuestros tabernaculos nos representan sensiblemente la imagen de la resplandeciente claridad con que brilla la luminosa morada de la gloria: cuánto desear ver junta en ella aquella luminosa multitud de hijos vuestros, reunidos en espiritu de paz, y de concordia,

dia,

dia, bajo sus verdaderos Pastores, despues de haver recibido de sus manos la santa aspersion, y llevando en las suyas sus antorchas, segun el precepto del Evangelio, y rodeando todos juntos à la verdadera Sion.

Ceremonias augustas, cuyo uso es tan antiguo en la Iglesia, que desde el quarto siglo San Cyrilo de Jerusalén exhortaba à su Pueblo à examinar, y seguir su espiritu, ¿qué es lo que en la realidad significais? Lo que el mismo Jesu-Christo quiso enseñarnos, sujetandose él mismo à la ley de la presentacion de los primogenitos en el Templo, y sujetando à su Santisima Madre à la ley de la purificacion; porque segun los Santos Doctores, lo que Jesus, y Maria practicaron en el Templo, no tanto fue en cumplimiento de las ceremonias de la Antigua Ley, como para establecer los Sacramentos de la Nueva: *Quæ Sacramenta declarat*, dice San Ambrosio.

Empecemos, pues, trayendo à la memoria lo que hasta ahora queda dicho en este discurso: admirad, Catolicos la perfecta armonía que reyna entre las dos Leyes: la primera no es mas que una disposicion para la segunda: ambas componen una misma verdadera Religion, dibujada primero por Moysés, y despues perfeccionada por Jesu-Christo. En la Antigua Ley no hemos visto mas que un simple memorial, pero un memorial de abatimiento, y pecado en la purificacion de las madres, y un memorial de consuelo, representativo del Redentor en la oblacion de los hijos primogenitos: ¿qué hacen Jesus, y Maria en el Templo? Maria lle-

lleva al Templo al mismo Redentor, Jesus se presenta en él como víctima del pecado entre los brazos de Maria, la que representando à todos los pecadores, se le apropia por medio del rescate que de él ha hecho para entregarle despues à la venganza de su Padre: ¿pues qué obligacion nos puede quedar, Catolicos, poseyendo ya esta víctima? La obligacion que nos queda, Señores, es de aplicarnos sus meritos por medio de una purificacion espiritual, cuya necesidad nos enseña Maria, y cuyo metodo nos prescribe el mismo Jesu-Christo.

Esta necesidad se funda en que somos pecadores: en Maria solamente se halla la apariencia del pecado, y no obstante se purifica, dice San Gregorio: à vista de esto, ¿quién podrá lisongearse de que es tan justo, que no tiene necesidad de purificarse? Es verdad, prosigue el mismo Santo, que oy no es necesario insistir mucho en este punto: pues apenas habrá hombre que se lisongee de ser puro; antes bien con gran verguenza del christianismo, muchos se glorían de ser pecadores: lo cierto es, que hay muy pocos que piensen seriamente en purificarse.

Catolicos, continúa el mismo Santo, ved aqui el tiempo mas favorable: Maria no solamente nos convida con su exemplo, sino que nos manifiesta, y nos dá la fuente de toda pureza, dandonos à su Hijo: éste es una fuente perenne en donde siempre podemos lavar nuestras manchas: *Fons patens in ablutionem peccatorum.*

Ya no se trata de derramar sobre Altares de piedra, ò de madera la sangre de corderos, ò palomas, sino que debemos recibir en nuestras almas la sangre

gre de Jesu-Christo nuestra víctima; y para que esta sangre nos sea util, asi como él purificó al mundo con el fuego, y con el agua, esto es, como el mismo Señor se explica en otro lugar, por medio de la efusion de su sangre, y la infusion de su espíritu, del mismo modo debemos nosotros lavar, y purificar nuestros corazones en el baño de nuestras lagrimas, y en el crisol de la caridad: este, Señores, es el verdadero espíritu de la Iglesia, espíritu sensiblemente significado en todas estas sagradas ceremonias.

Esto significa aquella agua santificada con la bendicion de sus Ministros, que derrama sobre nosotros, y es figura de las lagrimas de la penitencia: las velas encendidas, que nos pone en las manos, son figura de la pura caridad, que debe inflamar nuestros corazones, y resplandecer en toda nuestra conducta: despues de rociados con esta agua saludable, è iluminados con este celestial fuego, nos hace salir à todos juntos de este sagrado recinto, para significar, que no debemos buscar en la tierra lugar permanente, sino que, como dice San Pablo, debemos anhelar por el que esperamos en el siglo futuro.

Este lugar, pues, debemos buscarle con lagrimas; no con las lagrimas que hace derramar la tristeza del siglo, pues estas, como dice San Pablo, guian à la muerte, sino con aquellas lagrimas que son el suave fruto de una sincera, y constante penitencia: ¡lagrimas preciosas! Felices aquellos que las derraman, segun el Oraculo del mismo Jesu-Christo.

Ah!

Ah! Lexos de nuestra Patria Celestial, desterrados por nuestras culpas à los rios de Babilonia, por los que se significa el mundo; à esta tierra de maldicion, mas sacrilega, è impia, que la antigua Babilonia, ¿cómo podremos entregarnos à la alegria en este triste destierro? ¿qué otros cánticos podremos cantar aquí, sino cánticos de luto, y de tristeza? No levantaremos nuestras voces, sino para enviar al Cielo nuestros gemidos, para mover la piedad, implorar la clemencia, y aplacar la indignacion de nuestro Dios.

Con estas ideas en mi alma, ¿cómo se podrán enjugar las lagrimas de mis ojos? Especialmente, ò adorable Redentor mio, si considero el estado, à que por una parte oy os redujo mi culpa, y por otra vuestro amor, lo que yo merecia, y lo que vos estais ya padeciendo, y sobre todo lo que en adelante estais determinado à padecer por mí: ¿quánto me irrito contra mí mismo al contemplar vuestra bondad? ¿quánto me confunde el exceso de vuestra misericordia, comparado con el exceso de mi ingratitude? Pero fialmente, por grandes que hayan sido hasta ahora mi insensibilidad, y mi ingratitude, ¿podrán oy resistir al amor de un Dios, que por mí se ofrece en sacrificio?

Oh, Catolicos! Hasta ahora hemos estado abrazados en unos fuegos sacrilegos; las pasiones, como dice San Bernardo, tienen su fuego: oy es necesario, que le apaguemos, y aneguemos en nuestras lagrimas, substituyendo en su lugar aquel Divino fuego, que segun dice nuestro adorable Salvador, vino él mismo à traer à la tierra, cuyas

Tom. I.

li

lla-

llamas quiere, que se estiendan por todas partes, el que oy no solamente debe resplandecer en nuestras manos, sino tambien inflamar nuestros corazones, haciendo que sus centellas salgan por nuestras bocas: *Sit in corde, sit in manu, sit in ore.*

Este sagrado fuego ha de arder en nuestro corazon, para consumir en él todos los vinculos, que nos unen à la tierra, para abrasar todos los idolos profanos, antiguos objetos de nuestro pecado, y consiguientemente para encender el ardiente deseo de los bienes celestiales, estableciendo, y asegurando en él el imperio de todas las virtudes: *Sit in corde.*

Ha de arder en nuestras manos, para que segun el precepto de nuestro Divino Maestro, nuestra luz resplandezca delante de todos los hombres, y los ilumine: porque à todos nosotros, Catolicos, se nos dice, que somos luz del mundo, y la luz no se hizo para estar escondida, sino para ser puesta sobre el candelero; pero no nos engañemos, Señores, la luz, que ha de resplandecer en nuestras manos, no ha de ser la de la vanagloria, sino el fuego de la caridad, el que sin viciarse con las sombras del amor propio, ha de hacer que nuestras buenas obras resplandezcan, para glorificar al Padre Celestial: *Sit in manu.*

Ha de hacer, que sus centellas salgan por nuestras bocas: nuestras bocas, Catolicos, han servido mucho tiempo de organo à nuestras pasiones: nuestros impuros labios han exalado llamas de sensualidad, por todas partes han vomitado sobre el proximo la hiel del dragon, y el veneno del aspid; han

han derramado contra la Religion negros vapores de pensamientos libertinos, para obscurecer nuestros misterios; es necesario, pues, purificarlos desde ahora con la caridad, con la humildad, y con expresiones sencillas, para corregir los malignos influxos de vuestros escandalos: *Sit in ore.*

Pero advertid, Catolicos, prosigue San Bernardo, que para encender esta sagrada antorcha de la divina caridad, es necesario recurrir à Jesu-Christo, porque él es el principio de esta pura luz. El Divino fuego, que oy trae à este Templo, el que ofrece como víctima à su Eterno Padre, y que despues le ha de consumir en holocausto sobre el Ara de la Cruz, es el que nos debe abrasar à nosotros: à esto nos convida la Iglesia, repitiendo continuamente en todos sus cánticos aquella Antiphona: *Lumen ad revelationem gentium.* Es decir, que Jesus es el Redentor amoroso, que ilumina, y abraza toda la tierra: *Lumen ad revelationem gentium.* Que es todo nuestro alivio, y todo nuestro consuelo en este destierro; la antorcha que disipa las tinieblas de nuestras almas, y el fuego, que calienta la tibieza de nuestros corazones, y dá vigor à la flaqueza de nuestros sentidos: *Lumen ad revelationem gentium.* Que con la meditacion de sus Misterios se enternecen nuestras almas con una santa compuncion, se amortigua el fuego de la concupiscencia, se aviva el gusto para la piedad, todos nuestros organos se consagran, y entregan à la gloria de su Padre, y nos da fuerzas para practicar, para confesar, y para publicar su Ley: *Lumen ad revelationem gentium.*

Ojala, Catolicos, se nos manifieste esta divina luz en toda su extension: ah! es verdad, que este amoroso Salvador, para unos es salud, y para otros ocasion de ruina, como decia el Santo viejo Simeon; pero no atendamos ahora à estas tristes ideas: yo me persuado, à que estoy hablando con unos Christianos, dispuestos à aprovecharse de la Redencion, que el Salvador nos proporciona.

Conformaos, pues, Catolicos, con el espíritu de la Iglesia: purificaos con las lagrimas de la penitencia, y con el sagrado fuego de la divina caridad; porque habiendo pasado de este modo el tiempo de nuestro destierro por el agua, y por el fuego, segun la expresion del Real Profeta, llegaremos al lugar del refrigerio, y del descanso: *Transivimus per ignem, & aquam, & eduxisti nos in refrigerium.* Esta es la suave esperanza, que nos dá la Iglesia, quando nos ponemos à los pies de sus Altares, en los que con el resplandor, y pompa de sus ceremonias nos representa una corta idea de la mansion celestial: en aquella morada se cumplirá, Catolicos, la profecia de Isaías acerca de nuestro Divino Redentor; allí llenará de inefables delicias à los que huviesen gemido, y llorado acá en la tierra: una corona resplandeciente de gloria será la recompensa de la ceniza, que en este mundo havia servido à nuestra humillacion: finalmente, consumandose allí nuestra justicia, alabaremos, amaremos, bendeciremos, y glorificaremos eternamente al Autor de estos inefables Misterios. Amen.

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE SAN JOSEPH de Leonisa.

Laudemus viros gloriosos. Eccles. 44.

Celebremos à los hombres famosos.

LA Iglesia, Señores, acaba de publicar la santidad, aprobar los prodigios, y eternizar la gloria de dos Heroes Christianos: sagrados Ministros del Evangelio, ya podemos tributar respetos à estos dos ilustres varones, pues nos permite este obsequio la decision de los Soberanos Pontifices, y sus oraculos justifican nuestros elogios: *Laudemus viros gloriosos.*

El mundo incredulo mira con desprecio estas augustas ceremonias, con que la Iglesia presenta al universo el heroismo de la santidad; y el negar el mundo sus respetos à las virtudes de los Santos nuevos, es porque estas son nueva condenacion de sus vicios.

La justicia, y el agradecimiento han movido à la Iglesia à colocar en nuestros Altares à los Santos Fidel de Sigmaringa, y Joseph de Leonisa: la Iglesia, como justa, debia un testimonio autentico à los exemplos de su humildad, obediencia, y caridad: la Iglesia, como agradecida, debia recompensar el extraordinario zelo, con que defendieron

sus

Ojala, Catolicos, se nos manifieste esta divina luz en toda su extension: ah! es verdad, que este amoroso Salvador, para unos es salud, y para otros ocasion de ruina, como decia el Santo viejo Simeon; pero no atendamos ahora à estas tristes ideas: yo me persuado, à que estoy hablando con unos Christianos, dispuestos à aprovecharse de la Redencion, que el Salvador nos proporciona.

Conformaos, pues, Catolicos, con el espíritu de la Iglesia: purifícaos con las lagrimas de la penitencia, y con el sagrado fuego de la divina caridad; porque habiendo pasado de este modo el tiempo de nuestro destierro por el agua, y por el fuego, segun la expresion del Real Profeta, llegaremos al lugar del refrigerio, y del descanso: *Transivimus per ignem, & aquam, & eduxisti nos in refrigerium.* Esta es la suave esperanza, que nos dá la Iglesia, quando nos ponemos à los pies de sus Altares, en los que con el resplandor, y pompa de sus ceremonias nos representa una corta idea de la mansion celestial: en aquella morada se cumplirá, Catolicos, la profecia de Isaías acerca de nuestro Divino Redentor; allí llenará de inefables delicias à los que huviesen gemido, y llorado acá en la tierra: una corona resplandeciente de gloria será la recompensa de la ceniza, que en este mundo havia servido à nuestra humillacion: finalmente, consumandose allí nuestra justicia, alabaremos, amaremos, bendeciremos, y glorificaremos eternamente al Autor de estos inefables Misterios. Amen.

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE SAN JOSEPH de Leonisa.

Laudemus viros gloriosos. Eccles. 44.

Celebremos à los hombres famosos.

LA Iglesia, Señores, acaba de publicar la santidad, aprobar los prodigios, y eternizar la gloria de dos Heroes Christianos: sagrados Ministros del Evangelio, ya podemos tributar respetos à estos dos ilustres varones, pues nos permite este obsequio la decision de los Soberanos Pontifices, y sus oraculos justifican nuestros elogios: *Laudemus viros gloriosos.*

El mundo incredulo mira con desprecio estas augustas ceremonias, con que la Iglesia presenta al universo el heroismo de la santidad; y el negar el mundo sus respetos à las virtudes de los Santos nuevos, es porque estas son nueva condenacion de sus vicios.

La justicia, y el agradecimiento han movido à la Iglesia à colocar en nuestros Altares à los Santos Fidel de Sigmaringa, y Joseph de Leonisa: la Iglesia, como justa, debia un testimonio autentico à los exemplos de su humildad, obediencia, y caridad: la Iglesia, como agradecida, debia recompensar el extraordinario zelo, con que defendieron

sus

sus intereses, vengaron su gloria, y dilataron su imperio.

San Fidel coronó el mas peñoso Apostolado con el mas glorioso martyrio: San Joseph sobrevivió à su martyrio, para exercitarse felizmente en un segundo Apostolado: éste debiera ser, Catolicos, el asunto de mi discurso, pues son estos los dos Heroes, à quienes en presencia de los Altares, debiera yo tributar oy un solemne obsequio de alabanzas: *Laudemus viros gloriosos.*

Pero no me atrevo à tanto, porque abrazar dos objetos, baxo un mismo panegyrico, seria molestar vuestra atencion: y así, San Joseph de Leonisa será el unico objeto de este discurso: y entre los infinitos pasages de su vida, dignos de la mayor admiracion, me valaré de uno solo para materia de este elogio; es verdad, que en él se comprehenden todos los demás.

Un hombre, Apostol despues de su martyrio, es la idea que mas se adapta à nuestro Santo; y ésta será el asunto de mi oracion: San Joseph de Leonisa consiguió el mas singular martyrio à costa de inmensos trabajos; éste será el primer punto: San Joseph de Leonisa sobrevivió à su martyrio, para entregarse à trabajos mas penosos; éste será el segundo: y debiendo recurrir al Padre de las luces para pedirle que me comunique su gracia, à fin de que à todos sea util mi discurso, pongamos por intercesora à Maria, saludandola con el Angel. AVE MARIA.

PUN-

PUNTO PRIMERO.

A Caso estareis ya dudando, Señores, si es justo el titulo baxo el qual propongo al Santo, cuyos triunfos celebra oy nuestra madre la Iglesia: acaso estareis diciendo, que apropio à San Joseph de Leonisa la gloria del martyrio, que aunque muy deseada de su corazon, no se dignó el Cielo concederle: es indubitable, que murió sin expirar entre los suplicios; pero ah! advertid, que su destino es mas terrible, que la misma muerte: víctima de deseo, será verdaderamente Martyr, sin dexar de vivir: ved, Señores, la prueba de esta verdad en las primicias de su Apostolado en el mundo Christiano, y en los frutos de su Apostolado en el mundo Infiel.

Examinemos primeramente, sus acciones en el mundo Christiano: la Italia, testigo de su nacimiento, lo fue tambien de su educacion, de sus primeros trabajos, y de sus primeras victorias: passo en silencio el extraordinario prodigio, de haberse visto la cuna de nuestro Santo, siendo aun tierno niño, cercada toda de resplandores, y rayos, que anunciaban su futura grandeza: apenas sale de las faxas, quando todos admiran su alma adornada de mil virtudes: la caridad, el agrado, la penitencia, son las primeras armas, que opone à los enemigos de la Iglesia: antes de combatir al mundo con su doctrina, ya le vencía con su santidad.

La santidad es un feliz presagio para el Apostolado: Joseph de Leonisa apenas se contempla dis-

discipulo de la perfeccion, quando ya resplandece como maestro, instruyendo à otros en una edad, en que los demás apenas son capaces de ser instruidos.

La casa de su padre fue el primer theatro, en donde se ensayaron su paciencia, y su zelo: admiraba el piadoso padre en su pequeño hijo, un Heroe de la mortificacion, un protector de los pobres, y el espíritu, y corazon de un Apostol: no tuvo el consuelo de ver los milagros, que se prometia de tan tempranos frutos; porque pagó muy presto el comun tributo à la naturaleza: murió Desiderio, y todo se mudó para Joseph à excepcion de su virtud.

Pasa nuestro Santo à Viterbo, y la fama de su eloquencia le abre el camino de la fortuna; pero en vano le lisongea el mundo con sus promesas, porque escondido Joseph en el seno de una voluntaria pobreza, busca en ella su verdadera felicidad, conociendo, que aunque el mundo la promete, nunca llega el caso de darla.

Una nueva reforma del Orden de San Francisco de Asis era entonces, como tambien lo es oy, edificacion, y consuelo de la Iglesia: en ella se halla la abnegacion Evangelica, en el mas alto grado: en ella, unos hombres, animados del Espiritu Evangelico, asombran al mundo con los rigores de una exemplar penitencia, y con los prodigios de un zelo desinteresado: la humildad es su distintivo; la caridad no conoce en ellos mas limites, que los del universo: la heregia los acusa, y calumnia, porque en ellos considera, y teme unos
hom-

hombres de una fé repetidas veces probada, y siempre firme: son à un mismo tiempo los mas humildes hijos de la Iglesia, y sus mas zelosos defensores: miran como su mayor elogio las burlas, y los desprecios del error; pero yo no los tendria tanto respeto, si tuvieran menos enemigos.

Ya le parecia à Joseph, que tardaba el tiempo de unir sus fatigas à las de este Pueblo santo: el Cielo le llama; el fervor le guia; determinase el dia del sacrificio, y la víctima vuela à el Altar.

¡Oh, Providencia, que diriges los pasos de Joseph! ¿acia donde le guias? A Asis: ¿qué escuela esta para un discipulo de Francisco? Asis, donde empezó à resplandecer la gloria de Francisco, y donde se perpetúa su espíritu, es adonde Joseph vá à estudiar el espíritu de este Santo Patriarca: le estudia, y le copia, y casi à un mismo tiempo es mirado de su Orden, como su esperanza, y su gloria: une en sí el talento, y el zelo de los hombres Apostolicos: qualquiera discipulo de Francisco debe ser un Apostol.

Me parece, estoy viendo à un Bautista, cuyo zelo, dispuesto en el silencio del retiro, se manifiesta por ultimo à la vista de la Judea, que le admira, y persuade à los Pueblos, à que caminen por las sendas de la penitencia, sirviendoles él mismo de guia.

Sin duda causaria admiracion à todos, el que yo representase à San Joseph de Leonisa en el principio de su carrera, dominando los espíritus, moviendo los corazones, siendo arbitro de la eloquencia, sin desperdiciar sus tesoros, sencillo con mag-

gestad, intrepido en pintar el pecado, sin ofender al pecador: encantarian los talentos de un Orador, que procediese de este modo: se veria con grande edificacion, correr las lagrimas de los Pueblos, que es la mas gloriosa recompensa para un Orador Christiano.

Pero quiero por ahora seguirle à su misma Patria Leonisa. Allí, en donde nadie es Profeta, mueve la admiracion de todos sus Ciudadanos con la eficacia de sus discursos: todos à una voz publican sus talentos, y ensalzan su gloria: ¿qué tentacion esta para el amor propio, si este pudiera tener lugar en el corazon de nuestro Santo? Pero no; estos aplausos, que para otros son tan lisongeros, no mueven à Joseph; antes asustan su modestia, y usando de un extraordinario artificio, se venga de los publicos elogios, que le tributan: este hombre, Oraculo de los Predicadores, descende à el ultimo grado del ministerio Evangelico: el Maestro de los Sabios se dedica à instruir à la mas ruda ignorancia; flaco con los flacos, se hace niño con los niños, enseñandoles la virtud, despues de haver desarraigado los vicios de los corazones de sus padres: los hombres grandes saben acomodarse à todos los hombres: su humildad ensalza su gloria; la fama, que havia adquirido nuestro Santo en el ministerio de la predicacion, le hacia superior à todos sus contemporaneos, pero su humildad le hacia mirarse como el menor de todos: es aquel hombre admirable, de quien habla San Geronymo, aquel hombre, que huyendo de los honores, adquiere mayor gloria: *Fugiendo gloriam, gloriam merebatur.*

¿Pe-

¿Pero es posible, que la Providencia solamente ha de proporcionar felicidades à nuestro Santo? Ah, Catolicos! Sabed, que le esperan mil contratiempos: ha de tropezar con muchos espíritus rebeldes, y con muchos corazones insensibles; pero cuidadoso solamente de su salvacion, no atenderá à sus propias desgracias: su modestia fue superior à sus victorias, pero no lo fue menos su constancia à las desgracias.

Esta constancia se manifestará en las mas dificiles empresas: oid, Señores, un caso extraordinario: un cruel Tyrano se deleytaba con el barbaro placer de oprimir à un Pueblo, del que debia ser protector, y padre: à la sombra de su fortuna se ocultaban sus delitos: ¿os parece, Señores, que seria verdaderamente feliz? No por cierto; porque ningun hombre, aunque sea dueño de todo el universo, puede librarse de los remordimientos de su propia conciencia: el hombre culpado tiene dentro de sí mismo un invencible obstaculo para su felicidad.

De este modo se explica nuestro Santo: su penetrante voz se vale de todos los medios, que le inspira su zelo, para ablandar aquel corazon de bronce, y disponerle à que piense con mas humanidad: le pinta con los mas vivos colores el retrato de un tyrano, el triste estado de sus Pueblos, las murmuraciones del mundo, y la venganza del Cielo: sin duda le convence, pero no por eso triunfa. El zelo de un Apostol siempre irrita al hombre ciego en el delito: Ah! el que no atiende à los remordimientos de su propia conciencia, tam-

Kk 2

po-

poco hace caso de las reconvenções.

En un Ministro de los Altares halló nuestro Santo otra prueba de esta verdad: un Ministro, indigno de serlo por la depravacion de sus costumbres, llegó à ser el escandalo de toda una Ciudad, y oprobrio del Sacerdocio: añadia à los desordenes de un corazon corrompido, las ilusiones de un espiritu incredulo: ¿qué no hace nuestro Santo por sacar del poder de la iniquidad à este Ministro prevaricador? Le trata con prudencia, y le impugna con valor; ¡pero qué poder tiene el mas santo zelo, contra un hombre que no teme sacudir el saludable yugo de la Religion! En vano se esfuerza Joseph: su noble, y santa libertad no tiene otra recompensa mas que desprecios, ultrages, y amenazas: no permita Dios que cayga sobre este infeliz el rayo vengador de la divina justicia, ¡quántas veces la resistencia à la voz de un Apostol ha dado motivo à las mayores desgracias! El que no desea su felicidad, merece ser desgraciado: este fue el oraculo que pronunció San Joseph de Leonisa, el que no tardó mucho tiempo en cumplirse.

Por medio de otro oraculo semejante, procura Joseph, aunque en vano, reducir à los estrechos límites de su profesion à cierta persona, que gustaba de divertir las molestias del retiro con las conversaciones del mundo profano: Virgen insensata, joven incapáz de reflexion, tú juzgas que en tu imprudente conducta no se halla mas que un inocente placer; pero advierte que Joseph descubre en ella un funesto orden: casta paloma, te dice, mira que está muy cerca el tiempo de que expire tu furor:

ror: llegó el caso, Señores, de verificarse esta triste profecía; y aquella cuya virtud parecia invariable, y superior à los peligros, cayó, rompió sus cadenas, salvó las sagradas barreras del Santuario, y acabó, sacrificando escandalosamente à las llamas de una infame pasion, la inocencia, el honor, la rectitud, y la Religion.

De este modo permitís, ó gran Dios, que se desvanescan las mas sublimes empresas de los Santos para probar su virtud: los Profetas, y los Apostoles no siempre contaron sus combates por sus victorias: Elias confunde à Achab, pero Achab no se muda: Pablo hace que resplandezca la luz à la vista de Felix; pero Felix rehusa ver la luz: las desgracias del ministerio, no minoran el merito del Ministro: si un Apostol fuera siempre arbitro de los corazones, seria mirado como un Dios: las desgracias dan testimonio de que el Apostol es hombre, y al mismo tiempo prueban su virtud: aun quando no tuviera mas que decir en gloria de nuestro Santo, me parece que con estos exemplares quedaba suficientemente manifestado el heroismo de su virtud; porque sin duda es necesario tenerla muy grande para ser siempre superior à los contratiempos del Apostolado.

Pero aunque igual nuestro Santo à los hombres Apostolicos, tanto en sus felicidades, como en sus desgracias, no hallaba descanso, ni entre los laureles, ni entre las espinas: determina llevar à las Naciones la gracia que rehusa Israel: del mundo Cristiano pasa Joseph al mundo Infel: el uno havia ya recogido las primicias de su Apostolado, y el otro admirará su consumacion. El

El Cielo explica sus intenciones; la vocacion de nuestro Santo se manifiesta: los Superiores expiden sus ordenes, y Joseph se pone en camino: llevado sobre las alas de la obediencia, desafia los peligros del mar, manda à los vientos, y à las olas, calma las tempestades con su poder, llega, y establece su domicilio en el floreciente Imperio Mahometano: del fervor que le animaba se puede juzgar por las dificultades que tuvo que vencer.

Un monstruo, y no un Príncipe era el que por aquel tiempo ocupaba el Trono Othomano: Amurates III. hijo, y sucesor de Selim II. à quien un enlace de vergonzosos excesos llevó anticipadamente al sepulcro, gobernaba el Imperio, hallandose en él todos los vicios del padre, sin que hubiese heredado ninguna de sus buenas prendas.

Incapáz de respetar los vinculos de la sangre, sordo à la voz de la naturaleza, sacrificó en un mismo dia siete hermanos, que fueron las primeras victimas de sus recelos: Príncipe inconstante, cobarde, è irresoluto; sepultado en el seno de los deleytes; inclinado à la guerra, mas por crueldad, que por valor; guiado del interés; acosado de la desconfianza; escrupuloso observador del Mahometismo, è implacable enemigo del nombre Christiano: siempre obstinado en su supersticion, y en su odio, mas por flaqueza de espíritu, que por principios de Religion; sus menores defectos eran la ingratitud, y la avaricia; su retrato era el mas horrible conjunto de todos los delitos; y mas propriamente le convenia el nombre de azote, horror, y oprobrio de la humanidad, que el de hombre.

Por

Por el caracter de este Príncipe se puede hacer juicio de cuál sería el de su Pueblo: Pueblo ambicioso, guerrero, cruel, avaro, sectario supersticioso de una ley fundada por un impostor, y establecida à fuerza de armas: debió sus progresos esta ley à una feliz temeridad: la credulidad quedó engañada; el corazon, interesado en las preocupaciones del entendimiento, adaptó, y siguió un sistema que tanto se acomodaba à las pasiones de los hombres: estendióse la supersticion, la sensualidad adelantó los limites de su Imperio; y el hombre creyó eternizar sus placeres, haciendo que le sobreviesen sus pasiones.

¿Qué felicidades podia esperar un Apostol en el centro de la sensualidad? ¿Abrazará el Christianismo un pueblo, enemigo declarado de los Christianos? ¿Quién podrá persuadirle que en otra Religion será mas feliz que en la suya?

No obstante, San Joseph de Leonisa empieza en Constantinopla su penoso, y difícil ministerio, ¡oh, Dios mio! depositad en él los tesoros de vuestra gracia: dad à sus discursos una eficacia à la que nadie pueda resistir: hablad, Apostol Santo, oygase la voz de vuestros Oraculos en esa soberbia Jericó: *Clama, ne ceses: (Isai. 58.)* anunciad à ese engañado Pueblo la falsedad de su ley, lo ridiculo de sus supersticiones, y el exceso de sus delitos: *Annuntia Populo... Scelera eorum*, manifestale el camino de la verdad: un hombre amparado del Cielo puede sin duda arruinar la obra de muchos siglos.

Joseph, intrepido en su resolucion, dá principio à su obra, impugnando el error: la novedad

sor-

sorprende al Pueblo: la atención de éste se muestra favorable, pero sus entendimientos, y sus razones no dan muestras de interesarse: el Pueblo, esclavo de la preocupación, no cede à las persuasiones; pero Joseph, lleno de una santa confianza, lleva hasta el Trono la antorcha de la fé: sabe cuánto puede el exemplo del Principe para con el Pueblo: si logra convertir al Principe à la fé, dá por conseguida la victoria respecto de sus vasallos: llevado de su esperanza, y animado de un santo zelo, se presenta delante del Monarca con un valor heroico: solo desea triunfar, ò morir; pero no es tiempo de que vea cumplidos sus deseos.

La suerte de aquel desgraciado Principe estaba escrita en los decretos eternos. Amurates cierra los ojos por no ver la luz del Evangelio, y se hace indigno de ella, obstinándose en sus vicios: no hallará Joseph mas que suplicios en donde su zelo le havia prometido conquistas: ¡oh, espectáculo propio de los Neronés, y Maximinos! Joseph es insultado, y despreciado: los golpes que ahora recibe son presagio de los que le esperan: es à un mismo tiempo Cristiano, Apostol, y Religioso, y qualquiera de estos titulos es suficiente para excitar contra él la mas sangrienta persecucion: todas las circunstancias anuncian su martyrio.

Las persecuciones no son capaces de suspender los trabajos de un Apostol mientras le dura la libertad: despreciado Joseph por los Infieles, vá volando à consolar à los Christianos en los calabozos.

¿Qué imagenes tan lúgubres se presentan à la idea? decir que los Christianos gimen en los calabozos.

bozos de los Infieles es suponer que están oprimidos con todo genero de desgracias: que son unas infelices víctimas, sepultadas vivas en las obscuridades del sepulcro. Ah! puede ser que fuese menos molesto para ellos el sepulcro, que el profundo abismo en que se hallan encerrados: penetrad, Señores, con la consideracion esas oscuras, y subterráneas mazmorras inaccesibles à los rayos del Sol: allí se respira un ayre inficionado, mas propio para ocasionar la muerte, que para conservar la vida: ved qué es lo que se halla dentro de esos calabozos, unos hombres pálidos, y desfigurados; ò por mejor decir, unos esqueletos vivos: el peso de sus cadenas es para ellos el peso mas tolerable: la reflexion de sus desgracias es lo que mas los molesta: parece que ahora conocen mejor el precio de la libertad, por el cruel dolor de haverla perdido; el espectáculo de los suplicios, que siempre tienen à la vista, es para ellos mas terrible, que la misma muerte.

Me parece, Señores, que me hallo à las puertas de aquellos tristes lugares; que una Guardia terrible prohíbe la entrada à todos los que llegan, y que oygo hablar à San Joseph de Leonisa de este modo.

¡Oh, Pueblo digno de mejor suerte, suspende un momento tus justos temores! Christianos, sabed que estais oyendo la voz de un Cristiano, que viene à enjugar vuestras lagrimas, y que para vuestro alivio quisiera que dividiéseis con él vuestras desgracias.

Habla Joseph, pero las lagrimas suspenden el curso à su voz; quiere con sus obras acreditar sus

expresiones: no se contenta su generoso corazon con proporcionar à aquellos infelices, utiles socorros: se ofrece à sacrificar por ellos su libertad, y su vida; quisiera morir en aquellos oscuros calabozos, por sacar de ellos à sus hermanos; quisiera enjugar sus lagrimas à expensas de su propria felicidad: muriera contento por ellos, para que ellos viviesen à Jesu-Christo.

Heroyca caridad! todos la admiran, aunque no condescienden con su intento, pero aunque los Tyranos le rehusan este favor, él mismo se le sabrá proporcionar: desafiará en algun modo à la muerte en aquellos tristes dias en que el terrible azote de la peste derrama por toda Constantinopla la inquietud, el desconsuelo, y la desesperacion.

No esperéis, Señores, que yo os haga una de aquellas pinturas en que la imaginacion subministra los mas vivos colores para explicar los delitos de los hombres, y las venganzas de Dios: vosotros mismos, Catolicos, os podeis figurar el ayre obscurecido, è impregnado de espesos vapores: los Pueblos acometidos de un sutil veneno: podeis imaginar que el contagio corre con tanta rapidez como el viento que le lleva: en todas partes no se vé mas que el terror, y la muerte: ya no se conocen el amor, y la humanidad, la caridad teme, y la Religion calla: el amigo no conoce à su amigo; los hombres huyen de los hombres; las casas se mudan en sepulcros, y Constantinopla queda convertida en una vasta soledad.

Pero, Catolicos, apartad vuestra vista de estos horribles retratos para fijarla con mas atencion en San Joseph de Leonisa. Este Heroe invencible desafia

fi los peligros, y él solo desempeña el ministerio de muchos Apostoles: ¿os parece, Señores, que llegará el caso de que sea víctima de su zelo? Sin duda alguna, porque las malignas influencias no respetan à la virtud: este hombre, que era el consuelo de los Pueblos, queda herido: ¿es posible, Dios mio, que haviendole destinado para dar salud à tantas almas, no hayais de conservar con particular cuidado su propia salud? Vos, Señor, probais à vuestro siervo, segun los rigores de vuestra justicia; pero tambien le pondrá la corona vuestra misericordia: *Ego percutiam, & ego sanabo*: (Deuter. 32. 39.) yo heriré, dice el Señor, y yo mismo sanaré.

No sé, Catolicos, cuál cosa diga que me admira mas, ò la sabiduria de la providencia, ò la constancia de Joseph: aunque los elementos se conjuren contra él, hay dentro de Joseph una virtud, que triunfa de los elementos conjurados; virtud que hace al Cielo una especie de violencia: ¡oh, prodigio! el Dios de los castigos, se manifiesta como Dios de los consuelos: la misma mano que hirió à Joseph, cura sus llagas, y le conserva para su patria, y para la Iglesia.

¿Pero es posible que nuestro Santo solamente se ha de librar de este primer martyrio, que le amenaza, por conservarse para otro mucho mas cruel? Dios cesa en probarle, y los hombres empiezan à perseguirle.

Quita nuestro Santo al Mahometismo una de sus mas importantes conquistas, en un Arzobispo, que apostatando infamemente del Christianismo, havia levantado el mas illustre trofeo à la gloria de Ma-

homa: Ah! ¿y qué difícil es restituir al conocimiento de la verdad à un hombre à quien el interés pudo mover à abandonarla? Por el furor con que el Mahometismo se venga de esta injuria, podeis conocer la calidad del triunfo de Joseph: los sentimientos del enemigo son las señales de la consecuencia de la victoria: acusan à Joseph, le prenden, y le encierran en una profunda mazmorra: espera en aquel lugar de espanto el decreto de muerte: pronunciasse éste desde el Trono: preparan los Jueces un nuevo suplicio; suplicio ignorado hasta entonces de la ingeniosa crueldad de todos los Tyranos; un suplicio proporcionado al horror que los Mahometanos tienen al Christianismo.

Para explicar un nuevo genero de martyrio, son necesarias nuevas expresiones: penetran sus carnes con agudas puntas de hierro, sin abrir un canal universal à la sangre: à un mismo tiempo clavan, y cuelgan su cuerpo: por una parte dexan éste expuesto à las injurias del ayre, y por otra le atormentan con fuego lento, sin consumirle: tres dias continuos tienen presente al pueblo este barbaro espectáculo: la humanidad se horroriza, pero Joseph permanece inalterable: convierte aquella hoguera encendida en cathedra de la verdad, y desde allí manifiesta al pueblo la santidad de la Religion Christiana: la constancia de un Martyr es una de las pruebas mas convincentes de la fé.

Pero ya se rinde la naturaleza, y se consume el sacrificio; la muerte vá à privar à la verdad de su Apostol: dentro de un instante espirará Joseph: pero ah! una mano invisible quita à la muerte su vic-

victima, y la libra del poder de los Tyranos: Joseph es restituido à la Religion, que ya se gloriaba de mirarle como Martyr suyo; pero aunque triunfa de la rabia de sus enemigos, es solamente por conservarse para mayores combates.

San Joseph de Leonisa mereció el mas singular martyrio por sus inmensos trabajos; pero sobrevivió à su martyrio, para sufrir otros mayores.

PUNTO SEGUNDO.

UN hombre que sobrevive à su martyrio por entregarse à mas penosos trabajos, que los sufre con heroyco valor, y que los corona con extraordinarios sucesos, son las señales mas magnificas que caracterizan el ministerio de San Joseph de Leonisa, y la mayor alabanza que se puede tributar à su memoria.

El primer siglo de la Iglesia vió con admiracion à un Heroe Christiano librarse del furor de los Tyranos, à pesar del fuego destruidor, y vencedor de la muerte, si es licito decirlo así, volar en alas de la caridad, por el trabajoso camino de un nuevo Apostolado.

Felices dias de la primitiva Iglesia, parece que renaceis en el siglo decimo sexto: en Joseph de Leonisa reproducís un segundo Juan Evangelista: parece que sus heridas, todavia recientes, dan à su voz una fuerza victoriosa: la Isla de Pathmos se hace Christiana por el ministerio de San Juan; y por el de San Joseph de Leonisa toda la Italia muda de semblante: su fama vuela con mas velocidad que los vientos que le conducen.

No

¿No haveis visto, Señores, à un Heroe, terror de sus enemigos, que cubierto de heridas, y de gloria, se presenta delante del Monarca, cuyo Trono ha sabido mantener? Pues del mismo modo se presenta Joseph en Roma delante de la suprema cabeza de la Iglesia.

Gobernaba entonces el mundo Christiano un Pontifice nacido en el seno de la pobreza, ensalzado por sus meritos, elevado à los primeros honores, y siempre capáz de desempeñarlos: genio vasto, profundo, sublime en sus proyectos, magnifico, poderoso, y absoluto: enemigo declarado del vicio, severo en los castigos, constante en defender los intereses de la Iglesia, zeloso de adornarla, vengarla, y dilatarla: Pontifice verdaderamente digno de admiracion.

Considerad, pues, à Joseph de Leonisa puesto à los pies de Sixto V. Estos dos hombres célebres, ambos eran discipulos de San Francisco de Asis, y herederos de su espíritu: ¿quién no creeria que los havia juntado el Cielo para adelantar de comun acuerdo la gloria de la Religion? ¿Qué elogios no hace el Soberano Pontifice al vencedor del Mahometismo? ¿y qué edificado queda al ver la modestia con que rehusa estos elogios, apartando diestramente la conversacion de la memoria de sus combates, y trabajos, sin apetecer mas gloria que el poderse entregar de nuevo à mas dificiles empresas: todo Apostol quisiera que su ultimo suspiro no fuese el ultimo esfuerzo de su zelo.

Os parecerá, Señores, que Venecia, Milan, Napoles, y Róma, son los teatros à donde guia à nues-

tro

tro Santo su extraordinario zelo; pero os engañais: su zelo se fija en un ministerio mas ingrato, y menos alhagueño: por entre zarzas, y espinas se abre paso para ir à tratar con unos Pueblos, víctimas de la miseria: virtuosos, acaso por inclinacion, pero culpados por su ignorancia: Christianos, sin principios de Christiandad, hombres, por decirlo asi, distintos de los demás hombres, por las tinieblas con que estaban ofuscados sus entendimientos, por la insensibilidad de su corazon, y por su rudeza: sus costumbres correspondian en todo à su miserable suerte.

Entre estos Pueblos abandonados, y barbaros, fija nuestro Santo su morada: su zelo los junta en un vasto campo, al que hace servir de Templo, y acomodandose à su corta capacidad, persuade à unos haciendoles una pintura natural del vicio, y mueve à otros con el piadoso espectáculo de un nuevo calvario: levanta Joseph el Estandarte de la Cruz, y contempla, con gran consuelo de su alma, atado el escandalo à los pies de esta sagrada señal, y que à influxo suyo empieza à renacer la virtud: el fuego de un zeloso Predicador, solamente se puede apagar con las lagrimas de un Pueblo convertido.

Pero al mismo tiempo que Joseph se oculta, empleandose en estos penosos, y obscuros exercicios, la obediencia proporciona à su valor una carrera en que pueda verse con mas claridad su virtud: su zelo, como un caudaloso rio, se derrama por todas partes, y cada vez se vá aumentando: ¿quién podrá contar los viages que emprehende, las Ciudades à quienes edifica con su exemplo, instruye con su

doc-

doctrina, y santifica con su presencia?

¿De qué medios no se vale su zelo para arrancar del seno de la sensualidad à un infelíz, que dominado de una pasion, corre sin reflexion al precipicio? Consigue Joseph que aquel joven sensual reflexione un momento su infelíz estado; quita el velo fatal que cubre la vista de aquel *Prodigo* inconsiderado: le hace ver los engaños que se ocultan bajo el lisongero deleyte, por que tanto anhela, y los amargos pesares de que es raíz fecunda la pasion: un rardo arrepentimiento es siempre el fruto de los lisongeros placeres: huye, le dice, huye desgraciado de ese ídolo que solo conspira à perderte: advierte, que fabricas tu sepulcro al pie de sus Altares: mira que tu corazon se opone à tu razon, tu conducta à tu fé, y tu pasion à tu Dios: reflexiona, y mira qué es lo que haces.

Joseph habla, y el joven queda persuadido: el arte de impugnar el vicio, consiste en persuadir que el vicio nunca puede hacer verdaderamente feliz al hombre.

Pero nunca se manifestó mas claramente el valor de nuestro Santo, que una ocasion en que el escandalo patrocinado, insultó su zelo con un triunfo público; establecióse en una Ciudad, à la sombra de un protector poderoso, un teatro profano, pernicioso escuela para las costumbres: una scena fabulosa produce las mas veces pasiones verdaderas: la ilusion de los sentidos ocasiona desordenes en el corazon; y este veneno es tanto mas sutil, quanto está mas diestramente preparado; y aunque el teatro suele ridiculizar el vicio, siempre es à expensas de la virtud.

De

De este modo se explicaba San Joseph de Leonisa: la clase, el nacimiento, la autoridad, nada de esto fue capáz de contener la noble libertad de su zelo: clama publicamente con una voz profetica, y dice, que el que favorece el desorden, participa de él, y que abrir camino à la libertad de las costumbres, es lo mismo, que favorecer el desorden: infelíz de aquel, que neciamente prodigo sacrifica el patrimonio de los pobres à diversiones ilicitas. El Dios de las venganzas tiene levantada su espada sobre las cabezas de los culpados, y aunque tardo en castigar, son muy ruidosos sus castigos: ya veo, dice, su espada desenvainada sobre esta infelíz Ciudad: la miseria sucederá à la opulencia, una infausta rebolucion empieza à confirmar su vaticinio; pero nuestro Santo se buelve à Dios, clama, y dice; apartad, Señor, de este Pueblo vuestra indignacion; haced, que el culpado expie su delito con las lagrimas de la penitencia, y no con las de la desesperacion: ¡oh, palabras energicas, y victoriosas de nuestro Santo! Cesan los espectaculos, prohibense con público edicto, calman las miserias, y triunfa la gracia.

Ya acabáis de ver, Señores, à Joseph, vencedor de los excesos, que ocasiona la prodigalidad; vedle ahora venciendo las infamias, à que dá lugar la avaricia: figuraos uno de aquellos desgraciados ricos, que posee sus bienes, sin gozar de ellos, y que nunca le parece que posee lo suficiente: à un mismo tiempo es azote de la sociedad, y tyrano propio suyo: el avaro siempre insaciable, aun quando fuera dueño del universo, desearia

- Tom. I.

Mm

des-

descubrir otro nuevo mundo con nuevas riquezas: su tesoro es su Altar; el oro su Dios: se atreve à poner sus infames manos hasta en los bienes consagrados al Santuario: los usurpa con destreza, y los retiene sin escrupulo: el interes es casi siempre el fatal escollo en que tropieza el hombre honrado, y el Christiano.

Este sacrilego usurpador se lisongea de ahogar dentro de sí la voz de su propia conciencia; pero veamos, si puede resistir à la poderosa voz de un Apostol: à Joseph de Leonisa corresponde mover, y mudar este corazon barbaro: pone los medios, pero nada consigue en el principio: se vale de las persuasiones, de las instancias, de las amenazas, pero todo es inutil: el avaro, confiesa su avaricia, pero no se rinde: no obstante, llegará el dia en que triunfará Joseph: llegó por ultimo, y consiguió con sus ruegos, lo que antes no havia podido alcanzar con amenazas. ¡Oh, victoria tanto mas gloriosa, quanto mas dificil! No sé qual de los dos prodigios es mas admirable, ò mudar la avaricia en generosidad, ò hacer, que la concordia suceda à la division, y la paz à la guerra.

Este triunfo me trae à la memoria otras muchas maravillas: suscitase la division entre dos Pueblos rivales: ambos alegan à su favor derechos legitimos: defienden sus intereses con ardor: à esta defensa se siguen las disensiones: los padres derivan à sus hijos el espiritu de division, y de venganza: la fuerza de las armas no acaba de declarar la legitimidad de las pretensiones: la victoria, siempre inconstante, perpetúa los combates, sin

determinar los derechos: la Italia toda se mira con horror, teatro de las mas sangrientas, y escandalosas escenas.

El Duque de Parma intenta en vano conciliar los animos: este Principe, terror de sus enemigos, tan consumado politico, como valeroso guerrero, Alexandro Farnesio, verdadero Alexandro de su siglo, solicita, insta, y amenaza; pero todos sus esfuerzos son inutiles: este Principe, capáz de conciliar los intereses de los mayores Principes, no puede unir los de dos Ciudades enemigas: la misma Iglesia se interesa, valiendose de sus anathemas, y rayos; pero el odio, y el furor, no respetan, ni al Sacerdocio, ni al Imperio.

Manifestate Angel de paz, destinado del Cielo para alivio de estos desgraciados Pueblos; genio poderoso, à quien está reservado, el arruinar el funesto muro de la division; pero ay! que es necesario un prodigio, para vencer tantos obstaculos: mas ¿no basta el valor, y la prudencia de Joseph de Leonisa? él solo compondrá, lo que tantas Potencias juntas no han podido componer: su autoridad consiste en su virtud: dexase ver nuestro Santo, manifiesta al principio un eloquente silencio, con el que gana la atencion de todos: el nombre de paz, y de feliz tranquilidad, que pronuncia à tiempo, mueve los corazones de todos, y los muda: aquellos sediciosos, quando mas pensaban, que se aborrecian, ya empezaban à amarse: al principio resiste la preocupacion; pero la humanidad habla, y la Religion perfecciona la obra: à poco tiempo, el suceso es aun mayor de lo que Joseph es-

peraba: dispone una conferencia, y en ella acaba la reconciliacion: con los lazos de la paz se forman los de la amistad: los intereses, que antes eran tan opuestos, se miran ya como comunes; los que solamente aspiraban à destruirse, solo piensan en unirse, para resistir à sus enemigos: y dos Ciudades, poco antes tan enemigas, parece, que no componen mas, que un solo Pueblo.

Paso en silencio otros muchos prodigiosos sucesos: no caben en la imaginacion las empresas de Joseph: quanto intenta su zelo, lo executa con la mayor felicidad: su fama corresponde à lo inmenso de sus trabajos: acaso he confundido ya en mi discurso estas dos ideas: acaso en la relacion de sus empresas he anticipado la de sus triunfos: los grandes asuntos no permiten, que el entendimiento se sujete à las reglas generales de la eloqüencia; pero sea como fuere, el azote del vicio, y el pacificador de los Pueblos se hallará desairado à vista del hombre de gloria, y del hombre de los prodigios. Las ultimas acciones de San Joseph de Leonisa hacen, que casi nos olvidemos de sus primeras victorias: *Opera tua novissima, plura prioribus.* (Apoc. 2.)

Llamo hombre de gloria, y hombre de los prodigios, à un sencillo, y modesto religioso; y hablo asi en un siglo tan incredulo como el nuestro: ya me parece, que estoy oyendo à la irreligion, que preciandose de sus dudas philosophicas, decide temerariamente en todos los asuntos; me parece, que la estoy oyendo reclamar acerca de la naturaleza de los hechos, y de la autenticidad de las

las pruebas: todo quanto tiene visos de milagro, la parece sospechoso: quisiera suprimir hasta el nombre de prodigio en los elogios de los Santos, y particularmente en los de los Santos modernos, como si Dios no fuera siempre el mismo, y como si los hombres animados del espiritu apostolico, no pudieran ser, como fueron los Apostoles, depositarios del Divino Poder. ¡Ah, Catolicos! El mayor milagro de los Santos es su santidad: un muerto resucitado, no es mas que recompensa de su virtud.

No obstante, no permita Dios, que yo, admirando supersticiosamente frivolos prestigios, me niegue al examen de la prudencia: en este caso seria bien fundada la critica; siempre se debe temer, que los hechos supuestos degraden à los hechos verdaderos: en todos los siglos se ha valido el error de las ficciones, para acreditar, è ilustrar à sus partidarios; pero al cabo esta ficcion ha venido à parar en su mayor afrenta.

La gloria de un Santo solamente debe fundarse en la verdad; y en esta se funda la de San Joseph de Leonisa: en los trofeos, que acaba de erigirle la Iglesia, se ven à sus pies, encadenados los vientos, disipados los contagios, sujetos los elementos, y cautiva la muerte: el que pudo hacer revivir en él el espiritu Apostolico, pudo tambien comunicarle su poder.

Unas veces semejante nuestro Santo à los Profetas, penetra las tinieblas de lo futuro: à unos, como Ezequiel, anuncia el funesto decreto de su muerte: de este modo pronostica à su sobrino el termino preciso de su fortuna, y de su vida: apenas,

nas, le dice, empezareis à pisar la carrera de los honores, quando tropezareis con vuestro sepulcro; temblad, y aprovechaos del aviso.

Otras veces, à exemplo de Elias, anuncia à los Dioses de la tierra, que se eclipsará su gloria, y experimentaràn desgracias no esperadas: declara à uno de sus mas poderosos protectores, è intimos amigos, que la envidia se ha conspirado contra él en la Corte de su Principe; que éste, falsamente aconsejado, en vez de recompensar su fidelidad, y su zelo, le castigará como à cabeza de una su- puesta conjuracion, y que le queda muy poco tiempo para pensar en sí, y en sus hijos.

Pero dexemos aparte, que nuestro Santo fue el Profeta, y Thaumaturgo de su siglo: miremosle solamente como Oraculo, y padre de los Pueblos. Este es un nuevo genero de poder, que aunque no se admira tanto como el de los milagros, no es menos util.

Un hombre, entregado absolutamente à los exercicios de la humildad, y de la obediencia, es arbitro de los sucesos, remedio de las desgracias, è imagen de la providencia, ¡admirable prodigio! à esto llamo felicidad del Apostolado: *Opera tua novissima plura prioribus.*

¿Me será licito comparar à nuestro Santo con el famoso Joseph de la Ley Antigua? Me parece, Señores, que sí, pues la conformidad de su ministerio, mas que la del nombre, justifica la comparacion; lo que uno hizo en Egipto, lo renueva el otro en Italia.

Pueblos afligidos, que pereceis en el seno de
la

la miseria, los Astros parece, que suspenden para vosotros sus suaves influencias: la tierra, ingrata à vuestro sudor, en lugar de mieses, os produce zarzas, y espinas: las campañas esteriles no presentan à vuestra vista, mas que una funesta desolacion; pero consolaos, que el Cielo os dispone abundantes alivios. Es prudente economo, y los beneficios que multiplica en favor de los infelices, os prometen unas felicidades mucho mas sólidas; recurrid à él: manifestadle vuestra suerte, y tened esperanza, de que os ha de oír: *Ite ad Joseph. (Genes. 41. 55.)* Joseph de Leonisa, aunque pobre, será padre de los pobres: es el depositario de las públicas limosnas: los grandes le confian sus riquezas, para que las coloque en el seno de la necesidad: al paso que las distribuye, parece, que se multiplican: hace, que nazca la abundancia del seno de la misma esterilidad: baxo su proteccion se levantan suntuosos edificios, en donde la caridad proporciona à la miseria enferma, la feliz suerte que la niega la fortuna; Joseph es la esperanza de todos los infelices, y en algun modo es su Salvador.

Triste familia, que apenas naces, quando yá te ves condenada à perecer: un padre cargado de deudas te manifiesta, que ya han llegado à lo sumo tus desgracias: es verdad, que te mantenía à expensas de su continuo trabajo, pero sus crueles acrehedores le ponen ante el tribunal de la Justicia: ésta le condena, y ya está viendo con horror el momento en que vá à ser víctima de una sentencia, que aunque justa, es su ruína, y la de toda su pobre familia: ¿qué hará este padre infelice?

felíz? Piensa con una precipitada fuga, librarse no de la severidad de las leyes, sino de la persecucion de sus agresores: desgraciados niños, sin defensa, sin socorro, y sin esperanza, ¿quién cuidará de vuestra vida? ¿quién oírà vuestros suspiros, quando ya esteis à las puertas del sepulcro? Id à Joseph: *Ite ad Joseph*. El enjugará vuestras lagrimas: mas padre, que vuestro mismo padre, se hechará à sus pies, para defender con zelo vuestra causa: le hará presentes vuestras necesidades, y vuestros derechos: le hará cargo de las funestas conseqüencias, del barbaro, aunque forzado proyecto, que medita; y prometiendole una abundantísima, è inesperada cosecha, pondrá fin à sus desgracias, y dará principio à una mas que mediana fortuna.

Madre afligida, y amorosa, ¿qué envidioso enemigo de tu felicidad te ha quitado con una temprana muerte tu hijo unico, objeto de tus cariños, y esperanza de tu casa? ¿un hijo, cuya vida estimabas tanto, como tu propia vida? ¿vuestros dos corazones, tiernamente unidos, no formaban mas que un solo corazon? Ah! El cruel enemigo, que le ha sacrificado à su venganza, no se librarà de la vuestra; no teneis mas consuelo en sobrevivir à vuestra desgracia, que el poder castigar su delito; despues de haverle castigado morireis contenta, estos son vuestros deseos; pero detente, madre afligida, oye el prudente consejo, del que te enseña à ser superior à tu desgracia, y aun à tí misma: *Ite ad Joseph*. En Joseph de Leonisa hallarás un amigo verdadero, que mezclando sus lagrimas con
las

las tuyas, aliviará tu dolor; no disimulará lo que debes à la naturaleza, pero tampoco permitirá, que ignores lo que debes à la Religion. Te llevará al Monte Calvario, y allí hará, que contemples à Maria puesta à los pies de Jesu-Christo, que agoniza: Maria, modelo perfecto de una Madre Christianamente afligida, y de una madre superior à sus aflicciones por su constancia: miradla, te dice, reflexionad, è imitad à esta Señora.

Pero en Roma fue en donde mas se manifestó el poder, y la gloria de nuestro Santo. Una Princesa, mas respetable aun por su virtud, que por su clase, se hallaba en los ultimos periodos de la vida: toda la Ciudad de Roma se interesaba en la conservacion de su preciosa vida: un Prelado ilustre llora sin consuelo la falta de una madre; los pobres temen perder su mas generosa protectora: en su muerte pierde la nobleza su lustre, la piedad su mas excelente discipula, y la Religion su modelo. La misma cabeza de la Iglesia justifica con su dolor el universal sentimiento: la naturaleza se niega yá à recibir los socorros del Arte; los mas habiles medicos pronostican irremediable la desgracia a vista de los sintomas; ¿qué remedio queda en lanze tan apurado? *Ite ad Joseph*. Buscad à Joseph de Leonisa: Roma le llama; su humildad reusa presentarse, pero al fin cede por obediencia: llega à Roma; Roma, atenta à todos sus pasos esperá un milagro: ¿quedarà, Señores, frustrada su esperanza? no por cierto: un prodigio dará testimonio del poder de Joseph, y de la verdad de su fama; pero aun se manifestará con mas

claridad su virtud, que su poder: poco cuidadoso de su propia gloria, atribuye el prodigio al fervor de la Princesa, por quien ruega, y Roma admirada advierte, que es el hombre de Dios, no solamente por su poder, sino aun mucho mas por su santidad.

Concluyo, Señores, pues me parece haver desempeñado el objeto, que me propuse: habeis visto en San Joseph de Leonisa un hombre, que sobrevivió à su martyrio, para dar mayor lustre à su Apostolado con su valor, y con sus felices sucesos: *Opera tua novissima plura prioribus.*

Este valor, y estas glorias le acompañaron al sepulcro: no tuvo otro pesar, que el de no haver consumado su martyrio, despues de haverse dispuesto tantas veces para él: muere padeciendo los mas crueles dolores, y todavia juzga, que es poco lo que padece: ¡qué heroismo! los Grandes, los Pueblos, toda una Ciudad, acuden con ansia à recibir sus ultimos suspiros: con un triste silencio le manifiestan todos su universal sentimiento: es consuelo para los que mueren, llevar à la region del olvido el agradecimiento, y la admiracion de sus contemporaneos; es cosa muy gloriosa caminar al Cielo con los respetos de la tierra, y vivir, aun despues de la muerte, en los corazones de los hombres.

Los siglos pasarán con rapidez, pero la gloria de San Joseph de Leonisa durará tanto como la Religion: su gloria solamente tendrá igual en la de San Fidel de Sigmaringa, colocado al mismo tiempo que él en los Altares: la Italia mirará siempre

pre à Joseph, como à su Apostol, y Alemania celebrará tambien las glorias de Fidel.

Si el tiempo me permitiera proponeros sucesivamente el retrato de San Fidel, le veriais, discipulo, Apostol, y víctima de la verdad. Como discipulo de la verdad la busca en el penoso estudio de las leyes, y la halla en el estudio mas util de la piedad: le veriais unas veces ilustrando la toga con su ciencia, y virtudes; otras veces escondiendo sus talentos entre las sombras del Santuario, para consagrarlos à la Religion: veriais al Apostol de la verdad, asombrando à la Alemania con los prodigios de su zelo; impugnando, combatiendo, y extirpando las heregias; anunciando la suerte dudosa de las guerras, la revolucion de los Imperios, la ruina del error, y las victorias de la fé: le veriais víctima de la verdad, sacrificarse con los rigores de la penitencia, antes que la espada de los tyranos consumase su martyrio, y huir de las persecuciones, por ofrecerse à la muerte: le veriais finalmente, morir como Heroe, despues de haver vivido como Profeta: este, Señores, es un brevisimo diseño, pero por él podeis venir en conocimiento, de qual seria la pintura: concluyo, pues, diciendo, que en los Santos, Fidel de Sigmaringa, y Joseph de Leonisa, venerará siempre la Iglesia dos de sus mas zelosos defensores.

¿Pero qué fruto sacareis vosotros, Catolicos, de esta augusta, y piadosa ceremonia? Vuestro fervor puede haver admirado las heroicas virtudes de los dos Santos, que os he propuesto; pero seria desgracia, que no se moviesen vuestros corazones à

imitarlas; y que admiraseis sus virtudes, sin mejorar vuestra vida.

Bolved à examinar su retrato, no tanto para gloria suya, como para instruccion propia vuestra. Ambos, como verdaderos discipulos de San Francisco de Asis, caminaron por las estrechas sendas de la abnegacion Evangelica: aunque eran ricos en el mundo, podeis aprehender de ellos à renunciar la fantasma de una vana fortuna; ambos consumaron felizmente la carrera del Apostolado: uno vencedor de la Heregia, otro del Mahometismo: ambos destruyeron los monstruos de la relajacion, y del libertinage: Ministros del Señor, aprehended de ellos, à vivir siempre, como humildes hijos, y zelosos defensores de la Iglesia: el uno sacrificó su vida por la fé de Jesu-Christo: haced vosotros à la fé el sacrificio de vuestras pasiones; el otro, aunque no fue Martyr de la Religion, lo fue de la penitencia: la penitencia debe ser el mas comun exercicio de los Christianos en la tierra, para reynar despues con los Santos en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SANTA Escolastica.

*Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.
Ad Colos. 3.*

Vuestra vida está escondida en Dios por amor à Jesu-Christo.

Parece que la vida oculta de algunos Santos, es un estado poco favorable à su fama; y que el velo, y las tinieblas con que ocultan su santidad à nuestra vista, no es medio proporcionado para manifestar la grandeza de sus virtudes; pero no obstante, Catolicos, es preciso confesar que su admirable vida quanto mas ignorada es de los hombres, está mas patente, y es mas gloriosa à la vista de Dios: son muy diversos los modos con que los Santos glorifican à nuestro Dios: hay una santidad pública, que se manifiesta exteriormente con pompa, y magnificencia, como la virtud de los Apostoles, que convirtieron à las Naciones, ò la de los Martyres que murieron en los cadalsos: *Speſtaculum facti sumus mundo, & Angelis, & hominibus: (Cor. 4.)* servimos de espectáculo, decia San Pablo, no solamente à los Angeles de Dios, sino tambien à todos los hombres: hay otra santidad solitaria, y de retiro que consiste en ocultarse, y encubrir las luces de

imitarlas; y que admiraseis sus virtudes, sin mejorar vuestra vida.

Bolved à examinar su retrato, no tanto para gloria suya, como para instruccion propia vuestra. Ambos, como verdaderos discipulos de San Francisco de Asis, caminaron por las estrechas sendas de la abnegacion Evangelica: aunque eran ricos en el mundo, podeis aprehender de ellos à renunciar la fantasma de una vana fortuna; ambos consumaron felizmente la carrera del Apostolado: uno vencedor de la Heregia, otro del Mahometismo: ambos destruyeron los monstruos de la relajacion, y del libertinage: Ministros del Señor, aprehended de ellos, à vivir siempre, como humildes hijos, y zelosos defensores de la Iglesia: el uno sacrificó su vida por la fé de Jesu-Christo: haced vosotros à la fé el sacrificio de vuestras pasiones; el otro, aunque no fue Martyr de la Religion, lo fue de la penitencia: la penitencia debe ser el mas comun exercicio de los Christianos en la tierra, para reynar despues con los Santos en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SANTA Escolastica.

*Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.
Ad Colos. 3.*

Vuestra vida está escondida en Dios por amor à Jesu-Christo.

Parece que la vida oculta de algunos Santos, es un estado poco favorable à su fama; y que el velo, y las tinieblas con que ocultan su santidad à nuestra vista, no es medio proporcionado para manifestar la grandeza de sus virtudes; pero no obstante, Catolicos, es preciso confesar que su admirable vida quanto mas ignorada es de los hombres, está mas patente, y es mas gloriosa à la vista de Dios: son muy diversos los modos con que los Santos glorifican à nuestro Dios: hay una santidad pública, que se manifiesta exteriormente con pompa, y magnificencia, como la virtud de los Apostoles, que convirtieron à las Naciones, ò la de los Martyres que murieron en los cadalsos: *Speſtaculum facti sumus mundo, & Angelis, & hominibus: (Cor. 4.)* servimos de espectáculo, decia San Pablo, no solamente à los Angeles de Dios, sino tambien à todos los hombres: hay otra santidad solitaria, y de retiro que consiste en ocultarse, y encubrir las luces de

de que está rodeada: el Profeta no solamente convida à que alaben à Dios à los astros que brillan en el Cielo, sino tambien à la noche, y à las tinieblas; y puede muy bien decirse que el amor divino, à semejanza del profano, no solamente tiene antorchas, sino tambien velos que le ocultan: no ama menos à Dios el que por complacerle se oculta, que el que se manifiesta en público por agradarle: estas dos propiedades se hallan en el amor que tuvo à Dios Santa Escolastica: se ocultó por el amor de su Dios, y resplandeció al mismo tiempo para gloria del mismo; se ocultó à la vista de los hombres, y resplandeció à la vista de Dios: en la primera parte de este discurso veremos cómo estuvo oculta en la tierra, y en la segunda, cómo brilla, y resplandece en el Cielo: *Vita vestra, &c.* imploremos la proteccion de la Reyna de los Angeles, para que interceda con el Divino Espiritu à fin de que me comunique sus luces para poder elogiar dignamente à nuestra Santa, y para que su elogio sea à mayor honra, y gloria de Dios, y utilidad de mis Oyentes. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

LA santidad oculta, tiene cierto privilegio que la hace mas recomendable, porque además de hallarse singularmente honrada con la vida oculta del Salvador, cuyos egemplos hallan muy pocos imitadores, dá à Dios una gloria mas singular, y mas pura: es mas singular la gloria que dá à Dios, porque quando las acciones virtuosas son públicas, y tienen à los hombres por testigos, se hallan en ellas

cier-

ciertos rayos de gloria, que suavizan las dificultades de la virtud; pero quando la virtud es secreta, conserva todas sus espinas, sin recibir en la tierra alivio alguno que pueda servirla de consuelo: es mas pura, porque, como dice San Geronimo, entonces solamente mira à Dios: *Virtus secreta Deum solum judicem respicit.* Quando hacemos en público alguna buena obra, siempre suele hallarse en ella alguna mezcla: aun la misma humildad, no obstante ser tan circunspecta en huir de las alabanzas, no puede menos de hacer alguna reflexion interesada acerca de los que la miran; pero el Christiano que es justo, viviendo retirado, no tiene mas testigo que à Dios, por cuyo amor solamente se exercita en la virtud.

Y asi, aun quando no tuvieramos mas que decir de la virtud de Santa Escolastica, que el que estuvo oculta en Dios, y por Dios, era sufficientísimo elogio, y la obscuridad de su vida daria muy vivas luces al discurso: nuestra Santa estaba dotada de unas prendas que podian muy bien hacerla lucir en público: por su nacimiento descendia de una de las mas ilustres familias de Roma, cuyo tronco era la nobilissima casa de los Aurelianos: su talento era tan claro, y despejado, que parece excedia la ordinaria capacidad de su sexo: la naturaleza la havia adornado de tan singular hermosura, que era la admiracion de quantos la miraban: y no obstante hallarse adornada de tantas prendas, se quiso ocultar, condenando su libertad à una voluntaria prision, y eclipsando en la obscuridad de un Monasterio, bajo el velo de la Religion, unas prendas tan

so-

sobresalientes, y apreciables; prueba evidente del amor que tenia à su Dios, y del poder que Dios exercia sobre su alma: para explicar Job el poder que tiene Dios sobre la naturaleza, dice, que uno de sus mas prodigiosos efectos, es ocultar las estrellas quando quiere, y suspender sus resplandores; los mismos efectos admiramos en el poder de la gracia: la nobleza, el talento, y la sabiduria que hacian illustre à Santa Escolastica, eran unos astros resplandecientes, y unas estrellas animadas; pero Dios quiso cubrir con un velo estos resplandores; el mundo ignoraba todas estas prendas, porque el Señor habia puesto sobre ellas su sello para que estuviesen ocultas: es muy creible que San Benito fue el instrumento de que se valió Dios para inspirar à su hermana el designio de retirarse del mundo: no falta quien diga que estos dos hermanos nacieron de un mismo parto, y asi, dominados de un mismo astro, tenían unas mismas inclinaciones; pero aún respandecian en ellos mas las luces de la gracia, que las de la naturaleza: San Benito fue Maestro de su hermana, y sin duda fue la primera leccion que la dió la que practicó el mismo: inspiróla el amor à la soledad, y la persuadió à hacer una vida retirada, y oculta; pero para que este retiro fuese perfecto, se ocultó tambien él mismo, para servirle de exemplo: à estos dos Santos puede muy bien aplicarse la sentencia del Profeta: *Dies diei eruat verbum, & nox nocti indicat scientiam.* (Psalm. 18.) San Benito, instruyendo à Santa Escolastica, es un dia claro, que con las luces de su santidad ilumina, y habla al otro dia; pero tambien es noche, que anun-

anuncia la sabiduria à la noche; porque huyendo èl mismo del mundo, la enseña el modo de ocultarse, ahogando todos los deseos de parecer en el mundo.

Pero introduzcamos la luz en la obscuridad de esta noche para examinarla, y veamos los motivos que tuvo para ocultarse: supongamos desde luego que el velo con que se cubre hace à un mismo tiempo dos officios: la impide ver, y estorva que sea vista; la oculta à la vista del mundo, y aparta al mundo de su vista; pero ordena à un mismo fin principal estas dos utilidades, conservando entera su pureza para consagrarla à Jesu-Christo, mirando solamente à este Divino Esposo, y no viviendo sino para él.

Cierra los ojos al mundo para no ver mas que à Jesu-Christo, y de este modo le conserva intacta su virginidad: es obligacion indispensable de las virgenes consagradas à Dios entregarse todas à su Esposo, porque solamente él es digno de ser amado: en este matrimonio espiritual el amor no sufre division: es un holocausto en que debe quedar abrasada toda la víctima, pues qualquiera parte de ella que se reserve, es usurparla toda: la virginidad reside en el corazon, y en la vista: San Ambrosio dice, que para conservar entera esta virtud, es necesario guardarla con el mayor cuidado; y es imposible conservar pura su gloria, no encerrandola en el retiro, y ocultandola con velos; y aun es mucho mas dificil querer el hombre entregarse absolutamente à Dios, viviendo en el comercio del mundo: !Ah! se hallan en todas partes tantos objetos peligrosos, y culpables, que casi es imposible que nuestro cora-

zon resista à su poder: por lo que à mí toca, dice el Philosopho Romano, aunque quiera imponer silencio à mis sentidos, quanto observo entre los hombres me induce à el mal: nunca vuelvo à mi casa con la virtud tan entera como salió de ella: pues si esto es así, hablando de las virtudes en general, cuyo temperamento es mas fuerte, y que se pueden comparar con los diamantes, ¿qué dirémos de la pureza que se compará à los mas frágiles cristales? Su resplandor se mancha con el mas leve soplo: es una flor que se marchita al menor contacto: y aun quando se pudiera conservar la pureza del corazón en el mundo, entre los peligrosos objetos que en él hay, los ojos nunca permanecerian perfectamente castos; estos usurparian à Jesus alguna parte de la pureza que le tributa el corazón: huye, pues, inocente paloma, huye à la obscuridad de los desiertos, oculta-te entre las llagas del Salvador, para que allí estén seguros tu corazón, y tus ojos: allí no te divertirán los objetos de la tierra; tus afectos, y tus miradas siempre se dirigirán al Cielo: de tus ojos, y del velo con que los cubres, se dirá lo mismo que de la Esposa dice el Esposo en los Cantares: *Oculi ejus sicut columbæ super rivulos aquarum, quæ lacte sunt lactæ:* (Cant. 5.) sus ojos son como de paloma, para significar su pureza, y para mas ensalzar esta pureza, dice que son como de paloma bañada en leche: ¿por qué os parece, Señores, que compara el Esposo los ojos de la Esposa à la leche? San Gregorio Niseno dice, que entre todos los líquidos, la leche es el unico que no representa los objetos: mirad una fuente, y hallareis que es un espe-

pejo flotante, en que todos los objetos imprimen sus imagenes: las aves que vuelan por los ayres, los arboles que están cercanos, los animales que pasan cerca de ella, todos hallan allí sus imagenes; esto es muy contrario à la pureza del corazón, y à la virginidad del alma: solamente la leche no representa imagen alguna: los ojos, y el corazón de esta inocente paloma no representaban los objetos, y fantasmas del mundo: solamente vé, y ama à Jesu-Christo, y por eso se oculta: *Vita abscondita.*

Dixe tambien, que el velo que oculta el mundo à la vista de Escolastica, oculta del mismo modo à nuestra Santa à la vista del mundo: como no veía mas que à Jesu-Christo, tampoco quería que la mirasen otros ojos: decia un antiguo que los ojos de los hombres, mirando à las virgenes, las quitan alguna parte de su pureza; y aunque esto es difícil de entender, hablando de las virtudes puramente humanas, es muy cierto hablando de las virtudes consagradas à Dios, pues vistas de los hombres no permanecen enteras, porque estando destinadas à agradar solamente à Jesu-Christo, que, como dice Tertuliano, es un Esposo zeloso, no pueden agradar à otros ojos que los suyos, sin quitarle alguna parte de lo que le pertenece, dividiendolo con los que las miran: por eso decia Santa Ines al Tyrano, que antes de exponerla al suplicio la havia perseguido con su vista: *Hæc sponsi injuria est expectare placitum:* (Ambr. de Virg. lib. 1.) haces injuria à mi Esposo en querer que yo te agrade: y volviendose al Verdugo le decia, ¿qué esperas? ¿por qué no me das la muerte? Perezca mi cuerpo; digno es de muerte,

te, pues ha podido agradar à otros ojos que à los de mi Divino Esposo; y aun se puede añadir, que es muy difícil agradar à los ojos carnales, sin mirarlos tambien con algun genero de cariño; y la secreta complacencia que se experimenta en ser amados, aun quando no nos determinemos à amar, disminuye mucho en el corazon la pureza que se debe à Jesu-Christo: por eso advierte Tertuliano, que en los principios de la Iglesia, se daban velos à las virgenes, para significar que estaban reservadas para Jesu-Christo; y San Ambrosio dice: *Solus formæ arbiter petitur Deus*: no querian tener mas testigo de su hermosura, que à solo Dios: à él solo intentaban agradar; pero Escolastica, no contenta en cubrirse con el velo, se oculta, y se abisma en su Dios; la vida de su corazon, la de su espiritu, y la de sus ojos, toda está oculta en Jesus: *Vita vestra abscondita est*. Bien sé que en la historia de la vida de nuestra Santa, casi nada se dice de sus acciones; solamente refiere que no salia de su Monasterio mas de una vez al año para ir à visitar à su hermano San Benito; pero este es el mayor argumento de su retiro: podemos conocer à Escolastica por lo que de ella se dice, y por lo que no se dice: los Theologos afirman que hay dos modos de conocer à Dios; por afirmacion, y por negacion: no le dá menos à conocer el silencio que las palabras: *Te decit hymnus Deus in Sion; te decet silentium*: tiene su Trono sobre el Sol; pero tambien habita entre las tinieblas: oh, Dios mio, qué oculta estaba vuestra Esposa Escolastica à los ojos del mundo, pues los que mas estudiaron sus acciones, para proponerlas por exemplo,

plo, no nos pudieron decir mas de que estaba oculta en Dios: y qué oculto estaba el mundo à su vista, pues no le veía mas que una vez al año! y aun entre todas las personas del mundo no veía mas que à su hermano, un hermano santo, que recibia la visita de su hermana para instruirla, y animarla à apartar sus ojos de la tierra, y dirigir su corazon al Cielo: aunque en esta ocasion salia de su retiro, no perdía de vista à su Celestial Esposo, pues le estaba mirando en la persona de su santo hermano.

PUNTO SEGUNDO.

Pero ya es tiempo de que rompamos el velo de este templo, que nos oculta la vista, y la gloria de sus Altares; ya es tiempo de que la luz disipe estas tinieblas, y que despues de haver visto lo oculta que estuvo Escolastica por parte de la tierra, veamos cómo brilla, y resplandece por parte del Cielo: esta es la segunda utilidad de esta vida oculta en Jesu-Christo: aunque oculta à la vista de los hombres, está claramente manifesta à los ojos de Dios: como la vida de Jesu-Christo fue retirada, y oculta, teniendo al mismo tiempo una alma augusta, y admirable, comunica uno, y otro à sus Santos: la imagen de la vida retirada queda ya propuesta en la primera parte de este discurso: ahora vereis, Señores, como esta vida fue clara, y resplandeciente en el Cielo, obrando Dios en él, por medio de nuestra Santa, extraordinarios milagros: la vida de Escolastica fue clara, y resplandeciente en el Cielo, reynando en él con el poder de sus oraciones; y el Cielo rey-

reynó en el corazon de nuestra virgen escondida, honrandola con una prodigiosa fecundidad.

Reynó Escolastica en el Cielo con el poder de sus oraciones: la oracion, Catolicos, es el idioma con que comerciamos con el Cielo: la oracion es una elevacion de nuestro espiritu à Dios, que ensalza nuestros corazones, y pensamientos sobre los astros, y que à un hombre de tierra le dá un espíritu poderoso en el Cielo, en virtud de la promesa de Jesu-Christo: *Si quid petieritis. Patrem in nomine meo dabit vobis.* Por eso dixo S. Agustin, que la oracion es la llave del Cielo, y que siempre que sube à él baja todo el poder de Dios à oír sus ruegos: *Oratio justi in Caelum ascendit, descendit Dei miseratio:* pero nunca se manifestó mas claramente el poder de la oracion, que quando Escolastica entre la obscuridad de sus velos, la dirigió desde su corazon, y su boca al Cielo: bien se dexó ver entonces el extraordinario poder que tenia sobre aquella parte del globo: el milagro le refiere San Gregorio: fue un dia San Benito, segun tenia de costumbre, à visitar à su hermana, y despues de haver pasado el dia en una santa, y devota conversacion, quiso por la tarde retirarse à su Monasterio; pidióle su hermana se detuviese algun mas tiempo, para continuar en su santa platica; negóse Benito à la súplica; triste Santa Escolastica, por la resistencia de su hermano, baja su rostro, le cubre con sus manos, y bañada en lagrimas, pide à Dios oyga sus ruegos, y mueva el corazon de su hermano à que condescienda con su deseo: inmediatamente el Cielo, que antes estaba sereno, se cubre de nuves, y entre for-
mi-

midables truenos, y relampagos, empieza à caer una lluvia tan copiosa, que San Benito se vió obligado à detenerse allí aquella noche, la que pasaron los dos hermanos en santos coloquios, acerca de la felicidad de los bienaventurados; pero ò, y con que claridad se vé à la luz de estos relampagos el poder de nuestra Santa, y que altamente pública el ruido de los truenos, la autoridad que exerce sobre el Cielo: sin duda, tiene las llaves de los vientos, y de las nuves, pues con un suspiro, con unas lagrimas, levanta una tempestad tan favorable à sus deseos: mucho trabajan los Filósofos en averiguar la causa de los vientos, y como se forman los truenos, y las lluvias: los mas dicen, ser vapores de las aguas, y exalaciones de la tierra, que atraídas de los rayos del Sol, se juntan en la region del ayre, y despues se rompen causando el trueno, y se resuelven en lluvias: esto es lo que hace la naturaleza en las comunes tempestades, pero ved, Catolicos, lo que hace la gracia en un momento. Las lagrimas de Escolastica fueron como una lluvia, cuyas gotas, que son otros tantos milagros, formaron vapores, que sus ojos embiaron al Cielo; su oracion dirigia exalaciones ácia el firmamento, y los ojos de Jesus, atentos à mirar la hermosura de su Esposa, como animados soles, elevaron esta preciosa materia, de que inmediatamente se formaron los relampagos, y truenos milagrosos.

Pero en este milagro se han de notar dos circunstancias de su oracion: la una que exerció su poder en el Cielo, y la otra que consiguió la vic-
to-

toria contra su hermano : exerció su poder en el Cielo, teatro visible de Dios, en donde manifiesta su poder con mas pompa, y magnificencia : los Judios, antes de creer la Divinidad del Salvador, querian, que hiciese milagros en el Cielo, para manifestar, que era dueño de los Astros : *Signum de Cælo*. No se contentaban con que hiciese prodigios en la tierra, abriendo los sepulcros, calmando las borrascas del mar, y dando salud à los enfermos, sino que querian, que los hiciese tambien en el Cielo ; pero lo que el Señor no quiso hacer por sí mismo, se dignó de hacerlo por medio de su Esposa, para manifestar de este modo el Imperio que ella exercia sobre el Cielo, y para que pudiese decir, que el Cielo, no solamente era su Patria, sino que exercia en él jurisdiccion, y que podia mirarle como Trono de su Imperio: triunfó tambien de su hermano con el poder de sus oraciones, pues el haver suplicado, que se suscitase aquella tempestad fue para favorecer sus intentos, y es creible, que su hermano pediria à Dios lo contrario, y haria oraciones opuestas à las suyas: por eso se quexa à su hermana de la tempestad, que ha movido: Dios te perdone hermana mia, la dice, ¿qué es lo que has hecho? Hermano mio, le responde, te supliqué, y no quisiste condescender à mis ruegos, levanté mi corazon à Dios, y el Señor há oído mis suplicas: ¿no os parece, Catolicos, estár viendo el combate de aquellos dos Angeles, de que se hace mencion en el Capitulo I. de Daniel, por una parte à el Angel de Persia, y por otra à el del Pueblo de Dios? Los dos Angeles están

tán opuestos en sus intenciones; el uno quiere detener à los Judios cautivos en Babilonia para bien de esta Nacion; el otro quiere poner en libertad al mismo Pueblo; pero Escolastica vence à Benito, y un Angel detiene à otro Angel: no ignoro la reflexion de San Gregorio acerca de los milagros, ni que los Santos no siempre alcanzan de Dios, lo que piden à su Magestad. San Pablo pedia ser librado de una tentacion impura, que parece obscurecia la gloria de su Apostolado, y no pudo conseguirlo: tampoco ignoro, que los Theologos alegan dos causas de esta negativa; la una por parte del que pide, quando Dios, atendiendo à su mayor bien, le rehusa lo que pide, no condescendiendo con lo que expresa su súplica, y dandole al mismo tiempo, lo que él mismo desea con una voluntad tacita, de la que el mismo Señor es protector, è interprete; la otra es, quando un Santo pide alguna cosa, que es contraria al bien, y utilidad de otro sugeto: en esto se conoce, ¡ò Dios mio! el amor, y admirable condescendencia de que usais con vuestros Santos. Negais à San Benito un tiempo favorable, para restituirse à su Monasterio, y concedeis à su hermana una tempestad, que os pide para detenerle. Quisisteis sin duda oír los ultimos ruegos de vuestra sierva; este era el ultimo consuelo, que havia de tener en este mundo, y quisisteis concederle: tres dias despues de este milagro murió nuestra Santa, y San Benito vió subir su alma al Cielo en figura de una hermosa Paloma: era suyo el Cielo, Catolicos, y asi fue à tomar posesion de un lugar, en donde

mucho antes havia empezado à reynar por medio de sus oraciones.

Pero antes de que se cierre el Cielo à donde vá à ocultarse felizmente en su Dios, veamos otro milagro, que hizo el Señor à favor de su casta Esposa: no obstante ser virgen, y vivir oculta, la dotó de una admirable fecundidad, haciendola Madre de una infinidad de Virgenes, que hasta la consumacion de los siglos estuviesen celebrando sus glorias: no obstante vivir tan retirada, dió principio en su Monasterio à esta admirable empresa, por medio de sus oraciones, con la santidad de su exemplo, y con sus piadosas instrucciones, atrayendo à él muchas virtuosas doncellas: era hermana de San Benito, y vivia unida à él no solo con los vinculos de la naturaleza, sino aun mucho mas con los de la gracia, por lo que fueron unos mismos sus designios en establecer en la Iglesia el estado Religioso: y así como Dios concedió à Adan la primera muger, para que estableciese el linage de los hombres, del mismo modo asoció à Escolastica à su hermano San Benito, para que fundasen la extirpe de los Santos, destinando à Benito para la santificacion de los hombres, y à su hermana para la de las personas de su sexo: ambos consiguieron sus intentos; y esta virginidad oculta fue, y será fecunda, è inmortal semilla de las lises, que adornan à la Iglesia: parece que el Cielo quiso recompensar su retiro, y su pureza con una posteridad tan ilustre: estuvo oculta en Jesu-Christo, viviendo en la obscuridad de un Claustro; pero los Reyes, y los Emperadores irán à buscar

car entre sus tinieblas exemplos de santidad: aunque el Sol se oculta por la noche, parece que se multiplica en la multitud de Estrellas, que le suceden; del mismo modo se nos está continuamente manifestando Santa Escolastica en los resplandecientes Astros, que iluminó con su exemplo. Consagró à Dios su virginidad, y Dios la hizo fecunda, constituyendola Madre de un infinito numero de Virgenes, cuyas virtudes la harán vivir siempre entre nosotros, como las madres viven en sus hijos: oy podrán decir los Angeles de nuestra Santa, lo mismo que decia el Profeta; ¿quién es esta que sube como una nube, y buela como una Paloma con sus hijuelos? No hay cosa mas obscura, que una nube, dice San Agustin; pero dentro de ella havia relampagos, que la hicieron brillar; no hay animal mas casto que la Paloma, pero habitando el Espiritu Divino en Escolastica, añadió la fecundidad à su pureza: ¿qué no se me permita, ò Dios mio, seguir los vuelos de esta Casta Paloma, para verla llegar al Cielo, acompañada de la numerosa posteridad de sus hijas! ¿qué no pueda yo recorrer todos los lugares de la tierra, en donde todavia está produciendo para Dios, copiosos frutos de virginidad, y pureza en los Monasterios, que viven baxo su Regla! Y pues el tiempo no lo permite, hablad vosotros por mí, Monasterios Santos, Templos animados, Celdas, Oratorios, que ocultais tan gran numero de Santas Virgenes, consagradas à Dios por Escolastica, vosotros sois los frutos de su virginidad, herederos de su espiritu, imagenes de su vida, y servís de

monumentos eternos à la gloria de esta Santa, y à los milagros, que por su medio hizo, y hará siempre el Cielo.

Tened à bien, Catolicos, que para dar fin à mi discurso, os pregunte, ¿si procurais imitar los exemplos de nuestra Santa? Es verdad, que no todos pueden retirarse à los Claustros, y desiertos, para vivir en ellos escondidos, pues muchos, por razon de su estado, están precisados à habitar entre los tumultos del mundo, pero todos deben imitar el retiro de los Santos, huyendo del trato con los impios: puede muy bien decirse, que vive oculto en Dios, el que huye con todo cuidado de las ocasiones de ofenderle, y esto es poner entre nosotros, y el mundo un velo, que nos impide verle, y ser vistos de él: ¡oh, Dios mio! ¿qué seguridad puede prometerse una alma Christiana, quando buelve à ponerse en las ocasiones, en donde tantas veces ha perdido la inocencia? ¿cómo há de mirar unos objetos, que han encendido en ella tantas llamas, y que han hecho en su corazon tantas heridas, cuyas señales todavía permanecen recientes? Salid, Escolastica, salid de vuestro retiro, y venid à condenar con vuestros exemplos los desordenes de nuestros libertinos: vuestro silencio condenará sus conversaciones; la obscuridad de vuestra vida condenará la fatal pasion de ver, y de ser vistos: ¿qué podremos responder, Catolicos, à estos velos, y à estos desiertos, quando Dios nos los presente, para reprehendernos la inmodestia de nuestra vista, y nos diga, que una virgen joven condenó sus ojos, y su hermosura à vivir en una per-

perpetua obscuridad, quando nosotros no queremos sufrir la menor molestia por el amor de nuestro Dios? No es mi intento persuadiros, Señores, à que os retireis à los Claustros, ni à que vivais en los desiertos: vivid enhorabuena en el mundo; tratad, y conversad en él; pero huid de esa compañía que os pierde, evitad esa conversacion que os condena: *Si oculus tuus scandalizat te, erue eum.* ¿Qué cosa teneis mas apreciable que los ojos? Pues, poned delante de ellos un velo, para no ver lo que puede perderos: otra especie de retiro aconseja San Pedro, no solamente à los Religiosos, sino à todo el mundo en general, y con especialidad à las mugeres: *Non sit extrinsecus capillatura, aut circumdatio auri, sed qui absconditus est cordis homo.* (1. Petr. cap. 3.) No deben poner su gloria en sus peynados, y en sus adornos exteriores, sino en el hombre oculto de su corazon. Quiere decir, que en nosotros hay un hombre exterior, y otro interior: el hombre exterior es el que se manifiesta exteriormente, que vé, y es visto del mundo, y se gobierna por los objetos de los sentidos; pero el hombre interior es aquel hombre, que está oculto en el corazon, que solamente es visto de Dios, que reflexiona acerca de su propia flaqueza, y vive con arreglo à las maximas de la razon, y de la fé: nuestro principal cuidado debe ser adornar, y perfeccionar este hombre interior, y oculto: huíamos de los objetos, que alhagan nuestros sentidos, y sirvamonos de nuestra fé, y de nuestra razon, para mantenernos siempre en la presencia de Dios, y exercitarnos en continuos actos de fé, esperanza,

za, y caridad, formando un altar dentro de nuestro propio corazon, como lo hacia nuestra Santa. Exercitemonos en la Santa oracion, para que de este modo seamos conocidos en el Cielo: en esto consiste la vida interior, la vida del corazon, y la vida oculta en Jesu-Christo: *Vita vestra abscondita.*

A vosotras, Señoras, se ordenan mas principalmente estas obligaciones: teneis la grande utilidad de vivir en el retiro en que os hallais, pero à este retiro exterior debeis añadir el retiro del corazon, y aquel hombre oculto, de que habla el Apostol: entre vosotras habita el espiritu de Santa Escolastica, teneis la dicha de ser hijas suyas, pues es tambien necesario, que imiteis su espiritu, y su retiro: estas mortificaciones no han de durar siempre: vendrá tiempo, dice el mismo Apostol, en que Jesu-Christo, que os está viendo tan santamente ocultas, se manifestará, y os hará ver de todos en su compañía: *Tunc & vos apparebitis cum ipso in gloria sua. (Ad Coloss. 3.)* Y entonces el mundo, que ahora se dexa ver con tanta libertad, quedará oculto, y escondido en presencia de su Juez: entonces, los Christianos del mundo pedirán à los montes que caígan sobre ellos, para ocultarlos à la vista de su Juez; pero él mismo os sacará à vosotras de vuestras Celdas, de vuestros Oratorios, y de vuestros Claustros, para ponerlos en la compañía de los Santos, y romperá vuestros velos, para que seais eternamente vistas de los Bienaventurados en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE SAN MATHIAS.

Sors cecidit super Mathiam. Añor. 1.

Cayó la suerte sobre Mathias.

EN las maximas, y preceptos, que nos impone la Iglesia, intenta, Catolicos, darnos à conocer lo mucho que nuestro Dios, y Señor se interesa en nuestra Salvacion, y que las ilustres acciones de los Santos son como otras tantas mudas voces, y testimonios evidentes, que nos inspiran la virtud, y asi, no extrañareis, Señores, que pasando en silencio el Evangelio, que en esta festividad canta la Iglesia, me valga de la historia para hablar de San Mathias, proponiendolos à este Santo como un excelente modelo, cuyas acciones, y conducta debeis imitar: en los actos de los Apostoles se refiere, que inmediatamente despues de la Ascension de nuestro Señor Jesu-Christo à los Cielos, se juntaron los Apostoles, y celebraron el primer Concilio, en el que se determinó poner algun discipulo en la plaza, que havia quedado vacante por muerte del traídor Judas: eligieron dos varones famosos en santidad, y de costumbres irreprehensibles, Joseph, y Mathias, sortearon su eleccion, y la eterna predestinacion dispuso, que la suerte cayese sobre Mathias.

Tres

za, y caridad, formando un altar dentro de nuestro propio corazon, como lo hacia nuestra Santa. Exercitemonos en la Santa oracion, para que de este modo seamos conocidos en el Cielo: en esto consiste la vida interior, la vida del corazon, y la vida oculta en Jesu-Christo: *Vita vestra abscondita.*

A vosotras, Señoras, se ordenan mas principalmente estas obligaciones: teneis la grande utilidad de vivir en el retiro en que os hallais, pero à este retiro exterior debeis añadir el retiro del corazon, y aquel hombre oculto, de que habla el Apostol: entre vosotras habita el espiritu de Santa Escolastica, teneis la dicha de ser hijas suyas, pues es tambien necesario, que imiteis su espiritu, y su retiro: estas mortificaciones no han de durar siempre: vendrá tiempo, dice el mismo Apostol, en que Jesu-Christo, que os está viendo tan santamente ocultas, se manifestará, y os hará ver de todos en su compañía: *Tunc & vos apparebitis cum ipso in gloria sua. (Ad Coloss. 3.)* Y entonces el mundo, que ahora se dexa ver con tanta libertad, quedará oculto, y escondido en presencia de su Juez: entonces, los Christianos del mundo pedirán à los montes que caígan sobre ellos, para ocultarlos à la vista de su Juez; pero él mismo os sacará à vosotras de vuestras Celdas, de vuestros Oratorios, y de vuestros Claustros, para ponerlos en la compañía de los Santos, y romperá vuestros velos, para que seais eternamente vistas de los Bienaventurados en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE SAN MATHIAS.

Sors cecidit super Mathiam. Añtor. 1.

Cayó la suerte sobre Mathias.

EN las maximas, y preceptos, que nos impone la Iglesia, intenta, Catolicos, darnos à conocer lo mucho que nuestro Dios, y Señor se interesa en nuestra Salvacion, y que las ilustres acciones de los Santos son como otras tantas mudas voces, y testimonios evidentes, que nos inspiran la virtud, y asi, no extrañareis, Señores, que pasando en silencio el Evangelio, que en esta festividad canta la Iglesia, me valga de la historia para hablar de San Mathias, proponiendolos à este Santo como un excelente modelo, cuyas acciones, y conducta debeis imitar: en los actos de los Apostoles se refiere, que inmediatamente despues de la Ascension de nuestro Señor Jesu-Christo à los Cielos, se juntaron los Apostoles, y celebraron el primer Concilio, en el que se determinó poner algun discipulo en la plaza, que havia quedado vacante por muerte del traídor Judas: eligieron dos varones famosos en santidad, y de costumbres irreprehensibles, Joseph, y Mathias, sortearon su eleccion, y la eterna predestinacion dispuso, que la suerte cayese sobre Mathias.

Tres

Tres clases de personas noto interesadas en lo que oy pasa en este Concilio: Mathias, que es el elegido; Judas, que es reprobado; y nosotros, que estamos presentes à la eleccion del uno, y à la reprobacion del otro: ved aqui, Catolicos, tres suertes bien diferentes: la primera es una suerte favorable para Mathias; la segunda funesta para Judas; y la tercera incierta para nosotros: veo, que se abren los Cielos, y que de alli baxa una corona para ser puesta sobre la cabeza del Apostol nuevamente elegido, y al mismo tiempo un rayo, que atraviesa el corazon del Apostol reprobado; veo tambien coronas, y rayos pendientes sobre las cabezas de los Christianos, que me hacen temer justamente, si nosotros recibiremos la corona, ò seremos confundidos con el rayo, que atravesó el corazon del traydor Discipulo: estas tres diferentes suertes, serán el asunto de este discurso dividido en tres puntos: esperemos, Catolicos, la recompensa de Mathias; pero temamos al mismo tiempo la reprobacion de Judas: en estas diversas suertes preside siempre el Divino Estpiritu, pidamosle todos me favorezca con sus luces, poniendo por intercesora à su Celestial Esposa, y saludandola con el Angel, digamos AVE, &c.

PUNTO PRIMERO.

SI la predestinacion de los Santos se llama generalmente en la Sagrada Escritura con el nombre de suerte, la de los Apostoles merece con mas particularidad este titulo, segun advierte San Pa-

Pablo, quando dice, que fue llamado al Apostolado como por una especie de suerte: *In quo etiam & nos sorte vocati sumus.* (Ephes. 1.) Por suerte, es decir, segun S. Agustin, por la gracia de Dios, y no por nuestra propia eleccion: y esto por tres razones; 1. porque el Apostolado, à que fueron elevados, es un singular favor de Dios, y la suerte mas feliz, que les podia tocar: 2. porque fueron escogidos como por casualidad, y sin que ellos pudiesen esperar esta particular providencia del Salvador: 3. porque no merecieron con sus propios meritos este extraordinario favor, pues todos eran pobres, segun su condicion, rusticos, è ignorantes, atendida su crianza, y pecadores, mirando à su nacimiento; pero si la predestinacion, ò eleccion de un Apostol merece el nombre de suerte, en ninguno se verifica con mas propiedad, que en la eleccion de San Mathias, ya se atiende al principio de que dimana, ya al modo de la operacion, ò ya al fin para que es llamado. Si atendemos al principio de este Decreto de Jesu-Christo, que es quien le elige, diremos, que le llama extraordinariamente desde la Gloria en donde ya se halla: si miramos el modo maravilloso, de que usa para llamarle, hallaremos, que esta suerte se le comunica de un modo milagroso; y si consideramos el fin de su eleccion, veremos, que se le coloca en el lugar del traydor Judas, para que desempeñe el ministerio, que à éste se le havia confiado; circunstancias todas, que hacen mas milagrosa la suerte de su eleccion, y que dan nuevo esmalte à las flores de la Corona, que como suerte cae oy sobre su cabeza.

La principal gloria de los Apostoles, consiste en haver sido elegidos inmediatamente por Jesu-Christo, y llamados al Apostolado: *Non vos me eligistis, sed ego elegi vos.* (Joan. 15.) Esta sentencia admite dos explicaciones: puede decirse que habiendo el Padre Eterno predestinado en la eternidad à los Apostoles, dexó à su Hijo la eleccion para que los llamase en tiempo; y segun esta exposicion, Jesu-Christo no fue mas que un mero executor de la voluntad de su Eterno Padre; ò se puede decir, lo que es mas verosimil, que habiendo determinado el Eterno Padre solamente en general dar Apostoles à su Hijo para la fundacion de su Iglesia, dexó à su voluntad la eleccion de las personas para este ministerio, como si un Rey resolviese en general dar à su hijo un Exercito, dexando à su arbitrio la eleccion del Capitan; bajo de este supuesto, que es mas glorioso para nuestro Divino Salvador, él mismo fue quien eligió sus Apostoles, y quien, por medio de su gracia, los llamó à esta eminente dignidad: no obstante, en la eleccion de San Mathias parece que se advierte algun genero de inferioridad, por no haver sido llamado inmediatamente por Jesu-Christo, como los demás Apostoles, pues quando cayó sobre él la suerte, ya el Señor havia subido à los Cielos. Pero además de que esta eleccion fue execucion de lo que ya antes havia el Salvador determinado, y que por otra parte asistió à ella el Divino Espiritu, se puede decir que el modo con que esta eleccion se hizo, contribuye mucho à la gloria de nuestro Santo: reparad, Señores, en los dos diferentes estados en que se hallaba Jesu-Christo quando hizo estas elec-

elecciones: quando eligió à los demás Apostoles, à excepcion de San Pablo, vivia aún en carne mortal; pero quando eligió à San Mathias ya se hallaba glorioso, y triunfante en el Cielo: y este estado de nuestro Salvador, añade nuevo lustre à la eleccion de nuestro Santo; pues el mismo San Pablo cuenta entre sus mayores glorias haver sido elegido de este modo: *Non ab hominibus*, lo que segun la explicacion de San Agustin, quiere decir, que quando el Salvador llamó à Pedro, y à los demás Apostoles, aún vivia en la tierra, y era hombre sujeto à muchas de las miserias de los hombres, dando muy pequeñas muestras de la gloria de su divinidad; pero quando llamó à Pablo, baxó del Cielo, no acompañado de las miserias del hombre, sino con las resplandecientes señales de la gloria, y magestad de un Dios: y así, podemos muy bien decir de la eleccion de San Mathias lo que de la suya dixo San Pablo: Jesus estaba ya glorioso en el Cielo: es verdad que en la eleccion de Mathias no se manifesta el Salvador visiblemente, como quando llamó à San Pablo, ni dá muestras de tanta gloria, y soberanía; pero es la razon, porque para convertir à Pablo, que era arrogante, y sobervio, parece que era necesario usar de aquella pompa, y aparato sensible; pero respecto de Mathias, que era humilde, y manso de corazon, no havia necesidad de semejantes demostraciones.

No obstante, reparad, Señores, en que este sensible aparato fue suplido en la eleccion de Mathias con un milagro no menos extraordinario: en las vocaciones de los Santos suelen hallarse ciertas cir-

cunstancias milagrosas, que las hacen mas prodigiosas, y dignas de nuestra admiracion; ò por estar acompañadas de señales de algunas gracias milagrosas, ò por servir de medios para conseguir tales gracias: asi sucedió en la eleccion de San Mathias, la que se hizo por medio de la suerte, como refiere la Sagrada Historia: preguntan los Sagrados Expositares, ¿qué especie de suerte fue esta? Algunos dicen, que no fue mas que el unanime consentimiento de los Apostoles, juntos en el Concilio, que movidos de un repentino impulso del Espiritu Santo, le elevaron à la dignidad por medio de sus votos; otros aseguran que se sorteó la eleccion, escribiendo los nombres de Mathias, y Barnabas en distintas cédulas, que puestas en una urna, salió primero el nombre de Mathias, por donde se conoció la voluntad de Dios, que le queria para Apostol suyo: otros, finalmente, añaden, que baxó visiblemente una luz del Cielo, la que descansó sobre la cabeza de nuestro Apostol; esta luz produjo à un mismo tiempo dos efectos; por una parte dió à conocer à todos los asistentes, que Jesu-Christo havia elegido à Mathias para Apostol suyo; por otra, obró exteriormente con su resplandor, é interiormente por medio de la gracia, derramandose sobre la vista, y sobre el corazon de nuestro Santo, manifestandole la voluntad de Dios, y las obligaciones de su ministerio: semejante à la luminosa zarza que vió Moyses, la que à un mismo tiempo resplandecia à su vista, y hacia resonar en sus oídos los misterios de Dios, hace tambien, descansando sobre la cabeza de Mathias, que éste conozca la voluntad de Jesus, que

que le elige para Apostol suyo, y le manifiesta al mismo tiempo las obligaciones de su Apostolado, y que le destina para ocupar el lugar de Judas, y sucederle en su ministerio.

Es preciso confesar, Catolicos, que en Dios hay una providencia de substicion, por medio de la qual, viendo que los que havia elegido para una grande obra, faltan à sus ordenes, substituye otros en su lugar para que éstos executen lo que el Señor havia determinado hacer por el ministerio de los otros: tres razones alegan los Santos Padres para establecer en Dios esta providencia: 1. para que los hombres, ni los demonios no turbasen el orden de sus decretos, ni triunfasen de su poder, y de este modo se cumpliese su voluntad, à pesar de la desobediencia de sus criaturas, pues si falta un medio para cumplirla, el Señor se vale de otro: el Padre de Familias dispuso un banquete; escusaronse los primeros que fueron convidados, è inmediatamente mandó llamar à otros para que estuviese completo el numero: la segunda razon es el interés de la gloria de Dios: quedó el Señor ofendido, y como engañado por los primeros à quienes havia escogido, escoge otros en su lugar para reparar su gloria, y recompensar con la fidelidad de los segundos el honor que le havia usurpado la infidelidad de los primeros: la tercera razon se deduce de los intereses de la gracia, el Señor no quiere abandonar estos intereses: elige à un hombre para un determinado ministerio; le prepara las gracias necesarias para él, falta éste à su obligacion, y el Señor retira de él los auxilios que le havia preparado; los que comunica à otro para que en

él produzcan los frutos que havia pretendido del primero : los Obreros del Evangelio faltaron à su obligacion ; pero el Padre de Familias entregó su viña à otros que le fuesen mas fieles. Por medio de esta providencia de substitution , muchos hombres han sido colocados en las sillas de los Angeles Apostatas ; y por medio de esta misma providencia , los Gentiles se substituyeron à los Judios , cuya perdicion , como dice San Pablo , fue ocasion de la salud de los Idólatras ; (*Rom. 11.*) y sin pasar mas adelante vemos à Mathias substituido en el lugar de Judas para sucederle en el ministerio , y recibir las gracias que podia esperar aquel traydor : ¡oh , admirable providencia , que gobiernas la suerte , y la eleccion de este Apostol para compensacion del daño , que el otro havia ocasionado ! si el primer designio de esta providencia , fue poner en execucion sus fines , à pesar de la malicia de los hombres , y de los demonios , ¡qué mayor gloria para Mathias que el contribuir à la fundacion , y propagacion de la Iglesia ! Escogió el Señor doce Apostoles para que sirviesen de fundamento à este edificio ; separóse una piedra de este cimiento , pero en su lugar se coloca otra de mayor firmeza : si esta providencia intenta reparar la injuria hecha à Jesu-Christo , ¡qué mayor gloria para nuestro Santo que haver sido escogido para hacer à la Iglesia los mismos servicios que el Señor havia ordenado ? Nuestro Apostol fue destinado para llevar el Evangelio hasta las mas remotas extremidades del mundo , en lugar de Judas : desempeñó su ministerio à costa de innumerables fatigas , reparando los daños que ha-

via

via ocasionado el traydor ; y para hacer juicio de sus servicios , basta examinar la calidad de las injurias que hizo su antecesor : los delitos de Judas fueron los mas horribles , y los mas opuestos à la gloria , y à la vida de Jesus ; luego los servicios de nuestro Santo debieron ser los mas gloriosos para el mismo Señor : finalmente , si esta providencia se ordena à los divinos auxilios de la gracia , es indubitable que Jesu-Christo dió à Mathias todas las gracias que tenia dispuestas para Judas , para que con ellas desempeñase su ministerio ; del mismo modo que un Padre de Familias , que habiendo desheredado à su hijo primogenito , por sus delitos , entrega todos sus bienes al hermano menor : ¡qué utilidades estas tan grandes para nuestro Santo ! y al mismo tiempo , ¡qué motivos tan poderosos para mover su corazon à desempeñar fielmente su ministerio , correspondiendo à la providencia , que permitió fuese colocado en el lugar de un reprobado , para que manifestandonos la suerte favorable que cayó sobre él , no hiciese presente al mismo tiempo la funesta suerte que vá à caer sobre el infame Judas ?

SEGUNDO PUNTO.

Llamo suerte à la reprobacion , porque como por casualidad , y à modo de un golpe inopinado , cae sobre la cabeza de los reprobados : entre la predestinacion , y la reprobacion hay esta diferencia , que la predestinacion empieza en el corazon de Dios , el que hace eleccion del predestinado por un acto de misericordia , y despues le guia à la posesion de la vida eterna.

sesion del fin ultimo, por medio de su gracia, y de sus favores: por el contrario, la reprobacion empieza en el corazon del hombre, que se hace reo de castigo, è irritando la divina venganza, hace que ésta cayga sobre su cabeza para vengar sus delitos: la reprobacion mas terrible que hasta ahora se ha visto, es la de Judas; puede ésta considerarse en tres diferentes corazones; en el de Dios, que la permite; en el de Judas, que la merece; y en el de Jesu-Christo, que la executa.

Empieza esta reprobacion en el corazon de Dios, pues habiendo llamado à Judas à el Apostolado, podia con sus auxilios impedir su caída: en el corazon de Jesu-Christo, hay tres actos de justicia, de los que depende la reprobacion de Judas: permitió que cayese en los pecados que fueron causa de su condenacion: le abandonó à la desesperacion, è impenitencia final: y le condenó él mismo, pronunciando, y executando contra él el decreto de su reprobacion: sin duda, Catolicos, que son terribles estos tres actos: causa admiracion que despues de haverle llamado Jesu-Christo à el Apostolado, despues de haverle hecho tantos favores, hasta concederle el don milagroso, permitièse no obstante que cayese en pecados tan enormes, que dieron motivo à su condenacion eterna: y mas quando respecto de los demás Apostoles, despues de haverlos elegido para el ministerio, à todos los conservó Dios baxo una providencia particular, para que perseverasen en su estado, y fuese constante, y firme su eleccion: si cayeron en algun pecado, fue de pura fragilidad, y permanecieron en él muy poco tiempo; solamente

te Judas fue abandonado al impetu de sus pasiones: dirá alguno, que los demás Apostoles fueron escogidos por medio de una eleccion eficaz, pero que à Judas le dexó Dios en manos de su alvedrio, para que abusase, si quisiese, de esta gracia: pero no admira menos el que el Señor hiciese esta distincion, y que habiendo conservado con tan particular amor à los demás Apostoles, solamente permitièse à Judas el condenarse: además de que pudiera el Señor, despues de haverle permitido aquellos pecados, no haverle abandonado à la impenitencia; à lo menos parece que debia hacer este favor à su Apostol, ò por mejor decir à las gracias que antes le havia concedido, levantandole despues de su caída, como hizo con San Pedro, y Santo Thomás; pero al mismo tiempo los otros fueron recibidos à la penitencia, Judas muy desesperado; y en un tiempo en que Jesu-Christo usaba de misericordia con todo el mundo, è iba à derramar su sangre para redimirle, este infeliz Apostol, excluido del beneficio de la redencion, queda abandonado à su propio furor: oh, abismo incomprehensible de los juicios de Dios! finalmente, Jesu-Christo, con un acto de su justicia, le condena, y con la misma voz con que le havia llamado, le dice, *discede*: no falta quien diga, que quando Judas fue llamado al ministerio apostolico, se hallaba en estado de pecado; pero de esto no tenemos noticia alguna: digamos, pues, que él mismo se hizo indigno de las divinas gracias, y dió justo motivo à que en el corazon de Jesu-Christo se formase el decreto de su reprobacion.

Pero si causa admiracion la reprobacion de Judas,

das, atendiendo al corazon de Jesu-Christo, no es menos de estrañar, atendiendo al corazon del mismo Judas: parece incomprehensible, que despues de haverle hecho el Salvador tantas gracias, y favores, le abandonase; pero lo es mucho mas que despues de haver recibido tantas gracias de Jesu-Christo, y haverle visto obrar tan extraordinarias maravillas, le negase tan infamemente: no podeis comprehender, Catolicos, cómo Jesu-Christo condenó à un Apostol; pero tampoco podreis alcanzar cómo un Apostol mereció ser condenado: este es el abismo de la justicia de Dios para con los hombres: *Judicia tua abyssus multa;* (*Psalm. 35.*) pero otro abismo mas profundo, é incomprehensible es ver à la libertad del hombre oponerse con tanto furor, y rabia à la gracia de Dios: y si no reparad en los medios que tuvo Judas para salvarse, como se opuso à ellos. Quando vemos otras causas naturales producen efectos contrarios à sus virtudes, è inclinaciones, llamamos monstruos à estos efectos; pues la libertad de Judas, Catolicos, es un monstruo en el orden de la gracia: ¿qué hombre tuvo jamás motivos mas poderosos, medios exteriores mas eficaces, y auxilios interiores mas fuertes para salvarse? ¿ya sea para evitar el pecado antes de cometerle, ó para arrepentirse de él despues de haverle cometido? Jesu-Christo le havia elegido por Apostol suyo; le havia hecho Sacerdote de su Iglesia, y le havia dado à comer su propio Cuerpo; ¿no era, pues necesario que su libertad fuese insensible, y aun desesperada para oponerse ingratamente à estos beneficios, y ofender à su Dios, al mismo tiempo

qué estaba recibiendo de él tantos favores? Los medios exteriores fueron los mas eficaces; oía sus discursos, veía sus milagros, y aun al mismo tiempo que le estaba haciendo traición, le llama su Amigo, y procura con su agrado mitigar su furor: con todo eso este infeliz Apostol se opone libremente à todos estos medios: los auxilios interiores fueron de los mas poderosos, y abundantes; y la razon se deduce de un principio theologico, y es que Dios proporciona las gracias interiores à los medios exteriores: San Agustin dice, que quando el Hijo de Dios miró à San Pedro, al mismo tiempo ilustró su corazon con un rayo de su gracia: atendiendo, pues, à este principio, es evidente, que habiendo tenido Judas tantos medios exteriores para salvarse, tuvo tambien muchos, y muy poderosos auxilios interiores: quando el Hijo de Dios le llamó Amigo suyo, sin duda experimentó dentro de sí una gracia que movia su corazon à compasion; y todos los Padres convienen en que quando estaba ya para desesperarse, el Hijo de Dios le alargó la mano, y le ofreció auxilios suficientes para convertirse, y hacer penitencia, y que el resistir à la gracia, y morir desesperado, al mismo tiempo que Jesu-Christo estaba perfeccionando la obra de la redencion de todos los hombres, fue puro efecto de la malicia de su depravada libertad.

Sin duda, Catolicos, que estos principios debian producir la santidad en el corazon de Judas, impedirle su pecado, y moverle à penitencia: unos motivos tan poderosos, unos medios tan eficaces, y unas gracias de esta naturaleza hubieran salvado à

qualquiera otro corazon menos obstinado que el de Judas: pero ved, Señores, lo que puede la libertad de un hombre, poseída de su furor, y animada de la rabia de los demonios para oponerse à los auxilios de Dios: no basta decir que Judas, no obstante todos estos auxilios, fue pecador; hay ciertos pecados que encierran en sí poca malicia, que admiten alguna excusa, y que merecen compasion: si David peca, su pecado es de fragilidad, y le comete quando está poseído de su pasion; pero los pecados de Judas son pecados de rabia, y de furor, que inmediatamente se dirigen contra la persona del Hijo de Dios: la Escritura Santa refiere tres pecados principales de este infame Discipulo contra el Salvador: en su vida, en la cena, y en su muerte: dexóse dominar de una furiosa pasion de avaricia, y con este pecado le ofendió en su vida: le vende, y le entrega la vispera de su pasion, y de este modo le ofende en el dia de la Cena: se desespera, y muere impenitente, y de este modo le ofende al tiempo de su muerte: la avaricia en un Christiano es un delito enorme, pero en un Apostol es una monstruosidad, pues estaba viendo los exemplos de la liberalidad de Jesu-Christo: San Ambrosio añade, que el Salvador le havia confiado la administracion de las limosnas que entraban en el Colegio Apostolico, para que pudiese de un modo inocente contentar el ansia que tenia de las riquezas; pero no bastó esta condescendencia de Jesu-Christo: à un mismo tiempo era ladrón, y Apostol: continúa ofendiendo à su Maestro hasta venderle: qualquiera que huviera entregado à Jesu-Christo, huviera cometido un sacrilegio;

pero que un Apostol, obligado con tantos favores, y beneficios, haga el abominable pacto de entregarle por treinta dineros, que él mismo ponga en execucion este pacto, que le entregue al mismo tiempo que le está besando, y le ponga en poder de sus enemigos, ¿cómo podremos llamar à esta accion? Finalmente, que un pecador, instado de los remordimientos de su conciencia, se desespera, es la mayor de todas las desgracias, y el mas horrible de todos los delitos; pero que un Apostol muera impenitente, y desesperado à vista del Calvario, y casi en presencia de Jesu-Christo, à quien debiera pedir perdon, y que le estaba llamando con los auxilios de su gracia, es un accidente raro, y nunca visto en el orden de la gracia: me parece, Señores, que podemos decir que Judas es el reprobado mas prodigioso, è incomprehensible que hay en los infiernos.

A todo esto se estiende el poder de la libertad de un impío; ella sola es la causa de su reprobacion: en el corazon de Judas havia cierta malicia, cierta rabia, y cierta obstinacion, que en algun modo participaba del estado de los demonios: suele decirse que la libertad del hombre es una imagen de la omnipotencia del mismo Dios; pero Judas hace un funesto exercicio de su libertad contra el mismo Dios, pues combate, y triunfa infelizmente de todo quanto à favor suyo quiere hacer el Salvador, por medio de su gracia; y podemos muy bien aplicar aqui la expresion de San Agustin, hablando del estado en que se hallaba, con motivo de la muerte de su amigo Nebudio: *Factus etiam ipse mihi magna questio.* (*Aug. 4. Conf. c. 4.*) La reprobacion de Judas

das es un enigma para él, y para nosotros: aun en el Infierno, donde se halla, es para él un enigma su reprobacion; pero puede facilmente responderse, que le condenó la malicia, y la obstinacion de su propia libertad: respecto de nosotros es tambien enigma; pero podemos responder del mismo modo, que le condenó su malicia: estas son las causas de que se formó el rayo, que Dios arrojó contra él, para que nos sirviese de exemplo, è instruccion, y para que en la suerte favorable de Mathias, y en la funesta de Judas viesemos la incertidumbre de la nuestra.

PUNTO TERCERO.

DE la favorable suerte de Mathias, y de la funesta de Judas se sigue esta terrible consecuencia: esto es, que nosotros no sabemos qual de estas dos suertes ha caer algun dia sobre nuestras cabezas: en la eleccion del uno veo, que podemos esperar coronas; y en la reprobacion del otro, que debemos temer rayos: me parece que estoy viendo en los ayres estas coronas, y estos rayos: hallo, Catolicos, que tenemos tres incertidumbres de nuestra eterna predestinacion: una incertidumbre negativa; una incertidumbre positiva; y una incertidumbre posible: la incertidumbre negativa consiste, en que no tenemos noticia alguna actual de esta importante eleccion; la positiva, en que positivamente estamos dudosos de ella, porque ni dentro, ni fuera de nosotros tenemos principio alguno, para poder inferir esta consecuencia: lue-

go

go estamos predestinados: la posible, finalmente, consiste, en que comparando entre sí estas dos incertidumbres, hay mas apariencia de nuestra reprobacion, que de nuestra predestinacion.

Tenemos una incertidumbre negativa de nuestra salvacion, porque no tenemos noticia alguna de lo futuro, pues para nosotros lo por venir no es mas que tinieblas, y obscuridad: nada hay mas oculto, que el negocio de nuestra reprobacion, respectada mas incierto, pero aun mas dubitabile, pues la santidad de Dios, es rectamente: porque el Señor prebe, y coesde la eternidad à sus escogidos con un decreto infalible, y ha dado, no solamente à todos en general, sino tambien à cada uno en particular, los medios necesarios para salvarse: pero respecto de nosotros no hay cosa mas incierta, que nuestra salvacion; porque ni por parte de la divina gracia, ni por parte de nuestra libertad, ni del fin de nuestra vida, tenemos noticia alguna segura: confesemos, pues, que fue incierta para Mathias la suerte que cayó sobre él, sin que antes tuviese noticia alguna de ella: del mismo modo, nosotros nada podemos saber de nuestra salvacion, à no ser que Dios nos lo revele, y nos descubra los importantes secretos de su providencia: Dios regularmente no revela la predestinacion à los Santos, y jamás ha revelado su condenacion à los reprobos. Siempre nos oculta este Misterio, para que nos mantengamos en humildad, y temor: el mismo San Pablo, no obstante su grande santidad, que havia sido elevado hasta el tercer Cielo, confiesa, que no ha-

havia tenido révelacion alguna acerca de su salvacion, y que trabajaba con incertidumbre, y temor, de que despues de haver salvado à otros, él fuese reprobado: pues, ¿qué diremos, si además de esta incertidumbre negativa de nuestra salvacion, tenemos otra positiva, que se funda en los decretos de Dios? La razon de toda esta Doctrina es, que no podemos deducir esta una infalible, de donde podan destinados: bien sé que podía: luego somos preguntamos conocimiento de nuestra felicidad; à tener al precisamente por medio de conjeturas, sino es éstas puedan llegar à ser seguridades: hay diversos principios, sobre los quales podemos fundar algunas conjeturas. Unos nos son exteriores, como los milagros; otros nos son interiores, como nuestras buenas obras; pero de ninguno de ellos podemos inferir una consecuencia infalible: jamás hubo hombre en quien se hallasen mas felices antecedentes, para poder inferir felices consecuencias, que en Judas: exteriormente havia recibido muy particulares señales de la amistad del Salvador; fue llamado al Apostolado; fue dotado de infinitas gracias, y auxilios, y asi parece, que podia inferir, que estaba eternamente predestinado: de San Pedro, y San Andrés, decimos con razon, que son del numero de los escogidos, porque eran del numero de los Apostoles: Judas era tambien de este numero, podia expiar su pecado como San Pedro, por medio de la aplicacion de la Sangre de su Maestro, y no obstante todas estas proporciones se con-

denó: todos estos favorables principios fueron inútiles, è impidió su efecto con su malicia: ¿pues, qué podremos decir de nosotros, no hallandonos en circunstancias tan favorables? ¿contaremos con la misericordia de Dios, con su Sangre, y con sus meritos, como si estuvieran en nuestras manos? Si queremos, que estos auxilios nos sean utiles, es necesario, que nos los sepamos aplicar: ¿contaremos con nuestras buenas obras? No por cierto, pues ignoramos absolutamente el principio, de que proceden: ignoramos, pues el Misterio de nuestra predestinacion; y al ver que aun los mismos Apostoles cayeron, debemos decir, que son muy grandes los peligros: ¿quánto debemos temer, Católicos, al considerar esta incertidumbre negativa, esta incertidumbre positiva, y esta incertidumbre posible? Pero advertid, Católicos, que la duda no es igual por ambas partes: la balanza no está en equilibrio, sino que se inclina mas al lado del Infierno, que à el del Parayso: y aun respecto de los Christianos, hay mas apariencias para temer su condenacion, que para esperar su salvacion: fundo esta incertidumbre en dos razones; la una es el testimonio del mismo Salvador; la otra la infiero de nuestra conversion: Jesu-Christo dice, que el numero de los prescitos es mayor, que el de los predestinados: *Multi sunt vocati, pauci vero electi.* (Matth. 20.) Lo que se entiende no solamente de la pérdida de los hombres en comun, sino tambien de los Christianos: de donde se infiere, que cada Christiano puede decirse à sí mismo; mas apariencia hay de que yo sea del mayor numero, que del menor: y al considerar nuestras obras, aun hay

mas motivo para temer, que para esperar: si atendemos à nosotros mismos, tambien podemos decir, que se hallan en nosotros mas señales de reprobacion, que de predestinacion: confieso desde luego, que en nosotros suelen verse algunas señales de predestinacion, como la frecuencia de Sacramentos, la devocion à Maria Santissima, y à los Santos, y algunas otras obras de piedad; pero además de ser muy pocas estas señales, las desmienten otras señales de reprobacion mas claras, y en mucho mayor numero. San Juan Chrysostomo dice, que en las obras que hacemos para la eternidad, nos sucede lo que à los Pintores: entráis en la casa de un Pintor, y veis en ella muchos lienzos delineados: no sabéis todavia, qué es lo que intenta hacer; si se advierte, que delineá Querubines, y Serafines, decidís inmediatamente, éste vá hacer una imagen del Parayso; pero si veis, que delineá llamas, y tormentos, como estas figuras convienen à los Demonios, decidís, que intenta pintar el Inferno: pues, Catolicos, si vemos en la Iglesia de Dios à un Cristiano, que observa las reglas del Evangelio, que ora, y vive con caridad, inmediatamente decimos; ah! ved aquí una imagen de un predestinado: todas las señales que en él se advierten, son de que es del numero de los escogidos; pero si por el contrario le vemos entregado à los vicios, pronosticamos, que aquella pintura es de un reprobado, y que está ya muy adelantado el retrato: aplicaos, pues, Catolicos, esta doctrina: esta es la misma, que San Juan Chrysostomo predicaba en su Iglesia de Constantinopla, al innumerable Auditorio que concurría à sus Sermones: ¿quántos predestinados os pa-

parece, Catolicos, les decia, que habrá en esta gran Ciudad? No pretendo engañaros; pero me parece, que para cada mil almas, habrá una predestinada, y aun dudo de este numero: lo mismo que aquel gran Santo predicaba à sus Oyentes en Constantinopla, puedo yo aplicar à mi Auditorio: ¡ah, Chrysostomo! ¿y qué dirías, si predicáras à este Pueblo? ¿quántos predestinados os parece, que habrá entre los Christianos, que me están oyendo? No respondas, Chrysostomo, dexa à mi Auditorio, que piense la respuesta.

No digo esto, Señores, por asustaros, sino para advertiros, que humilleis vuestro entendimiento, arregleis vuestra voluntad, y os acostumbreis à hacer buenas obras, atendiendo à la incertidumbre en que nos hallamos, de si seremos del numero de los predestinados, ò del de los precitos.

Humillemos nuestros entendimientos contemplando los terribles juicios de Dios, pues vemos en nosotros à un mismo tiempo algunas señales de la predestinacion de los Santos, y de la desgraciada suerte de los reprobos, y hallandonos en esta grande incertidumbre acerca de nuestra felicidad, debemos trabajar con temor, y precaucion, para conseguirla. Miremos como fruto de este discurso la instruccion, que nos dá el Apostol San Pablo, quando nos dice, que trabajemos para nuestra salvacion con temor, y temblor: *Cum timore, & tremore salutem vestram operamini.* (Philip. 2.) En esta incertidumbre debeis temblar à vista de la Divina Justicia, y de la reprobacion de Judas: el mismo San Pablo se hallaba siempre poseído del temor de la indignacion de Dios, sin dexar de contemplar el

exemplar de aquel Apostol reprobado, que cayó en una culpa tan enorme, la que à los demás Apostoles, y à todos los Christianos, sirvió de escarmiento, y de motivo para aprehender à humillar sus entendimientos, baxo el terrible peso de los juicios de Dios.

Por estas mismas razones debemos arreglar tambien nuestra voluntad, y pues estamos tan inciertos de nuestra salvacion, es necesario, que trabajemos con temor para conseguirla; por eso dixo el mismo Apostol: *Castigo corpus meum, & in servitutem redigo, ne cum aliis predicaverim ipse reprobus efficiar.* (2. Corin. 9.) Castigo à mi cuerpo, y le mantengo en servidumbre, haciendole gemir baxo el peso de mis austeridades, y ayunos, no sea que despues de haver introducido el Evangelio, y la fé en otros corazones, despues de haver predicado à las Naciones, despues de haverlas convertido, y enseñado las maximas christianas, me pierda yo à mí mismo, y aumente con mí caída el numero de los reprobos: pero, ¡oh, divino Pablo! ¿no sois uno de los Apostoles de Jesu-Christo? ¿vuestro corazón no está animado de la gracia del Espiritu Santo? ¿vuestra lengua no está purificada con la caridad, para que introduzcáis el Evangelio en los corazones de los infieles? ¿es posible, que en un empleo tan santo, y tan sublime, hayais de dudar de vuestra salvacion? Es verdad, nos responde, que soy Predicador, y Apostol, pero tambien lo fue Judas, y no obstante eso, se perdió; convirtió algunos Pueblos, pero él quedó reprobado: debo, pues, buscar los medios de salvarme, trabajando para la eternidad con temor, y temblor, y santificando todas mis obras.

Fi-

Finalmente, para asegurar nuestra salvacion, y ser eternamente felices, debemos exercitarnos en buenas obras, segun el consejo de San Pedro: *Satagite, ut per bona opera certam vestram electionem faciatis.* (1. Petr. 2.) En los negocios de importancia, cuyo fin es dudoso, nos valemos de las mayores precauciones; nos valemos de quantos medios pensamos, que pueden contribuir al buen exito: instamos à nuestros amigos, para que se interesen en nuestro favor: pues, Catolicos, aqui se trata de nuestra salvacion, y de nuestra felicidad eterna: el negocio es de la mayor importancia, merece todos nuestros cuidados, y pide suma atencion: *Satagite;* no desconfieis, porque vuestra suerte está en manos de Dios: *In manibus tuis sortes meae.* (Psal. 30.) Es un gran consuelo para nosotros el saber, que estamos en las manos de Dios, pues fuimos criados por su poder, y redimidos por su misericordia; esperemos, pues, que nos favorecerá con la feliz suerte de Mathias, y que nos dará las gracias necesarias, para conseguir su gloria: *Ad quam, &c.*

SER.

SERMON
PARA LA ENTRADA
DE UNA RELIGIOSA,
EN EL DIA DE REYES.

Spiritu ferventes, Domino servientes. Rom. c. 12.

Servid al Señor con espíritu fervoroso.

YA os hallais, amada hermana mia, en el momento mas feliz que haveis experimentado en toda vuestra vida: os hallais en aquel momento en que llena de un santo fervor os determinais à renunciar el mundo, por entregaros à Dios: os hallais con las mismas disposiciones con que se hallaba el Apóstol, quando exclamaba, que solamente queria vivir en Jesu-Christo, y por Jesu-Christo: *Mibi vivere Christus est: (Philip. 6.)* con las mismas disposiciones que el Santo niño Samuel, quando decia al Señor; hablád, Dios mio, que yo os oygo, y estoy pronto à obedeceros: con las mismas disposiciones, finalmente, que la Esposa de los Cantares, quando manifestaba que ella era de su Esposo, y éste era suyo.

No obstante, este feliz momento, no es mas que el primer paso que dais para entrar en la casa de Dios; momento que excita los mas suaves consuelos en vuestra alma: momento que aviva en vos un amor puro, unos santos deseos, y una esperanza de-

deliciosa, y que os llena de una inexplicable alegría, mucho mas semejante à la de los bienaventurados, que à las falsas alegrías de los hijos del siglo: si con estos consuelos se mezcla algun pesar, es el de no poder ahora mismo acabar el sacrificio, y satisfacer vuestras ansias; pero ya vuestra alma se liga anticipadamente à la voluntad de vuestro Esposo; y aunque haveis de permanecer libre por espacio de un año, atendiendo à las leyes de la Iglesia, ya dexais de estarlo en las disposiciones de vuestro corazón.

Por lo que hablando con vuestro corazón, y atendiendo à vuestra voluntad, y à vuestros deseos, no os hablaré de la felicidad del estado que abrazais, vos misma lo conoceis, aun mucho mejor de lo que yo lo pudiera decir: solamente os explicaré las obligaciones que contraheis en este primer paso que dais, debiendo en adelante mantener, y aumentar el fervor que manifestais hoy, renunciando al mundo, con una grandeza de alma, y una libertad de espíritu, digna de los siervos de Dios; porque sería desgracia, amada hermana mia, que esta acción, que es el primer paso en el camino de la perfección, fuese para vos su mas alto punto, y termino de que no pasaseis, y que en lo sucesivo se entiviase, y desvaneciese el fervor que ahora os anima: los claustros religiosos no están libres de esta desgracia; pero espero que no ha de alcanzar à vos: espero que con el favor del Cielo, hareis de cada día mayores progresos en la carrera que hoy empezais.

El misterio que hoy celebra nuestra Madre la Iglesia, es tambien un poderoso motivo para animaros: los Reyes, postrados à los pies de Jesus, le ofrecen las riquezas de sus países: el incienso à su

divinidad, el oro à su poder, y la mirra à su humanidad: dones todos muy proporcionados à su fé; pero antes de que practicasen estas liberalidades, ya Dios les havia enriquecido con las suyas, inspirandoles el designio de ir à buscar al Mesías, descubriendoles una Estrella que los guiase, y comunicandoles fortaleza para vencer los obstaculos, y exponerse à los peligros: todas estas gracias, ¿no eran dones mucho mas apreciiables que el oro, y el incienso que ellos ofrecen?

En esto estamos viendo, Señores, la verdad de aquel principio establecido por San Agustin, es à saber, que en materia de beneficios, Dios siempre se adelanta à dar: *Deus perpetuò in beneficiis prior*: vos misma lo estais experimentando, amada hermana mia; venís, como los Magos, à ofrecer à un Dios recién nacido, el oro de la castidad, el incienso de la obediencia, y la mirra de la pobreza, acompañando estas ofrendas con una extraordinaria firmeza de corazon; ¿pero quién os ha comunicado este valor? ¿à quién sois deudora de esa gracia? ¿quién ha de ser sino el mismo Dios, que ha llenado vuestra alma de favores, depositando en ella parte de sus tesoros.

De lo dicho se infieren dos poderosas razones, que os obligan à cuidar de que no se entibie vuestro fervor, ni se minore el zelo de que actualmente os sentís penetrada: tenedlas siempre presentes, y no las perdais de vista: la una es, lo que Dios hace hoy por vos; y la otra lo que hoy haceis vos por su Magestad: lo que Dios hace por vos os llenará de un justo agradecimiento, y os manifestará lo que debeis hacer en adelante: esta será la primera

mera parte: lo que vos haceis por Dios, os llenará de una santa confianza, y os enseñará lo que en adelante podeis hacer: esta será la segunda: y para que yo pueda desempeñar estos dos puntos de mi oracion, con utilidad de mis oyentes, imploremos todos la asistencia del Divino Espiritu, por medio de la poderosa intercesion de Maria. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

Quando Moysés disponia à los Israelitas à recibir las ceremonias ordenadas en la ley, y los preceptos del Señor, les decia: Israel, el Señor, tu Dios, te ha escogido para que seas su Pueblo particular entre todas las Naciones de la tierra: *Te elegit Dominus Deus tuus, ut sis ei Populus peculiaris de cunctis Populis, qui sunt super terram.* (Deut. 6. 7.) No porque excedas à las demás Naciones en numero, merito, riquezas, ò valor, sino porque te ama mas que à todas ellas: *Non quia cunctas gentes numero vincebatis, sed quia dilexit vos Dominus.* Estas mismas palabras deben servirnos, amada hermana mia, de continua leccion para animar vuestro fervor: Dios os ha escogido, y quiere que seais suya, de un modo particular: ¿os parece acaso, que es por haver visto en vos algunas prendas naturales sobresalientes? No penseistal; su eleccion es puro efecto de un amor anticipado: *Quia dilexit vos Dominus*: ved, pues, qué privilegios, y distinciones incluye esta eleccion: Dios os quita el amor al mundo, el conocimiento del mundo, y aun el deseo de conocerle: reflexionad bien todos estos favores.

Dios os quita el amor al mundo: os quita aquella inclinacion tan general, aquel vinculo tan delicado, y fuerte que nos une à todo lo que lisongea nuestros sentidos; aquella secreta inteligencia de nuestro corazon, con los objetos agradables: Dios nos manda à todos que no amemos al mundo, ni à las cosas que son del mundo: asi nos lo dice por sus Apostoles: *Nolite diligere mundum, nec ea quæ in mundo sunt*: (1. Joan. c. 2.) à todos nos ha dado los medios necesarios para preservarnos de este amor; pero no en todos son unos mismos estos medios: à unos niega aquellos talentos propios para agradar al mundo: estos no le aman, ò à lo menos piensan no amarle, porque no son amados del mundo: à otros los carga de tantos negocios, que no aman al mundo, porque no tienen tiempo para amarle, ni examinarle: otros se disgustan de los placeres, y vanidades del mundo, estos no le aman, por estar ya cansados de amarle: otros, despues de haver sufrido varios reveses de la fortuna, no aman al mundo, porque éste es amargo para ellos: todas estas disposiciones de la providencia, producen su efecto tarde, ò temprano en el corazon de los predestinados; pero ¿quánto mas felices son los que desde su tierna edad se libran de este veneno; que teniendo todas las prendas para grangearse la pública estimacion, pudiendo prometerse en lo sucesivo una vida llena de delicias, instados, y buscados por todas partes, sienten en su corazon una absoluta indiferencia para con el mundo? ¿que no experimentan dentro de sí centella alguna de aquel fuego que todo lo abrasa, inclinacion alguna à lo que arrastra, y pierde à tantas almas, y que gozan de un natural dis-

pues-

puesto à recibir las impresiones de la virtud? Este es, amada hermana mia, el primer don que recibís de Dios; pero no contento el Señor con quitar de vuestra alma el amor al mundo, añade el favor de privaros de su conocimiento.

Respecto de la juventud, casi es lo mismo conocer al mundo que amarle: éste siempre se presenta à esta edad con un semblante risueño, y agradable; no la ofrece mas que flores, inciensos, y lisonjas; pero con el tiempo descubre sus engaños, y el hombre llega à conocer que es un impostor, y un ingrato: esta experiencia es muy tarda, y excede la penetracion de la juventud: los jovenes no examinan lo que ven, y quanto ven les persuade que son para el mundo, y que el mundo es para ellos: quitar, pues, à el alma este pernicioso conocimiento, y librarla de este encanto, cuyos infelices efectos lloraba Salomon: *Fascinatio mugacitatis obscurat bona*: (Sap. c. 4) es sin duda una de las gracias mas particulares del Cielo: de esta gracia, pues, usa el Señor con vos, amada hermana mia; hasta ahora no se os ha presentado el mundo con aquel lisongero disfraz, que le forma tantos partidarios: no haveis podido hacer juicio de él por los sentidos, por las maximas de los mundanos, por sus costumbres, y sus modas: puede ser que con la apariencia de sus falsos resplandores, os huviera engañado; pero no le haveis conocido mas, que por las luces del Evangelio, y por los principios de la fé: y asi, le conocéis como en la realidad es; sabeis, que su resplandor es vano, que su prudencia es locura, y su amistad, enemistad con Dios: que su Principe es el Demonio, su fundamento la malicia; y que Jesu-Christo

to no fue del mundo; que no quiso rogar à su Padre por el mundo, y consiguientemente, que los Christianos no debemos tener inteligencia alguna con el mundo: estos son los colores, con que hasta ahora haveis visto pintado al mundo, y este es su verdadero retrato.

Pero queriendo Dios favoreceros mas todavia, no solamente os quitó el amor, y el conocimiento del mundo reprobado, sino que tambien ha apartado de vuestra alma el deseo de conocerle: Jacob no tenia mas que una sola hija; aunque vivia feliz en la casa de su padre, quiso ver el mundo, y tratar con las doncellas del País à donde su padre havia ido à establecerse, pero la curiosidad fue causa de que perdiere su virtud.

¡Fatal curiosidad en donde siempre tropieza la juventud! *Egresa est Dina, ut videret mulieres regionis illius. (Genes. 34.)* No queremos, dicen algunas personas, seguir el mundo, solamente queremos verle, y luego, que le ven, le aman, y le siguen: como la juventud nada sabe, todo quiere experimentar: por poco placer que halle en lo que empieza à conocer, se figura mayores conveniencias en lo que todavia no conoce: y quanto la permiten que vea, la parece, sin comparacion, mucho menos apreciable, que aquello de que la privan: *Dulcius putat omne, quod nescit. (Heronym. Epist. 74.)*

De aqui se siguen aquellas funestas aficiones, que casi sin conocerlo precipitan à la juventud en los desordenes del mundo: pero Dios, amada hermana mia, ha apartado muy en tiempo vuestra vista de la vanidad, para que la fixeis en objetos mas sólidos: os ha concedido muy presto, lo que tardó mucho

cho en conceder à los ruegos de David: Señor, decia aquel Santo Rey, no permitais, que mis ojos se dexen llevar de falsas apariencias: *Averte oculos meos, ne videant vanitatem. (Psal. 118.)* Vos tambien lo haveis dicho como él, pero sin que haya llegado el caso de experimentar los males, que él padeció: apenas empezó à rayar en vos la luz de la razon, quando fuisteis llamada, y admitida en el tabernaculo de Dios vivo: nunca se os oyó allí suspirar por Egypto: jamás se advirtió, que gustaseis de las inutiles conversaciones de los sucesos del mundo: contenta en vuestra clausura dexabais à los muertos, segun la expresion del Evangelio, que sepultasen à sus muertos, y solo pensabais en la hermosura de la casa de Dios, en las delicias de su Santuario, en los medios de cumplir su voluntad santissima, y en la felicidad que experimentan los que le sirven: quantas veces postrada en su presencia exclamasteis con su Profeta: vuestros Altares, Señor Omnipotente, mi Dios, y mi Rey, vuestros Altares son todo mi consuelo. (*Psal. 83.*) El Señor os oyó; y desde lo mas alto de los Cielos, desde el Trono de su grandeza derramó sobre vos los rayos de su sabiduria, (*Sap. cap. 9.*) y esta sabiduria eterna os ha preservado del amor al mundo, del conocimiento del mundo, y aun del deseo de conocerle: esto es, amada hermana mia, lo que Dios ha hecho por vos: pero ¿qué intenta el Señor con estos favores? Esto es lo que vos no podeis todavia comprehender bien, pero os lo manifestaré con claridad.

Quando Dios manifestó su proteccion al Pueblo de Israel, abatiendo à su vista el poder de los Pharaones, abriendo el mar, para que pasase, y sepul-

tan-

tando en él à sus enemigos, sacandole de la esclavitud de Egipto á costa de infinitas maravillas, ¿ qué pretendia el Señor? ¿ quería acaso proporcionar à su Pueblo una vida tranquila? ¿ quería librarle de todos los cuidados, y fomentar su pereza? No por cierto; solo quería, que al ver las victorias, y sumision de este Pueblo, supiese todo el universo, quan grande era el Dios de Israel: *In Israel magnum nomen ejus. (Psal. 75.)* ¿ Pero cuál fue la indignacion de este gran Dios, quando despues de haverle librado de Egipto, despues de haverle guiado, y alimentado milagrosamente en el desierto, vió à este mismo Pueblo rebelde abandonarse à la idolatria, y à la murmuracion? ¿ Pueblo infame, es eso lo que de ti podia esperar el Señor? ¿ Es ese el agradecimiento à tantos prodigios, como por tí ha obrado? *Hæccine reddis Domino, popule stulte, & insipiens. (Deut. 31.)*

¿ Cómo podria aquel Pueblo sufrir esta reconvenccion? ¿ y cómo la podriais sufrir vosotras, hermanas mias, si despues de hallaros favorecidas con tantas gracias del Cielo, no tuvierais mas fin en vuestro santo retiro, que pasar vuestra vida en paz, y formaros en el centro del retiro un mundo tan peligroso como aquel, de cuyos alhagos haveis huido?

Ah! no es esto, amadas hermanas mias, lo que debemos à Dios, ni lo que el Señor espera de nosotros: le debemos un fervor tanto mas superior à la piedad comun, quanto son mas superiores à los beneficios comunes, los que ha hecho por nosotros: revistamonos, pues, de unos pensamientos conformes à nuestro estado: estos pensamientos no deben ser de

de complacencia, y estimacion de nosotros mismos, atendiendo à la perfeccion, que se nos señala como nuestro fin: esta presumpcion, dice San Geronymo, no nos conviene de ninguna manera: humillemonos, y temblemos al contemplar la multitud, y grandeza de nuestras obligaciones: servimos à un Dios, cuya justicia no es menor, que su misericordia: tengamos presente el repartimiento, que hizo aquel Señor del Evangelio, quando distribuyó los talentos: à uno dió cinco, à otro dos, y à otro uno: el ultimo, que no recibió mas que un talento, no quiso negociar con él; pero reparad en el rigor, con que fue castigado su descuido; y aun huviera merecido mayor pena, si como los otros huviera recibido cinco, diez, ò mas talentos, y no se huviera aprovechado de ellos.

En este mismo caso nos hallamos nosotros, amadas hermanas mias: cometemos igual infidelidad, quando en vez de aprovecharnos de los dones de Dios, los escondemos en la tierra, ò los disipamos, abusando de ellos; quando al mismo tiempo los Christianos del siglo, que no han recibido mas que unos dones regulares, que son muy inferiores à nosotros, en los favores que reciben de Dios, y que en su estado están expuestos à infinitos peligros, practican las mas eminentes virtudes, y nos quitan las coronas, que nos estaban destinadas.

Con nosotros hablaba el Salvador del mundo, quando dixo à sus primeros discipulos, que si sus virtudes no excedian à las virtudes de los Phariseos, esto es, de los hombres mas exactos en las observancias del Judaismo, no tendrian lugar en su Reyno. (*Matth. cap. 5.*) No podemos quejarnos, pues

si

si el Señor nos pide extraordinarios servicios, es porque nos comunica extraordinarios favores.

Lo que Dios hace por nosotros, amadas hermanas mías, hasta este gran favor de trahernos à las casas Religiosas, lo hace casi sin nosotros: y aun me atrevo à decir, que algunas veces lo hace como à pesar nuestro, haciendo, que se buelvan ácia él nuestros corazones con una inclinacion absolutamente contraria à nuestras naturales inclinaciones: pero despues de este inexplicable beneficio de la gracia, en que las mas veces tenemos nosotros tan poca parte, luego que nos dexa colocados en el lugar de nuestro asilo, aunque no dexa de trabajar con nosotros, nos pide mucho mayor agradecimiento, que el que nos pedia al principio.

Loth, uno de los hombres mas favorecidos de la providencia, estaba encerrado en Sodoma con todos sus hijos, quando se executó el decreto del Cielo contra aquella infame Ciudad: no quiso el Señor confundir al justo con los culpados: le avisó en tiempo por medio de sus Angeles del peligro, que le amenazaba: no se dió por ofendido de su tardanza; los Angeles le sacaron como por fuerza, fuera de los muros: hasta aqui Dios es quien obra; ¿pero os parece, que en adelante hará lo mismo? Oid à su Angel: ahora ponte tú en salvo, dice à Loth; huye à esa montaña, porque si no estás perdido. (*Genes. c. 19.*) Inmediatamente se aparta de él el Angel, y le dexa à su discrecion: pero ¿por qué no acabará Dios la obra, que él solo havia comenzado? Porque aunque en los primeros pasos pone mas de su parte, que nosotros de la nuestra, despues es necesario, que nosotros pongamos de nuestra parte

ma-

mayor fuerza, mayor fidelidad, y mayor actividad que en los principios: aunque Dios nos haya sacado del peligro por medio de unas gracias singulares, éste todavia nos amenaza, si por nuestra parte no correspondemos à sus favores: *Salva animam tuam, ne & tu simul pereas.*

Y aun quando no nos obligára à esto el peligro, que nos amenaza, ¿no estariamos obligados en fuerza del agradecimiento? ¿Hay, por ventura, necesidad en la casa de Dios de amenazarnos con su ira? ¿No basta representarnos sus favores? ¿Qué mas fue necesario, para obligar à Loth, à seguir exactamente las ordenes del Cielo, que manifestarle, quando estuvo ya en lo alto de la montaña, el infeliz estado del País de donde havia salido? Por todas partes no veía mas que humo, fuego, y cenizas: oía los lamentables gritos de aquellos desesperados Ciudadanos, que morian quemados vivos, sin que ni uno solo pudiese librarse: todos, sin diferencia de edad, ni sexo, quedaban sepultados entre las llamas: Loth, desde el lugar seguro en donde le havia colocado la providencia, viendo la desgracia de sus vecinos, penetrado de amor, y de agradecimiento à su Dios, que le havia librado de aquella infeliz suerte, no cesaba de alabar su bondad.

¿Podeis vosotras, amadas hermanas mías, contemplar, desde la altura del santo monte en donde Dios os ha colocado, la desolacion del mundo, y los males que le afligen, sin quedar penetradas de un vivo agradecimiento à vista de las misericordias, que el Señor ha usado con vosotras? Ah! ¿quántos mundanos gimen en sus miserias, envi-

Tom. I.

Vv

dian-

diando vuestro sosiego? Señor, Dios mio, ¿qué os han hecho aquellos, y qué os hemos hecho nosotros? ¿qué motivo hay para que nosotros hallemos en vuestro corazon un amor, que ellos no hallan? ¿qué haveis visto en nosotros, que no se halle tambien en ellos? ¿cómo hemos nosotros oído aquella voz, que ellos no hayan oído, ò que acaso no les ha hablado? ¿podremos ser insensibles à estos favores, ò olvidar estos beneficios con el curso de nuestros años? ¡oh, amada hermana mia! Dios os ha escogido con expecial predileccion, ¿pues cómo podreis menos de amarle sobre todas las cosas? Esto no será mas que corresponder à lo que le debeis: llegará el dia en que no tendreis voces, para bendecir esta eleccion: quando pase la figura de este mundo, y os halleis libre de los disgustos, è inquietudes de la vida, ¿qué no deseareis haver hecho, y padecido por un Dios, tan liberal, y tan digno de ser servido? Estos pensamientos, en que haveis de estar ocupada toda la eternidad, deben excitar ahora vuestro fervor: à esto os debe mover, no solamente lo que Dios hace por vos, sino tambien lo que vos misma haceis por su Magestad, como lo vereis en la segunda parte de este discurso.

PUNTO SEGUNDO.

EL Reyno de los Cielos se compára en el Evangelio à un tesoro escondido en el campo: un hombre, que tiene la fortuna de hallar este tesoro, vende todos sus bienes, y con su producto compra aquel campo, y asi, por medio de una aparente pérdida entra en posesion de una rica fortuna: este es, ama-

amada hermana mia, el supremo grado de vuestra prudencia, y al mismo tiempo de vuestra generosidad: haveis descubierto el tesoro Evangelico: este es un tesoro oculto en las tinieblas, y silencio de la vida Religiosa, y para poseerle, os deshaceis de todo, y lo dais todo.

Despues, que el Salvador del mundo huvo explicado las obligaciones anexas al estado del matrimonio, respondió la mayor parte de los que le oían; pues si eso es asi, no hay utilidad alguna en casarse. (*Matth. cap. 19.*) ¿Podré yo temer, Christianos oyentes mios, que se acobarden los flacos al contemplar las obligaciones, que acabo de exponer del estado Religioso, y que un yugo, que en la realidad es muy ligero, os parezca insufrible? Para precaver, pues, estas ideas basta considerar lo que hace el Religioso, quando se consagra à Dios, porque supuesto un esfuerzo tan grande, y una victoria tan difícil, nada hay que no pueda vencer; y si llegase à aflojar en el camino de la perfeccion, no hay pretexto con que pueda excusar su tibieza: quedareis persuadida de esta verdad, amada hermana mia, si examinais bien, lo que es consagraros à Dios: por esta accion os privais de vuestros derechos naturales, de vuestros mas licitos afectos, y de vuestras mas suaves esperanzas; tres ofrendas para las que se necesita de un heroyco valor, y que en adelante os suavizarán todas las dificultades de la vida Religiosa.

Renunciáis primeramente, vuestros mas naturales derechos: renunciáis los derechos, que teneis à vuestros bienes, à los placeres mas legitimos, à vuestra libertad, à vuestra voluntad, y à vuestra

misma persona: no vereis en adelante cosa alguna en la tierra, que podais decir, que es propia vuestra: el mundo no os contará entre los vivientes: no tendreis lugar en vuestra familia, ni accion alguna en la vida civil; no podreis adquirir, disponer, ni poseer, y ni aun podreis decir, esto quiero, ò esto puedo: por eso los Santos Padres llaman à la vida Religiosa servidumbre, y esclavitud, en la que los votos hacen veces de cadenas: el varon Religioso no es dueño de sí, por eso la Religión se llama muerte: en adelante haveis de mirar las riquezas, las comodidades, el fausto, y las posesiones como un muerto, que solo necesita de una mortaja, mas para los gusanos, que para sí mismo: *Mortui enim estis.* (Colos. 1. 3.)

Tambien llaman al estado Religioso sacrificio, y holocausto, en donde queda consumida toda la victima, sin reservar nada: quando el inocente Isaac fue puesto por manos de su propio padre sobre el Ara, bendados los ojos, y atados los brazos para ser sacrificado, no pensaba en su patrimonio: le importaba poco lo que sucederia à los rebaños, y tesoros de su padre; quando iba à ofrecer à Dios su propia vida, nada le importaba todo lo demás: el Señor se contentó con las disposiciones de su corazon, y con los preparativos del sacrificio: Isaac no perdió ni la vida, ni las riquezas: vuestro sacrificio, amada hermana mia, debe pasar mas adelante, y tener su debido efecto: en él perdeis, si es licito decirlo asi, el uso de la vida, y aun quando la conserveis, siempre estará oculta en Dios con Jesu-Christo: Dios solo sabrá que vivis; el mundo lo ignorará, y no cuidará de saberlo: vuestra muerte no ocasionará

mu-

mudanza alguna entre vuestros parientes; no se vestirán de luto, y aun acaso no harán demostracion alguna de sentimiento, quando sepan, que haveis fallecido; vos renunciáis el mundo, y el mundo se acaba para vos.

Aun haceis mas: al mismo tiempo, que renunciáis vuestros mas naturales derechos, renunciáis tambien aun los afectos mas justos. Jephté, vencedor de los enemigos de Israel, obligado, segun su voto, à sacrificar à su hija unica, halló en aquella virtuosa doncella la mayor indiferencia por la vida, que puede inspirar un verdadero respeto à Dios: mientras el padre, poseído del dolor desgarraba sus vestidos, la hija le animaba, y alentaba: padre mio, le decia, vos me prometisteis al Señor, no le seais infiel: no os acordeis de mí, sino de vuestro voto: *Aperuisti os tuum ad Dominum, fac mihi quodcumque pollicitus est.* (Judic. c. 11.) Pero no obstante su valor, sentia los efectos del amor filial: compadeciase del estado de su padre, à quien despues de muerta dexaba solo, y sin posteridad; este amor à su familia no pudo desprenderse de su corazon: pidió à su padre dos meses de termino, para acabarse de resolver: pasó este tiempo en un retiro, llorando con sus compañeras la triste suerte, à que se veía reducida: al cabo de este tiempo, bolvió à su casa, y ofreció su cabeza sobre el Ara, pero su corazon no dexaba de estar poseído de los mismos afectos: estos sentimientos, aunque imperfectos, convenian à la ley de Moyses, pero no convienen à la de Jesu-Christo. Este Señor nos pide principalmente el sacrificio del corazon, y de los afectos humanos: no quiere, que le miremos so-

la-

lamente como à Esposo, sino tambien como à Padre, madre, hermano, y pariente: estiende la espada hasta la division de estos fuertes lazos: vos, amada hermana mia, ya los haveis roto: no haveis atendido ni al destino, que pensaban daros, ni à la oposicion que se hacia à vuestros designios, ni à los pesares que ocasionaria vuestra separacion: à nadie mirais con los ojos de la carne, sino con los del espiritu: no atendeis à las felicidades de los unos, ni à las desgracias de los otros: para vos todo es indiferente, porque todo lo referis, y ordenais à Dios.

Abandonais, pues, todas las pretensiones, y esperanzas del mundo; accion tan generosa, que casi en ella sola consistió todo el merito de los Apostoles: ¿qué abandonaron éstos, quando siguieron al Hijo de Dios? unas redes, y unas barcas: con todo eso dicen que lo abandonaron todo: (*Matth. cap. 19.*) no se avergonzaban de pedir la recompensa, como si huvieran dexado todas las riquezas del universo: *¿Quid ergo erit nobis?* y lo que mas admira es, que conformandose el Hijo de Dios con su idea, nada menos les promete en recompensa que ciento por uno en esta vida, y el poder para juzgar en su compañía à todas las Tribus de Israel en el dia del Juicio.

¿Pues cómo se les promete una recompensa tan abundante, y excesiva? Los Santos Padres responden, que porque con lo poco que poseían, dexaron quanto podían poseer, y esperar: *Non solum*, dice San Agustin, *quidquid habebant, sed quidquid habere cupiebant*: (*in Psalm. 103.*) y en una Carta à San Hilario de Siracusa, añade el mismo San-

to

to Doctor; el que renuncia quanto tiene, y quanto puede tener, renuncia todo el universo.

A este alto punto de perfeccion llegarais para con Dios, amada hermana mia, aun quando nada dexaseis en el siglo, y aun quando no presentarais al pie del Altar mas ofrendas que vuestras esperanzas, y deseos: la esperanza es el mayor placer de la vida: nada disfruta el que nada espera: la esperanza es el alma de la juventud: esta se mantiene de esperanzas: aun quando esté privada de los bienes de fortuna, se forma una fortuna imaginaria: dominada del amor propio, y falta de conocimiento, se persuade facilmente quanto desea: cree siempre que la industria, ò la casualidad, tarde, ò temprano la han de hacer feliz: ahogar, pues, todas las esperanzas en el fuego de la juventud, apagar sus deseos, cegarse para no ver lo futuro, lo presente, ni aun lo posible; abandonar no solamente lo que posee, sino quanto puede poseerse, y esperarse; y quantas utilidades puede figurar la imaginacion, ¿no es este el mas completo sacrificio? Pues esta, amada hermana mia, es la renuncia que hoy haceis.

Haceis pacto con vuestros ojos, como el Santo Job: les privais de que jamás salgan de esta Casa, de este Santuario, y de estas rejas: aun quando vuestra vida sea dilatadisima, les señalais para siempre estos limites: estos son los objetos en que se han de fijar perpetuamente; y despues de esto no os queda mas que el sepulcro.

¡Oh, Señor! aquella famosa Reyna à quien el nombre de Salomon atrajo à su Trono desde las extremidades del Oriente, quedó llena de admira-

cion

cion al ver el orden, y la magnificencia de su Corte, y el respeto de sus criados: (3. Reg. cap. 10.) ¿pues qué idea debemos nosotros formar, ó Dios mio, de vuestra grandeza, y de la superioridad de vuestro Imperio, al ver la sumision, el respeto, y la humildad con que vuestras siervas se postran en vuestra presencia? ¡Dios Santo! vos sois digno de toda gloria, de todo honor, y de todo poder: *Dignus es accipere gloriam, & honorem, & virtutem*: esto os dice, desde lo intimo de su alma, esta virgen fervorosa, postrada en vuestra presencia, y entregandose á vos.

¿Pero cuál seria nuestra confusion, amadas hermanas mias, si despues de havernos unido tan estrechamente con nuestro Dios, bolviésemos á atrás, y cayésemos en la desgracia de vivir con tibieza, y negligencia? ¿cómo podríamos justificar este delito? ¿no seria esto el mas formidable de todos los desordenes? Atended, Señoras, à este importante punto de la moral christiana, que es el fruto que debeis sacar de esta segunda parte de mi discurso.

Comparad, amadas hermanas mias, los grandes esfuerzos que haveis hecho para abrazar el estado Religioso, con todos los obstaculos que en adelante se pueden oponer à vuestros adelantamientos: caminabais bien, decia el Apostol à los Galatas, ¿pues quién os impidió el adelantar? (*Gal. cap. 5.*) Esto mismo os pregunto yo, amadas hermanas mias, ¿qué cosa podrá en adelante asustaros, ni deteneros: ¿acaso el carecer de algunas comodidades de la vida? ¿el temor de las observancias regulares? ¿la continuacion nunca interrumpida de los ejercicios

pe-

penosos? ¿el rétro, y abstraccion de visitas, y conversaciones con las personas del mundo? ¿el yugo de la obediencia, y la contrariedad de genios? porque todas estas cosas suelen ser las que turban la virtud no bien arraygada, de las personas que viven en los Claustros.

Pero, almas santas, ¿es posible que en la casa del Señor hayamos de ser tan poco diferentes de lo que eramos quando salimos del mundo? ¿nos hemos de haver privado de todos nuestros derechos naturales para proporcionarnos en la Religion unos intereses despreciables, y unas diversiones ridiculas? despues de haver ahogado nuestros mas justos afectos, ¿hemos de formar dentro de los Claustros amistades inutiles, y muchas veces peligrosas? ¿hemos de haver renunciado nuestras mas sólidas esperanzas, para alimentarnos en la Religion con ridiculas quimeras de preferencias, y distinciones? ¿Es este el edificio que nos proponiamos edificar sobre las ruinas de las vanidades del mundo? Este grande aparato de habito, profesion, votos; esta pompa, sea fúnebre, ó nupcial, ha de tener por fin el descubrir unas flaquezas, que acaso no se huvieran manifestado entre los tumultos del siglo? ¿Se ha de llamar à los parientes, y amigos, à que asistan al rededor del Altar, para que vean ofrecer en holocausto una alma imperfecta, poco mortificada, y dominada de su amor propio?

No me respondais que no podeis venceros en tal, y tal cosa: no quiero responderos con San Agustin: *¿Non poteris quod istæ, & isti?* ¿Es posible que no has de poder hacer lo que tantos, y tantas hacen? ¿lo que practicaron tantas santas Religiosas?

Tom. I.

Xx

que

que os han precedido, y estais viendo practicar à muchas de las que hoy viven en vuestra compañía? opondré vuestra conducta à vuestra propia conducta: os diré, ¿es posible que no haveis de poder hacer lo que ya haveis hecho? ¿no haveis de poder vencer lo que ya haveis vencido? mirasteis con tranquilidad llorar à toda vuestra familia, quando os apartasteis de ella, y aun quando todo el mundo se huviera postrado entonces à vuestros pies, no huviera sido barrera suficiente para deteneros; pusisteis con alegría todo vuestro patrimonio en sus manos, y este mismo corazon, tan constante entonces, se asusta ahora, y se dexa arrastrar de puerilidades? ah! quando huviera algunas dificultades que vencer, seria en aquellos primeros combates, que eran superiores à las fuerzas de la naturaleza: en aquellos primeros sacrificios, en los que todo quanto se hace es puro consejo, y nada precepto: en los que, segun dixo el mismo Jesu-Christo, no todos tienen valor para consumarlos: pero en unos asuntos en que solamente se necesita de un poco de paciencia, de mortificacion, y de regularidad de vida, olvidarse el alma de lo que debe hacer, y desmentir lo que en otras ocasiones ha hecho, es una cobardía, que no admite excusa: no la hay, amadas hermanas mías, y en este punto seremos nosotros en el tribunal de Dios los testigos mas contrarios à nosotros mismos.

Josue, estando para morir, y haciendo los posibles esfuerzos para animar à los Hebreos à vivir constantemente unidos al Dios de sus padres, no quiso mas testigos, ni mas Jueces en este asunto, que à ellos mismos: no llamó al Cielo, ni à la tierra, al

Mon-

Monte Sinaí, ni al Arca del Testamento, à las riberas del Jordan, ni à las ruinas de Jericó, ni à las Naciones subyugadas, que todos eran testigos de mayor excepcion: vosotros mismos, les dice, podeis dar testimonio de que libremente escogisteis al Señor por vuestro Dios, y que le haveis jurado una eterna fidelidad. (*Josue 24.*)

Y aun quando nadie pudiera reconveniros, amada hermana mia, con la memoria del empeño que contraheis, ¿no oís dentro de vos misma una secreta voz, que continuamente os está representando las victorias que haveis conseguido, y las que todavia podeis alcanzar? Por mas que los tibios quieran cegarse en este punto, no lo podrán conseguir: vos, amada hermana mia, sois sincera, agradecida, y fiel: nunca se borrará de vuestra alma la imagen de la solemne accion, à que nos haveis convidado: el fervor que oy manifestais, os servirá de regla para toda vuestra vida: nada tendreis por imposible, asistida de la gracia de vuestro Esposo, pues hoy rompeis por él los mas estrechos lazos.

Finalmente, os digo con David; oye, hija mia, y considera: *Audi filia, & vide: (Psalm. 44.)* considera cuáles son las obligaciones, y los consuelos de tu nuevo estado: no quiero deciros absolutamente las palabras que se siguen: *Obliviscere populum tuum, & domum patris tui:* olvidate de tu pueblo, y de la casa de tu padre; por el contrario, os encargo, que conserveis una saludable memoria de ella: en esta memoria hallareis remedio para vuestras penas, y alivio en vuestras dificultades: quanto mas amais, y quanto mas digno es de ser amado lo que ahora abandonais, mas firmemente despreciareis los

ob-

objetos que en adelante quieran tener entrada en vuestro corazon.

Pero quiero hablaros de otro modo: olvidaos de vuestra familia, segun el mundo: olvidaos de esos parientes, de esos deudos, que tan estimados son entre los hombres por sus nobles prendas: olvidaos, buelvo à decir, de que ocupan los primeros puestos de la Iglesia, del Estado, y de la Guerra, que el mayor de nuestros Reyes les confia la seguridad de sus Plazas, y Fronteras; y que sus antepasados parecen mayores, aun despues de muertos, de lo que fueron mientras vivieron: baxo esta consideracion debeis olvidaros de ellos: *Obliviscere*: Pero quando os acordeis de un padre, cuya rectitud, y amor al bien público, cuya justicia, y caridad christianas, le tienen continuamente empleado en unas funciones de tanto trabajo, como honor, os direis à vos misma, que seria cosa muy indigna de vuestro nacimiento, degenerar en la Religion, y no corresponder à la santidad à que haveis sido llamada: quando os acordeis de una madre, que no obstante ser tan agradable à los ojos del mundo, lo es mucho mas à los de Dios, conocereis, que aunque os haveis privado de su educacion, ha sido por recibir otra mas conforme à la perfeccion Evangelica: favorezca el Cielo, amada hermana mia, vuestras piadosas intenciones, y lleveos por el camino que haveis emprehendido à la Patria Celestial: *Ad quam, &c.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.



UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCION GENERAL DE BIBLIOTEC

